

INSTITUCIÓ
DEL TEATRE



BIBLIOTECA

N.º 9285

De las Glorias

LAS GLORIAS

DE LA

PINTURA.



LAS GLORIAS

DE LA

PINTURA.

COLECCION

DE LOS MAS PRECIOSOS CUADROS DE LAS GALERIAS DE MUNICH, DRESDE, BERLIN Y OTRAS.

OBRA DE LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE

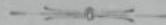
Rafael, Ticiano, Miguel-Angel, Murillo, Rubens, Carlos-Dolce, Mieris, Poussin, Adam, Guido-Reni, Salvator-Rosa, Teniers, Gerardo-Dow, Rembrandt, Van-Dick, etc., etc.

ENRIQUECIDA

con magnificos articulos sobre religion, moral, filosofia, costumbres, escenas de la naturaleza, poesia, novela y creaciones de todo género.

POR

Una Sociedad de Literatos.



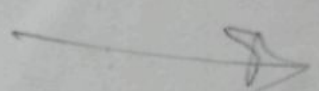
40

75 Gls

BARCELONA.

LIBRERÍA DE JOSÉ RIBET, EDITOR,
calle de la Fustería, número 10.

1860.



R. J. 001. 590

Es propiedad.

D. Just. del Teatre
per a rents.





L. Goussier



*Voyage pris dans le Libanon
Par M. de Sardan*

DAMASCO

VISTA DESDE LA PUERTA DE PALMIRA.

(CUADRO DE J. A. GEYER.)

La Siria en la cual la Europa cristiana tuvo fija la vista durante tres siglos, que antes había sido hollada por terribles conquistadores, que perteneció en distintas épocas á diferentes imperios, y que finalmente vino á quedar unida al otomano, está llamando la atención de los pueblos y de la diplomacia europea, aunque bajo distinto aspecto por esta que por aquellos. Ese país fértil, riquísimo y puesto bajo la influencia de un clima delicioso, parece cual todos los países muy favorecidos por la mano del Criador, destinado á sufrir grandes catástrofes debidas á la ambición humana. Allí donde no hielan el cuerpo y no acobardan el espíritu los intolerables frios del Norte, ni se engendran las horrorosas tempestades de la zona tórrida, lleva sus estragos el hombre, mas temible que los elementos. Grandes y bellas ciudades se alzan en ese privilegiado suelo, y su importancia cuenta millares de años, los cuales en algunos puntos han acumulado ruinas asombrosas, y bastantes por sí solas para justificar la grandeza de los pueblos que en ese país existieron antes de los que hoy levantan en él su altiva cabeza. Allí están sino los restos de la antigua Palmira, verdadero prodigio del desierto, testimonio irrecusable del poder, de la riqueza y de los levantados pensamientos del reino de Israel y cuyos escombros nos recuerdan hoy las desventuras de una reina, y los insanos furios de un emperador romano.

Los cristianos han mirado siempre la Siria como una tierra santificada, y que en cierto modo debiera pertenecerles, porque es el camino hácia esa Jerusalem,

desde donde partió la voz del hijo del hombre que regeneró el mundo, y en la cual se derramó aquella sangre inocente destinada á lavar los pecados del género humano, y á darle la vida del alma que por causa de ellos habia perdido. No hay siglo alguno en el cual los cristianos no hayan vuelto sus miradas á esa tierra, y no hay siglo tampoco durante el cual, ya con el cayado del peregrino, ya con la espada del guerrero, no hayan atravesado esas llanuras y esos montes en que la muelle y deliciosa Siria está tendida.

Varias son las provincias ó bajalatos en que desde muy antiguo se halla dividida y entre ellos ocupa el lugar primero el bajalato de Damasco, cuya capital del mismo nombre es hoy cabeza de provincia, despues de haber sido un dia sede del Grande Califato de Asia. Apenas los primeros sucesores de Mahoma hubieron terminado la conquista de lo que en rigor formó el primitivo imperio mahometano cuando Damasco, sin que otra ciudad osara rivalizar con ella, fué erigida en capital del Estado recién constituido, y en lugar de delicias donde se entregaron á la mas muelle y afeminada vida los que depusieron la cimitarra, cual si al empuñar el cetro hubieran dado cima á todas sus tareas. Los califas hacinaron en ella riquezas inmensas, y dejaron muchas huellas de su civilizacion imperfecta é instable; y aun despues de arrancarle la corona imperial para sustituirla por la cola del Bajá han conservado por ella una predileccion nunca desmentida. Famosa Damasco en todos los siglos por sus glorias y por sus desgracias, su nombre ha resonado otra vez por Europa en mitad del siglo décimo nono, por la horrenda catástrofe de que acaban de ser víctimas los cristianos que en la ciudad y en su territorio pensaban encontrar segura estancia. Sin advertir que los tratados hechos con una nacion medio salvaje son quebrantados por el capricho de un gobernante, ó por el tumulto del inculto pueblo. La cristiandad entera ha lanzado un grito de horror, y tras él un grito de venganza; mas la voz de la cristiandad, á la cual otro Pedro y otro Urbano II habrian contestado con el grito de, Dios lo quiere, ha sido sofocada por la recelosa y egoista diplomacia, para la cual nada importa la sangre derramada si el desagravio ha de poner en riesgo los planes que en el sosiego y en la seguridad de un bufete traza con la estoica frialdad del que no siente, ni corre ningun peligro.

Damasco está situada al pié del Anti-Libano, á sus inmediaciones se alzan cubiertas de verdura muchas colinas; un rio que se precipita desde las montañas, corre sobre un arenal de color de oro, y dividido en muchos brazos riega la ciudad y derrama la vida y la frescura en el valle de las violetas, en el cual crecen por millares los mas esquisitos y variados frutales. Mercantil hoy y dada á la contratacion, tenia ya este mismo carácter en los tiempos de Israel; y los profetas, que la conocieron muy bien y sabian su importancia, hacen mencion de ella en varios parajes de sus inimitables escritos. En la canción lúgubre sobre la ruina de Tiro en la cual Ezequiel pronostica las desgracias que han de

caer sobre esta ciudad una de las mas opulentas del mundo, al enumerar las ciudades y las regiones de la tierra que enviaban sus productos á Tiro y comerciaban con ella, dice: «El mercader de Damasco contrataba contigo, y en cambio de tus muchas mercaderías te daba muchas y varias cosas ricas, escelentes vinos y lanas de blancura extraordinaria.»

Jeremías despues de pronosticar la ruina de varias naciones y ciudades, al llegar á Damasco esclama: «Confundidas han sido Emath y Arphad, porque han oido una malísima nueva, se han turbado los de las islas del mar, su inquietud no la deja sosegar.

Damasco está azorada, ha echado á huir, está toda temblando, oprimida se halla de congojas y dolores, como la mujer que está de parto. ¡Cómo han abandonado ellos la ciudad famosa, la ciudad de delicias!

Serán degollados sus jóvenes por las calles, y quedarán exánimes en aquel dia todos sus guerreros, dice el Señor de los ejércitos, y aplicaré fuego al muro de Damasco, el mar consumirá las murallas del rey de Benadad.»

La famosa Damasco formó á su tiempo parte del reino de Israel y su importancia hubo de menguar mucho cuando levantada cerca de ella la ciudad de Palmira, la grandeza de esta hizo parecer pequeña y de escasa valía casi todas las ciudades de la Siria. Palmira fué la reina y los demás pueblos hubieron de reconocer su prepotencia. Cuando los pueblos de Israel y de Judá vieron con su esclavitud cumplidos los vaticinios de los profetas, que en nombre del Señor los habian amenazado con esa desgracia si no convertian su corazon á Dios abandonando las infames idolatrías que tomaron de las naciones vecinas, entonces Damasco siguió la fortuna del resto de la Siria y vino á engarzar una joya mas á la corona de los monarcas asirios.

Los señores de ese grande imperio, ensanchando cada vez el territorio de sus dominios, creyeron sin duda que el mundo era pequeño para ocupar á todo sus guerreros; mas vino tambien la hora anunciada por los profetas, y las palabras de Isaías se cumplieron al pié de la letra. Los medos y los persas que no habian inspirado ningun recelo á los altivos Nabucodonosores, se levantaron de súbito sobre ese imperio corroido por los vicios, y maldecido por el Señor, y el capitán anunciado por Isaías fué el ejecutor de la divina sentencia que condenaba á muerte á los autores de mil iniquidades. Con el nombre de Imperio persa se formó en Asia un potente Estado que reuniendo en una haz casi todos los conocidos hasta entonces parecia destinado á una duracion de muchos siglos.

Mas ese imperio, cuyos monarcas conquistado el Egipto juzgaron que no podia haber nacion que no se sujetase á sus leyes, lanzóse á Europa, y aunque la Grecia en tres batallas le convenció de que á despecho de su aparente grandeza era hartó débil para avasallarla, la civilizacion del occidente, ofendida de esa audacia del imperio persa, encomendó su venganza al hombre á quien hubiera

podido haber la gloria de fundir las dos civilizaciones del mundo y variar la faz de la tierra, si el asqueroso y degradante vicio de la intemperancia no terminara su vida en la edad mas robusta y mas lozana. Alejandro conquistó la Persia, se abalanzó á la India, y si no le hubieran abandonado sus guerreros tal vez la China habria tenido que abrir por primera vez en la duracion de los pasados siglos las puertas del imperio á un hombre nacido mas allá de sus fronteras. La Palestina cayó en poder del triunfador, la nueva Tiro que substituyó á la antigua quiso en vano con esfuerzos propios de gigantes detener al dominador de Asia, que victorioso siempre hizo suya la Siria, y con ella á Damasco. Apenas conoció esta á su nuevo Señor cuando ya lo hubo perdido, y despues de pasar uno tras otro á manos de los tenientes de ese general escelso, que se disputaban reinos que no eran suyos, vino á formar parte del de Siria, caido despues de la batalla de Ipsy en poder del afortunado Seleuco.

Guerras entre sirios, egipcios y judíos dieron por último resultado enflaquecer estos tres vecinos, y atizar la osadía de la ambicion romana, que con pérdida política y con victoriosas legiones los hizo suyos. El gran Pompeyo declaró la Siria provincia de Roma, y este degradado pueblo oyó la nueva de su servidumbre con la estupidez del que ha perdido el sentimiento de su dignidad y de su independencia.

La religion de Jesucristo muy luego encontró en ella crecido número de adictos, de suerte que en el siglo de Octavio Augusto las predicaciones de San Pablo la habian ya poblado de cristianos. Cuando Roma atacada por los hombres del Norte se concentró en el corazon creyendo perdidas para siempre las posesiones lejanas, la Siria fué abandonada, y pasando de uno á otro ambicioso tuvo un período de trastornos y desdichas grandes, hasta que la cimitarra de Mahoma amenazó el Asia entera. Los tenientes de este y de sus califas estendieron la doctrina del islamismo y el imperio del fundador de aquel Estado, y la Siria y Damasco viniéron á formar parte de esa nueva potencia que mas tarde rebosando del Asia habia de derramarse por Europa y ponerla en grande riesgo. Los infelices habitantes de Damasco, que en virtud de la capitulación hubieron de abandonar sus hogares, corrian á buscar un asilo en Constantinopla, cuando fueron perseguidos en su fuga y despedazados por sus feroces vencedores en las inmediaciones de Trípoli. ¡Tantos siglos cuentan las calamidades y furores de que han sido víctimas los cristianos de esa ciudad tan bella y rica como desventurada!

Desde entonces, formando con su territorio una provincia, Damasco continúa unida al imperio mahometano. Pero los cristianos que la habian perdido recordaban que en Jerusalem estaba el sepulcro de Jesucristo, que la Palestina era una tierra que habia habitado el Divino maestro, que en Siria habia tenido Pedro su cátedra, que Damasco oyó las predicaciones del apóstol de las gentes, y el espíritu religioso impulsaba á los europeos á visitar esos lugares, santa cuna

de la religion que profesaban. Los reyes, los magnates dejaban sus preseas, y depuesto el orgullo y abominando de las vanidades mundanas cojian el cayado y el zurrón de peregrino para ir á la tierra santa. No habia punto de Europa de donde no saliesen en todos los años crecido número de devotos llevados de ese piadoso objeto. Las mujeres, los ancianos, los niños, los pobres, y los ricos, guiados tal vez por un sacerdote, tal vez por algun peregrino que ya otras veces habia visitado la ciudad santa, emprendian sin mas recursos que su abnegacion, su fortaleza y su esperanza en Dios ese largo, penoso y arriesgado viaje, no sin despedirse para siempre de la familia, á la cual probablemente no debian ya ver hasta la vida eterna. En efecto, los mahometanos despues de exigirles para entrar en el territorio de cada Emirato un tributo que no tenia término fijado, los saqueaban en los caminos, arrebatában las mujeres para satisfacer sus brutales apetitos, y venderlas luego como esclavas, y se llevaban los niños para hacerles profesar la religion mahometana. Otras veces no satisfechos todavía con tantas inhumanidades, exigian que los peregrinos renegasen á Jesucristo, y su negativa era una sentencia de inmediato martirio. Podia considerarse feliz el cristiano que volvia á su patria habiendo adorado el sepulcro. La nueva de tantos tormentos se derramaba cada año por la cristiandad entera, millares de familias tenian que llorar la pérdida de alguno de sus miembros: el lamento de los peregrinos que habian vuelto resonaba en todos los oidos, y las señales de los sufridos martirios conmovian el corazón de los que no tuvieron valor para arrostrarlos. Tarde ó temprano los pueblos habian de sentir como se despertaba en su ánimo el deseo de acabar con tan inexorables enemigos, y el siglo undécimo fué testigo de las cruzadas, que es uno de los tres grandes espectáculos que la historia de la humanidad nos ofrece. Al terminar este siglo amaneciò el dia en que la voz de Pedro el ermitaño y la de Urbano II habian de levantar la Europa en masa y lanzarla sobre el Asia para vengar en nombre de la Cristiandad los ultrajes que esta habia sufrido de los sectarios de Mahoma, asegurar á los peregrinos el paso hasta Jerusalem y libertar la tierra santa del dominio de los adversarios de Jesucristo, y ese grandioso acontecimiento que en rigor estableció las primeras relaciones permanentes entre Europa y Asia, estaba destinado á dejar en la memoria de los hombres un recuerdo imperecedero, á demostrar cuanto podia la sociedad cristiana dirigida por un solo hombre, á cambiar la faz de la misma Europa invasora, á enseñarle cuanto era el poder del imperio mahometano, á aconsejarla que nunca lo perdiese de vista, y á probar que la Siria era un punto de la tierra hácia el cual por intervalos no distantes habian de dirigir siempre su atencion los europeos. Léjos los hombres de prever entonces tan asombrosos resultados, á impulsos del fervor religioso, y aconsejados por sus instintos guerreros, á que supieron dar los Pontífices direccion mas útil y acertada de la que habian seguido, iban á lanzarse sobre la Siria que muy luego habia de convertirse en teatro de

una sangrienta lucha de dos siglos; lucha religiosa y por lo mismo atroz, inexorable, de esterminio, y simultáneamente ser hollada por los feroces mongoles que apareciendo de pronto en innumerables enjambres cuando su existencia era casi desconocida, barrieron cual un mar embravecido mas de la mitad del Asia. Penetraron en Europa, inundaron la Rusia, y amenazaban asolarlo todo cuando la muerte de su rey y caudillo trajo la caída del inmenso imperio que el mismo había formado.

Durante la primera cruzada no llama la atención Damasco porque los cristianos, anhelando por llegar al término de su viaje que era Jerusalén, apenas se detuvieron en el camino sino para derribar los obstáculos que se oponían á su marcha. Mas cuando los cristianos fueron dueños de Jerusalén, los mahometanos que no espermentaron el efecto de sus armas, que no los habían visto, y que les profesaban el mayor desprecio, creyendo que todos los cristianos eran cual los inermes y desvalidos peregrinos, á quienes estaban acostumbrados á saquear y martirizar en sus viajes á Jerusalén, calificaron de cobardes á los que vivían en los territorios que los guerreros de la Cruz habían atravesado á viva fuerza. Entró la desconfianza en los mahometanos distantes del teatro de la guerra con respecto á los otros que se habían encontrado en el mismo, y en Bagdad se anunció públicamente que los pueblos de Siria habían atraído sobre ellos la cólera celeste y que era forzoso invadir esas provincias que no supieron defenderse. Decían que años atrás el gobernador de Damasco había hecho asesinar al príncipe del Musul, ardiente defensor del islamismo, y que era indispensable vengar ese enorme atentado. Para verificarlo salió de las orillas del Tigris un ejército numeroso, y el emir de Damasco amenazado de esta suerte se alió con los cruzados; y aunque estos unidos á sus amigos ardían en deseos de presentar á los contrarios una batalla decisiva, el emir lo evitó siempre, temiendo que un gran triunfo diese á los guerreros de la Cruz una prepotencia que al fin pudiera serle funesta. Los guerreros del Musul y de Bagdad, espantados al ver cuan grande era el número de los aliados, y temiendo sobre todo á las huestes cristianas, que habían menospreciado de lejos, pero que ahora veían de cerca y dispuestas á la pelea desistieron de su intento, y el príncipe de Damasco recelando de sus mismos vasallos, para quienes era un sacrilegio su alianza con los francos, se apartó del ejército de estos para volver solo á la capital de sus Estados.

En tiempo de la segunda cruzada el principado de Damasco, acometido sucesivamente por los francos y por varios pueblos inmediatos, y reducido casi á la sola capital, pertenecía á un príncipe mahometano á quien no tenían en menor angustia la ambición de sus propios emires que las invasiones de los adversarios extranjeros. Nuredino, señor de Alepo y de otras ciudades de Siria, había hecho varias tentativas á fin de apoderarse de Damasco, y alimentaba la esperanza de reunirlos á otras conquistas ya verificadas, cuando los cruzados determinaron po-

nerle sitio. Referir los lances de ese grande suceso con los pormenores que podrian interesar á los entendidos en el arte de la guerra seria tarea larga, y al esponerlos no podríamos blasonar de originales, porque las crónicas de la época y singularmente Guillermo de Tyro y el autor de los hechos de Lius VII de Francia han descrito aquel sitio con todos los datos apetecibles, y que naturalmente despertaban interés grandísimo en los hombres contemporáneos, y en los que vivieron inmediatos á la época de las cruzadas. Para nosotros, y atendidos los límites de este artículo, bastará saber que los cristianos hicieron los mismos prodigios de valor de que tantas pruebas habian dado en la guerra de Palestina, que sufrieron por su imprevision y falta de prudencia los horrores del hambre y de la sed que tantas veces pusieron en peligro la vida de sus ejércitos, y que finalmente entró en el campamento, cual ya antes habia acontecido, la division entre los gefes, division que con harta frecuencia fué muy fatal á los intereses de las Cruzadas. La ambicion de reinar en Damasco, siquiera fuese con el título de príncipe ó de duque, atizaba el ardimiento de los magnates quizás mas que el deseo de arrebatrar una ciudad á los infieles; y mientras se mantuvo viva esa ambicion, el valor de los cruzados lejos de declinar iba en aumento. Así es que el rey de Jerusalem, el de Francia Lius VII, Conrado emperador de Alemania, y los caballeros de San Juan de Jerusalem y de la órden del Temple rivalizaban en arrojo y valentía, arriesgando sus personas en los diarios combates que costaba la adquisicion de los viciosos jardines que circunian la ciudad codiciada. Los mahometanos, convencidos de que era imposible la resistencia en campo abierto, se encerraron en la plaza, y tendidos sobre la ceniza durante muchos dias, agrupados en la gran mezquita, y al rededor del Koran recojido por Otman las mujeres y los niños, imploraban el socorro de Mahoma á favor de su patria amenazada. Barrearón las calles, cerraron las puertas, con vigas y cadenas, y á pesar de todo no se creian seguros dentro del recinto de sus murallas.

Cuanto era el temor de los mahometanos era grande la seguridad que los cruzados tenian de hacerse dueños de aquella ciudad importante, y cegados por una confianza, entonces muy inmotivada, comenzaron á poner en tela de juicio quién seria el príncipe que despues de la conquista habia de poseer la plaza sometida. Varios fueron los pretendientes que alegando títulos indudablemente legítimos aspiraban á obtener la primacía sobre sus rivales, y en esa lucha prematura obtuvo finalmente la victoria Tierri de Alsacia conde de Flandes, que antes de la cruzada habia estado dos veces en Palestina á guisa de peregrino y que hizo cesion á su familia de cuantas posesiones tenia en Europa. Esta eleccion, no por la persona á cuyo favor recayó, sino por el solo hecho de haberse verificado, fué la desgracia de los cristianos porque desde el punto en que la ciudad despues de conquistada habia de pertenecer al conde de Flandes, nadie mas que este tuvo interés en la conquista. Ninguno veia ya la esperanza de recompensa para su va-

lor y sus sufrimientos ; y pues Tierri debia ser el príncipe de Damasco, pareció á los demas que solo á Tierri importaba que la ciudad fuese tomada. Esto trajo la discordia, y los sitiados aprovechándose de ella entablaron negociaciones con los cristianos. Las dádivas, las promesas y las amenazas puestas en juego de consuno apagaron de todo punto el entusiasmo de los cruzados, y sembraron el recelo en el ánimo de los barones que ya de muchos años residian en Siria, y á quienes no parecia lo mas conducente que los recién venidos alardearan cual si de ellos solos dependiera el éxito de la empresa. Se logró finalmente que al desacuerdo sucedieran la mala inteligencia y la mas absoluta desconfianza. Por consejos de los cruzados de Siria se adoptó el plan de variar el sistema de ataque, y en consecuencia del mismo quisieron tomar la ciudad por el lado del Norte, y allí trasladaron su campamento ; mas apenas lo hubieron verificado cuando por el Mediodía y por el Oriente que acababan de abandonar los guerreros de la Cruz, penetraron en la ciudad veinte mil curdos y turcomanos resueltos á defenderla á todo trance. Los sitiados rehicieron su decaido valor, verificaron con los auxilios recibidos muchas salidas en las cuales los cristianos fueron vencidos como fueron rechazados en los ataques ; se habló de inteligencias con los sitiados y de traiciones por parte de los cristianos de Siria, y cundió la nueva de que de Alepo y del Mosul estaba próximo á llegar un ejército numeroso. Tantos contratiempos hicieron forzoso el levantamiento del sitio, y en efecto los cruzados se retiraron despues de grandes pérdidas, llevando por trofeos la recíproca desconfianza y la vergüenza de haber abandonado una empresa, cuyo éxito favorable habian tenido por seguro.

Durante el sitio, memorable por las desastrosas consecuencias que tuvo para los caballeros de la Cruz, mandaba las tropas de Damasco el famoso Ayub, Gefe de la dinastía de los Ayubitas, y militaba á sus órdenes su hijo Saladino, jóven entonces de pocos años y que mas tarde debia ser el terror de los cristianos y el conquistador de Jerusalem. La desgraciada empresa de Damasco apagó el entusiasmo y abatió el espíritu de los cruzados, de suerte que cual si se juzgaran incapaces de toda otra conquista, el emperador de Alemania se volvió á Europa, el rey de Francia se mostró en adelante mas devoto y peregrino que soldado y que monarca, y los estados cristianos de Asia entraron en su período de decadencia, al paso que los mahometanos adquirieron la certidumbre de que los guerreros del Occidente no eran invencibles. Una larga serie de desgracias completan la historia de esta segunda cruzada, cuyos esfuerzos podemos decir que terminaron ante los muros de Damasco y que en rigor solo sirvió para desacreditar á los soldados de la Cruz, y hacer que en Europa decayera el entusiasmo á favor de la guerra santa. Por fortuna el fervor religioso era entonces muy grande y la voz de los Pontífices no era desoída por los pueblos ni por los reyes ; de suerte que estas circunstancias hicieron olvidar luego las pasadas desgracias pa-

ra volver de nuevo los ojos á esa tierra regada con la sangre de tantos mártires en la primera cruzada.

A poco tiempo de haberse retirado el emperador y el rey de Francia, Balduino III que lo era de Jerusalem fué completamente vencido por Nuredino que se habia hecho dueño de Damasco, y á duras penas pudo salvarse en Tolemaida. Menos afortunados que el príncipe, los caballeros que le acompañaban cayeron en poder de los infieles, y la mayor parte de los señores de Palestina, Hugo de Ibelin, Odon de San Amando, Ricardo y Julian de Jopé, el gran maestre de los templarios y muchos otros magnates con un infinito número de soldados prisioneros, estos y aquellos atados con cuerdas unos á otros, fueron conducidos á Damasco, cuyos habitantes salieron en muchedumbre inmensa á presenciar aquel espectáculo, y á manifestar con estrepitosa alegría el entusiasmo que en ellos despertaba tan señalada victoria.

Aquel terrible desastre conmovió á todos los cristianos de Oriente, quienes comprendieron la horrible suerte que los aguardaba, si rehaciendo su ánimo no trataban de volver por la honra de sus armas, y de asegurar por este medio su existencia. Damasco, que habia celebrado con grandes festejos la derrota de Balduino, hubo de llorar en breve la muerte de sus mejores guerreros, á quienes con su Sultan á la cabeza venció el rey de Jerusalem en una sangrienta jornada entre el Jordan y el lago de Genezareth.

A poco tiempo la muerte del Gran Saladino trajo la division entre sus hijos, y la ciudad y el principado de Damasco pasaron alternativamente al poder de todos ellos, y por fin al de Malek-Adel, hermano del difunto califa y digno heredero de su grandeza y de su gloria. Este hombre sostuvo encarnizadas luchas con los cristianos, acreditando en todas ellas su valor y su pericia, y en el largo catálogo de sus combates siempre figura Damasco como una de las principales ciudades de su vasto imperio.

Durante las cruzadas que acaudilló el piadoso rey de Francia san Luis, Damasco representa en la Siria un papel muy importante, en cuanto tiene relacion con la guerra santa, hecha ya en Palestina, ya en Egipto, y aunque en fin no cambió por entonces de suerte, sus sultanes intervinieron en todos los tratados y relaciones entre san Luis y los enemigos de Jesucristo. Por esa época aquel principado por su posicion, sus riquezas, sus antiguas glorias, sus fuerzas militares, y el tino y buen gobierno de sus príncipes era el Estado mas notable, de existencia mas segura, y de influjo mayor entre todos los de Siria y Palestina.

Vino por fin el dia en que nuevos acontecimientos amortiguaron en Europa el espíritu guerrero que fué el móvil de tan grandes hazañas durante tres siglos, y en que nuevos intereses y pasiones nuevas embargaron el ánimo de los que debian en todo caso promover y llevar á cabo otras espediciones. Bien puede decirse que el piadoso rey de Francia fué el último cruzado, cuya prematura muerte, acaecida

en Africa, puede en parte atribuirse á su hermano, que le empeñó en la empresa de Tunez y que por un motivo de pura ambicion humana acudió harto tarde al campamento en donde habia fallecido el rey, víctima de la peste que diezmo el ejército cristiano. En Palestina solo quedaban ya los caballeros de San Juan de Jerusalem, y los templarios, cuyas discordias y sangrientas luchas hubieran entregado á los sarracenos las ciudades que aun conservaban, y los cristianos que residian en ellas, si por fortuna la ambicion de un trono no hubiese dividido en banderías el campo de los mahometanos. Aun no se habian estas terminado, ni el califa estaba seguro en el solio, al que subió hollando los cadáveres de sus rivales, cuando un pueblo, nuevo y salido de un extremo de la China, se preparaba para lanzarse sobre la Siria y el Egipto. Los mongoles sitiaron á Bagdad, la tomaron por asalto, le hicieron sufrir todos los horrores de la guerra, y el califa, último sucesor de Abbas, perdió en medio del tumulto la vida que habia pasado en la molicie y en el abandono mas completo. Los mamelucos dueños del Egipto se estremecieron al saber la suerte que le habia cabido al califato, y desde entonces consideraron como enemigos á los mongoles, en quienes los cristianos creian ver á sus aliados. Los vencedores, atravesando el Eufrates, se apoderaron de Alepo, de Damasco, y de la Siria entera, ahuyentaron por todas partes á los mahometanos y se declararon protectores de los campeones de Jesucristo. La Europa supo con espanto aquella invasion formidable, y envió embajadas al conquistador á fin de hacérselo propicio, mientras las hordas de este asolaban las márgenes del Niester y del Danubio. Las discordias nacidas entre esos bárbaros salvaron al Occidente que vió desaparecer como por encanto á esos hombres feroces y desconocidos, que convirtiéndose de repente en adversarios de los cristianos, pasaron á fuego y sangre las ciudades y los territorios que estos conservaban en la Siria. El Sultan del Cairo libertó la Palestina derrotando con su ejército en la llanura de Tiberiade las huestes mongolas, cuyo gefe perdió la vida en la batalla. Irritados los mamelucos contra los cristianos por sus relaciones con los vencidos, se vengaron atrozmente derribando las iglesias de Damasco y persiguiendo á los cristianos en todas las poblaciones con furor tan grande que el mismo Sultan fué víctima de sus soldados por haber querido respetar los convenios hechos con sus enemigos. Bibars, que habia sido su principal asesino, ocupó la vacante, y los preparativos con que el Cairo trataba de solemnizar la vuelta del vencedor de los mongoles sirvieron para celebrar la exaltacion al trono del que acababa de derramar su sangre.

El nuevo califa declaró guerra á muerte á los cristianos y la hizo tan cruenta cual no la habian sufrido hasta entonces. Secundado por el cadí de Damasco sitió la plaza de Sefed, y allí tuvo lugar aquel atroz degüello de los vencidos, que en la forma y en las circunstancias horribles con que fué ejecutado no tiene su igual en la historia, como no le tienen la firmeza de ánimo y el valor cristia-

no de los que fueron víctimas de tan horrendo sacrificio. De triunfo en triunfo fue apoderándose aquel desapiadado caudillo de las ciudades, entregándose en todas á las mayores atrocidades, asesinando en Antioquía diez y siete mil cristianos, llevando cautivos cien mil y vendiendo mujeres y niños por menor precio del que se pagaba un animal inmundo. Aunque Bibars murió en lo mejor de sus victorias en la ciudad de Damasco, no por esto se mejoró la suerte de los cristianos. Su sucesor Kelaun continuó su obra conquistando muchos pueblos, y legó el encargo de acabar con los cristianos de Oriente á su hijo Chalil, que tan intrépido guerrero, tan audaz y valeroso como su padre cumplió la palabra que le habia empeñado en el lecho de muerte.

En esa época los fieles que habian sobrevivido á tantas catástrofes y desolaciones, abandonando los territorios perdidos buscaron un refugio en Tolemaida, ciudad muy fortificada, y que debia ser el último baluarte de la Cruz en las posesiones cristianas de Oriente. La multitud que en esa ciudad halló un asilo iba á perjudicar la causa de los cristianos, porque si entre ellos habia los mas valientes guerreros, y todos estaban decididos á defenderse hasta la muerte, eran un terrible estorbo las mujeres, los ancianos y los niños, cuyas necesidades y cuya consternacion era posible que quebrantasen el valor, é hicieran mas apurada la suerte de los guerreros. Los templarios se encerraron en gran número dentro de la plaza, y sin ninguna duda ellos debian ser sus principales y mas tenaces defensores. Pero esto no bastaba para contrarestar el ejército de doscientos mil combatientes que Chalil habia destinado al sitio de Tolemaida; así es que los esfuerzos sobre humanos de los caballeros de la Cruz y las hazañas casi increíbles de los templarios no fueron parte á rechazar todos los asaltos de los enemigos, que finalmente penetraron en la plaza en mayo de 1291. Los vencedores anegaron las calles en sangre, no hubo escena de horror que allí no se representara, y el espectáculo de las cruzadas que tres siglos antes habia comenzado con tanta grandeza y gloria tanta, terminó en Tolemaida en medio de la mayor miseria y de las mas espantosas desventuras. Con esa ciudad se vino abajo el poder de los cristianos en Oriente, acabó la seguridad del imperio de Constantinopla, quedó cerrado el camino de Jerusalem, y hasta abandonaron el Asia los caballeros de las órdenes militares que habian sido sus mas acérrimos y constantes defensores. La Europa, que no habia escuchado los lamentos ni los ruegos de los cristianos, supo con espanto aquel trágico desenlace, y tembló por las desgracias con que el poder de los mahometanos la amenazaba. Su tardío arrepentimiento no era mas que la confesion de su criminal y prolongado abandono.

La ciudad de Damasco, de la cual nos ocupamos, dejó con esto de pertenecer á los cristianos y á los sarracenos, pasando á poder de los egipcios, que tampoco la conservaron, pues en las guerras que mas adelante hubieron de sostener contra los turcos, estos la tomaron por asalto y la unieron al vasto imperio

que iban formando. La Siria sin embargo nunca estuvo bajo el dominio de la Turquía en la genuina acepción de esta palabra, porque los drusos se consideraron siempre como dueños del país, reconociendo mas bien de nombre que de hecho la autoridad del califa, aun despues que Mahometo II echó abajo en 1433 el imperio griego y trasladó á Constantinopla la sede del califato. Facherdin, emir de los drusos, ejerció en ella durante largo tiempo un poder casi absoluto é independiente de la Puerta, de suerte que esta hubo de enviar un ejército para sujetarla, á despecho de lo cual los sucesores de aquel emir se tuvieron siempre por meros tributarios del imperio otomano.

Desde esa época pocas variaciones sufrió en su suerte la ciudad de Damasco, que contando con el vasto territorio de que era cabeza, con el carácter guerrero de sus habitantes, y con los pingües recursos que aquel país riquísimo le ofrecia, sustentaba una lucha sangrienta con los sultanes, empeñados en reducirla á la obediencia absoluta en que tenia á las otras provincias. Mas de dos siglos transcurrieron de este modo, hasta que á mediados del pasado, Daher, jeque de una poderosa tribu árabe, atacó el país y formó en él un estado independiente del imperio otomano, y que por mucho tiempo opuso una invencible resistencia á los ejércitos turcos. Sucedióle Djezar, que tan célebre como feroz, imitó desde luego el ejemplo de sus predecesores, haciendo mas triste la suerte de la provincia, que hubo de sostener luchas terribles con la Puerta, y acudir á los gastos inmensos que reclamaban sus ejércitos, y á los no menores que las locas prodigalidades del usurpador hacian necesarios. So pretexto de librar el bajalato del yugo de la Puerta le hacia ese hombre soportar otro yugo todavía mas pesado y mas costoso que los tributos exigidos antes por los sultanes. En tiempo de ese caudillo se verificó la expedicion francesa mandada por Bonaparte, cuyo desgraciado éxito se debió á la ferocidad de Djezar, y á los auxilios que en odio de la Francia le prodigaron los ingleses.

No es fácil asegurar en nuestros dias cual habria sido el resultado posterior de esa invasion si los franceses hubiesen alcanzado la victoria, ya porque era posible que durante la guerra en que la Francia se empeñó con toda Europa hubiera tenido que retirar las tropas de Siria, ya porque en medio de las complicaciones que han tenido lugar desde entonces era difícil que la diplomacia no hubiera dispuesto tambien de la Siria: pero de todos modos la conquista y la conservacion de ella por los franceses, siquiera por algun tiempo, bastaban por lo menos á deramar allí algun germen de civilizacion y hacer que se amenguara el odio de los naturales contra los cristianos.

Apenas acontecida la muerte de Djezar vióse la Siria amenazada por una invasion de los Wahabys, la cual por fortuna no tuvo efecto, y gracias á esto el país quedó por de pronto tranquilo, si bien espuesto siempre á desórdenes y guerras por la loca ambicion de sus bajás. No fueron estos sin embargo los que

acarrearon sus nuevas desgracias, sino el famoso virey de Egipto Mehemet-Aly, musulman ilustrado, desleal á su señor, de cuya autoridad se emancipó osadamente, y que erigiéndose en Príncipe del país que gobernaba como delegado, quiso arrancarlo de la postracion y del atraso en que se encontraba para transformarlo en una nacion importante é independiente. Los turcos fueron vencidos, el Egipto por de pronto quedó libre, y Mehemet-Aly, que ambicionaba mas, ó tal vez queria amenguar al poder de la Puerta para tener segura la conquista, en 1832 envió su hijo Ibrahim-Bajá con un ejército egipcio, el cual, despues de derrotar á los turcos en muchas acciones campales, sentó sus tiendas en la Siria. Resuelto á lograr que el Sultan le cediera aquella parte de sus dominios, entabló una guerra, cuyo resultado no parecia dudoso, cuando la diplomacia europea se mezcló en aquel negocio. El Egipto mostraba un afan de engrandecimiento que irremisiblemente debia ser fatal á la Turquía; y esta nacion afeminada y decaida, mal gobernada por sultanes muelles é indignos sucesores del grande Otman y del audaz Soliman III, creyóse perdida y acudió al amparo de la Europa. La Gran Bretaña oyó sus lamentos, y sin entrar ahora en los motivos que la estimularon, porque deslindar estas cuestiones seria muy ageno de un escrito de la naturaleza del presente, tomó partido á favor del Sultan, y Mehemet-Aly hubo de renunciar á la última parte de sus proyectos.

Quizás fué aquel un paso muy desacertado de la Inglaterra, si es que pensó tener en cuenta los intereses de la humanidad, porque el Egipto que caminaba rápidamente hácia una civilizacion desconocida de los turcos, civilizacion que ha sabido aclimatar en su suelo, y que progresa todos los dias, pudiera ser un fiel amigo de las potencias europeas, y un ilustrado protector de los cristianos que viviesen en la Siria. La Gran Bretaña no obró en este sentido, y la Turquía al recobrar el territorio que debió considerar emancipado de sus dominios, prosiguió su sistema de ódio contra los cristianos, y estos hubieron de considerarse espuestos otra vez á grandes riesgos.

Era ya muy antiguo en los fieles avecindados en Siria el temer continuamente y experimentar con harta frecuencia los efectos del aborrecimiento de los turcos. Las cruzadas que tantos dias de gloria habian proporcionado á la cristianidad, que en Europa acabaron con el insolente feudalismo, que redujeron á su última espresion la esclavitud de los siervos, que sacaron al pueblo de su insignificancia y de su miseria, que aumentaron el poder de los reyes emancipándolos de la turbulenta aristocracia, que pusieron término á las sangrientas luchas entre los magnates, que trajeron á Europa ciencias, artes y productos desconocidos, y que dieron al comercio y á la marina un asombroso impulso, tuvieron al fin un resultado funesto por lo que respecta á los cristianos de Oriente, que quedaron á merced de las iras y de la venganza de sus implacables enemigos.

En vano las naciones europeas con mas ó menos ahinco procuraron ase-

gurar la vida de sus correligionarios que no quisieron abandonar la tierra santa ; el rápido engrandecimiento de los turcos y la conquista del imperio griego que en 1453 llevó Mahometo II á cumplimiento, hubieron de comprometer mas y mas la seguridad de aquellos cristianos que no tenían defensor alguno , y cuya permanencia en Siria era un legado y un recuerdo vivo de las cruzadas , y un continuo aguijón al odio de los turcos. Distraida ú olvidada la cristiandad de sus intereses de Palestina, andaba envuelta en las guerras que dieron un carácter especial al siglo , y mas adelante dividida en los campos católicos y protestantes , entabló aquella sangrienta lucha que habia de cubrir de desolacion la mayor parte de las naciones de Europa. Solo de tarde en tarde suspendió esta sus interiores discordias para volver los ojos hácia Turquía , cuando esta atrevida potencia conservando todavía aquel impulso guerrero que le habian comunicado Amurates I y Mahometo II , salia de sus fronteras para atacar las tierras cristianas limítrofes del imperio. A esto se debieron las hazañas de los Corbinos y de Scanderberg ; y de la misma causa fué hija la suspension de hostilidades entre protestantes y católicos en tiempo de Carlos V cuando Soliman llegó hasta la murallas de Viena. Viendo los turcos que las invasiones verificadas hasta entonces no habian producido resultados ventajosos , y que la Europa alarmada les salia al encuentro en cada una de ellas, cambiaron de sistema , aparejando escuadras , y amenazando con ellas á todas las naciones meridionales. El peligro de estas crecia diariamente, y aunque algunas de ellas lo miraron al parecer con indiferencia , la España, el soberano Pontífice , la orden de caballeros de San Juan de Jerusalem y la república de Venecia se aliaron para desvanecer aquel riesgo , y verificaron el armamento de aquella poderosa escuadra que en 1571 derrotó en el golfo de Lepanto la de los turcos, y demostró al mundo cuanto era el poder de la española gente. Pero esos alardes de la fuerza europea léjos de mejorar hacian mas crítica la suerte de los cristianos de Siria , porque los turcos vencidos vengaban en ellos la vergüenza de sus derrotas.

Los tratados para asegurar á los cristianos eran poco eficaces , porque si las naciones que se ufanan con el título de las mas civilizadas los eluden si no los quebrantan , ; que mucho que fuesen olvidados por una nacion calificada de bárbara ! La Francia indudablemente trabajó mucho bajo el aspecto diplomático á fin de lograr que cesaran esos temores de los cristianos. ¡ Ojalá hubiera practicado lo mismo con las armas , y no hubiese dado el escandaloso ejemplo de aliarse con los turcos para conculcar la ambicion de un rival de su rey en las pretensiones al imperio de Alemania ! Mas al propio tiempo que esa alianza hizo mirar á Francisco I como un hombre sacrílego , le proporcionó un medio para mejorar la suerte de los cristianos que vivian en el territorio turco. En efecto , en 1535 hizo con Soliman el primer tratado concluido por la Francia , y en él se aseguró la libertad en el comercio y la libertad religiosa de los cristianos ; en 1604

Enrique IV lo renovó, adicionándolo todavía á favor de los mismos cristianos: en 1673 Luis XIV consiguió su ratificación y mejora; y Luis XV en 1740 alcanzó no sin grandes esfuerzos que de nuevo se ratificaran y adicionasen todos los anteriores. Esos tratados en suma tuvieron por objeto que los embajadores, cónsules, intérpretes, negociantes y otros vasallos de la Francia fuesen protegidos y mantenidos en absoluta quietud y tranquilidad todo el tiempo durante el cual morasen dentro de los límites del territorio otomano. Mas como los fieles de otras naciones que no habían hecho tratados con la Turquía, no pudiesen residir ni atravesar el país de los turcos sin grande riesgo de sus vidas, puesto que les estaba espresamente vedado, solian acojerse bajo la bandera de la Francia. Esto sin embargo ofrecia ocasion á dudas é interpretaciones, que la política de los sultanes resolvía en beneficio propio, por lo cual á solicitud de los reyes dichos se aclararon tambien estos puntos, y se convino en que todas las naciones cristianas y enemigas de la Turquía, que estuviesen en paz con el rey de Francia, y cuyos naturales desearan visitar á Jerusalem, pudiesen ir y venir por dentro de los límites del estado turco, en la manera acostumbrada con toda libertad y seguridad, sin que nadie les causase ningun desorden ni pusiese impedimento, y que si en lo sucesivo conviniese conceder á dichas naciones libertad de comercio en el imperio turco, irian y vendrian bajo la bandera del rey de Francia, sin que pudiesen hacerlo bajo ninguna otra.

En esos mismos tratados se pactó que todos los religiosos que profesasen la religion cristiana, de cualquiera especie y nacion que fuesen, cuando se mantuviesen en los límites de su estado, no fueran turbados en el ejercicio de sus funciones en los pueblos del imperio turco, en donde se hallasen establecidos desde mucho tiempo. Se prometió seguridad absoluta para los religiosos de dentro y fuera de la ciudad de Jerusalem, de la iglesia del Santo Sepulcro, de los jesuitas y capuchinos de Gálata, de las iglesias francesas de Smirna, Seide, Alejandría, y de otras factorías, y últimamente se concedió á los cristianos permiso para reparar los edificios y reconstruir los arruinados, prohibiéndose á los cadís y demás oficiales turcos verificar las visitas y registros que estaban acostumbrados á menudear con gran frecuencia en dichas iglesias, molestando, tiranizando y exigiendo dinero á los religiosos.

Nuevos tratados se han concluido posteriormente entre la Turquía, la Francia y otras naciones, viniendo á reasumirse todos ellos en el principio capital de que los cristianos residentes en el territorio turco no serán molestados por los mahometanos, que podrán tener sus iglesias y sus sacerdotes, celebrar en ellas su culto, dedicarse al comercio, viajar en caravanas, ir y venir desde Europa, sin que por esto sean molestados ni vejados de modo alguno; y que en las plazas principales y en otras donde convengan los dos gobiernos podrá haber cónsules que protejan á sus compatriotas, y reclamen el auxilio de las autoridades turcas contra cualquier desman de los naturales.

En tal situacion, mas desahogada en unos tiempos que otros. pero siempre asegurada de una manera regular oficialmente, aunque peligrosa por causa del fanatismo musulman, se hallaban las cosas cuando el ódio mahometano, y otros móviles, cuya esposicion no es de este lugar, rompiendo todos los diques, burlándose de los tratados y dando rienda suelta á su cobarde ferocidad y á su inveterado encono, ha cometido las atrocidades de que acaba de ser víctima la Siria, y que parece alcanzarán á otros puestos de ese imperio. No es prudente aventurar una opinion acerca de cuál ha sido la causa determinante de ese inicuo desborde, y decimos determinante porque el rencor de los turcos hácia los cristianos es inestinguible, no se siente comprimido sino por el temor de la venganza, no le contiene las consideraciones sociales ni los principios del derecho de gentes que no conoce, y siempre está dispuesto á estallar con toda la violencia de que es capaz en un pueblo fanático y salvaje, necesitando solo un pretesto cualquiera por futil que parezca. Cual haya sido este en la catástrofe reciente no es fácil señalarlo, aunque no faltan bastantes indicios para formar en nuestro ánimo muy fundadas conjeturas.

Sin entrar en estas consideraciones que nos llevarian mas allá de lo que á la índole de esta obra compete, diremos sin embargo que mientras el imperio turco subsista en las condiciones en que hoy se encuentra, mientras se pertenezca á sí mismo viendo siempre sobre sí la amenaza y el peligro de pertenecer á otros, mientras luchen en su gobiernó elementos extranjeros que pugnan por hacerlo respectivamente propio, mientras sepa y vea que con mas ó menos cautela se pone en discusion su existencia, y hasta se le señala un término cercano, no puede haber seguridad ninguna para los cristianos que residen en su territorio. O hay que renunciar á las amenazas con que se le alarma todos los dias, ó es preciso llevarlas á ejecución, dando al través con un enemigo doméstico, que entró en Europa sin mas derecho que la fuerza, que la tuvo en perenne angustia durante siglos, y que hoy se venga en los europeos avecindados en Asia de las humillaciones por que le hacen pasar las potencias occidentales. No hay duda que es en Europa una planta exótica, y que no podrá nunca aclimatarse, porque su religion, sus leyes y sus costumbres se resisten invenciblemente á la civilizacion cristiana. Su existencia es casi un baldon para la Europa que no quiso acudir á los ruegos de Constantino XII, último emperador griego, que no comprendió que con dejar que Mahometo II penetrase en Constantinopla le abria la puerta de la cristiandad, y que desde cuatro siglos á esta parte sanciona con su aquiescencia la conquista de aquel osado caudillo. Los tratados con esa potencia siempre serán ineficaces para librar del inminente peligro de ser atrocemente sacrificados nuestros hermanos que moran en las playas del Asia menor.

Recientes son las pruebas de esta verdad terrible. La Europa acaba de ver que en varias ciudades y en muchos pueblos de Siria los cristianos han sido víc-

timas de los sectarios de Mahoma, los cuales, segun su costumbre, se han lanzado á todos los actos de la mas refinada barbarie, y del mas exaltado fanatismo. Tanto el anciano inerme, como el inocente niño, como el esforzado varon, como la cándida vírgen, la esposa y la madre, todos han perecido á manos de esos asesinos, ó han sido vendidos, ó esclavizados, habiendo las mujeres sufrido antes la deshonra que nunca mas puede lavarse. En los ministros de Dios se ha cebado aun con mayor saña el encono de esos caribes, de suerte que todas las naciones civilizadas han de llorar el sacrificio de algunos sacerdotes que han espiado con una muerte cruel el delito de ser fieles á la religion de que eran ministros; para colmo de desventuras, aunque por una razon muy lógica tratándose de turcos, las autoridades y el mismo ejército que debian defender á las víctimas contra los sacrificadores, se han puesto al lado de estos, y con su influjo, su ejemplo y sus armas han atizado esa atroz carnicería.

En la ciudad de Damasco muchos cristianos han hallado un asilo en la ciudadela, que desde los primeros momentos se propuso defender á todo trance el animoso Abd-el-Kader, aquel célebre caudillo de los argelinos, que con tanto denuedo y constancia tanta, sostuvo durante años contra la invasion de los franceses la independenciam de su patria. Gracias á los esfuerzos de ese generoso é influente mahometano se han salvado muchas víctimas, no sin que haya corrido graves riesgos por esos sentimientos de piedad, de que ha hecho público alarde. Esa ciudad famosa es la representada en la lámina que ha proporcionado asunto al artículo presente, y en ella se encuentra hoy con nuevas tropas Fuad-Bajá, que es el gefe mahometano enviado por el Sultan á fin de castigar las cometidas atrocidades. De pronto ha tenido que hacer rostro á las iras de sus correligionarios, y aun temer la insurreccion de sus soldados; mas si á pesar de tales contrariedades ha comenzado á cumplir el encargo que lleva, de esperar es que lo llevará á satisfaccion completa, así por voluntad propia, como por temor al gefe del imperio, y aun mas, estrechado por las enérgicas reclamaciones de los embajadores europeos. Administrando justicia con la celeridad propia de esos hombres semi-bárbaros, muchos vecinos de Damasco y no pocos soldados han pagado con la vida su delito: y el bajá de Damasco y el mismo gefe de la guarnicion que se encontraban en la ciudad en los primeros momentos de la catástrofe, van á ser juzgados, y es muy posible que caigan sus cabezas en el mismo lugar en donde sancionaron con su presencia, si es que no tomaron parte activa en la comision de tan repugnantes delitos. Estas medidas que el Sultan ha tomado mas que por impulso propio cediendo á la presión y á las amenazas de los Estados cristianos no bastan de modo alguno para asegurar la vida de los fieles que residen en otros puntos del imperio en todos los cuales se notan síntomas de tumultos populares dirigidos á sacrificar á los cristianos. Las ejecuciones de Damasco que castigan los crímenes cometidos quizás serán el botafuego de otros mas horrendos.

Tampoco para correr al auxilio de las víctimas y al castigo de los asesinos, ha sabido ponerse de acuerdo la desatentada Europa, porque en medio de las protestas de amistad que cada día se dirigen sus naciones, y de sus repetidos deseos de conservar la paz que nos dicen disfrutamos, es preciso confesar que esas protestas y esos deseos son en muchas ocasiones una triste mentira; y la paz que tanto se pregona, es una paz armada y recelosa, muy próxima ó muy parecida al menos á la guerra. La rivalidad, los celos, la desconfianza, el temor de mucha prepotencia de un Estado respecto de todos los demás, han sido las causas de que solo partieron á Siria seis mil franceses, número que indudablemente deberá aumentarse, si ha de significar alguna cosa, y ha de impedir los males que á los cristianos amenazan en casi todo el imperio turco.

La Europa está convencida de que los turcos deben ser encerrados en Asia, y de que por consiguiente han de abandonar la Turquía europea, y aun quizás la Siria y Palestina; pero las mismas naciones que en esto están de acuerdo aunque sin tener la franqueza de decírselo, no saben de qué manera llevar á ejecución este plan de suerte que no produzca un rompimiento y una guerra entre ellos. Triste condicion la de Europa, cuyas mas importantes naciones movidas por rivalidades y miserables envidias, afectan intereses que no tienen, y ponen continuo esmero en ocultar los que verdaderamente las mueven. ¡Y esto pasa por esquisidad diplomática! ¡Quiera Dios que esto no cause la desgracia de todas ellas!

La lámina, segun decíamos, representa la ciudad de Damasco, una de las principales de Siria, sede en otro tiempo del califato, punto de reunion de numerosas y ricas caravanas, y lugar de grande comercio con muchas otras de diferentes naciones. Por el brevísimo resumen que de su historia hemos escrito, bien se ven las terribles vicisitudes por que ha pasado, y la grandísima importancia que ha tenido en todos tiempos. Las catástrofes de que en ella han sido víctimas en diferentes épocas los cristianos le ha dado una celebridad lamentable, y si la Europa no resuelve muy pronto el problema de la existencia del imperio turco, todos los siglos presenciarán y derramarán lágrimas por catástrofes de la misma naturaleza.

Juan Cortada.

G^o DE MUNICH. P. 56



Malice
Mischievous! Der Muthwillen!
Pizkora

MALICIA.

(CUADRO DE V. ROTARI.)

I.

El cuadro de Rotari revela un genio tan rico de gracia como de travesura, y es por sí un completo idilio. Los pensamientos que inspira aquella hermosa joven dormida, cuya cabeza encierra en sus contornos una distincion que contrasta con su sencillo traje, escita la sonrisa que solo saben arrancar de los labios las escenas de delicado chiste que no dejenera en caricatura.

La malicia del mancebo nos explica además que si su corazon siente amor hácia la hermosa dormida, no es su pasion el sentimiento profundo del que ama con timidez ó es devorado por los celos, y mas bien su broma revela el cariño de un hermano travieso ó el afecto de un amigo.

No aspiramos á la necia pretension de dar á los personajes de Rotari la significacion que tal vez tenia el pintor representada en su mente al tomar los pinceles; pero nos permitiremos crear sobre ellos un sencillo drama en que lucha un amor secreto con la indiferencia del ser que lo ha inspirado, formando uno de esos estados misteriosos de la mujer al despertar del sueño de la niñez para sentir en el corazon el soplo ardiente del primer amor.

La juventud, como la primavera, es para la mujer una época de despertar hermoso, es una aurora llena de luz y de perfumes, de verdor y de frescura, de alegría y esperanzas; y cuando su corazon se abre al amor, lanza el primer aroma como la flor cuando despliega su corola para dar su tesoro de esencias.

II.

Cerca de la ciudad de Friburgo, en el gran ducado de Hesse, principian las vertientes de las cordilleras donde nace el Necker que va á desaguar en el Rhin despues de cruzar valles pintorescos, ora saltando como un caballo desbocado tajados peñascos y convirtiéndose en azulada espuma, ora parándose en las vegas donde forma anchos lagos de color verdoso que reflejan los montes cubiertos de espesa cabellera de pinos y abetos.

En las faldas occidentales de esta cordillera, que va subiendo como un anfiteatro hasta confundirse en los nevados montes donde nace el Danubio, se ven esparcidas, como rebaño en un inmenso prado, aldeas de blancas casas cuyos moradores se dedican al comercio de la madera. Durante los meses de otoño, y antes que la nieve tienda su frio sudario, suben á los escabrosos riscos donde el pino cae herido por el hacha, y tiros de bueyes bajan lentamente los troncos por sendas abiertas sobre los precipicios hasta llegar al Necker, desde donde, unidos por cuerdas de mimbres, descienden al Rhin despues de saltar sobre espumosas cataratas.

Una de las aldeas cercanas á Friburgo, la de Warschal, se distingue de las demas por los estensos prados que la cercan, por la blancura de sus casas y por el risueño aspecto de sus moradores. La mayor parte de ellos pasan su vida en el monte, y la riqueza que les produce la madera se aumenta con sus ricos pastos, pues en tanto que los hombres hacen guerra á los pinos del bosque ó navegan sobre las almadias hasta Maguncia, hasta Colonia y á veces hasta el Occéano, sus esposas y sus hijas cuidan de las ovejas y vacas que pacen en sus prados.

Eran las diez de la mañana, espiraba el mes de junio y hacia un tiempo magnífico. La brisa soplaba sin descanso, pero acariciadora y suave como un hálito de verano, y todos los habitantes de Warschal se apresuraban á aspirarla por todos sus poros y todas sus ventanas, porque al pasar al través de los árboles de los prados matizados de flores, habia tenido el cuidado de robar sus perfumes antes de ir á dar los buenos dias á los moradores de la aldea. Las golondrinas, regocijadas al volver á aquel valle tan lleno de frescas alamedas y de cristalinos arroyos, volaban en anchos círculos desde el antiguo campanario hasta el musgoso torreón de un castillo cuyas ruinas se alzaban sobre una colina vestida de musgo, y se embriagaban al cruzar el sereno firmamento con las emanaciones del valle y con los rayos del sol que daba un matiz de oro á los prados que principiaban á agostarse.

Si el sol y el verano traen la alegría y son bien recibidos en las regiones donde el invierno impera durante ocho meses, aunque es mezquino aumento de bienestar para el rico, es un tesoro para el pobre, porque la luz, el calor y los

perfumes transforman sus chozas en palacios de esplendente brillo y , en ricos mantos sus harapos.

La plaza de Warschal forma un cuadro , uno de cuyos lados ocupa la vieja iglesia gótica con su atrio ojival adornado de estatuas de piedra , y en el centro se alza una fuente de rústico aspecto , pero en cuyo inmenso receptáculo de piedra arrojan borbotones de agua cristalina cuatro tubos de hierro. No lejos de la fuente se veía , en la época en que principia nuestro relato , una casa de modesta apariencia , pero tan blanca y tan bien aseada , que podía asegurarse por su exterior alegre que los que en ella habitaban eran felices y estaban contentos con su suerte. Solo tenía dos ventanas , pero una de ellas estaba convertida en un jardín en miniatura , cuidado sin duda por alguna mano protectora de las flores. Crecían estas en un cajón de pino lleno de tierra , y sus hojas formaban un cortinaje tan espeso de verdor matizado de colores , que difícilmente la mirada más escrudñadora hubiera visto en la estancia una jóven que , reclinada en la ventana , dirigía sus ojos con afán hácia la calle que terminaba en la plaza.

Al través de las flores se distinguía apenas su rostro cándido y hermoso ; pero cualquiera que hubiese visto sus facciones distinguidas , su ancha y serena frente , sus cabellos adornados con una flor , sus labios delicados y amorosos y sus rasgados ojos que miraban con dulce melancolía , hubiese dicho que no era la aldeana María con su jubón de lana , su saya de algodón y sus brazos descubiertos , sino una dama de elevada alcurnia que debía ostentar rico trage. María era bella como las flores de los prados de Warschal , y como ellas guardaba sus colores y sus perfumes para ostentarlas á la luz radiante del sol , en vez de marchitarlos en la pesada atmósfera de los salones.

Dió al nacer muerte á su madre y creció al lado de su anciana nodriza que la amaba como si la hubiera dado el ser , y que se complacía en ver en ella cada día un nuevo encanto de hermosura y de talento. Su padre , hombre de corazón duro , y que había adquirido una fortuna considerable prestando á los aldeanos cuando en sus desgracias se veían obligados á recurrir al viejo avaro , la amaba más que á su tesoro , que es cuanto puede decirse para ponderar su cariño , y al mirar el rostro puro é inocente de María , su alma recibía como una emanación que le regeneraba , inspirándole nobles sentimientos. Si alguna vez puso una moneda en la mano del mendigo , que desconfiado imploraba su piedad , fué únicamente al separarse de María y acabar de besar su graciosa frente : aquel beso era como un rayo divino que ahuyentaba de su corazón empedernido los mezquinos instintos que en él dominaban como las sombras en una noche sin luna.

María exhaló un suspiro al lanzar por última vez su mirada ansiosa á la plaza , y apoyó su hermosa frente en su mano , quedando sumida en meditación profunda y llena de melancolía.

Entró entonces en la estancia una anciana que se sonrió al ver á María , y mo-

vió la cabeza cual si tratara de espresar que adivinaba el secreto de la tristeza de su hija, porque era Marta su nodriza, ó mas bien, su madre cariñosa.

Se acercó Marta lentamente, tocó suavemente en el hombro á María que se estremeció como si se despertára de un sueño inquieto, y le dijo sonriéndose:

—Niña que ayer jugaba y reía, corriendo al través de los campos tan alegre como esas golondrinas que vuelan por el cielo azul lanzando alegres chillidos, y que hoy, triste y cabizbaja, vela en vez de dormir, medita en vez de cantar, y arroja lágrimas sin motivo, ¿sabes lo que tiene? Está enferma ó ama.

—Sí, madre, estoy enferma, dijo María rompiendo en llanto. No sé lo que pasa por mí; siento una pena que roba mi sueño, y lloraria á cada instante sin saber porqué, pues las lágrimas acuden á pesar mio á mis ojos.

—Tienes diez y seis años, dijo Marta sonriendo, y en esa edad, primavera risueña de mi vida, sentí como tú la pena que no aciertas á esplicarte. Hija mia, tu enfermedad puede curarse fácilmente, aunque está en el alma, y con la curacion se trocará en el mas grato placer.

—¡Ah! madre, mi pena me matará.

Marta se rió de María, y sentándose á su lado, le dijo:

—Voy á contarte una historia que es la tuya; es una cancion que aprendí cuando mi esposo, á quien lloro hace veinte años y que me espera en el cielo, me enseñó cuando empezó á galantearme. Oye.

Y la anciana recitó los versos siguientes con una tonada monótona y con voz balbuciente:

Orillas llora una niña
De arroyo murmurador,
Y á sus ondás cristalinas
Contando está su afliccion.
Quince abrilés tiene apenas,
Y ya las rosas ajó
De sus mejillas el llanto
Que exhala del corazon,
Las aves desde los árboles
Entonan trinos de amor,
Y parece que consuelan
De la niña la afliccion.
Y todo en torno sonrie,
Las nubes, el cielo, el sol,
Las flores con sus aromas
Y el viento con su rumor;
Y solo la niña llora
En triste meditacion.
Su madre bajó al arroyo,
Y llorando la encontró,
Y le preguntó amorosa
La causa de su afliccion.

—Madre, no sé lo que siento.
Mas me muero de dolor.
¿Qué puede ser mi tormento?
—¿Qué ha de ser, niña? Es amor.

—Yo no sé lo que en mí pasa
Que no puedo respirar,
Que mi corazon se abrasa
Y no ceso de llorar.

—Desahoga tu lamento
Y riendas dá á ese dolor,
Que no es eterno tormento
El tormento del amor.

—Mas si consuelo no alcanza
La pena que me devora,
Apagando mi esperanza,
Me matará á mí traidora.

—Tu insensato pensamiento,
Risa me dá, no dolor

—¿Sufristeis vos mi tormento?
—¿Quién no tuvo nunca amor?

—¿Y creéis, pues, que vivir
Se pueda con su agonía?
Madre mía, madre mía,
Creedlo, voy á morir.

—Hija, á tu edad un momento
Dura solo ese dolor.
—Pero yo morir me siento...

—Nadie se muere de amor.

Tambien cual tú ciega amé
Cuando tus años tenia,
Y lágrimas derramé;
Pero vivo aun, hija mía.

Trocóse en risa el lamento
Y en alegría el dolor,
Y nunca llegó el momento
De que muriera de amor.

Las mejillas de María se tiñeron de vivo carmin al ver que Marta habia sorprendido su secreto; pero la nodriza se apresuró á romper el silencio que habia seguido á su cancion, diciendo:

—¿Ha vuelto ya?

—¿Quién?

—¿No recuerdas que hace dos meses vino á despedirse un gallardo mozo que partia á llevar al Rhin las almadias? Los rios habian recibido el refuerzo que les envian las brisas de mayo derritiendo las nieves de los montes, y los maderistas se embarcaron en sus naves formadas por troncos de pino atadas con juncos y mimbres. Débiles naves en verdad que arrojan todos los años á algunos de los que las guian en el Rhin impetuoso; pero Franz...

María se estremeció al oír este nombre.

—¿Adiviné? dijo Marta sonriéndose y poniéndose el índice sobre sus labios.

—¿Por qué no he de confesarlo, madre? Si es amor la pena que sentí cuando le ví partir; si es amor el tener su imágen eternamente delante de mis ojos estando despierta y en medio de mis sueños; si es amor esta ansiedad que me devora mezclando la inquietud en todo lo que antes era mi alegría; si es de amor, en fin, este llanto que vierto, siendo así que nada me falta y que tanto mi padre como vos accedeis hasta á mis caprichos; yo amo á Franz, porque por él peno, por él estoy inquieta, por él lloro y en él pienso noche y dia.

Y María se arrojó á los brazos de Marta que la acarició como á una niña.

—Eso es grave, dijo la anciana cesando de sonreír, y es forzoso que hable á tu padre.

—¡Oh! no.... no se lo digais; me moriria de vergüenza.

—¿Por qué?

—Porque lo que os digo á vos me parece que me lo digo á mí misma, pero con él es diferente. Además Franz no es rico, y mi padre me ha dicho mil veces que tiene dinero suficiente para casarme con quien pueda llevarme á Friburgo á brillar entre las damas mas encumbradas.

—¿Qué importa? Si él te ama....

— ¿Y si no me amase?

— ¡Imposible! ¿Quién puede verte sin amarte?

— ¿Me prometeis que no direis nada á mi padre?

— Te prometo que haré tu felicidad.

Marta salió dejando á María abismada en su meditacion.

Cansada de mirar en vano á la plaza donde no aparecia su deseado Franz, á quien no habia visto hacia dos meses, que le parecian dos siglos, tomó un libro de devocion y se puso á leer para distraerse; pero sus ojos, en vez de las oraciones, solo encontraban palabras cariñosas que su mente soñaba y creia escritas por la mano de Franz. El sueño empezó á doblar sus párpados, y se durmió para soñar que Franz la decia que la amaba, que su padre accedia á su enlace, y que su amante la llevaba á la iglesia donde se juraban delante de Dios un amor eterno.

Sumida se hallaba en tan deleitoso sueño cuando entró de puntillas un jóven que se sonreia, y llevaba en la mano una espiga que habia arrancado en un campo al entrar en la aldea. Al verla dormida se acercó lentamente, y tocó con la amarilla espiga los labios de María. Esta soñaba entonces que Franz le juraba su amor, y murmuró sonriendo:

— Tambien yo te juro amarte hasta la muerte.

Despertó entonces, vió á Franz á su lado que se reia á carcajadas, y lanzando un grito, huyó con las mejillas teñidas con las rosas del pudor y de la alegría.

Franz, que habia sido su compañero de infancia y la amaba con ese afecto puro en que no toma parte ningun deseo, corrió tras ella y la abrazó por la cintura, diciéndola:

— ¿Huyes de mí despues de tan larga ausencia?

Y tenia cogida aun por la cintura á María, cuando apareció en la puerta del aposento un anciano de rostro pálido, surcado de hondas arrugas y cuyas facciones hubieran parecido las de un cadáver á no ser por el brillo que lanzaban sus ojillos pardos, casi envueltos en pobladas cejas canosas, que se arrugaron al ver el gracioso grupo que formaban los dos jóvenes. Era el viejo avaro, el padre de María.

Su presencia turbó la alegría de Franz, y Hermann, que así se llamaba el viejo, mandó á María con una mirada severa que se retirase, y cuando estuvieron solos Franz y Hermann, dijo este al jóven:

— María no es una niña, Franz, y desde hoy dejarás de venir á esta casa. Sé cuales son tus proyectos, pues Marta me acaba de contar tu plan de seduccion; pero adivino á donde te dirijes, y te advierto que no eres bastante ladino para lograr tu intento.

Franz no comprendió el sentido de las palabras del viejo, y despues de pensar la respuesta que diria, se encogió de hombros y dijo:

— Sois dueño de recibir en vuestra casa á quien os acomode , y no tendreis necesidad de hacerme esa advertencia dos veces.

Y salió del aposento dejando á Hermann sorprendido.

— Ó es muy astuto , dijo el anciano , ó está muy confiado en el amor de María. Creí que opondria mayor resistencia.

María entró bañada en lágrimas , porque habia oido la brusca despedida de Franz , y arrojándose á los piés de su padre , exclamó :

— No quereis á vuestra hija , pues la matais con vuestra crueldad.

Y vencida por el exceso del dolor , cayó desmayada en los brazos del anciano.

III

Habian trascurrido ocho dias.

María , cansada de llorar , se agostaba como las flores de su ventana , pues la mano de su jardinera no se cuidaba ya de regarlas , y el dolor la postró en el lecho presa de una fiebre que la hacia delirar y minaba su existencia.

Marta no se separaba un momento de la cabecera , contando las pulsaciones de su querida enferma , prodigándola consuelos como la madre mas cariñosa y halagándola con la esperanza de un porvenir venturoso.

— ¿ No veis , madre , como no vuelve ? Creí que me amaba , pero el engaño ha sido muy cruel. ¿ Qué importa que mi padre le haya prohibido que venga ? ¿ No estais aquí acaso para velar en tanto que él entrara á verme para espiar la vuelta de mi padre ? ¡ Ah ! deciais que nadie se muere de amor.... ¿ Recordais la historia que me contasteis el dia que vino Franz ?

Desahoga tu lamento
Y riendas da á ese dolor ,
Que no es eterno tormento
El tormento del amor .

Así deciais , y sin embargo , ya veis como miente vuestra cancion porque amo á Franz , y el amor me mata.

— ¿ Y sabe acaso Franz que le amas ? dijo Marta. Se cree tan inferior á tí , que hoy mismo me ha dicho.....

— ¿ Le habeis visto ? ¿ le habeis hablado ? dijo María interrumpiendo á su nodriza é incorporándose precipitadamente en el lecho.

Marta la obligó con cariño á que volviera á acostarse , y le contestó :

— Le he visto y me ha preguntado por tí. Sabe que estás enferma y me ha confesado que no hay alegría para él desde que no puede ver á la que estaba acostumbrado desde niño á mirar como una hermana.

— ¿ Estaba triste ?

— Y enfermo del corazón. Franz te ama, pero ni siquiera se atreve á confesárselo á sí propio. Parte hoy á la selva de donde bajará todas las noches tan solo para preguntar por tí. Y lo siento, porque tu padre se va hoy de la aldea y podrías ver á tu Franz.

— ¿Pero no estará mi padre esta noche?

— Sí; va á comprar la remesa de maderas que se prepara para el nuevo viaje al Rhin y volverá por la noche.

Hermann entró entonces á estampar un beso en la frente de María antes de partir.

— Este hombre está ciego, dijo Marta al verle salir; no repara en que su hija se muere, y que es él quien la mata.

El calor fué excesivo aquel día, y las cigarras cantaban en los prados mientras que el sol lanzaba sus rayos, sin que la brisa mas suave moviese las hojas de los árboles. El sol iba á ocultarse en los altos montes, cuando asomó por el lado de la selva Negra un nubarrón de color azulado que lentamente fué cubriendo todo el valle. Oyóse entonces un sordo mugido que apenas podia distinguirse del rumor del torrente que baja despeñándose de una ladera cercana á la aldea, y algunos momentos despues brilló un relámpago seguido de un trueno ronco que las quebradas y las selvas repitieron con sus cien ecos. Desatóse un viento impetuoso que agitó todos los árboles de la selva, haciéndoles inclinar sus copas como un campo de espigas que se doblegan al soplo de la brisa, y anchas gotas cayeron, haciendo exhalar á la tierra ese olor agradable que produce al humedecerla la lluvia.

Un anciano bajaba de la selva montado en un escuálido caballo, que apenas podia abrirse paso entre los troncos de árboles amontonados en la tortuosa senda que seguia el curso del torrente y estaba practicada sobre el abismo. Era Hermann que volvia á la aldea.

La tempestad tendió sus sombras y se confundieron los montes, las quebradas y los valles. El huracan arrebatava las hojas secas, y los relámpagos brillaban casi sin interrupcion entre el estruendo del trueno que bramaba, dejando breves intervalos de silencio en lo que se oian voces lejanas, el silbido del viento y el sordo clamor del torrente. Este habia aumentado sus aguas, que bajaban impetuosas y con color rojizo, arrastrando ramas y troncos de pino que habia arrebatado de sus orillas en la selva.

Hermann espoleaba su caballo que se encabritaba al brillar el relámpago, y cuando llegó á la falda de la colina, desde donde se descubre la aldea de Warschal y se creyó salvado, vió que el puente de madera que cruzaba á la opuesta ladera, y debajo del cual bajaba el torrente, empezaba á cubrirse con las aguas impetuosas y crugia como una nave azotada por la tormenta. El caballo se negó á pisar aquellos troncos que vacilaban al choque del agua, y Hermann se vió

precisado á desmontar para pasar sobre el torrente que crecía como una marea y saltaba sobre el puente bramando de ira, cual si su orgullo se ofendiera de que tan débil dique se resistiese de su impetuoso empuje.

Hermann llegó hasta la mitad del puente, y tropezó arrastrado por un impulso vigoroso. El caballo, conociendo por su instinto el peligro á que se esponía, había retrocedido, rompiendo las riendas que sujetaban las manos de Hermann. Bajó entonces una inmensa oleada que hizo desaparecer el puente, y el anciano fué arrebatado por las aguas....

Oyóse entonces un grito de angustia, y un aldeano se arrojó al torrente al ver caer á Hermann.

Era Franz que bajaba también de la selva, como había prometido á Marta, para saber noticias de María, y que, mas afortunado que Hermann, había cruzado el puente antes que lo inundaran las aguas del torrente ensoberbecido por la tempestad.

El cuerpo del anciano apareció sobre las aguas á veinte pasos mas abajo del puente, donde se estiende como un manso lago por un angosto valle, y pocos momentos despues se vió á Franz azotando con sus manos las aguas y acercándose al anciano á quien asió del vestido y arrastró hasta la orilla luchando con la impetuosa corriente.

Hermann estaba inmóvil y parecía un cadáver; pero su corazón latía aun bajo la mano de Franz.

IV.

La tempestad se alejaba por las orillas del Necker hácia las llanuras, y por entre las nubes desgajadas aparecía la luna, cuya luz blanquecina, al reflejarse en las gotas de agua que colgaban de los árboles, las convertía en diamantes. Bramaba el torrente, y á intervalos se oía aun el rumor del trueno lejano.

Marta se había arrodillado cerca de la cama de María y oraba. María la acompañaba en sus oraciones; pero al implorar á Dios por su padre, mezclaba con su nombre el de Franz.

De pronto se oyó en la calle una voz que hizo estremecer á María. ¿Era ilusión? No: Franz pronunciaba su nombre y el de Marta.

Ella se apresuró á salir á la puerta de la casa, y lanzó un grito al ver á su viejo amo sostenido por Franz, y empapados ambos de agua.

Entraron en el aposento de María, y Hermann se sentó casi sin aliento en un sillón de cuero que se apresuró á traerle la solícita Marta.

— ¿Qué ha sucedido, señor? preguntó esta con ansiedad.

— ¿Qué teneis, padre? dijo María lanzando una mirada de asombro á Franz que permanecía en pié al lado de Hermann, silencioso y turbado.

— Hija mia , dijo el anciano , da las gracias á Franz que ha salvado esta noche la vida á tu padre.

Hermann contó entonces el peligro de muerte de que acababa de salvarle el jóven maderista , y cogiendo la mano á Franz , le dijo :

— Eres pobre pero honrado , y tu accion merece una recompensa. ¿ Qué deseas ? Pide.

Franz respondió en tanto que María le miraba con inquietud :

— Que me restituyais vuestra amistad.

— ¿ Nada mas ? preguntó el anciano. Mi amistad es tuya hace mucho tiempo.

— Nada mas , respondió Franz.

Marta se acercó entonces al jóven , y llevándole hasta el lecho de María , cuyas mejillas habian recobrado sus colores en medio de su rubor , le dijo :

— Ya que has salvado al padre , salva á la hija.

— ¿ Qué decís , señora Marta ? preguntó Franz mirando á María que se habia tapado el rostro con las manos.

— Que eres tú la causa de su enfermedad , y puedes curarla.

— ¡ Yo ! exclamó el jóven con asombro.

— Sí , dijo Marta. ¿ No ves que su enfermedad es amor ?

— ¡ Me ama María ! gritó Franz con acento apasionado. ¿ Cómo habia de aspirar á tanta dicha ?

El anciano volvió entonces á preguntar á Franz :

— ¿ Nada mas me pides ?

— Señor , respondió Franz ; lo que os pediria es un tesoro que no merezco.

— Habla.....

— ¡ Qué me deis por esposa á vuestra hija !

El anciano se sonrió y le dijo :

— Algo caro es el precio que impones á tu favor , pero accedo. Advierte , sin embargo , que soy pobre , muy pobre , y que María no tiene dote.

— ¿ Qué me importa ? dijo Franz. ¿ No soy jóven y robusto ? Trabajaré para ella.

Marta dió con el pié en el pavimento con despecho exclamando para sí :

— ¡ Viejo avaro ! ¡ Qué no tiene dote su hija ! Pero que se casen los muchachos , qué despues.... No se llevará su oro al sepulcro.

La curacion de María hizo tan portentosos progresos desde aquella noche , que quince dias despues daba su mano á Franz , y estaba ya radiante de salud y de hermosura.

Se celebró la boda de Franz y de María con júbilo , y lo que parecerá tal vez fabuloso en una aldea donde reinaba la envidia y habia muchas doncellas

casaderas , ninguna se atrevió á decir que el novio no era un buen mozo y la novia un portento de virtud y de belleza.

Marta dijo al volver de la iglesia á María :

- ¿ Dudas aun de la verdad de mi historia ? ¿ Mata el amor ?
- No , madre , respondió María con el rostro alborozado.

Gregorio Amado Larrosa



G. DE MUNICH P. 5

Le Martinet
The Smithy
Hammermill
in the Valley
in the Mountains
in the Forest

EL MOLINO.

(CUADRO DE EZDORF.)

Por los años de 1266 la guerra civil paseaba triunfante su ensangrentado pendon por los llanos y montañas de la Suecia.

Waldemaro , que tenia solo veinte y cuatro años , y que era el jóven mas hermoso de su tiempo , segun dicen las crónicas , habia sido proclamado rey de Suecia , casándose con Sofia , princesa de Dinamarca. Esta reina , de un carácter orgulloso y burlon , fué la verdadera causa de la desunion que muy luego sobrevino entre Waldemaro y sus hermanos , que eran el duque Magnus y Erék.

Un dia llegó á la corte de Suecia una mujer llamada Jutta , hermana de la reina y *hermosa como un ángel del cielo* , siempre segun las crónicas. Salia de un convento y el rey se enamoró de ella perdidamente. De estas relaciones ilícitas nació un hijo.

Waldemaro por semejante adulterio se degradó á los ojos del pueblo y ocasionó lamentos y quejas del clero , hasta el punto de verse precisado á emprender una peregrinacion á Roma para hacerse absolver.

Durante su ausencia, el duque de Magnus quedó como regente del reino, y á la vuelta del rey se negó á entregarle el gobierno , porque ya se habia asegurado con la alianza del rey de Dinamarca.

La guerra estalló cruel y despiadada.

Waldemaro sufrió una derrota cuando marchaba sobre la capital y retiróse hácia las sierras de Nikelping.

El dia mismo que llegó á este pueblo , un caballero armado de todas armas salió precipitadamente de su recinto á la caída de la tarde , lanzándose hácia el bosque y llevando montada á la grupa de su caballo una jóven de encantadora

belleza. Llegó al pié de un monte por entre cuyas quebradas se desprende un caudaloso rio, allí ató á un árbol su caballo, tomó á la jóven en sus brazos, subió por un sendero poco conocido, llegó al punto de la montaña que buscaba y se acercó á una roca inmensa, por cuyos piés pasaban murmurantes las aguas del rio y que ofrecia la entrada de una gruta natural por el lado norte. Dejó allí á su bella, la tranquilizó con algunas espresiones de consuelo, se alejó en seguida, volvió á montar en su caballo y regresó á galope al llano para tomar parte en la nueva batalla que se preparaba.

Este caballero se llamaba Renato, pertenecia en cuerpo y alma al partido del duque Magnus, y era el modelo de los caballeros suecos de su época por su arrogante figura, su valor, su cortesía y escelentes prendas. Enamorado perdidamente de una bella campesina del país de Nikoeping y temiendo que en su retirada las tropas de Waldemaro pasasen á saqueo el pueblo de su querida, acudió presuroso á ponerla en seguridad antes que llegasen al pueblo.

Por esto se le vió aquella tarde cruzar el valle con su Delia en los brazos, no abandonando su preciosa carga hasta que pudo dejarla en parte segura.

La noche no habia aun tendido sobre la tierra su velo de sombras cuando ya las tropas de Waldemaro estaban apoderadas de Nikoeping y habian entregado á las llamas varias casas. Los habitantes, sorprendidos y asustados, huian en todas direcciones, abandonando sus moradas y hogares.

En estos momentos de confusion es cuando se presentó Renato. Dió prontamente las órdenes convenientes, y en seguida, poniéndose al frente de una porcion de hombres decididos, marchó resueltamente contra el enemigo para arrojarle del pueblo.

Los restos del ejército de Waldemaro se defendieron vigorosamente y por tres distintas veces rechazaron á los que le atacaban, pero el número de partidarios de Magnus iba cada vez en aumento, y Waldemaro dió la órden de retirada. Entonces fué cuando Renato y los suyos se arrojaron como leones sobre el enemigo haciendo en sus filas una espantosa carnicería.

El sitio donde tuvo lugar esta batalla conserva todavía el nombre de *cementerio de Waldemaro*, por la mucha gente de este rey que allí murió.

Renato, luego que hubo alcanzado la victoria, luego que hubo visto huir desbandados á los de Waldemaro, no cuidó de otra cosa sino de regresar al sitio donde habia dejado á su amante. Dábase prisa en llegar, pero ¡ay! ¿quién es el que puede contar mucho tiempo con la dicha?

Delia, respetada con el tumulto de la batalla y con los numerosos incendios que la noche hacia aparecer mas terribles aun, se habia hincado de rodillas para suplicar al cielo que protegiérase á sus padres y conservara los dias de su valiente caballero. Mientras que permanecia de hinojos, y con las manos plegadas, una víbora saliendo furtivamente de debajo de una roca, se enroscó á su pierna y la

mordió. La infeliz lanzó un grito de dolor y cayó desmayada. El veneno corrosivo del reptil no tardó en dar muerte á la desdichada jóven.

¡ Cuál no fué la sorpresa del caballero Renato al encontrar á Delia muerta sobre la roca ! Se entregó á la desesperacion y al dolor , pero dominando sus sentimientos , abrió allí mismo con sus propias manos una huesa y en ella depositó el exánime cuerpo de la mujer á quien tanto habia amado. Desde aquel dia cada noche , constantemente , iba Renato á regar con sus lágrimas el sepulcro de su Delia , á sentarse junto á la roca sobre la cual su amada habia exhalado el último suspiro mientras que por él rogaba al cielo.

Allí su alma ardiente , exaltada por la pasion y por el infortunio , se entregaba á sombríos delirios , y la fiebre , dando á sus preocupaciones todas las apariencias de la realidad , le hacia ver á Delia entre las nubes. Entonces le dirigia cariñosamente la palabra, como si en efecto estuviese junto á ella ; suplicaba al cielo que le devolviese su amada ; gritaba y se desesperaba como un loco ó un delirante. Pasaba así las noches enteras entre lamentos y quejas y nunca abandonaba aquellos lugares antes de aparecer el primer rayo matinal. Un año entero trascurrió viendo cada noche á Renato al pié de su sepulcro.

Llegó el otoño.

Un dia , cediendo á la dulce influencia del aire embalsamado de la noche , se habia entregado á delirios mucho mas profundos aun que de costumbre. El silencio de aquellos sitios estaba en armonía con la oscuridad. De pronto , cambió el tiempo , se amontonaron las nubes bajo la bóveda azulada , el huracan dejó oír sus majestuosos gemidos , y el bosque con sus murmullos pareció responder al himno que suspiraba el cielo.

Este sublime espectáculo despertó en el alma de Renato sus recuerdos de amor y sus visiones. Creyó oír una melodía estraña en torno suyo , y entonces , entregándose por completo al desvarío de sus habituales ideas , exclamó en voz alta :

— Delia , cruel amiga , ¿ eres tú la que vagas en torno mio sin ofrecerte á mis miradas ?.... ¿ sin estrechar cariñosamente mi mano con la tuya ?.... ¿ sin que te dignes hacerme oír tu dulce voz ?... Verdad es que soy causa de tu muerte ; pero dime , ¿ acaso no he espiado ya mi falta involuntaria ? ¡ por qué no he de haber concluido mis dias en el campo de batalla ! Al menos ahora estaríamos unidos. Sin tí la vida me es insoportable. ¡ Ten piedad de mí ! Vuelve , y concluya de una vez mi dolor con mi existencia !

Acababa apenas de pronunciar estas palabras , cuando vió aparecer adelantándose hácia él un fantasma que nada por cierto tenia de terrible. No era la pobre Delia : era una de esas fantásticas heroínas de la selva de Nikoeping , de las que tanto hablan las leyendas de Suecia.

Pocas veces habia visto Renato un tipo de mujer tan acabado , una belleza

tan perfecta, una gracia mas atractiva y una mirada mas severa. Iba vestida como la antigua Velleda: sus piés y sus brazos desnudos; su trage, de un verde claro, caía en graciosos pliegues y estaba sembrado de rosas, violetas y tulipanes. Su talle era esbelto como el de una palma; su frente se mostraba ceñida por una simple corona de frescas flores de la selva.

Renato, deslumbrado ante tan repentina aparicion, quedó inmóvil y mudo de sorpresa. El fantasma, al hallarse cerca del caballero, pronunció estas palabras con una voz tan armoniosa como la brisa de la noche:

— ¿Por qué gemir eternamente y turbar con tan repetidos lamentos la silenciosa calma de mis rocas y mis selvas? ¿Por qué consumir tus hermosos dias en llamar á un ser ya de hoy mas invisible para tí? Delia no puede amarte ya, y yo vengo en su nombre á decirte que la olvides.

— ¡Olvidarla! contestó el entusiasta caballero. ¡Qué la tumba se abra para mí antes que yo olvide mis promesas y mi amada!

— La muerte de tu amada ha roto el lazo de vuestros juramentos. Eres ya libre, y no ignoras que el hombre que siente latir un corazon amante, debe tener en la tierra su compañera.

— El recuerdo de Delia basta á mi existencia.

— ¿Y si tu amor fuera necesario á la dicha de otra, podrias negárselo? ¿Sumergirias sin piedad en el dolor á una mujer que te amase verdaderamente? ¿Verias con ojos enjutos sus penas y sufrimientos?

El caballero, impresionado por la autoridad y dulzura de estas palabras, levantó sus ojos fijándolos en la amable aparicion y dijo con voz conmovida:

— No puedo amar á dos personas á un tiempo. ¿Quién hay en el mundo que pueda hacerme olvidar á aquella que la muerte me ha arrebatado y cuyo recuerdo vivirá en mí mientras aliente?

— Yo, replicó la aparicion con una encantadora sonrisa. Te conozco desde hace mucho tiempo, te he visto combatir y tu valor me ha encantado, tu carácter y tu lealtad me agradan, y no has nacido tú para soportar el yugo de una pasion vulgar y mezquina. Sin que olvides á Delia enteramente, bien puedes abrir tu alma á un afecto mas terrestre. Ama á la mujer que hoy se presenta á tu vista y que no se ha ofrecido jamás á los ojos de otro mortal.

— Pero ¿quién eres tú, misterioso ser que intentas darme consuelos?

— Soy la reina de esta selva: mi palacio es invisible y se halla entre el follaje: me llamo Nemorosa y tengo poder para hacer que ruja el huracan y destruya cuanto á su paso encuentre.

— ¡Oh! si tanto es tu poder, señora, haz que Delia vuelva á la vida. ¡Devuélvame mi compañera!

— El destino es irrevocable y te ha separado de ella para siempre.

— ¡Devuélvame á mi Delia! exclamó el caballero cruzando sus manos.

— Imposible.

— Permítame que la hable un solo instante.

— ¡ Imposible !

— Déjame al menos que la vea.

— Imposible.

— ¡ Oh ! ¡ verla ! ¡ no mas que verla !

— Imposible, imposible te digo.

Renato entonces, cediendo á un movimiento de desesperacion , llevó su crispada mano al pecho como si arrancarse quisiera el corazon.

La reina de la selva dió un paso hácia él y clavó en su rostro una mirada imperiosa y fiera :

— Y qué, dijo, y qué, mísero mortal, ¿ te atreves acaso á rechazar mi amor? Renato, tú eres el primer hombre á quien me he presentado, el primer mortal que me ha visto en esta forma. ¿ No temes provocar mi furia ? ¿ No he hecho ya bastante por tí dejando que tus ojos me contemplasen ? ¿ Ignoras acaso que la cólera es en mí mas furiosa que el huracan bramador y que mas que él causa estragos y muerte ? Témelo todo de mi rencor si con tu desden quieres herirme. Teme mi furia... mi desesperacion... mi locura. Teme... pero no! yo no sé lo que me digo ! no sé que hablo!.. Nó, no, Renato, yo te amo, te amo hace mucho tiempo y seria para mí la suprema felicidad el ser amada de tí. Renato, mi noble caballero, mírame con piedad, no rehuses una dicha que causaria celos á cuantos la conociesen. ¿ Tengo yo á tus ojos tan pocos encantos que no pueda merecer tu amor?

— ¡ Oh ! nó, no soy injusto, y digna eras, señora, de que se te ame con igual pasion. Pero ¡ perdon por mi franqueza ! hace un momento he querido estrechar tu mano en señal de gratitud y no he tocado mas que aire. Conozco que llegaria á amarte, bien por cierto lo mereces, señora; pero ¡ ay ! no eres mas que una vana ilusion, y...

— Soy una creacion aérea, es verdad; pero, ¿ soy acaso invisible ? ¿ No estoy á tu lado ? ¿ No oyes mi voz ? ¿ No fijas en mí tus ojos como pudieras hacer en los de una mortal cualquiera ? A mas, dime solo una palabra, una palabra de amor, y yo haré que los espíritus mis hermanos te reciban en su seno para que puedas venir á habitar como mi esposo y señor los palacios invisibles y llenos de maravillas en que tengo mi morada.

Renato empezó á vacilar, segun cuenta la leyenda, al llegar á este punto de la conversacion. Las miradas de Nemorosa, fijas en él, le seducian y fascinaban. Comenzó á sentirse impelido hácia ella por una atraccion casi irresistible. Estaba solo en el mundo y aquella mujer le prometia amor y ventura.

— Yo reemplazaré á Delia en tu corazon, continuó diciéndole la reina de la selva con voz cada vez mas dulce. Yo seré tu amiga, tu amante, tu esposa. Pro-

nuncia una palabra sola, y caeré á tus piés sumisa como una esclava y la eternidad retrocederá sus límites ante nuestro amor. Tanto he de amarte, mi noble caballero, que envidia y celos van á tener de mi cariño hasta las flores. Ven á partir conmigo el tálamo nupcial que en mi palacio de plata sostienen alados espíritus obedientes á mi voz, como unos pajes á la de su reina: ven á sentarte en el trono donde cobijarás tu frente bajo un dosel sembrado de verdaderas estrellas, arrancadas para mí á la bóveda celeste: ven á reinar sobre esa nacion de espíritus que me sirven como vasallos y te prestarán homenaje como á su rey y señor. ¡ Oh! ¿por qué tardas, amor mio? ¿por qué te niegas á venir conmigo para compartir una vida llena de delicias, de encantos y de venturas?..

Mientras así hablaba Nemorosa, la imágen de Delia, fuerza es decirlo, se iba borrando de la mente del caballero que recordaba una balada del país en que se hablaba en estos términos de la reina de la selva:

Es la reina Nemorosa,
venid, amantes, venid.
Son sus ojos dos carbunclos,
sus dientes son de marfil,
su tez envidia la nieve
y sus labios el carmin.
Es mas hermosa y mas bella
que las flores en abril.
Venid á decirle amores,
venid, amantes, venid.
Esa brisa que acaricia
las flores en el jardin
menos suave es que el aliento
que ella deja percibir.

El sol que ardiente rechaza
las tinieblas ante sí,
nunca pudo cual sus ojos
arrojar rayos sin fin.
No tiene voz mas amante
ni el pintado colorin,
ni el ruiseñor que de noche
sus cánticos deja oír.
Son mas dulces sus suspiros
y es mas dulce su sonris
que la miel que á las abejas
dán las flores por festin.
Es la reina de las selvas;
venid, amantes, venid!

Cuando Nemorosa concluyó de hablar, Renato se sentia ya perdido de amor por ella.

—Sí, sí, exclamó en un arrebató, gloria, dominacion, placeres del mundo, todo lo sacrificaré gustoso por la felicidad de amar y ser amado. Sí, Nemorosa, yo juro consagrarte de hoy en adelante mi cariño, yo te juro amor eterno.

Nemorosa entonces, al oír estas palabras que hicieron irradiar su rostro de alegría, levantó el brazo y trazó sobre la boca y el corazón del caballero, tres signos misteriosos acompañados de una invocacion secreta. Esto bastó para ponerlo bajo la proteccion é influencia de los espíritus del aire.

—Ven á ver ahora el palacio que habitaremos, amado mio, dijo la reina de la selva.

Y alargándole una mano que el caballero pudo ya estrechar contra su pecho y llevar solícito á sus lábios, le arrastró hácia la selva donde bien pronto se perdieron entre el follaje.

Desde aquel día jamás se volvió á oír hablar de Renato. Al cabo de algun tiempo se observó solo que la roca en que habia muerto Delia, habia cambiado de forma tomando la de un sepulcro. Se creyó que esto era obra de Renato y de los espíritus invisibles.

El buen caballero en su nueva vida de felicidad no habia olvidado á su primera amante.

Hoy junto á aquella roca se levanta un molino, colocado en el centro de un país lleno de encantos, como puede juzgarse por la lámina que acompaña este artículo.

Victor Balaguer.

LA TEMPESTAD.

(CUADRO DE EVERDINGEN.)

I.

En una de esas bahías, cuasi siempre desiertas y tan frecuentes en el litoral americano, de pié sobre una roca se divisa á un hombre que constantemente tiene tendido su catalejo cual si examinara mas allá del horizonte algun objeto imperceptible á la simple vista. El mar, completamente en calma, apenas era rizado por una ligera espuma, y cuasi sin movimiento y sin rumor, mejor que á estrellarse en la roca, venia á besarla amorosamente.

El hombre que con tanta insistencia examinaba el horizonte, vendria á tener unos cuarenta años de edad: su rostro era bastante agraciado, su traje, el característico de las personas acomodadas en aquellos remotos climas, rico, esmerado y de perfecto corte: esto, empero, carecia su dueño de esas circunstancias que no se esplican, y que son apreciadas como mas estimables que la elegancia del porte y la buena figura. Su vista no se cansaba de medir el espacio, pero sin duda no descubria en él lo que le venia interesando, puesto que á menudo sacudia impaciente con su látigo el extremo de su pantalon blanco, con un movimiento que revelaba cierta ira y muy poca disposicion para la calma que debe tener toda persona que forma cálculos sobre la inconstancia de los mares, mal dominados aun por los inventos de los hombres.

Era la bahía donde encontramos á ese personaje uno de esos sitios solitarios que causarian tristeza en cualquiera país que no fuese la América, donde la naturaleza se ha encargado de engalanar hasta los puntos aquellos en que el ojo del hombre no descubrirá nunca las bellezas de la creacion. Grandes y pintadas

G. DE MUNICH. P. 15



T. Hearwood sc.

A. van Dordt engr.

La tempesta.
The Storm. *Der Sturm.*
Sturm.

Published for the Proprietors by A. H. Payne, Dresden & Leipzig.

INSTITUTO
DEL TEATRO
Biblioteca

aves de *ondulantes plumajes venian á colocarse encima de las anchas hojas de los árboles*, en las cuales los insectos de oro liban el dulzor de los frutos del plátano, del banano y de la lozana piña. Verdad es que alguno de esos árboles tan hermosos causan la muerte hasta con su simple sombra ; cierto es tambien que por debajo de este manto de mil colores tendido sobre la tierra de América , se arrastra la asquerosa serpiente que halaga el sueño de los mismos á quienes devora; pero esto no impide que la *vegetacion de aquellos países sea mucho mas feraz, muchísimo mas brillante que la nuestra* : los bosques de Europa parecen á propósito para pacer rebaños de cabras ó cazar tímidos conejos : los bosques de América se han hecho para vivienda de las hienas , para la caza de los leones.

Ya hemos dicho que el hombre antes descrito dominaba el paisaje : á alguna *distancia de él se hallaban tumbados en el suelo media docena de negros armados con carabinas* , armas que se veian tambien colgadas del arzon de las sillas de tres poderosos caballos que pacian tranquilamente , y pertenecian sin duda, á mas del hombre del catalejo , á dos gayanes de mala traza , de quienes por su trage, por sus pistolas colgadas al cinto, por su cuchillo atravesado en la faja, y sobre todo por el látigo que parecia ser el sexto dedo de su mano , podia asegurarse ser capataces ó mayorales de esclavos en algun ingenio , odioso destino que se reduce á violentar por medio del terror los instintos mas naturales de sus subordinados.

Era aquella hora en que la naturaleza empieza á desprenderse de esa especie de polvillo de oro que la cubre durante las horas de sol : antes de treinta minutos habria *sin duda cerrado la noche*. Nuestro observador empezaba á impacientarse ; el movimiento con que aplicaba el catalejo á la vista era cada vez mas violento : sin duda la suspirada vela no aparecia en el espacio.

De pronto sonrió de una manera satisfecha : habia descubierto un punto negro en el horizonte , punto que rápidamente se fué ensanchando hasta tomar á los ojos del hombre de mar la figura de un buque que se encamina á puerto. Entonces el hombre del catalejo , que habia permanecido algunos instantes inmóvil contemplando la embarcacion , cerró su antejo y descendió de la roca en cuya cima se habia constituido vigía de aquellas aguas.

Al poco tiempo el buque que hacia rumbo á la mal guardada bahía se hizo perfectamente visible : era un bergantin de cortadora quilla , largo y estrecho *como una piragua* , que obedecia al timon como el caballo mejor adiestrado obedeceria al freno manejado por un buen ginete. La rapidez de sus movimientos y la poca estela que dejaba en el agua eran causa de que pudieran comparársele á una inmensa serpiente deslizándose por cima la superficie de las olas.

Cuando entró en las aguas de la bahía y se dispuso á detener su rápida carrera , era tan poca el agua que calaba que mejor parecia ir á embarrancar en la arena de la playa. Hizo , empero , un gallardo movimiento que puso en des-

cubierto su popa, y entonces permitió ver su nombre, escrito con letras color de sangre sobre fondo negro. Aquellas letras decían:

EL BUITRE.

Apenas la embarcacion habia tomado tierra, cuando saltó de ella un hombre de pequeña talla, rostro tostado por el sol del trópico, enjuto de carnes, pero tan robusto de complexion que se comprendia podia luchar hasta con ventaja contra una de las muchas fieras que sin duda debia haber encontrado durante sus peligrosas escursiones al interior de los bosques y de las cuales conservaba su cuerpo indelebles señales. Vestia una grosera camisa de listas blancas y encarnadas y un pantalon de lienzo azul ceñido al cuerpo por una faja negra, entre cuyos pliegues asomaba la culata de un magnífico par de pistolas de tiro y el mango de un cuchillo, cuya vaina de cuero denotaba por lo vieja el dilatado servicio que venia prestando. Todo en el aspecto de ese hombre era repugnante, todo inspiraba horror y asco á un tiempo mismo.

El personaje del catalejo fué al encuentro del marino, y ofreciéndole un magnífico tabaco, le dijo:

—Compadre, ¿qué tal viaje se ha hecho?

—Regular, contestó el marino con voz aguardentosa. Es un negocio que se pone peor cada dia.

—Los malditos ingleses empeñados en destruir el tráfico...

—¡Qué ingleses ni qué diablos! Ya quisiera yo ver como esos rubitos se ponian al alcance de mi bergantin... A mí no me asustan los uniformes encarnados ¡voto á cien andanadas!

—Entonces, no comprendo...

—Es muy fácil: en primer lugar esos perros negros ya no tienen con mucho las guerras que en otros tiempos. Desde que hay una cosa que llaman misiones, se vuelven menos salvages: no se encuentra un cargamento por un ojo de la cara. ¿Cómo creerá V. que uno de esos monos, que en otro tiempo se comia á sus prisioneros como pan bendito, se atrevió á amenazarme con comérseme á mí si le volvía á hablar del asunto?... Y no es esto lo peor: los pocos que se encuentran se han vuelto tan quisquillosos y delicados, que á lo mejor se insubordinan y al mas mínimo castigo se vengán muriéndose. Cinco llevo arrojados al agua durante la travesía, y aun así traigo los restantes atados codo con codo. Sea V. blando con ellos... Hágase V. de miel y le comerán las moscas. Digo, y si esto pasa conmigo, ¿qué les queda por desollar á los capitanes flamantes, que tratan á los negros como unos señoritos?... ¡Condenacion! El mejor dia oimos decir que los negros han arrojado al agua toda una tripulacion de marineros honrados.

—Pero al fin y al cabo—dijo impaciente el interlocutor— ¿qué cargamento trae V.?

—Traigo cincuenta mancebos que pueden cargar cada uno seis quintales so-

bre su espalda, y seis muchachas, dos de ellas en cinta, que prometen ser mas fecundas que una hija del norte.

—En total cincuenta y seis esclavos...

—Cabal, cincuenta y seis; ó mejor dicho cincuenta y cinco, pues uno de ellos quiero conservarle á mi lado: es una promesa que le tengo hecha y se la he de cumplir aun cuando veinte y cuatro horas despues me tocase ser pasto de un tiburón.

—¿Quereis guardarle como reclamo?

—Quiero tenderle sobre uno de mis cañones, amarrado de piés y manos, y administrarle por mi propia mano cincuenta vergajazos de los cuales conserve señales todos los dias de su vida.

—Pues, ¿qué delito ha cometido ese negro?

—Poca cosa: con el pretexto de que dias pasados arrimé un puntapié á la que él llama su esposa, y que está en cinta, tuvo la audacia de arrebatarme un cuchillo de mi mesa y amenazarme con él.

—¿Y no le partistes la cabeza de un hachazo?

—No tal, pero hice administrar veinte palos á su consorte, que le dolieron mucho mas que si fuesen aplicados á su propia persona. Pero como no es justo que él se quede sin su merecido, trato de amarrarle, como os he dicho, y hacer justicia. Justicia ante todo, caballero, cuando se trata de un oficio tan comprometido como el nuestro.

—Vos lo entendeis sin necesidad de que yo os venga á dar consejos. Lo que conviene ahora es descargar á la gente. Ponédmelos en tierra, y una vez en ella, yo les gobernaré á mi manera.

—Pasad á bordo, y os entregareis de ellos. Yo quiero hacerme á la vela esta noche misma.

El hombre de la bahía llamó á los capataces y á los negros que le habian acompañado y los colocó de suerte que guardaran aquel punto impidiendo la fuga á los esclavos que iba á trasbordar. En seguida se reunió al patron del *Buitre* y pasó con él á bordo del bergantín.

Dadas las órdenes correspondientes fueron subidos á cubierta una multitud de negros, todos casi desnudos y al parecer insensibles á su desgracia, á no ser porque en su marcha oblícua y falsa demostraban todo el tesoro de odio y venganza que guardaban dentro de su pecho. Algunos de ellos conservaban aun señales del látigo que habia cruzado sus espaldas: estos venian casi todos maniatados, ora porque de suyo fueran temibles, ora, y es lo mas probable, porque el maltrato habia despertado en ellos el instinto de la fiereza. Todos ofrecian en sus cuerpos evidentes señales, no solo de un viaje incómodo, sino del rigor con que habian sido tratados durante el mismo. Todos además tenian la mirada fija en el suelo, y sin duda detrás de su estrecha frente estaba bullendo uno de aque-

Los planes de venganza que engendra la opresion de los hombres habituados desde su nacimiento á una libertad salvaje.

Dos de estos infelices tenian los ojos arrasados en lágrimas.

La dolorosa expresion de sus tostadas facciones reflejaba de una manera sombría todas las amarguras que un acerbo sufrimiento moral y un tratamiento atrozmente inicuo pueden amontonar sobre una raza marcada con el estigma de la fatalidad.

Ambos se hallaban en el apogeo de la vida y en ambos la lozanía de una edad florida, la sávia de una vigorosa juventud, se veia agostada por el hálito abrasador de la mas abyecta servidumbre. Sus labios no murmuraban ni una queja. Sus pechos no exhalaban ni un suspiro. Aquellos infelices trocaban entre sí de vez en cuando desgarradoras miradas con toda la espresiva elocuencia de dos seres que han aprendido á amarse en el desierto, si bien obedeciendo á la atraccion irresistible de la materia, no por eso menos terrible en sus salvajes manifestaciones, al hallarse contrariada en sus amorosos instintos, que el tigre de Bengala cuando ve invadida por el cazador la caverna en que se albergan su hembra y sus cachorros.

Hé aquí porque de vez en cuando los ojos del esclavo se animaban súbitamente al fijarlos en su empedernido capataz cual si una idea siniestra hubiese cruzado por su mente, y sus lábios murmuraban sordamente una sangrienta maldicion.

Entretanto el negrero acompañado de nuestro hombre de la bahía iba pasando revista á todos aquellos rostros que, con ojos espantados unos é indiferentes otros á cuanto á su alrededor tenia lugar, revelaban casi todos el idiotismo mas completo y la mas crasa ignorancia de su razon de ser.

Hallábase al parecer satisfecho el traficante de la mercancía de su compadre el patron del *Buitre*, á juzgar por la cínica complacencia con que le oia ponderar las condiciones de robustez y salubridad de sus *queridos compañeros de viaje*, como les llamaba con infernal irrision el *negrero* en sus ratos de buen humor; todo lo cual no era óbice para que el hombre de la bahía dejase de examinarlos uno por uno con nímia escrupulosidad, ni mas ni menos que si se tratase de un ganado, no siendo por lo visto en sentir de aquellos honrados peritos en el arte circunstancia de gran peso el sexo y condicion de los inspeccionados.

Poco les faltaba ya para dar fin á su prolijo exámen, cuando parándose de improviso delante de los jóvenes esposos cuya sombría concentracion hemos ensayado á bosquejar ligeramente, exclamó el maligno hombrecillo, de enjuto rostro, dando á su aguardentosa voz una entonacion de burlona y estúpida crueldad:

—Tá tá tá, con que, lagrimitas, eh? vaya, vaya: pucheritos á un lado y obsequiad de una manera mas satisfactoria á mi huésped, que es todo un hombre honrado, y bien lo merece.

El esclavo levantó la cabeza fijando de un modo extraño la mirada en su interlocutor; luego pasó los ojos en su compañera, entreabriéronse sus labios para dar paso á una desdeñosa sonrisa, y volvió á abismarse en su anterior inmovilidad.

Una enérgica interjeccion del negrero acompañada de un terrible latigazo que le estampó en el rostro una línea sanguinolenta, fue la réplica con que el capataz galardoneó la provocativa indiferencia del esclavo. El hombre de la bahía creyó muy natural y acertada esta manifestacion nada pacífica del negrero, aun cuando ignoraba por completo la causa que su acólito podia tener para permitirse semejante desahogo.

El esclavo ahogó un gemido. Sus ojos brillaron de una manera siniestra. Una lágrima brotó de los párpados de la jóven esclava deslizándose por sus mejillas.

El hombre de la bahía se apresuró á preguntar:

—Decidme, mi honradísimo cofrade, ¿á qué casta de pájaros pertenece ese par de pimpollos, á quienes tratais con todo el miramiento de vuestro mas afectuoso cariño?

—Voto á mil rayos, mi digno camarada, á fé que no es la memoria lo que mas descuella entre vuestras buenas cualidades; esos son los apasionados amantes de quienes os hablaba hace poco; son, como si dijéramos, los Pablo y Virginia de las malditas tierras del Africa. ¿No os parece altamente ridículo que estos idiotas se crean con derecho á esas niñerías como si fueran racionales? Pues no faltaba mas sino que á tal escándalo llegásemos en plena civilizacion. —Y creyendo haber dicho un chiste soltó una brutal carcajada para celebrarlo.

—Por lo demás, continuó, son dos magníficas piezas; mucha robustez... mirad: como ya os he dicho, la educacion del mozo corre de mi cuenta, es un deber de conciencia que me veo obligado á cumplir; en cuanto á la muchacha es para vos una magnífica adquisicion, porque, ó yo me engaño ¡voto al diablo! ó ha de ser mas fecunda que vuestra hermosa perra de Terranova. Dádsela por mujer á algun negrote vigoroso, fornido y que disfrute de buena salud, y por Cristo que no os ha de pesar.

Terminado el reconocimiento, dióse orden de traspasar á aquellos infelices, y así se efectuó con inconcebible rapidez, arrojándolos á granel, permítasenos la expresion, en el fondo de las lanchas, sin mas diferencia en su conduccion de la de cualquier otro artefacto, que el cuidado que hubieran puesto en tal caso para no deteriorar el género.

Por fin llegó el terrible momento para los dos esclavos, momento de prueba que se revelaba clara y distintamente en la angustiada frente de la infeliz jóven, y en las violentas convulsiones del mancebo cuyos dientes chocaban entre sí. Tenia la cara horriblemente desencajada, sus ojos parecian destilar sangre; sin duda meditaba desesperados proyectos de venganza.

Entonces tuvo lugar una de esas desgarradoras escenas imposibles de describir, ante las cuales el hombre mas empedernido hace una momentánea tregua con su habitual crueldad.

Otros esclavos, ya acostumbrados á tascar el freno de la servidumbre y á sentir crugir sobre sus espaldas el látigo de su señor, acababan de arrebatarse al joven su tierna compañera, en medio de los aullidos mas espantosos, que obligaron al inhumano traficante a cerrarle la boca con una mordaza. El joven habia exhalado un atronador rugido, y rompiendo por medio de un esfuerzo sobrehumano sus ligaduras, rápido como el tigre, y sediento como él de sangre, se habia lanzado sobre el patron del *Buitre* para estrangularle. Desgraciadamente para él, el negrero habia vuelto la cabeza en aquel mismo momento teniendo el tiempo necesario para gritar y clavarle aunque levemente su cuchillo de abordaje. Seis hombres de la tripulacion se arrojaron sobre el rebelde, y se trabó una lucha cual solo es capaz de sostenerla un reo condenado á muerte, ó la fiera á quien arrebataban la hembra.

El esclavo cayó inanimado en aquel combate tan rudo como desigual, amaratado su cuerpo y ensangrentado el rostro por el látigo de aquellos perros del negrero.

Cuando el esclavo pudo volver en sí y levantar la cabeza, el *Buitre* habia zarpado alejándose velozmente de la costa. El esclavo miró con amargura un punto ya casi imperceptible de la playa que acababan de abandonar, y lanzando de nuevo un tremebundo grito, murmuró una espantosa maldicion y cayó desfallecido bajo el peso del sufrimiento moral, como cayera antes atontado por la intensidad del dolor físico.

En aquel punto casi imperceptible habia adivinado, mas que visto, á su compañera.

El negrero observó esta circunstancia con diabólica complacencia, y tarareó un aire marítimo de las Antillas.

El *Buitre* seguia tranquilamente su derrotero hácia las costas de Guinea á devorar su nueva presa.

II.

En el inmenso conjunto de la infinita variedad de seres que constituyen la maravillosa armonía de los mundos, solo uno se levanta majestucoso, sublimado por el sopro divino del que le otorgó con la razon el libre albedrío. Mientras millares de ellos corren fatalmente á su destino siguiendo automáticamente la senda que les trazara su Creador, impulsados por la suprema voz que un dia les dijo: *¡ andad!* y otro les gritará *¡ paraos!* uno solo marcha por su propia voluntad: con ella subyuga á todos los demás, remueve, trastorna y escudriña hasta en

sus mas recónditos misterios la naturaleza, y á cada nuevo esfuerzo realizado, á cada nuevo obstáculo vencido, á cada nueva verdad hallada, una voz se levanta irresistible en el fondo de su conciencia que le grita: ¡ *sé libre!*

É indudablemente solo el hombre es libre.

¡ Libertad! dice el filósofo, y á ese grito mágico cien ecos responden en todos los ángulos de la tierra; y así en las populares ciudades de la culta Europa, como en los vastos arenales y agrestes escabrosidades del África; lo mismo en el regalado suelo que fertilizan el Ganges y el Nilo, como en los dilatados pámpanos que poetiza con sus cantos el colibrí; es la libertad á la par que un derecho indisputable, un himno sacrosanto cuyas arrebatadoras armonías hacen modular instintivamente á las criaturas una plegaria de gratitud á su Creador.

Hay, sin embargo, allende los mares un pueblo vigoroso ya en la infancia de sus días, pero de un corazón metalizado; un pueblo hidrópico de riquezas, que ha acumulado los tesoros de un mundo entero; un pueblo guerrero é industrial á la vez, informe aborto de todas las antiguas naciones, monstruosa amalgama de civilizaciones antagónicas, cuyo nombre brilla en todo el orbe con el pseudónimo de *antorcha de la civilización*; pues bien, este pueblo ha querido ahogar con su mano de hierro la poderosa voz de la naturaleza, conculcando uno de los mas sagrados derechos del hombre, arrebatando la libertad á otro pueblo hermano suyo, oponiendo la fuerza al derecho, rasgando en fin sacrílegamente el código venerando que vino á rubricar con su preciosa sangre el Hombre-Dios.

En las fértiles llanuras de la América del norte, engalanadas con el pomposo lujo de una exuberante vegetación, traza mil tortuosas figuras la corriente del Misisipi: inmensos bosques de sabrosas frutas, vastos ingenios, granjas innumerables, nos revelan la existencia de una civilización floreciente encubriendo hipócritamente, tras el oropel de su deslumbrante máscara, el mas afrentoso padrón de nuestro siglo. Una inmunda cohorte de sórdidos aventureros, cuya vida es un tejido de crímenes y liviandades, se agrupa en torno de una infame bandera, y dirige su rumbo á las selváticas playas del África. Cual hambrientas aves de rapiña se diseminan por aquel suelo, y una comarca se llena de desolación y de luto. Mas duros que los peñascos de que están erizadas sus costas, no hay lazos por sagrados que sean que no rompan, no hay afecciones que no desarman su inflexible brazo, no hay lamentos que esciten su conmiseración, y cual furias evocadas por un genio infernal, pasan á sangre y á fuego miserables cabañas, cautivan á sus infelices moradores, encadenan sus brazos libres, subyugan su cabeza independiente, cierran con una mordaza sus labios y los encierran cual asquerosos reptiles en los sucios pontones de un mal buque, que no protegen los pliegues de pabellón alguno conocido, para emprender otra vez el derrotero de la tierra que ha de ser para los pobres africanos su cárcel y su tumba.

Y llegan á la costa, y desembarcan en la rada sus mercancías, y son puestos en plaza pública al comercio, los hombres! los seres privilegiados de la naturaleza! los reyes de la creacion! Y son tambien hombres los que con su sangre comercian, hombres con los mismos derechos, la misma dignidad, el mismo destino! Pero aquellos son salvajes, estos se dicen civilizados; ¡cómo si la civilizacion consistiera en la opresion del débil, en la usurpacion del derecho! ¡Cómo si el civilizado pudiera alegar algun justo título de propiedad sobre el salvaje!

Ved despues estos seres medio desnudos, fatigados y sudorientos por las penalidades de un trabajo mas que bárbaro, acardenaladas perennemente sus espaldas por el látigo del capataz; ¡guay del infeliz si osa levantar indignado el rostro, porque un puño de hierro le recordará que ha perdido los derechos que constituyen una personalidad humana! ¡guay del desdichado si intenta reivindicar su libertad, que una marca de hierro candente carbonizará su espalda!

Allí el hombre no es mas que un mueble, una *cosa* que se compra cuando se necesita, que se tira cuando se ha inutilizado. Si no trabaja, es considerado como ladron; si habla, como conspirador; si sucumbe, como rebelde. Si muere... ha muerto como un bruto, nadie murmurará una oracion sobre sus huesos, no se habla ya mas de él, y como si fuera un sér sin alma, se arroja al rio su cadáver, ó se le deja abandonado á la rapacidad de las fieras.

A esta comunidad soez pertenecia nuestro digno capitan del *Buitre*. Encanecido en su detestable profesion, es ya inútil añadir que la benevolencia y la compasion hacia largos años que las habia desechado por inútiles y embarazosas, de la misma manera que se desembarazaba de su cargamento arrojándolo al fondo del mar cuando arreciaba alguna tormenta.

Tan bellisimas cualidades no habian de ser, pues, la mejor garantía para el desdichado esclavo tan inhumanamente arrancado de los brazos de su esposa en cinta, mayormente cuando los móviles que impulsaron al negrero á retenerle en su poder nada tenian de benévolos ni de tranquilizadores.

Habia tenido la audacia de osar defender con un gesto á su esposa apaleada, y el patron no era hombre que se resignara tan facilmente á dejar impunes semejantes desahogos. En su infernal imaginacion habia tramado mil especies de castigos á cual mas crueles y brutales, y ni por un fletamento de rubíes se hubiera privado del placer de realizar sus horribles intentos. El desdichado esclavo habia de ser durante la travesía la víctima espiatoria de los sanguinarios instintos del negrero. Y así fué.

Describir una por una las inauditas crueldades, las bárbaras torturas, los horrorosos suplicios con que desgarró el cuerpo del infeliz esclavo, es tarea que la consideramos mas propia de un verdugo. El africano sufrió tan prolongado martirio con un estoicismo sobrenatural, y ni una vez siquiera llenó de regocijo el corazon de aquel tigre marino exhalando un ¡ay! lastimero.

El negrero bramaba de corage ante la vigorosa energía y extraordinaria fortaleza de ánimo de aquel sér tan miserable, avezado como estaba á ver temblar con una sola mirada á toda su tripulacion. Todo cuanto podia mortificar al negro, moral y físicamente, lo habia ensayado en vano.

Mas de una vez se habia complacido en desgarrar el corazon de su víctima pintándole con libidinosos colores la suerte de su esposa entregada á los brazos de un nuevo amante y sujeta á los mas crueles tratamientos. Solo una vez consiguió animar los ojos del esclavo con espresion lúgubre.

El esclavo parecia entumecido, aletargado, y hubo intervalos en que el negrero llegó á creerle demente. En esta confianza empezó á dejarle ir libremente por el buque, empero con órden espresa de que se le vigilase continuamente y autorizando á todos á matarle á la menor señal de violencia.

Estaba horriblemente desencajado y mas que un sér humano parecia un esqueleto. En medio de este aparente enfatuamiento un profundo observador hubiera adivinado terribles planes de venganza en la sombría frente del esclavo y una inmensidad de odio reconcentrado próximo á romper sus diques.

Desgraciadamente para el patron del *Buitre* la ocasion no se hizo esperar.

Una mañana, hallándose el negrero sobre cubierta observó con marcadas muestras de inquietud un extraño anillo alrededor del sol. A fuer de experimentado práctico no auguró de semejante fenómeno muy buenos resultados y se puso de observacion. A las pocas horas empezó á descargar un ligero chubasco siguiendo la mar llana, aunque cabrilleaba mucho. Notando que el viento iba soplando mas de lo regular y la mar engruesaba, se apresuró á dar órden á la gente, ocupada á la sazón en la limpieza, de echar á bajo las vergas de juanete, catar sus masteleros, meter el botalon de foque, y en una palabra quitar cuanto pudiera ser arrebatado por el viento. Hecho esto, tomados tres rizos á las gávias y cerradas las escotillas, se creyó el patron algo mas tranquilo. Empero su confianza no duró mucho; por la tarde se dejó ver un grupo de nubes al S. E. Cerró la noche y el celage corria del N. E. con el viento al N. Bien pronto no le quedó ya la menor duda de que iban á correr un temporal. Pasóse la noche con fuertes ráfagas y continúa lluvia. El patron iba y venia dando desaforados gritos para que se ejecutasen puntualmente sus órdenes y descargando de vez en cuando sendos latigazos á los reacios. Al amanecer se presentó el horizonte con todos los síntomas mas evidentes de un furioso temporal.

Hallábase el bergantin en la línea equinoccial á poca distancia de la Isla de Santo Tomás frente de las costas de Gabon en la Guinea inferior. Sabida es ya la significacion terrible que para los marinos tiene el Equinoccio, porque es donde con mayor facilidad suelen ocurrir los siniestros.

El negrero conocia su situacion y en honor de la verdad debemos consignar que las borrascas eran su diversion favorita.

Entonces tuvo lugar uno de esos grandiosos espectáculos de que es teatro con frecuencia ese mar inmenso conocido por antonomasia con el nombre de Grande Océano.

Los relámpagos cruzaban el espacio con asombrosa rapidez, el bramido de las olas, formando un estrepitoso concierto con el silbido del vendabal que hacía crugir de una manera siniestra todo el maderaje, eran de vez en cuando sofocados por horrísonas detonaciones, que no otra cosa semejaban los prolongados truenos que sin cesar ensordecían al navegante. Castillos inmensos de agua se desplomaban sobre el ligero bergantín amenazando hundir su frágil quilla. La voz del capitán ya no podía gobernar la nave; estaba fatalmente; roto por una furiosa racha el palo mayor, perdida la caña del timón y sin poder siquiera picar la cangreja á fin de mantener el buque lo mas orzado posible; todo esfuerzo por desesperado que fuera era ya poco menos que inútil. El viento cada vez mas duro, la mar horrorosa y metiéndose las bordas en el agua, empezaba á ser infructuoso el auxilio de las bombas.

Era verdaderamente un cuadro fantástico, gigantesco, sublime; pero de una sublimidad aterradora. De improviso un nuevo fenómeno, muy natural por otra parte en medio de las grandes tormentas, vino á hacer mas precaria la situación de los tripulantes. El espectáculo fué ya entonces doblemente espantoso: un inmenso remolino de agua formando una columna giratoria (whirlpillars) conocido vulgarmente con el nombre de manguera ó bomba marina, apareció á lo lejos siguiendo la dirección del bergantín, ó mejor atrayéndole hácia sí.

La situación era apurada: ningún esfuerzo humano habría sido capaz de evitar que el *Buitre* se sumergiera ó marchara impelido por las corrientes marítimas á estrellarse contra las rocas. Una hora mas de retardo y perecía la tripulación en masa. El negrero mandó botar las lanchas al agua y que se salvara todo lo que fuera posible del cargamento. Había empuñado sus pistolas y amenazado de muerte al que vacilase en aquellos instantes supremos. Pálido y desgredado, enteramente desceñido, y chorreando gruesas gotas de sudor, detrás de su mirada salvaje se vislumbraba algo como una especie de secreto terror de funesto presagio, y mal ocultaba con fieros alaridos de mando el supersticioso pavor que le erizaba el cabello hasta las raíces, helando la sangre en sus venas.

Quedaba ya solo sobre cubierta. El bergantín iba á hundirse; había cumplido como buen capitán, nada le restaba que hacer; y sin embargo permanecía como enclavado en su sitio, saltándole los ojos de la órbita y fijos en un punto como si tuviera delante de sí un espectro pidiéndole cuenta de sus inauditos crímenes.

Y era en efecto un espectro el que tenía ante sí. Era el esclavo á quien había olvidado desde el principio de la tormenta.

Este se le acercó lentamente inyectados los ojos en sangre.

El capitán se hallaba fascinado.

—¡Asesino! murmuró por fin, ¡asesino! ¡asesino! ¡asesino!

La tempestad rugía sobre sus cabezas. El bergantín crugía bajo sus pies. El negrero sintió de pronto que se operaba en él una reacción. Sus facciones se reanimaron por un momento, buscó en su cinto su enorme cuchillo y se quedó helado de terror. Sin saber como, había desaparecido.

Entonces empuñó una de las pistolas, y con aire de triunfo dirigió el cañón al pecho del esclavo. El tiro no salió.

Este sonrió con una sonrisa amargamente feroz.

—¡Miserable! ¿de qué me serviría en tal caso haber tramado contra tí un proyecto de venganza! maldigo mi mala suerte, porque la tormenta me impedirá tomarla tal cual la deseaba, porque no podré saborearla; pero ella me bastará.

El esclavo rugía de coraje.

—¿De qué me serviría, vampiro de la humanidad, haber vivido entre las panteras y las serpientes si no hubiera aprendido á desligarme mientras dormías y robarte tu cuchillo, y extraer el tiro de tus pistolas? Mira : yo hubiera podido asesinarte, pero anhelaba otra venganza mas terrible, ya que nunca podría llegar á serlo tanto como tus crímenes. Por fin nos hallamos solos frente á frente, la víctima delante del verdugo. ¡Qué lástima que solo tengas una vida!

—¡Piedad! murmuró cobardemente el patrón.

El esclavo soltó una feroz carcajada.

—¿Piedad has dicho? ¿La tuviste de mí al arrebatarme de mis caras soledades de las bravías regiones en que ví por primera vez la luz del día? ¿La tuviste tú de mí para arrancarme de los brazos de mi esposa en vísperas de ser madre, condenándola á un trato cruelmente brutal? ¿La tuviste tú de mí, infame bandido, al tratarme como un perro rabioso porque habia cometido el gran delito de defender á mi esposa, de hacer lo que hace el último de los animales? Pues si tú, que te llamas hombre civilizado, no has sabido respetar nada de eso, ¿cómo exiges que yo ahora, á mi vez, sea clemente y bondadoso; yo, hombre de las selvas; yo, rudo salvaje; yo, vil esclavo, á quien se puede aplastar con el pié?.. Harta razón tenia el venerable misionero que vino á nuestro país á esparcir la semilla de una nueva doctrina: por fuerza detrás de ese cielo, ahora tan encapotado y tormentoso, ha de haber algo que hace justicia tarde ó temprano, algo que me hace decir sin saberlo todo cuanto acabas de oír.

El negrero estaba enloquecido de terror.

—Mira, continuó el esclavo, vas á morir abrazado conmigo : no tengo en mi poder ninguna arma para matarte, y por otra parte quiero que tu muerte sea mas desesperada. Yo podría acabar contigo ahora mismo, cobarde asesino, y salvarme á nado; pero es tan ardiente la sed de venganza que me devora, que

quiero morir cerca de tí para saborear hasta en mis últimos momentos tu agonía!

Muere pues ¡asesino, asesino, asesino!

Y exhalando un rugido salvaje, se asió fuertemente al capitan y se lanzó al mar en el momento mismo que, reventando encima del *Buitre* la bomba marina, acabó de sumergirle.

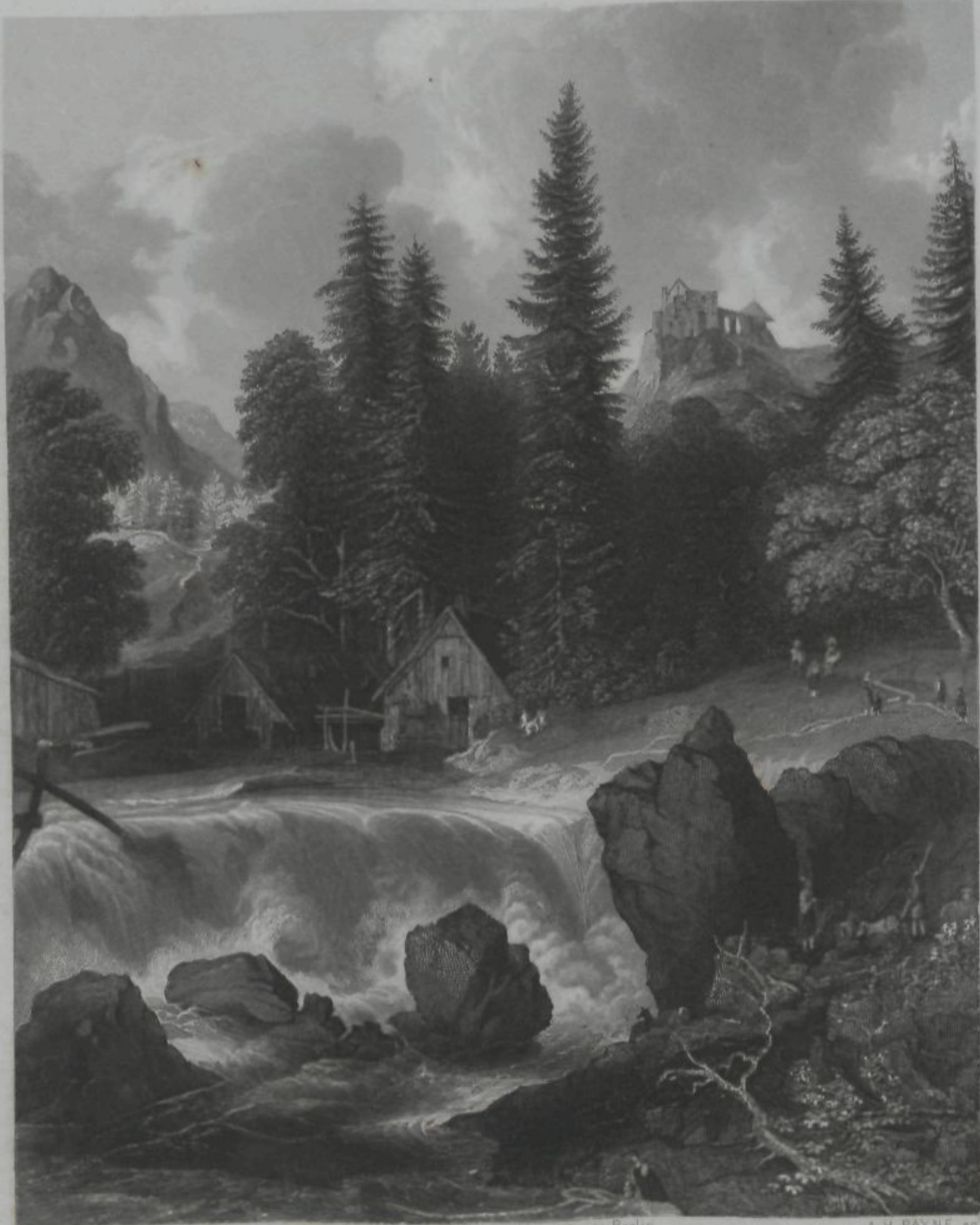
Al dia siguiente las gentes de la tripulacion del *Buitre* que habian abordado á la isla de Santo Tomás, encontraron entre las rocas dos cadáveres estrechamente abrazados, cual si los sujetara un cíngulo de yerro. Uno de los dos cadáveres tenia la cara horriblemente desollada.

—¡Diablo! exclamaron á coro los náufragos : es nuestro capitan!

Manuel Angelon.

Les Galeries de Berlin.

23.



ALBERT VAN EVERDINGEN pinx.

Gen. Gallerie des Königl. Museums in Berlin.

A. H. PAYNE del.

Paysage de Montagne.
A Mountain Landscape. Eine Gebirgs Landschaft.

LOS PIRINEOS.

(CUADRO DE J. HILVERDINK.)

¿Qué son las grandes obras del hombre comparadas con esas portentosas masas, que llamamos montes, y que levantan la cabeza cuatro, diez, veinte mil piés sobre el nivel de las aguas? Si fuese dable reunir en un solo punto de la tierra todas las piedras que en la duracion de los siglos ha removido y empleado el hombre para edificar los monumentos y las ciudades, de que tanto se envanece, ¿qué sería todo eso al lado de la cordillera de los Alpes, de los Dofrines, de los Andes, del Tibet, del Himalaya y de los mismos Pirineos? ¿Cuántos siglos habria de menester la humanidad para edificar una de esas enormes moles aun cuando hubiere de transportar las partes de lugar poco distante? Y sin embargo el hombre llama maravillas del mundo á algunas de esas obras suyas, y ocupa libros enteros en describirlas, sin mas objeto que satisfacer su vanidad, haciendo que tengan noticia de ellas los que no las han visto. Y un artista las dibuja, y las pinta otro, y otro las graba, y las reproduce otro en mil láminas, á fin de que no haya en el mundo rincon que ignore la existencia de una de esas fábricas, que son el orgullo de un pueblo, y que no obstante no representan más que un canto rodado si se las compara con las inconmensurables construcciones que el grande artífice sacó de la nada en un instante, cuya brevedad no basta á concebir el entendimiento humano.

Subid una vez no mas á la cumbre de los Pirineos ó de los Alpes, derramad la vista en derredor vuestro, y ya no os será posible formaros una idea siquiera

de la direccion de cada uno de los montes que forman esas largas cordilleras, cuya base reposa debajo de la tierra que pisais, y cuyas cimas taladran las nubes, atraviesan nuestra atmósfera, y se pierden en la region de las nieves perpetuas, en donde no puede vivir el hombre condenado á arrastrarse por la tierra. Desde esas eminencias vereis en confuso hacinamiento los valles, las montañas, las cataratas y los rios que se esconden y aparecen veces sin cuento; se perciben cual puntos oscuros las sinuosidades, cuya profundidad no puede medirse; se nota como una compacta masa de verdura lo que son bosques seculares; rocas inmensas que penden de otras rocas próximas al parecer á desplomarse; boquetes angostos que dan paso á ramblas y á valles innumerables, quebradas y torrentes, y precipicios, cuyo fondo no alcanza la vista del hombre; cuevas que tal vez conducen hasta el fuego que tiene en fusion las entrañas de la tierra.

Desde esas cumbres se divisa allá á lo lejos un punto blanco, que solo por la diferencia de color se hace visible, que cuando mas parece ser un charco helado; y sin embargo, eso es París, Lóndres, Pekin, Constantinopla, dentro de las cuales se agitan un millon de habitantes, se dá rienda suelta á todos los vicios, se cometen todos los delitos, se fraguan los inícuos planes que han de trastornar las naciones; se conciben las horrendas ideas de ambicion destinadas á ocasionar la ruina de un Estado; se roba, se deshonra, se envenena, se asesina, se escarnece á la justicia, se insulta á la moral, se blasfema de Dios, si ya no se niega su existencia.

Subid á esas cumbres los que no creéis, subid, poneos allá arriba en contacto con el cielo, y comprenderéis la miseria del hombre y de la tierra, y parte no mas de la grandeza de aquel que creó tantas maravillas en un instante cuya brevedad no puede comprender vuestro pobre entendimiento.

Subid vosotros los que habeis respirado durante toda la vida esa envenenada atmósfera de los salones y de las ciudades, y allí respirareis un aire que no ha entrado nunca en vuestro cuerpo, que dilatará vuestro pecho, y os hará levantar la vista hácia el cielo, de donde os parecerá que lo recibís directamente.

Subid á esas cumbres y comprenderéis que el mundo no es nada, y que solo Dios lo es todo, os burlareis de las ambiciones y de las locuras humanas y conoceréis mejor porque el alma aspira á otra cosa mas grande, mas duradera, mas pura que cuantas encuentra en la tierra.

Subid y os dolerá veros forzados á descender otra vez á la profundidad de que habeis salido, á mezcláros con los hombres, sucios gusanos de la tierra y que yerguen la cabeza cual si fuesen dioses.

Subid ahí arriba y vereis toda la tierra igual: aparte de las montañas á donde habeis subido todo lo demás lo vereis plano; las ciudades son manchas, los montes otras manchas, los rios son cintas, los hombres no se ven; son como los árboles y los animales cuya pequeñez no permite que sean percibidos desde tanta

altura. Mirando de esa cumbre parece que Dios haya pasado un rasero sobre toda la tierra, y la haya dejado á un mismo nivel, haciendo que desaparezcan esas distinciones que ha inventado el humano orgullo, y cuya consecucion le arrastra á la iniquidad y á los delitos.

Subid los que envanecidos con las riquezas, con la cuna, con las condecoraciones, con la gloria, alzais la cabeza mirando con ridícula compasion á vuestros semejantes; subid y os hallaréis tan pequeños, tan miserables, tan insignificantes, que á vuestro pesar quedaréis corridos de vuestra altanería. Subid á esas cimas; y una hora de estancia en ellas será una leccion muy provechosa para vuestra desvanecida soberbia.

Quien no ha pisado esas alturas no ha visto la naturaleza ni concibe su magnificencia: acá abajo la naturaleza está desfigurada, revuelta con el arte, ha perdido su carácter y su fisonomía, y ha sido transformada de modo que si no es la materia nada queda de su manera de ser primitiva. El hombre ha removido el suelo del mundo, ha arrancado las piedras, y sobreponiendo lo uno á lo otro, ha construido casas, ha levantado puentes, ha colocado los árboles en línea, ha encauzado los rios, ha detenido las aguas y formado lagunas, ha dado á todas las cosas figura diferente de la que tenian; mas allá arriba nada ha tocado, aquella naturaleza está virgen; tan rica, tan robusta, tan imponente y asombrosa como la dejó la mano del Criador; en aquel instante cuya brevedad no puede concebir nuestro limitado entendimiento.

Subid y os formareis una idea del reposo y del silencio, porque acá abajo, en la tierra que habitamos jamás se disfrutan este ni aquel, siempre hay agitacion, siempre hay ruido; allá nada turba la solemne quietud de la naturaleza, y ningun ruido viene á distraer de la profunda meditacion ni del admirable pasmo en que forzosamente queda el hombre sumergido. Subid y sabreis lo que son el silencio y el reposo.

Desde allá arriba no se ven reyes, ni emperadores, ni grandes, ni chicos, ni potentados, ni miserables, ni sabios, ni ignorantes, ni humildes, ni ambiciosos, ni altaneros; nada, no hay nada de todo eso, y si la vista alcanzase á ver hombres los veria todos iguales, todos cual gusanos que se arrastran por la tierra durante un dia para quedar en el siguiente sepultados bajo la tierra misma.

Subid los orgullosos y soberbios, y llorareis sobre vuestra sandez y sobre la de vuestros semejantes, admirareis la naturaleza, y menospreciando todas las miserias del mundo, adorareis al que lo crió todo tan grande y tan hermoso con solo quererlo.

Al pié de esas majestuosas cordilleras, y sobre todo en los sitios en que no ha verificado ningun cambio la mano del hombre, se ven rocas sueltas, desprendidas de las alturas por los siglos, y que rodando con rapidez y estruendo han ido á parar al fondo, no sin destrozar árboles seculares, arrastrar otras rocas, y

romper las puntas de otras ciento que parecían asomar encima de algun precipicio. Esas masas arrancadas del monte á que pertenecian, pudieran tomarse al pronto por restos de la creacion ó sobras de los materiales hacinados para levantar esa inmensa mole; mas luego recuerda uno que el grande artífice de cuyas manos ha salido, no hacina, ni construye; quiere; y no hay palabra humana capaz de explicar la prontitud con qué su querer está cumplido.

Pocos ó ningunos caminos hay en esas cordilleras, como si Dios las hubiese colocado donde están cual límites de alguna zona, cual el término de cierta clase de terreno que ha de dar ciertos productos, cual un muro que no debe traspasarse ni de este ni de aquel lado; pero queriendo que el hombre á quien le plugo destinar para señor del universo, pudiese recorrer todo su reino, y no hubiera para él ninguna puerta, en esas mismas cordilleras, á la simple vista inaccesibles, hay siempre uno ó mas puntos, en donde dos cumbres parece que se humillan y tienden á encontrarse, viniendo á dejar entre las dos y hácia la mitad de su elevacion una cortadura que sirve de entrada para trasladarse del uno al otro costado de la cordillera. Y en esos puntos es donde la naturaleza suele ofrecer un espectáculo mas grandioso, ya presentando un pais completamente distinto del que hay en el otro lado, ya desplegando una llanura que se pierde allá en el confin del horizonte, ya un terreno agreste, improductivo, triste; en una palabra, esos pasos suelen ser la entrada á una escena nueva, ora se venga de allá ora los atraviere el hombre desde acá al lado opuesto.

Uno de esos pasos ó puntos mas claramente señalados por la naturaleza, es el que se encuentra en los Pirineos orientales en el punto por donde se va desde la Junquera al Portús; esto es, de España á Francia. Las cumbres que á derecha é izquierda se levantan son imponentes; los valles que entre ellas se han formado y que cada dia se engrandecen, son profundos, vastos, frondosos, y no pueden contemplarse sin que el ánimo sienta mil afectos de tranquilidad y de reposo. Se divisan en ellos á grandes distancias una que otra casa solitaria y que puede considerarse como absolutamente separada del bullicio y de la agitacion del mundo habitado por el hombre. Podrá no haber en ellas riqueza, comodidades, diversiones ni espectáculos de ninguna clase; pero hay paz, hay el bienestar del alma, hay la comodidad de no conocer ninguna de las que se convierten en necesidades para el hombre de mundo; hay la riqueza de no desear lo que no se posee, ni se ha visto nunca; hay la diversion de la familia, cuya armonía no turban las aviesas pasiones del siglo; hay los maravillosos espectáculos de una lluvia que se vé caer en un espacio inmenso, de las nevadas que presentan de repente un mundo blanco, con mil accidentes á cual mas bello, inespulado y caprichoso; hay el espantoso estruendo de las tempestades que los ecos repiten centenares de veces, prolongando su duracion horas enteras; hay los imponentes estragos del huracan que descendiendo furioso desde las cumbres troncha y arranca

los árboles centenarios, hace rodar de arriba abajo las peñas que parecían inmóviles, y lleva por los aires en inmensos torbellinos las ramas de los árboles, cuyos troncos su furia ha perdonado. En comparación de esa grandeza, ¿qué significan los espectáculos que inventan el ingenio y la industria humana? Porque esa casa solitaria está en un punto á donde no alcanza el furor de los elementos, defendida por la misma montaña, ó por una roca inmensa que penetra hasta el corazón de la cordillera, está al abrigo de la lluvia desesperada, y del desatentado huracán, y vé caer por delante de sus ventanas los copos de nieve que lo cubren todo menos el techo que á ella la cobija.

Si de ese espectáculo que la naturaleza vírgen nos ofrece pasamos al recuerdo de las cosas que en el punto antes citado han tenido lugar desde la memoria de los hombres, hallaremos asuntos para meditaciones de otra clase. Ese paso es el tránsito de Francia á España por donde nos vienen hoy los caprichos y las locuras de la moda, los productos de cien industrias, nos vienen ideas, necesidades, costumbres y hasta palabras que nuestro poco amor patrio adopta é ingiere en nuestra lengua, corrompiéndola con el contacto de otra que vale menos. En todos tiempos han venido por ese camino grandes calamidades; por allí hemos recibido guerras, pestes, vicios, inmoralidades, desventuras sin cuento por lo mucho, y sin medida por lo grandes.

Si volvemos los ojos atrás y se lanza nuestra imaginación hasta los tiempos primitivos: ¿quién puede decirnos cuántos y cuáles son los pueblos que han hallado ese camino para caer desde él sobre nuestra patria? La historia es la única que tiene la clave capaz de explicar esos que para la muchedumbre son secretos; y cuando ella espone el catálogo de las gentes que por esa angostura han venido de Francia á España, se admira uno de que nuestra nación haya sobrevivido á tantas y tan espantosas invasiones. Ella nos dice que en tiempos muy remotos, por allí penetraron los primeros pobladores de nuestra tierra; y aun que mas tarde los egipcios, los fenicios y los griegos la visitaron trasladándose acá por mar, solo Dios sabe si tambien por ese paso se introdujeron algunos mientras los otros desembarcaban en las costas.

Cuando Roma se propuso hacer suyo el universo, entró y dirigió la vista á España, encontró en ella á los desleales y ambiciosos cartagineses, mas léjos de detenerse por esto se vino á la península ya en buques, ya atravesando esa garganta, por la cual habian atravesado el Pirineo otras naciones. César pasó los Pirineos orientales, y aun hoy á la derecha del camino y á poca distancia del mismo existen en la pendiente de un cerro los restos de uno de aquellos campamentos que el ejército romano formaba cada noche en el lugar donde habia de pasarla, á fin de ponerse á cubierto de una sorpresa, campamentos; cuyos escombros son aun hoy el pasmo de los hombres entendidos en el arte de la guerra.

Cuando Roma fué invadida por los visigodos que la perdonaron en gracia de

su nombre y de su antiguo poder y su grandeza, los bárbaros arremetieron la España, que por ese camino vió lanzarse sobre sus llanuras á los suavos, vándalos y alanos, que mas tarde hubieron de cederla á los godos venidos por la misma puerta.

Los árabes que invadieron por mar traspasaron esa senda en sentido inverso; mas rechazados de Francia por el esfuerzo de Cárlos Martel, deshicieron el camino andado, enseñádoselo á Carlomagno que por el mismo atravesó la cordillera entrando en las provincias catalanas.

Desde entonces veces sin cuento los ejércitos de España y los de Francia han pasado esas Termópilas en recíprocas invasiones, y cuando no han sido holladas por esas muchedumbres de hombres, cuyo camino queda siempre señalado por la desolacion, la muerte y la ruina; el comercio, la política, la curiosidad, han llevado á las gentes á pisar ese angosto sendero que aun hoy es imponente y escabroso á pesar de cuanto se ha trabajado para hacerlo fácilmente accesible, y hasta darle el aire de un camino transitable para todos y sin esfuerzo de ninguna clase.

Comenzaba el actual siglo cuando lo profanaron la traicion y la alevosía, y siguieron profanándolo durante seis años, hasta que plugo á Dios galardonar los sacrificios, el valor y la constancia de nuestros padres haciendo que salieran de esta tierra los que no con victorias sino por medio del engaño habian casi dominado. Y pocos años despues volvieron los mismos franceses cuando España ardia en lucha fratricida, y contribuyeron á terminarla, tal vez de un modo muy distinto del que por sí sola hubiera terminado.

Desde entonces no lo han atravesado ejércitos, pero han venido por allí hombres y cosas mas fatales que los ejércitos mismos, y cuya accion es mas duradera, mas constante y pertinaz que la de una hueste, á la cual basta una derrota, un tratado, una traicion para obligarla á deponer las armas ó á salir del territorio que ha invadido.

Si esos montes pudieran contar todo lo que han visto nos revelarían muchos secretos, nos harían saber muchos delitos, y nos dirían los nombres de todos los que, á impulsos del interés, conculcan las leyes y burlan la vigilancia de los encargados de su cumplimiento. Entre los muchos que por desgracia suya convierten en oficio esa transgresion de la ley, arriesgando la existencia para allegar dinero, y abandonando la agricultura y toda otra ocupacion capaz de proporcionarles una subsistencia honrosa y una vida reposada, se hizo famoso en tiempos pasados un hombre nacido en una de esas casas solitarias, y que desde muy jóven la abandonó para darse á la vida azarosa y agitada del contrabandista. En vano su padre hizo todo lo posible á fin de alejarle de esa ocupacion criminal y por demás arriesgada; las amonestaciones del autor de sus dias de nada aprovecharon; y el padre, convencido de que no era dable reducirlo á mejor camino, no

se ocupó mas de él , concentrando su cariño en una hija , á la cual casó con un mozo de escelentes costumbres , cuya bondad y cuyo carácter le compensaron el dolor de haber perdido , digámoslo así , al único hijó varon que tuvo en treinta años de matrimonio, si es que la pérdida de un hijo, ocasionada por tales motivos puede hallar compasion para el corazon de un padre.

Cuando falleció la virtuosa consorte era ya abuelo , y este nuevo amor fué mucha parte para distraerle de la pérdida de aquella mujer , en cuya compañía pasó el mejor y mas largo período de sus dias. Cierito que de tiempo en tiempo recordaba la difunta esposa y el estraviado hijo, á quien no volvió á ver nunca, y del cual cada dos ó tres años oia hablar , sin que supiera que aquel á quien mentaban como el mas afamado contrabandista , fuese el jóven que habia abandonado la casa paterna. Y si solo oia hablar de él cada dos ó tres años era porque solo en esos períodos solia ir á un pueblo inmediato á la Junquera , en donde tenia una hermana á la cual iba á visitar , recibiendo en su casa una visita de la misma en el intèrvalo desde la una á la otra de las suyas.

Volviendo al mancebo, tomó muy á pechos la fatal ocupacion del contrabando, yendo y viniendo de Francia con algunos compañeros , grangeando muy pingües beneficios. A la verdad era preciso desplegar con frecuencia mucha audacia para desafiar los elementos, que en esas cumbres suelen desencadenarse con inesplicable furia , para recorrer sendas y pasos de grandísimo riesgo , y aun para habérselas con la fuerza pública , cuyos individuos tan audaces como los contrabandistas , los aguardaban en los bordes de los precipicios y trababan con ellos frecuentes y tenaces peleas. Mas Pedro, gracias á su valor y á su fortuna , habia salido con bien de todas ellas, no sin herir y matar á algunos de sus perseguidores y grangearse por ello una reputacion horrible para los hombres honrados , pero muy ambicionada por sus camaradas.

Sin embargo de que á la edad de cuarenta años habia juntado un caudal crecido y muy suficiente para proporecionarse una subsistencia segura y agena de todo peligro; y aunque no pocas veces habia pensado retirarse , limitándose á dar consejos, no obstante , la fatal costumbre, y las instancias de los amigos le sacaban otra vez del reposo , á que en algunas temporadas habia ya llegado á entregarse. Pasaron de este modo muchos años hasta que la persecucion de la fuerza armada fué tan activa y tan constante que los defraudadores no tenian un momento de reposo , ni un paso seguro. Aunque no les faltasen espías , estos les llevaban siempre las noticias mismas , á saber , que sus enemigos los aguardaban en todos los puntos por donde era posible que pasase un hombre. En tales circunstancias los contrabandistas que aun no habian juntado el caudal que apetecian continuaron haciendo rostro á tantas contrariedades y ejerciendo su mala industria, mas Pedro que no necesitaba tal recurso , determinó recojerse á un pueblecillo , con la esperanza de que aquella persecucion iria menguando , y

que despues de una temporada de no lucrar cosa alguna , vendria la hora de gran- gear mas crecidos beneficios. Bien procuraba entretanto contraer relaciones con sus perseguidores , y mas ó menos embozadamente ganarlos con promesas y presentándoles la perspectiva de grandes provechos , pero ninguno respondió á sus deseos , y no tuvo otro remedio que desistir por entonces y aguardar tiempos mas bonancibles.

A despecho de este retiro involuntario no se crea que perdiese infructuosa- mente el tiempo para facilitar ulteriores operaciones. Todos los pasos y senderos del Pirineo eran igualmente conocidos por los contrabandistas que por sus per- seguidores , pero nadie quitaba que recorriendo el país con calma y con seguri- dad de no ser tenido por delincuente , pudiesen encontrarse caminos no explotados todavía , y aun quizás dar con el medio de abrirlos si no los habia. Mas era preciso cubrir esos viajes con algun pretexto no sospechoso , y como Pedro tuvo la fortuna de no haber sido nunca cojido infraganti y de que en las peleas con la fuerza armada jamás fué conocido de modo que la justicia pudiese dirigir contra él un procedimiento fundado, y no obstante de que todo el país sabia quién era y cuántas veces habia hecho armas contra los sostenedores de la ley , podia sin riesgo correr el país en todos sentidos con tal de no llevar géneros de contra- bando. Así pues , arreglado su plan , compró un asno y cargándolo con telas de- bidamente revisadas y selladas en la aduana , dió en andar por los Pirineos orien- tales y en registrarlos paso á paso, dejando el asno en lugar seguro cuando sus correrías eran por vericuetos y escabrosidades , en las cuales hubiera sido imposi- ble que el asno anduviera un solo paso. Llevaba en su compañía un perro que habia sido de un pastor y que por tanto era muy á propósito para tales escur- siones.

Corria la primavera y comenzaban á derretirse las nieves, cuando Pedro sa- liendo de la Junquera y guiando el burro por el cabestro tomó , precedido del perro, el camino del Pirineo , y dejando desde luego la carretera , malísima en- tonces y sobre mala descuidada , se metió por el riñon de las montañas , y por senderos al parecer impracticables. Hasta cierto punto de ellos pudo hacer que el asno le siguiera ; mas de allí en adelante fué imposible , y Pedro conociendo que no le serviría sino de estorbo , aun cuando pudiera arrearle , lo trabó muy bien y atándolo á un árbol por el cabestro , se internó en la maleza , precedido siempre del fiel y práctico perro.

Al cabo de un par de horas de camino un horrendo estrépito de agua le llamó vivamente la atencion , pues conoció que estaba en un sitio á donde no habia llegado nunca , ya que por aquel lado jamás habia visto ninguna corriente de agua , si se esceptuaban las fuentes y los arroyuelos que en el Pirineo á cada paso se presentan. Siguiendo adelante con no poca sorpresa se encontró con una verdadera catarata , pues el agua saltando con espantoso estruendo desde una ele-

vada cumbre á un abismo, daba la vuelta á una de las masas casi aisladas que se alzan en el fondo de la cordillera, y salia luego por el costado opuesto, y convertida en una corriente bastante caudalosa, por una ancha y angosta cañada, con acelerado paso discurría. Anduvo un rato siguiendo aquel caudal de agua y de súbito se le presentó una angostura formada por dos altísimas y verticales rocas, entre las cuales pasaba el rio con una rapidez que espantaba y con estrépito tal que ensordecía. A uno y otro lado descubriase un corto trecho de roca pelada; mas á pocos pasos la naturaleza lozana y rica ofrecía un espeso bosque, muy á propósito para robarse á las pesquisas de perseguidores de toda clase, pero lo malo era que no habia forma de atravesar esa corriente.

Rodaron por la imaginacion de Pedro cien planes á fin de suplir el paso que no hallaba, pero hubo de convencerse de que todo su afan y sus deseos todos no eran capaces de dar de sí el apetecido resultado. Paso ante paso deshizo el camino andado, lamentando de veras no haber conocido ese escondrijo en años atrás cuando le parecia á él que la juventud le hubiera sugerido algun recurso para atravesar ese abismo, y tener al otro lado una guarida impenetrable. Olvidó lo que habia visto y transcurrieron muchos meses dedicándose Pedro á visitar las casas solitarias y algunos pueblecillos vendiendo telas baratas y de gusto, y formándose una parroquia tan buena como las circunstancias de aquel despoblado territorio consentian. De tiempo en tiempo le molestaba un importuno recuerdo de aquel sitio y le parecia imposible no discurrir el medio de utilizar sus conocidas y positivas ventajas. Habló del negocio con un antiguo camarada, los dos lo comunicaron á un tercero, y ultimamente fueron juntos á inspeccionar el local que Pedro habia descrito. Llegados allí lo examinaron con detencion y con el ojo perspicaz y la fecunda inventiva de hombres que habian abierto mil senderos y atravesado otros abismos. Largo rato miraron á derecha é izquierda, hácia atrás, y hácia el frente, por arriba y por abajo, y ya emprendian otra vez el camino abandonando la empresa, cuando Pedro divisó á corta distancia el largo y robusto tronco de una encina que arrancada por algun huracan yacia en la entrada del bosque aguardando al parecer á quien quisiera utilizarlo. Pedro al verlo abarcó en un instante todo el plan que era menester llevar á cabo, pero lo abarcó con todos sus pormenores, no disimulándose ningun peligro ni desconociendo ninguna de las ventajas. Tomada la resolucion dijo á los compañeros que era preciso ir al otro lado del barranco, porque allí estaba el tronco de cuya posesion dependian todas las empresas que él tenia combinadas. Mas para trasladarse á ese otro lado era menester seguir por la parte de acá la corriente hasta hallar un puesto en que pudiera vadearse, y remontar luego por la parte opuesta hasta el frente del lugar que ellos entonces ocupaban.

La ejecucion era ardua y de seguro muy larga, pero habia de intentarse, y los tres amigos emprendieron la marcha con la esperanza de encontrar el paso

apetecido. Tres horas de camino eran liviana fatiga para quienes estaban acostumbrados á viajes mas largos; y esas tres horas les bastaron para encontrar un vado, pasar el rio, remontarlo y hallarse al lado del tronco que pensaban convertir en puente de aquel rio. Segun el plan que Pedro les espuso durante la marcha, acordaron atar fuertemente el tronco, arrojar el cabo de la cuerda al lado de donde habian partido, trasladarse los tres allí, tirar del tronco que antes habrian dejado cerca del precipicio, hacerle seguir hasta que el extremo atado llegase á la parte desde la cual tiraban, asegurarlo bien, volver á la parte opuesta á fin de asegurarlo tambien en ella, y luego atravesar por encima de aquel puente tan espantable abismo. Los que no han visto esa naturaleza grandiosa é inmensa de una cordillera como los Pirineos no tienen idea de esas asombrosas profundidades que hay entre dos montañas, y no pueden formársela del horror que experimentarían si se viesen suspendidos en el aire, sin mas paso que un tronco redondo, largo y mal seguro, teniendo bajo sus piés un abismo por el cual corre con rapidez incalculable y con un estruendo que ensordece un grande caudal de agua que chocando contra las rocas del fondo forma grandes remolinos, levanta olas espumosas, turba la vista y desvanece la cabeza. Sin verlo, es imposible comprender un espectáculo de esa clase. Todo esto sin embargo no causaba ningun espanto á esos tres hombres que durante cuarenta años habian desafiado las horrosas tempestades del verano, y las nevadas y los huracanes del invierno, saltando de peña en peña, teniendo siempre á sus piés indescriptibles precipicios y huyendo de la persecucion de la fuerza armada. El plan de Pedro fue aprobado y á los dos dias plenamente ejecutado, no sin emplear inauditos esfuerzos en arrastrar el tronco, y hacer que uno de sus extremos llegara al lado desde el cual lo tiraban con una recia cuerda. Aseguráronlo por ambas partes con toda la firmeza que las circunstancias permitian; y con la misma serenidad con que se hubieran subido sobre un banco para averiguar si podia sustentarlos, pasaron una y otra vez aquel aéreo puente que los dejó muy satisfechos de su obra.

Contando con tal auxiliar de su criminal industria dedicáronse otra vez al contrabando haciendo llegar hasta allí las acémilas cargadas, pasando ellos el puente con los fardos á la espalda, y volviéndose el uno con las acémilas, los otros dos tomaban veredas por ellos solos conocidas é introducian los géneros por un punto completamente ignorado por los que debieran impedirlo. Guardaban estos con sumo cuidado todos los pasos por donde solian atravesar los contrabandistas, y acabaron por arder en cólera viendo que con tan esquisita vigilancia nada conseguian. En efecto nadie pasaba las gargantas ni los senderos conocidos, y por la parte mas baja de los Pirineos no podian dudar que se introducian géneros en desusada abundancia. En verdad Pedro y sus compañeros observando que su ardid surtia buen efecto aumentaron el número de las acémilas, y todos los dias atravesaban el puente dos ó tres horas seguidas depositando en el bosque

inmediato las mercancías y derramándolas luego por los pueblos del lado opuesto. Acontecía á los guardadores lo que siglos atrás habia sucedido á Leonidas y á sus trescientos espartanos, que mientras custodiaban el paso de las Termópilas única puerta por donde en su concepto podia Jerjes penetrar en Grecia, se encontraron con que este rey y medio millon de sus soldados los habian dejado á ellos á retaguardia pasando por un desfiladero desconocido de ellos; y cual avino tambien á los moros de España allá en las Navas de Tolosa, en que mientras cerraban el puerto de Muradal á fin de que los cristianos no lo pasasen, remanecieron estos en la llanura y detrás de los infieles.

Mas como era imposible que tarde ó temprano los perseguidores no descubriesen el secreto, tanto se empeñaron en ello, tan bien los sirvieron los espías, y por otra parte tanto abusaron Pedro y sus amigos de ese medio que la casualidad les habia deparado, que al fin eso mismo fue la causa de su desgracia. Los tres camaradas habian ya pasado cuatro ó seis veces el puente en una lluviosa mañana del mes de octubre, y aun les quedaban géneros para muchos viajes mas, cuando del bosque en donde depositaban por de pronto sus mercancías salieron mas de veinte de sus perseguidores y los atacaron decididamente. Los contrabandistas lejos de hacer armas, pues no las llevaban encima ni querian apelar á ese recurso, contando con otro á su parecer mas seguro, huyeron á todo correr hácia el puente, no cabiéndoles ninguna duda de que la fuerza armada no tendria la audacia necesaria para echarse tras ellos por ese camino, cuya sola vista debia estremecer á cualquiera. En efecto los enemigos los siguieron hasta que habian ya entrado en el puente, que se movió con el súbito paso de esos tres hombres, los cuales despues de vacilar un momento se sostuvieron y echaron á andar hácia la parte opuesta, contándose ya libres de aquel inminente riesgo de ser cojidos. Y en realidad no se atrevieron los otros á seguir sus pasos y los tres se tenian ya por seguros cuando al estar en mitad del puente aparecieron en la parte opuesta otros tantos hombres armados y dispuestos á impedirles la salida. Todo fue obra de un momento. La vista de esos nuevos adversarios espantó á los perseguidos: por un movimiento tan inesperado como impremeditado quisieron retroceder hácia el punto de donde habian salido, y al dar la vuelta chocó el uno de ellos con Pedro, bamboleó, perdió el equilibrio, agarróse á Pedro para salvarse, y arrastrándolo consigo, los dos se precipitaron en el abismo. El esfuerzo que ambos hicieron para evitar su desgracia imprimió al tronco un movimiento de trepidación que no supo seguir el tercer camarada, á quien faltó como á los demás el equilibrio, viniendo á sumergirse en las agitadas aguas un instante despues que sus desventurados compañeros. Los perseguidores quedaron horrorizados, y casi se condolieron del feliz éxito de su empresa. Aquellos infelices fueron arrebatados por la corriente, y sus destrozados cadáveres recojidos en el mismo sitio por donde habian vadeado el rio cuando marcharon á explotar el terreno á fin de poner en ejecucion su temerario proyecto.

La lámina representa esa catástrofe y ese puente, en el momento en que por primera vez Pedro pudo guiar hasta allí el asno que le transportaba los géneros; mas aunque en el fondo está aquí representada la escena, dista mucho de dar una idea verdadera del horroroso espectáculo que todo eso ofrecia en la naturaleza. La ejecucion es buena, bien estendida y de-mano maestra; mas así como vemos cuadros que son mucho mas bellos y agradables que el objeto real trasladado á ellos, en este sucede lo contrario: la verdad es infinitamente mas grande y mas horrenda de lo que parece en la lámina donde se ha representado.

Juan Cortada.



Was Königs sagen ist des Königs follen?
The Wise and foolish Kings. Die Klugen und thörichten Könige.

LAS VÍRGENES FÁTUAS Y PRUDENTES.

(CUADRO DE SCHALKEN.)

Condicion es casi general de todos los pueblos é idiomas primitivos, y que ha quedado despues como carácter distintivo, sino particular, de la mayor parte de los orientales, el emplear un lenguaje casi siempre figurado; el transformar, ó cuando menos acompañar la idea de una imágen en la espresion de sus afectos ó pensamientos, de cualquier clase que unos y otros sean, desde los mas tranquilos hasta los mas vehementes, desde los mas triviales hasta los mas sublimes; al paso que en las naciones y literaturas del occidente, tanto antiguas como modernas, casi solo tiene lugar el lenguaje figurado, ó mas ó menos rico en imágenes, cuando, por decirlo así, el fuego de la pasion lo caldea, cuando la luz de la fantasía lo colora.

No es esta la ocasion mas oportuna, ni nos brinda á ello lo abundante del tiempo, ni cumple tampoco á nuestro propósito investigar las causas de esa inclinacion ó tendencia natural al hombre á buscar analogías entre las ideas abstractas y generales y los objetos del mundo de los sentidos que tienen poca ó mucha analogía con ellas, y crear, sobre esos mismos objetos símbolos ó imágenes que servir puedan ora para hacer mas claras, ora para que aparezcan aquellas mas poéticas. Cuestion es esta que tiene su punto de partida y estensas ramificaciones en varias de las mas árduas y complicadas de la filosofía del arte, y nosotros no venimos aquí á desenmarañar enredadas madejas, ni tomar una parte activa en esos ardientes combates de la ciencia y del arte, en los cuales

nada menos se pretende (lines por cierto elevados), que resolver dudas, desvanecer errores, y fijar la verdad. Venimos tan solo,—y en nuestra pequeñez no nos es dado aspirar á mas,—á pedir á la ciencia terrenos sólidos donde levantar el edificio de nuestras reflexiones; datos seguros en que apoyarnos, ó hilos de Ariadna que puedan servirnos para guiarnos hasta la salida, ó siquiera para no extraviamos en el intrincado laberinto de los sistemas ú opiniones humanas. Venimos tan solo, mas que á engolfarnos por los agitados y peligrosos mares de las ciencias, á espaciarnos por los jardines que pueblan sus orillas; porque además de tener poca confianza en nuestras fuerzas para lanzarnos por regiones que tenemos poco frecuentadas, sabemos que la índole de nuestro trabajo, del presente libro, y hasta de muchos de nuestros lectores, no nos permiten pasar de los límites de lo ameno á la par que instructivo, para caer en lo árido y sobradamente profundo.

Partiendo pues de la idea con que dimos comienzo á estas líneas, á saber, que ha sido siempre condicion general de los pueblos é idiomas primitivos el servirse de la imágen como aclaracion ú ornato del pensamiento,—muchas veces como una y otra,—ya sea porque en aquellos tiempos remotos domine la fantasía y la pasion sobre el raciocinio, ya porque sea mas difícil de encontrar la palabra propia y el nombre abstracto, ora por una y otra causa reunidas: partiendo además de que esta condicion general de los mas antiguos pueblos ha quedado, como tambien indicamos, como carácter distintivo entre los orientales, y en especial entre los indios, árabes y hebreos, añadiremos aquí que estos últimos, bien fuese por la índole particular de su lengua, bien por las tendencias de su genio poético; ora por el carácter moral, didáctico y elevado de sus obras, ora por la mision que les dió el Señor de conservadores y encargados de trasmitir á otras naciones y á otras edades las verdades del mundo primitivo, manifestaron siempre, y quizás mas que ningun otro pueblo, una inclinacion marcadísima, un gusto, y hasta como una especie de necesidad de servirse de símbolos, comparaciones, alegorías, fábulas, enigmas, parábolas, y en general de todas aquellas formas del pensamiento en que este se traduce por una imágen ó se acompaña de ella.

Grandemente nos duele no poder estendernos acerca ese carácter especial del lenguaje y poesía de los hebreos, que tan magníficamente se revela en los Libros sagrados: mas ya que no podemos consagrar algunas páginas á este objeto, y que solo, y como de paso, nos sea dado hacer alguna ligerísima observacion sobre la parábola, puesto que en una de estas, y por cierto de las mas nuevas y dramáticas, está fundado el asunto que ha inspirado á Schalker el cuadro, cuyo dibujo y grabado hecho por Schroder que acompaña á este escrito, ¿no se nos ha de permitir siquiera que recordemos algunos de los libros y pasajes de las divinas letras en que ese carácter mas se manifiesta? ¿No se nos ha de perdonar que indiquemos las inagotables riquezas que de tantas y tantas bellas y

hasta esplendorosas creaciones de la imaginación y el sentimiento, caldeados y movidos por una inspiración superior, encierran los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento?

Nadie ignora que, prescindiendo por ahora del Cantar de los cantares, ese idilio el más poético y delicado que se ha escrito en ninguna lengua humana, y que no es más todo él que una santa y sublime alegoría, nadie ignora, repetimos, que casi todos los libros de los profetas, las lamentaciones, gran parte de los Salmos, y en especial el libro de Job, muchos de cuyos capítulos son una continua prosopopeya, están llenos de alegorías y personificaciones; pero alegorías y personificaciones de una novedad y grandeza tal cual no las posee ningún otro pueblo más que el escogido; como no las tiene ninguna otra poesía más que aquella de la cual se puede decir que el mismo Dios puso en ella su omnipotente mano.

En casi toda la Biblia, pero más especialmente en los libros llamados poéticos, que podríamos con mejor fundamento apellidar los más inspirados, el mundo con todo cuanto encierra, el cielo con todo cuanto en él brilla se convierten en seres que viven, en objetos que hablan, obran y se mueven. El sol para quien ha levantado el Señor una tienda en los cielos, sale de ella radiante, como el recién casado del aposento nupcial, y sigue su marcha alegre y orgulloso, cual sigue un héroe su carrera de triunfo. Cuando el profeta Habacuc describe á Dios sobre su carro de batalla para conquistar el país y distribuirlo, añade que las montañas lo vieron y temblaron, que las aguas se retiraron, que los abismos gimieron, las alturas elevaron sus manos juntas y que el sol y la luna se detuvieron en la entrada de sus tiendas; y que cuando vieron brillar sus flechas y volar sus dardos refulgentes se retiraron precipitadamente. En Jeremías Jerusalén es una viuda desolada, con las mejillas llenas de lágrimas, que refiere sus desgracias é invita á los que pasan por sus caminos á que vean si hay en la tierra un dolor como el dolor suyo. En Job, para no amontonar más ejemplos, el océano nace, como un niño, y su padre le envuelve en pañales de nubes; la aurora tiene vida y obra; los relámpagos obedecen las órdenes del Señor y le hablan diciéndole: «henos aquí;» la descomposición y la destrucción se manifiestan sin velo y á descubierto delante de él; las sombras se despiertan y andan, etc.

¿Quién no conoce la hermosa fábula política de Joatham, una de las más antiguas que existen en las literaturas primitivas, en la cual se introducen los árboles obrando y hablando, porque, como observa muy oportunamente Herder en su historia de la poesía de los hebreos, el pueblo de Israel vivía entonces á la sombra de los árboles, y era su existencia la de los pastores y agricultores?

Por lo que hace á los enigmas, cuya afición se manifiesta especialmente en la infancia de los pueblos, cual se descubre también en las primeras edades de la vida, pocos de nuestros lectores ignorarán el que propuso Sansón á sus huéspedes el día de su boda, á saber: «Del comedor salió comida, y del fuerte dulzu-

ra;» dándoles un plazo de siete días para que lo resolviesen. Y no tan solo se encuentra esta tendencia á estos juegos de la imaginación en la primitiva edad poética de los hebreos, sino que se halla también en los libros de este pueblo de épocas posteriores, como lo prueban, entre otros hechos, la visita de la reina de Sabá á Salomón para proponerle un enigma y probar de esta suerte su sabiduría, y el que el penúltimo libro de los proverbios de aquel rey casi no contiene mas que enigmas.

Y cuanto no podríamos decir de las alegorías propiamente tales de que está como sembrada toda la Biblia, hasta el punto de que, como ha dicho un crítico, podría formarse un volumen de ellas, desde las que se desenvuelven en un cuadro de reducidas formas, cual el apólogo, hasta las que forman como un drama, cual el Cantar de los Cantares? ¿Cuánto no podríamos citar acerca este género, ó si se quiere modo particular del lenguaje figurado, solo ateniéndonos á los pasajes en que, insiguiendo la idea general encerrada en aquella obra, sin duda la mas poética de Salomón, se compara Israel á la esposa y Jehová al esposo, se representa la alianza de Dios y su pueblo, de Jesucristo y la Iglesia bajo la alegoría de un matrimonio?

Mas si tanto se revela ya el carácter simbólico-alegórico, permítasenos esta expresión, que domina en los libros sagrados y que manifiestan la afición al mismo del pueblo en medio del cual fueron escritos, en las lijerísimas indicaciones que dejamos apuntadas, ¿con cuánta mayor fuerza y claridad aparecerá esa tendencia al símbolo y á la alegoría, si á las personificaciones, apólogos y enigmas citados y otros muchísimos mas que podríamos citar, añadimos las parábolas, que tampoco escasean en el Antiguo Testamento, pero de las cuales hay tanta copia en los libros del Nuevo?

Sin hacer mas que citar la que se lee en el libro segundo de los Reyes, capítulo XII, donde Natan cuenta á David la historia de la única oveja del pobre, á quien se la arrebató el rico que poseía muchas á fin de obsequiar con ella, ahorrando las suyas, al forastero que le había llegado, nos permitirán nuestros lectores que les llevemos á los libros de los cuatro Evangelistas para recordarles las mas bellas é interesantes que en aquellas divinas páginas, y todas ellas puestas en los labios del Salvador, se encuentran, para detenernos algo mas en la que ha servido como de pretesto á las anteriores líneas.

En S. Mateo, ora indicándolas ó como bosquejándolas en breves palabras, ya bajando á detallar y como complaciéndose en tocar los incidentes mas pequeños de esos poéticos cuadros, se encuentran las siguientes parábolas: la de la mies y los trabajadores (ix, v. 37); la del sembrador; la del hombre que sembró buena simiente en su campo, pero cuyo enemigo sembró zizaña en medio del trigo; la del grano de mostaza, como símbolo del reino de los cielos; la de la levadura; la del tesoro escondido en el campo; la del negociante que busca buenas perlas; la

de la red que echada en el mar allega todo género de peces, todas las cuales se encuentran en el cap. XIII, en el que traslada las palabras que dijo cierto día Jesús, sentado en un barco, á la gente que le escuchaba de pié en la orilla: la del buen pastor que dejando las noventa y nueve ovejas va en busca de una sola que se habia descarriado, y la del siervo que debia al rey diez mil talentos, las dos bellísimas y que se hallan en el cap. XVIII; la del padre de familias que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña, cap. XX; la del hombre que tenia dos hijos, y les mandó que fuesen á trabajar en su viña; y la del otro padre de familias que habiendo plantado una viña, y cercádola y cavado, etc., la dió en renta á unos labradores y partió (cap. XXI); la del rey que envió á llamar á los convidados á las bodas de su hijo (cap. XXII); la de las diez vírgenes, en que nos ocuparemos en breve, y la de los talentos (cap. XXV).

San Lucas, quien, despues de S. Mateo, es el Evangelista que ha trasladado á sus páginas mayor número de parábolas pronunciadas en diferentes ocasiones por el Salvador, refiere tambien la del sembrador (cap. VIII), casi en los mismos términos con que lo hace S. Mateo; la del padre que plantó una viña (cap. XII), narrada con alguna variante y con menos detalles de los que se mencionan en el citado Evangelista, la de los dos deudores (cap. VII); la del Samaritano (cap. X); la del valiente armado (cap. XI); la de la gran cena (cap. XIV); la de la oveja descarriada (cap. XV), que es la misma que con el título de el buen pastor hemos citado mas arriba; la de la draema perdida, y la bellísima del hijo pródigo (ibid.), la del mayordomo tramposo (cap. XVI); la de la viuda y el mal juez (cap. XVIII), y por último la del fariseo y el publicano (ibid.), y la del hombre noble (cap. XIX).

Finalmente en S. Marcos y en S. Juan se encuentran repetidas algunas de las de S. Mateo, como las del sembrador, las del grano de mostaza y la levadura; la de la viña del padre de familias (Marc. cap. IV, y XII); y la del buen pastor (Joan, XI).

Al ver tal abundancia de parábolas con que procuraba el divino Maestro de los hombres presentarles de una manera mas clara y agradable los preceptos que salian de su boca, ¿no podria decirse que casi toda su doctrina está como encerrada en esos hermosos y variados cuadros, sacados casi todos de la vida comun y de la naturaleza visible, para que fuese aquella mas asequible á toda humana inteligencia?

Como una muestra notable de esos bellos símiles de que se servia con tanta frecuencia Jesucristo para inculcar y como grabar, transformadas en imágenes, las verdades que venia á dar á conocer á los hombres, á la vez que como esplicacion del asunto representado en el cuadro etc., vamos á trasladar la parábola antes mencionada de las *Virgenes locas y prudentes*, con la cual quiso el Salvador demostrar la verdad, acerca la cual habia hablado otras veces, á saber, que debe

el hombre vigilar para que no le coja desprevenido el último día, ya sea el de nuestra vida, ya el del mundo. Héla aquí:

«Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa.

«Mas las cinco de ellas eran fatuas, y las cinco prudentes:

«Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite.

«Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.

«Y tardándose el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas.

«Cuando á media noche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle.

«Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas.

«Y dijeron las fatuas á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

«Respondieron las prudentes, diciendo: porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes á los que lo venden y comprad para vosotras.

«Y mientras que ellas fueron á comprarlo, vino el esposo: y las que estaban apercebidas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta.

«Al fin vinieron también las otras vírgenes diciendo: Señor, Señor, ábrenos.

«Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo que no os conozco.

«Velad pues, porque no sabeis el día ni la hora.»

Esta parábola, prescindiendo por un momento del efecto que produce en el espíritu por la idea ó pensamiento moral que encierra, se graba de una manera harto gráfica, por decirlo así, en la fantasía, para ser representada en el lienzo por los pintores, cual lo fueron repetidas veces la del hijo pródigo, la del samaritano, la del buen pastor, la de las bodas del hijo del rey y otras muchas.

Sin embargo no todos los pintores han andado igualmente acertados, ni en la ejecución material del asunto que nos ocupa, ni han sido igualmente felices en la manifestación del pensamiento que envuelve.

La mayor parte de los artistas, dice un crítico francés, apartándose del espíritu del Evangelio, han manifestado al parecer mas predilección por las vírgenes fatuas que por las prudentes; al paso que Schalken en el cuadro que ha consagrado á este hecho alegórico, ha abastecido copiosamente de aceite y de luz las lámparas de las prudentes, y en cierto modo las ha dado la preferencia sobre las otras. Ellas están iluminadas con un verdadero talento de artista, mientras que la luna, compañera ordinaria de todos los géneros de locura, ni aun presta su débil claridad á las fatuas.

No se crea sin embargo que consideremos la obra de Schalken como exenta

de defectos, y de defectos graves. Así por ejemplo, y dejando aparte el que no ha dado á las figuras toda la esbeltez y la gracia de que indudablemente las hubiera dotado si hubiese estudiado mas los modelos antiguos é italianos, defecto que reconoce ya el crítico que acabamos de citar, creemos que hubiera podido acercarse algo mas á la verdadera espresion del pensamiento evangélico; que debia haber dado mas severidad y grandeza al grupo de las vírgenes prudentes, y que la alegría y la prisa por ir á recibir al esposo hubiera podido animar muy de otra manera sus semblantes y sus movimientos:

La parábola de las vírgenes locas y prudentes, que como decíamos hace poco ha inspirado á varios pintores, ha servido tambien de asunto á una obra dramática, sin duda la mas antigua, escrita en parte en lengua vulgar del teatro de la edad media, y que creemos poco conocida en España. Sírvanos esto de disculpa para que demos aquí una ligera muestra de esta curiosísima obra, que data segun la opinion mas comun y verosímil del siglo XI, que es la primera, que separamos, en la que aparece escrita y versificada la antigua lengua de oc, y que por lo tanto puede considerarse como el venerable vestibulo del rico, sino majestuoso edificio de la literatura de la lengua de oc, ó sea provenzal catalana.

Despues de una introduccion escrita en latin, parte en prosa, parte en verso, en la que el ángel custodio del sepulcro de Jesucristo hace saber á las mujeres la resurreccion de este, y en que el esposo, que es el mismo Cristo, anuncia á todos su llegada y escita á las vírgenes á velar, sigue un diálogo entre las prudentes y las fatuas en que estas hablan en latin y aquellas en provenzal. Hé aquí unas cuantas estancias de este diálogo:

PRUDENTES.

Oiet, virgines, aiso que vos dirum,
Aiseet presen que vos comendarum :

Atendet un espos, Jhesu Salvaire a nom.
Gaire no i dormet
Aisel espos que vos hor' atendet (1).
Venit en terra per los vostres pechet.

(1) Escuchad, vírgenes, lo que os diremos; tened presente lo que os mandaremos. Aguardad un esposo, que se llama Jesus Salvador. No durmais demasiado. Aquel esposo que ahora aguardais, vino en tierra por vuestros pecados: ha nacido de la Virgen en Betlem, y sido lavado y bautizado en el rio Jordan. No durmais, etc.

Fué azotado y escarnecido y allí renegado; golpeado en lo alto de la cruz, clavado con clavos, puesto dentro de un monumento. No durmais, etc.

FATUAS.

Nosotras, vírgenes, que venimos á vosotras, hemos derramado el aceite con negligencia. Nosotras, ó hermanas, deseamos rogaros como en quienes tenemos confianza. Afligidas! desgraciadas! hemos dormido demasiado.

PRUDENTES.

Pedís que os demos de nuestro aceite: no lo tendreis: id á comprarlo á esos mercaderes que veis allí. Afligidas, etc.

MERCADERES.

Hermosas damas, no os conviene estar ni permanecer aquí mas tiempo. Buscáis consejo: no os podemos dar. Buscadlo de quien puede aconsejaros. Afligidas, etc.

CRISTO.

En verdad os digo que no os conozco, porque careceis de luz: porque las que marchan, marchan lejos por la luz de este palacio. Id, infelices! id, desgraciadas! Para siempre os serán dadas las penas, y ahora sereis llevadas al inferno, etc.

De la virgine en Betleen fo net,
E flum Jorda lavet et luteet.

Gaire no i dormet
Aisel espos que vos hor' atendet.
Eu fo batut, glabet e lai deniet,
Sus e la crot batut, e clau figet:
Deu monument deso entrepauset.
Gaire, etc.

FATUAS.

Hos (sic), virgines, que ad vos venimus,
Negligenter oleum fundimus;
Ad vos orare, sorores, cupimus
Ut et illas quibus nos credimus.

Dolentes! chativas! trop i avem dormit

PRUDENTES.

De nostr' oli queret nos a doner;
No n' auret pont, alet en achapter
De us mercheans que lai veel ester.
Dolentes!, etc

MERCATORES.

Domnas gentils, no vos covent ester
Ni lojament aici ademorer.
Cosel queret, nou vos poem doner;
Queret lo deu chi vos pot coseler.
Dolentes! etc.

Hablan de nuevo las vírgenes fátuas, que llega Jesucristo y les dice:

Amen dico,
Vos ignosco,
Nam caretis lumine.
Quod qui pergunt,
Procul pergunt
Hujus anle lumine.
Alet, chaitivas! alet, malaureas!
A tot jors mais vos so penas livreas,
En efern oro seret meneias.

Y aquí se indica en el momento que los demonios deben cogerlas y practicarles en el infierno.

Siguen despues una especie de invitacion á los profetas para que testifiquen la venida del Mesías á los que no crean en ella apareciendo sucesivamente Israel, Moisés, Isaías, Jeremías, Daniel, Abacuc, David, Simeon, Elisabet, Juan Bautista, y hasta Virgilio, el cual fué considerado en la edad media como profeta por aquellos versos de su Egloga á Polion:

Jam redit et virgo; redeunt Saturnia regna etc.

y por fin Nabucodonosor y la Sibila, terminando por varios himnos, bajo el título de *Benedicamus* (1).

J. Rubió.

(1) Véase el teatro francés en la edad media, publicado en vista de los manuscritos de la biblioteca del rey, por Monmerque y Michel, p. 1. ad 9.

LOS PURITANOS

EN EL CAMPAMENTO.

(CUADRO DE SCHORN.)

Cuando las predicaciones de Lutero rompieron la unidad de la comunión católica, y proclamaron el principio de desobediencia que comenzando por el orden religioso había de trascender muy luego al orden civil, los sectarios de ese novador atrevido procuraron derramar sus doctrinas por todas partes. Admitidas en algunas, no en todas ellas fueron propagadas del mismo modo, ni partiendo de un mismo punto; y así fué que mientras en Escocia, por ejemplo, las abrazó el pueblo en odio á la nobleza, en Inglaterra su propagador fué el monarca, que sin admitir en apariencia los principios de Lutero los adoptó en el fondo y dedujo de ellos cuantas consecuencias pudieron contribuir al acrecentamiento de su autoridad y de sus riquezas. Enrique VIII se convirtió en apóstol para ser déspota, y afectando conservar los dogmas y los ritos del catolicismo hizo sustituir su autoridad real á la del Papa. Las controversias religiosas que á este trastorno precedieron habían acostumbrado á todas las clases á discutir acerca de la autoridad; y ese espíritu de exámen y de independencia dió origen á la cuestión de reforma entre los mismos protestantes, divididos en episcopales y presbiterianos.

Estos últimos, haciendo alarde de inflexibilidad para con los otros y para consigo mismos, comentaban el Evangelio en favor de los débiles contra los fuertes, querían reformar la Iglesia y el Estado por medio del hierro y del fuego, y su último objeto era abolir la organización episcopal y asegurar la absoluta independencia de los fieles. Absortos en la contemplación de la eternidad, atribuían

todos los acontecimientos al Altísimo, á quien aspiraban á servir á fin de gozar para siempre de su luz deslumbradora. No reconocian mas superioridad que la de los grados de gracia que el Omnipotente se dignaba dispensarles: eran estraños á la filosofía y á la política, jactábanse de que los ángeles eran sus guías, despreciaban las riquezas, la sabiduría, y el poder; en todo y en todos veian la predestinacion divina; y este anonadamiento ante Dios los hacia muy orgullosos ante los hombres. Firmes en su resolucion que proclamaban irrevocable, eran tan inflexibles al terror como á las mas lisongeras promesas. Intolerantes y ardientes para la conquista de la libertad civil, que consideraban únicamente como elemento de la libertad religiosa, eran estravagantes en su conducta y en su austeridad, hasta el punto de hacerse ridículos á los ojos de aquellos que calculaban cuan poderosos podian hacerlos estos principios. Aumentaban de continuo el número de sus congregaciones, vestian de negro, ensanchaban el ala de sus sombreros, llevaban el cabello corto, cual una protesta contra las pelucas que calificaban de insultantes para con Dios, y despues de haber ayunado y oido cuatro largos sermones presentaban *piadosas solicitudes* para que se ejecutaran las leyes contra los católicos. La rigidez de sus ideas y el horror que profesaban al papismo, les dieron grande ascendiente en la Cámara, y además formaban causa comun con los ciudadanos para pedir reformas, restricciones en las prerogativas reales, pureza en la religion, libertad civil, é igualdad religiosa.

Estos fanáticos religiosos, que muy luego debian convertirse en políticos, habian alcanzado en Inglaterra un influjo inmenso, y casi eran árbitros del Parlamento cuando ascendió al trono Carlos I. Casó este príncipe con Enriqueta de Francia, jóven bella, instruida y virtuosa, pero francesa y católica, y que además no supo moderar su celo religioso cual convenia en un país de creencias distintas de las suyas, y de todo punto intolerante. Mezclóse por desgracia en la política, y dió ocasion á que su esposo fuese tildado de papista, que era la peor acusacion que entonces podia dirigirsele. Carlos cometió tambien el error de conservar á su lado al duque de Buckingham, favorito de su padre, hombre presuntuoso y frívolo, que dirigia la política al compas de sus pasiones, que escandalizaba con su lujo, que se habia desacreditado en España y en Francia, y que en una espedicion á favor de los protestantes franceses, que aconsejó á Carlos para que se bienquistara con su pueblo, fue completamente derrotado, y probó que era tan inhábil general como inepto gobernante. En aquellas circunstancias, y cuando todas las causas indicadas, y algunas otras, tenian á los ingleses muy disgustados con su rey, este reunió el Parlamento con el fin de pedirle auxilios para la guerra que Buckingham habia declarado á la España: y el Parlamento, bien convencido de que su poder consistia en votar las contribuciones, negó los subsidios, y se quejó amargamente del ministro. El irreflexivo Carlos despidió la Cámara, prefiriendo conservar el favorito á congraciarse con

los representantes de Inglaterra, pero muy pronto hubo de convocarla de nuevo, y se presentaron los mismos diputados, mas resueltos que nunca á formar un nucleo de oposicion formidable. En este Parlamento estaban en mayoría, sino numérica, á lo menos de audacia, de intolerancia y de fanatismo los puritanos, de cuyos principios nos hemos ocupado, y que en medio de su ceguedad y de su orgullo se apellidaban los santos.

Este Parlamento votó y obtuvo la célebre *peticion de los derechos*, que ha sido desde entonces la segunda ley fundamental de Inglaterra. Mientras tanto Buckingham fué asesinado, el Parlamento se mostró mas hostil á Carlos, quien irritado por ello lo disolvió, y con los subsidios generosamente dados por la nobleza, reinó once años como rey absoluto, sin cámaras y sin cobrar las contribuciones que debian ser votadas por el Parlamento. Secundado por el conde de Strafford, gobernó con gran tino, y aumentó los recursos y el bienestar de Inglaterra, pero los liberales no le perdonaban que hiciera todo eso sin el concurso de los representantes del país; y los puritanos diciendo que se castigaban las palabras, los pensamientos y hasta las supuestas alusiones, y convencidos de que los intereses de Dios deben ser preferidos á los del hombre, emigraban á América.

Esto no puso término á la revolucion, sino que le dió nuevos bríos; y como en Escocia y en Irlanda habia intereses encontrados, quejas contra el monarca, divergencias religiosas, y como el rey hubo al fin de llamar al Parlamento, en este se completó la revolucion que estaba ya muy adelantada. El conde de Strafford fue acusado, condenado á muerte y ejecutado, y se arrancaron al monarca nuevos derechos para el pueblo, y la sancion de nuevas restricciones para la corona: el Parlamento y el rey eran dos enemigos que se conocian perfectamente, pero uno y otro vacilaban en pronunciar el grito de guerra, que habia de dar principio á las hostilidades en campo abierto. El Parlamento, so pretesto de que sus miembros no tenian seguridad, pidió una guardia, y antes que se le otorgara habia tomado á su sueldo una parte del ejército que levantó el rey para dirigirlo contra Irlanda. Este atrevido paso puede decirse que determinó la lucha; Carlos no considerándose seguro en Londres, enarboló en Nottingham el estandarte real, y desde entonces quedó declarada la guerra entre el rey sostenido por los pares, los caballeros, los episcopales y los católicos, gentes opulentas y de gran crédito, y el Parlamento que contaba con la masa de la nacion, con muchos y ricos propietarios, y con los hombres de mas accion y mas enérgicos, y además hizo suya la escuadra, que debia impedir la aproximacion de auxilios extranjeros. Los ciudadanos hicieron toda clase de sacrificios, y el Parlamento tuvo desde luego á su disposicion cuantos recursos pudieran serle necesarios.

Entre los presbiterianos aparecieron por entonces algunos que negaban toda

clase de gerarquía, toda diferencia entre los eclesiásticos y los laicos, y no admitían forma alguna exterior ni símbolo ni disciplina, atendiendo á que bastaba la comunicacion con el Espíritu Santo, que todos podian alcanzar por medio de la oracion. En las circunstancias del momento que hemos fijado los independientes sostenian que pues en política se rechazaban todas las trabas, y todos los vínculos, lo mismo debia hacerse en materia de fé; que toda congregacion de fieles constituia una iglesia legítima, y que ningun otro poder tenia derecho de reclamar sobre ella autoridad ninguna. Entonces tomaron el nombre de independientes, y por lo que hemos dicho se ve que no eran sino presbiterianos apóstatas, los cuales despues de haber negado la autoridad del Papa, y la de los obispos para darla todo entera á los presbíteros, ahora la negaban á estos para dársela á sí mismos. Y es que habiendo entrado en el camino del error, se despeñaron por él hasta el fondo del abismo.

Tales ideas influyeron, como era natural, en la política, y los independientes se propusieron libertar á sus conciudadanos de la monarquía, y establecer una igualdad absoluta conformándose en todo con la voluntad de Dios y de la Biblia, interpretada segun el modo de sentir de cada uno. Ese partido, aunque informe, como que estaba compuesto de entusiastas, de filósofos y de calaveras, podia ser muy útil á un ambicioso capaz de reunir á todos los partidos en una tolerancia general.

En las filas de ese bando figuraba el coronel Oliverio Cromwell, criado austeramente, y hombre que reunia á una rusticidad sencilla una imaginacion ardiente. Era de modales bastos, usaba traje sucio y roto, tenia voz chillona y una elocuencia ampulosa y rellena de citas bíblicas. Escitaba la risa de no pocos, y no obstante llegó á tener grande popularidad, y proclamó la libertad de conciencia, la absoluta independencia del hombre, y la inspiracion directa, sin el intermedio de la iglesia ni de los sacerdotes. Comprendiendo que los debates parlamentarios no eran su elemento conoció que se le abria un camino para hacer fortuna cuando la discusion se trasladó al campo de batalla, y poniéndose al servicio de la Cámara esta le nombró coronel del regimiento de caballería, cuyos oficiales fueron con el tiempo los jefes del ejército que levantó el Parlamento.

Fácil seria prolongar algunas páginas este artículo escribiendo la historia de ese caudillo, que unas veces con verdadero valor militar, otras con la mas refinada hipocresía, y otras con una audacia inconcebible, condujo las cosas de manera que se mofó del Parlamento que le habia encumbrado, llevó al cadalso á Carlos I, abolió la monarquía, hizo que sus soldados arrojaran de la Cámara á los representantes de la nacion, erigió la república, y con el título de protector se colocó á su cabeza. Conseguido su objeto se mostró así en religion como en política, el hombre mas tolerante del mundo, y fué para su patria un escelente go-

bernante , á quien la Inglaterra debió el origen y la base de su inmenso poder comercial y marítimo. Mas la biografía de Cromwell no corresponde al asunto que debe serlo de este artículo , el cual no es otro que dar una idea del partido religioso llamado de los puritanos á que pertenecen los personajes de la lámina que tenemos á la vista. Si no nos equivocamos los puritanos de este cuadro no han pasado todavía á ser independientes , porque si uno de ellos tiene la Biblia en la mano y probablemente la interpreta ó la comenta , instruyendo á los tres que visiblemente le están escuchando , aun toleran la compañía de un eclesiástico , quien al parecer no está muy conforme con las esplicaciones que de la Sagrada Escritura hace el guerrero convertido en apóstol. Estos puritanos no habian seguido aun los pasos de Roberto Brown , que en el reinado de Isabel fué el primero en enseñar que los ministros del culto eran viciosos , y que ese culto de la iglesia anglicana era una idolatría , y que por consiguiente no habia mas medio de salvacion que desprenderse de aquellos y de esta. Proclamaba Brown otros principios naturalmente procedentes de estos , y puede decirse que en realidad él fue el fundador de la secta de los independientes. Sus doctrinas quedaron por de pronto olvidadas ; mas en el reinado de Carlos I , cuando se proclamó la absoluta independencia civil y religiosa , y cuando una omnimoda subversion de ideas vino á sumergir la Inglaterra en un espantoso caos , de que nacieron la guerra civil y desastres sin cuento , y que terminó con la abolicion de la monarquía y con el sistema de tolerancia adoptado por Cromwell y que preparó el camino de la restauracion , esas doctrinas se proclamaron de nuevo y sirvieron de dogma á los independientes , de quienes hizo instrumento de su ambicion el audaz presbiteriano , trasformado luego en jefe de la república que él mismo habia erigido.

Este cuadro es bellissimo , hay mucha facilidad y valentía de ejecucion , y los rostros de los personajes tienen una espresion llena de verdad y de fuerza. El autor es conocido por muchas obras de la misma clase , en todas las cuales brillan idénticas dotes.

Juan Cortada.

ABRAHAM Y AGAR.

(CUADRO DE J. HILVERDINK.)

Cuando en las *Mujeres de la Biblia* nos ocupamos de Agar, la esclava de Abraham, procuramos embellecer el cuadro de aquella heroína del desierto con todas las reflexiones que nos sugirió la serie de los acontecimientos de toda su vida, desde que fue admitida al tálamo de su señor para darle un hijo que no podía darle su misma esposa, hasta que despedida de la casa de su señor por instigación de la misma que antes le había cedido su lecho conyugal, iba á separarse de su hijo que casi espiraba abrasado de sed, y fue detenida por un ángel que le señaló un pozo de agua en que ella no advertía. Y como en aquellos cuadros interesantes de la historia hemos procurado buscar siempre todas las analogías que pueden tener con el estado actual de las sociedades, tuvimos oportunidad de entendernos acerca los efectos de la poligamia, bien que permitida entonces, los desastres del divorcio y la perfección de la indisolubilidad conyugal que nos trajo despues la ley divina revelada por Jesucristo. Y como en algo debíamos permitirnos la expansion del corazon en aquellas escenas de profundo sentimiento, nos fijamos principalmente en el momento desgarrador en que la madre desolada y sin amparo iba á abandonar al hijo para no verle morir. Pero ahora la escena que nos ocupa y sobre la cual debiéramos concretar nuestra mirada es la del acto en que el patriarca, con el doble dolor de esposo y de padre, se disponia á sacrificar á la voluntad de Dios los mas dulces y fuertes sentimientos de la naturaleza. El rostro de Abraham, si bien cubierto con el velo de aquella entereza que revela la fuerza de las grandes almas en los mayores sacrificios, deja entrever la na-

G^o DE MUNICH. P. 28



Abraham et Hagar. Abraham and Hagar.

Published for the Proprietors by A.H. Payne, Dresden & Leipzig.

tural lucha que en su pecho paternal sostiene el amor mas poderoso contra el mas santo de los deberes, preuncio del gran sacrificio á que Dios despues tenia destinada su voluntad. La madre oprimida bajo el peso de un dolor inmenso, descubre en sus miradas aquella reconvenccion secreta que recuerda en un solo instante todo lo pasado : así nos abandonas ? mientras que el hijo, llorando con amargura todo el rigor del decreto paterno, hace la misma pregunta con sus lágrimas al hombre mas justo y al alma mas recta que habitaba entonces en la tierra. Porque en verdad, y permítasenos repetir las mismas palabras, ¿cómo podemos sospechar que Abraham, dotado del espíritu de Dios, y en cuyo corazon magnánimo se abrigaban los mas puros y generosos sentimientos, se hubiese así portado con Agar y su hijo, á no mediar una íntima y poderosa conviccion de que obraba con justicia, y de que aquella era la voluntad del cielo ? Ismael, en efecto, era el primogénito de Abraham, pero era hijo de una *esclava*. Esta sola palabra revela una degradacion de la humanidad, cuyo origen nos parece encierra un gran fondo de interés social que no pudimos desenvolver entonces con la debida estension, y que ahora podrá derramar sobre nuestro sucinto relato un colorido que no sea absolutamente religioso, para interesar algun tanto á los que olviden que la religion constituye el fondo de todas las ciencias morales, ó sea de todas las fases del estudio del hombre considerado como ser inteligente ó moral.

Y como en la historia de Agar, esclava de Abraham, figura en los sagrados libros por primera vez la esclavitud como parte de la constitucion de la antigua familia (hecho importantísimo para estudiar el origen de las primitivas sociedades que algunos han soñado se formaron con pactos ó convenios cuando solo emanan de la pura ley de la naturaleza), bosquejaremos rápidamente el origen de la esclavitud; extractaremos lo que de ello nos han dejado escrito los autores que con mas sólida erudicion y filosofia han tratado esta materia; y estas noticias ó investigaciones que parecen tener por único objeto satisfacer gratamente la curiosidad, guardan la mas íntima relacion con el estado actual de las sociedades modernas, y hasta con los destinos futuros á que, segun todas las apariencias, va marchando la humanidad; sin perjuicio, empero, de volver despues á las consideraciones especiales á que naturalmente nos conduce la escena bíblica que nos ocupa.

La division de los hombres en dos clases, la de señores y la de esclavos, la primera poseedora, la segunda poseida, se presenta ante todo como un hecho admitido y universal, pues encontraremos señores y esclavos en la Judea, en Grecia, en Roma, en Germania, en las Galias, en Francia durante el siglo XII, en Prusia en 1750, y actualmente en ambas Américas, en los países mahometanos y en los principados, reinos é imperios de la India; y tal se presenta la antigüedad de este hecho, que en ninguna parte se encuentra su origen. Anterior á las instituciones de los pueblos de que hay memoria, la esclavitud es ya reconocida

en los libros de Moisés, en los poemas de Homero, muy anterior á los tiempos heroicos de la Grecia. Rómulo, muchos siglos antes de las leyes de las Doce Tablas, ofreció un asilo á los esclavos fugitivos del Lacio. La esclavitud se halla consignada en los códigos sálicos, sajones, turingianos, alemanes, ingleses y de otros pueblos invasores, siendo de notar que en aquellos no se instituye, sino que se regulariza como un hecho ya conocido, aceptado y preexistente.

La esclavitud, pues, no se ha nunca fundado ni creado, ni es de derecho positivo, considerado como á ley meditada y discutida, cuyo derecho se apoderó de la esclavitud al arreglar la sociedad, como de los otros hechos sociales, la tomó bajo su imperio, la formuló y definió, y se la apropió enteramente, por manera que tenia ya existencia propia antes de someterse á la accion de las leyes civiles. Así es como ni en el Levítico, ni en la Iliada, ni en las leyes de las Doce Tablas, ni en los códigos de la invasion aparece la esclavitud como un hecho coetáneo ó reciente, sino vieja, decrepita, gastada y en decadencia, cercana ya á la grande metamórfosis social y por consiguiente á su sepulcro.

Siendo la esclavitud la negacion de la libertad y de la propiedad, y como tal no existiendo por sí misma, no admite inauguracion directa su historia. Volvamos pues la vista hácia la propiedad y la libertad, cuya ausencia constituye la esclavitud, así como la ausencia de la luz constituye la sombra, y conociendo al señor conoceremos al esclavo. ¿Cuál es pues el origen de los señores?

En la cuna de las sociedades la idea de padre y de señor se confundian enteramente; y por lo general al formarse los pueblos, el que era padre era señor y dueño absoluto. Pero no bastaba por sí la paternidad natural; era tambien preciso que la acompañasen ciertas condiciones de tradicion, antigüedad, familia y ascendencia. En Homero los padres que son señores son llamados divinos, y de progenie celeste, y las grandes familias gozan de gerarquías análogas á las de las deidades generadoras. Así se vé en Eneas, hijo de Venus, de la Iliada; en Rómulo, hijo de Marte y demás héroes de las tradiciones latinas, á los que se les llamaba *pios*, hijos de un Dios, y no piadosos, como erroneamente han dicho los traductores. Esta denominacion de *pío* se concedió á Tiberio, que tenia ya la de augustus, y Virgilio la dió con frecuencia á Eneas, *de raza divina*. «El poder paterno, se lee en el Digesto romano, consiste en la piedad.» *Patria potestas in pietate consistit*.

Evidente parece que la mayor parte de los hechos relativos á las antiguas familias se regulaban por medio del dogma religioso, como lo comprueba el derecho de primogenitura que existia ya en tiempo de Homero entre las grandes familias de la Grecia. Isis dice á Neptuno en la Iliada: *Tú sabes que las furias son propicias á los primogénitos*. Así como la familia antigua se apoyaba en las tradiciones místicas y en los dogmas religiosos, la moderna, es decir, la cristiana, tiene bases análogas en otro orden de ideas. Cuando Jesucristo pronunció

entre la muchedumbre que le seguia mas allá del Jordan la abolicion de la esclavitud, dió por única razon la voluntad divina, y S. Pablo escribiendo á las iglesias del Asia menor las modificaciones de las relaciones domésticas, que la mujer y el hijo no estaban ya absolutamente sometidos al padre, dijo: *Todos sois unos para con Jesucristo*. Es, pues, innegable que en ciertas familias de la antigüedad los padres ejercian sobre ellos un poder absoluto en calidad de tales. Esta cuestion entra ya en los tiempos históricos apoyada en los mas claros y precisos testimonios.

El poder absoluto de los padres de familia es un hecho universal en la primitiva historia cuyas huellas se hallan marcadas en todas partes. Abundantes testimonios pueden recogerse á discrecion en la Biblia, en los trágicos griegos, en la legislacion de Roma ó en las tradiciones germánicas. El poder paterno careció de todo límite en los tiempos primitivos. Para espresar los paganos el supremo poder de Júpiter le llamaban el padre de los dioses; y porque la autoridad paterna es un hecho universal y humano, los cristianos y los judíos han llamado tambien á Dios *Padre omnipotente*. Este poder, que no sufría otro alguno, absorbía en sí la existencia moral de la mujer y de los hijos. La civilizacion moderna ha pugnado por equilibrar al padre con los otros miembros de la familia. Que este poder fuese absoluto entre los patriarcas, lo prueba el sacrificio del mismo Abraham, pues Dios no hubiera exigido de él un acto contrario á la ley positiva. El de Ifigenia lo prueba entre los griegos durante el sitio de Troya, y ambas épocas son análogas. En ambas las hijas eran propiedad del padre, y habia que dar á este cierto precio para llevárselas. Jacob sirvió á Laban siete años para obtener á su hija Raquel; Otrion se comprometió á servir á Priamo durante el sitio de Troya para lograr á su hija Casandra *sin dote*, es decir, sin mas precio que el de sus servicios; pues el dote, segun en la actualidad lo entendemos, pertenece á época muy posterior en que se constituyó la existencia de los hijos de familia, y en que no solo dejaron de depender absolutamente del padre, sino que lograron cierto derecho en la sucesion.

La legislacion romana es riquísima en reminiscencias de la antigua autoridad paterna, y las crónicas confirman el testo de las leyes. La ley del código papiniano autorizaba á los padres para matar ó vender á sus hijos, ley citada por el código de Justiniano y por el Digesto, promulgada, segun Dionisio de Alicarnaso, por Rómulo, y trasportada á las Doce Tablas. Los hijos de Rea, arrojados á las fieras por su tio Amulio, recuerdan la esposicion del niño Moisés, y la suspension á un árbol del infante Edipo. El padre de los Horacios reclama la defensa del hijo vencedor que acababa de asesinar á su hermana, porque *en calidad de padre era juez nato del delincuente y de la victima*. Junio Bruto se arrogó igualmente el conocimiento de la causa de sus hijos, y los juzgó y condenó é hizo ejecutar. La ley de Sila limitó algun tanto esta autoridad absoluta de los padres,

y hasta Diocleciano y Maximiniano no se privó que pudiesen vender, regalar ó alquilar á sus hijos, á los cuales llama Aristóteles *instrumentos animados de sus padres*. Solon abolió en Atenas el derecho de vida y muerte que ejercian los padres sobre los hijos, y en Esparta al nacer un hijo se reunia una especie de tribunal de familia para decidir si debia ó no conservársele la vida. Despues de la derrota de Tigranes los propietarios del Asia menor, no pudiendo pagar las contribuciones, dieron á Luculo sus hijos pequeñuelos y las hijas casaderas.

La primitiva esclavitud, pues, que ha existido en la tierra nació, segun las historias, de la primitiva autoridad paterna. Los padres fueron los primeros señores, así como los primeros esclavos han sido los hijos, y por este dato se resuelven fácil y exactamente numerosos problemas relativos á la esclavitud. Por él se esplica la anterioridad de este hecho á todas las constituciones escritas, á todos los monumentos conocidos; que este hecho natural y primordial ni ensoberbeció á los señores, ni indignó á los esclavos; que no hay memoria de violencia alguna cometida repentinamente contra la mitad de los hombres, y que no heria las ideas morales de los antiguos acerca el estado de las familias. Obsérvase tambien que esta época de la absoluta potestad paterna era la época de la poligamia. Las cincuenta hijas de Danao, los cincuenta hijos de Aquiles, los trescientos varones de la familia Fabiana, las numerosas familias de los patriarcas, prueban que aquellas grandes familias eran unas pequeñas tribus en que servian los hijos y los nietos, y mandaba el padre.

Nació, pues, la esclavitud sin ley ni cláusula espresa ni convenida; mas cuando las familias relacionadas entre sí pasaron á formar naciones, el hecho primitivo de la esclavitud se estendió de la familia privada á la familia pública, y se regularizó por las primeras leyes, manantiales de nueva esclavitud. La guerra, por ejemplo, el asilo buscado en casa agena, la insolvencia y el enlace de las jóvenes fuera de la familia ó tribu, fueron otras tantas causas de servidumbre.

Los antiguos consideraban á los vencidos como hombres sin Dios, y los dioses y los antecesores de las grandes familias eran considerados como una misma cosa. Los asilos eran tambien fuentes de esclavitud, pues los que los buscaban se convertian en objeto ó cosa del protector á cuyo amparo habian acudido. En aquellos tiempos de confusion estos asilos atraian á los esclavos maltratados, y á la gran masa siempre existente de hombres inquietos y ambulantes para quienes son necesarias la inestabilidad y las aventuras. Enseña la historia que todos los fundadores abrieron asilos públicos. Moisés señaló las ciudades á donde podian refugiarse los asesinos; Teseo abrió un asilo en Atenas. Rómulo estableció otro para los siervos del Lacio. En la edad media aparecieron de nuevo los asilos; hallábanse tierras cuya morada constituia esclavitud, mientras que muchas villas y ciudades daban asilo á los siervos contra los señores. Las deudas

producian tambien esclavitud, verdad indudable en las historias romana y griega, entre los alemanes, segun Tácito, y hasta en la legislacion de Moisés. En cuanto al casamiento de las hijas, léese en los Números que la doncella que se casaba con varon de otra tribu rompía los vínculos del nuevo parentesco. La Iliada abunda en testimonios de la esclavitud á que se reducian por medio del matrimonio las jóvenes y las mujeres. Hemos visto ya el ejemplo de Priamo y el de Laban. Agamenon ofrece á Aquiles entre otras esclavas á una de sus tres hijas indotada, ó mejor, sin pagar su precio, como debiera decirse, pues entonces las novias se compraban al padre, lejos este de dotarlas, como puede verse no solo en Homero, sino en varios pasages de Virgilio, profundo conocedor de los orígenes itálicos; y sabido es que en la antigua jurisprudencia romana una de las tres clases de casamiento era por compra, *coemptio*, con la cual quedaba la mujer sometida al poder del marido ó de aquel á quien el marido pertenecia.

Ved ahí, pues, independientemente de la autoridad paterna cuatro grandes fuentes de esclavitud entre los antiguos. Al principio no habia señor que no fuese padre, ni hombre que poseyese otros esclavos que sus propios hijos. Mas desde que brotaron estos cuatro manantiales de esclavitud, pudo adquirirse el señorío sin la paternidad, y se pudieron poseer los hijos de los otros hombres. La autoridad absoluta salió así del vínculo de la familia en que primitivamente se hallaba encerrada, y se apoderó de objetos que la sangre no le habia dado.

La autoridad del señor nació pues de la del padre, y de la esclavitud de los hijos procedió la de los estraños. La esclavitud ha debido ser un hecho antes de ser un derecho, sin lo cual la antigüedad histórica pareciera enigmática y absurda: no podria entenderse la legislacion relativa á las familias, en las cuales crece el poder paterno cuanto mas se acerca á su origen; seria inconcebible el convencimiento moral que hacia consentir á los esclavos, veinte veces mas numerosos que los señores, á permanecer en la servidumbre; y como entre tantos centenares de millones de hombres como se vendieron en los mercados judíos, griegos, romanos ó góticos, no hubiese quienes en la plenitud de su dignidad ó de su fuerza, resistiesen noblemente y comprasen á sus compradores. Seria tambien monstruoso, indecible, inaudito que tantos altos ingenios de la antigüedad como fueron esclavos; que Esopo, preceptor de la Grecia; que Fedon discípulo de Sócrates; que Terencio, que Platon, que Fedro, que Horacio, poetas inmortales, radiantes en razon y en entusiasmo, ricos en ideas, creadores capaces de entender y de hablar, no hayan protestado una vez, una sola vez, en favor de los esclavos sus hermanos: hubiera, en fin, quedado en la memoria de los pueblos ó en alguna de sus leyendas, himnos ó poemas, algun vestigio de aquella época terrible, admirable, sacrílega, en que algunos hombres encadenaron con deliberado propósito á los otros hombres, arrebatándoles no solo su libertad sino hasta sus familias, sus derechos, su personalidad y

nombre, y el sentimiento de su elevación y de la santidad de su naturaleza. Pero admitiendo la teoría que acabamos de deducir de incontrovertibles hechos, todo se simplifica, todo parece fácil de entender, se hace inteligible la formación espontánea de la esclavitud que puede llamarse contemporánea de la libertad, porque no tiene principio propio, y data del nacimiento mismo de los hombres.

Siguiendo la ilación de estas ideas se explica por que hay siempre en la historia de las naciones dos razas enemigas, en presencia la una de la otra: razas patricia y plebeya, según los romanos; nobleza y pueblo, según los españoles; y lo que suele decirse hoy populacho y gente acomodada son, con poca diferencia, los antiguos elementos del señorío y de la esclavitud. La raza noble es la prolongación histórica de los antiguos padres de familia, y el estado llano la prolongación de las razas esclavas, y la historia de estas dos razas contiene la historia de la humanidad; y así como todo deriva de esta historia, todo se explica por ella. Las razas nobles forman uno de los asuntos más interesantes y fecundos en hechos e investigaciones. Sigamos entretanto las razas esclavas en todos los accidentes de sus varias fortunas y metamorfosis sociales, y describamos el camino por donde han pasado los hijos y los servidores de los primitivos héroes para llegar á convertirse en el pueblo soberano de la edad presente.

Multiplicáronse los esclavos desde los primeros siglos de la historia, hasta componer ellos más de las tres cuartas partes de todas las poblaciones. Contemplando la esclavitud en la familia solo se encuentra un señor que era el padre, que podía tener en los hijos cincuenta servidores. De aquí el reducido número de individuos en la raza noble, y el amplio y casi infinito número de esclavos. Decimos *razas*, no porque el género humano deje de tener el mismo origen, sino porque una vez sujeta una parte á la esclavitud, han vivido y se han multiplicado aparte los servidores, marcados en todos los pueblos con un sello indeleble que ha resistido á todas las rehabilitaciones. Siempre, hasta los mismos recién ennoblecidos, se han mirado con cierto escarnio. La palabra de Horacio á Mena, hombre opulento y liberto de Pompeyo, encierra en sí una profunda verdad histórica: *La fortuna no cambia la raza.*

Los vestidos y alimentos de los esclavos eran también especiales. Los judíos les horadaban las orejas: los griegos y los romanos les sellaban la frente, de lo que vino el llamarlos *Ptickus*. En los tiempos de Homero se había arreglado ya su higiene particular, y el pan les estaba prohibido. En la Odisea, en Luciano, Plinio, Virgilio, Herodoto y Horacio se ven los alimentos que les estaban señalados, reservándose el pan para los hijos de Júpiter, ó nobles. De aquí la abyección física y moral de esta raza pobre y degenerada y las dolencias que les eran propias, y que desaparecieron al fin con grande admiración de la medicina, á medida que la esclavitud se desvanecía ante la libertad. No tenemos me-

dio para calcular el tiempo que duró la esclavitud pura, es decir, la esclavitud antes que empezasen á existir libertos; pues de ellos se hace ya mencion en la Odisea y en la Biblia. Reflexionemos empero acerca del estado de la sociedad primitiva, en la cual aun eran todos ó esclavos ó señores.

Un hecho hay que arroja grande luz en el estudio de la formacion de las sociedades, y es, que durante el período primitivo de la esclavitud pura no se conocia la mendiguez. Ningun hombre es mendigo hasta que carece de medios para vivir, y al esclavo le mantiene su señor. Tampoco habia mendigantes en las colonias europeas, mientras duraron los primeros años de su existencia; ni ahora los hay tampoco entre las que colonias permanecen, no obstante que se ha dado libertad á muchos hombres de color. Observa juiciosamente Black-Stone comentando las leyes inglesas, que la gran cantidad de pobres que ya en su tiempo circulaba por la Inglaterra, y á cuya subsistencia fué preciso que el gobierno acudiese, desde el reinado de Enrique IV, por medio de una limosna elevada al nivel de las contribuciones normales, provenia principalmente de los numerosos esclavos que, sin precaucion, se emanciparon en la edad media lanzándolos improvisamente en la sociedad. Los monasterios, con su magnífica organizacion de hospederías y enfermerías gratuitas, nutriéronlos cuanto mejor les fué posible durante largos años; pero la reforma cerró con mano dura las puertas de los monasterios, y cambió á los jornaleros en mendigos y á los mendigos en ladrones. En Inglaterra con especialidad se han consumado las emancipaciones de un modo súbito, inmediato, de una sola vez, sin que los esclavos pasasen por la intermedia condicion de siervos, mientras que en otros países, en Francia, por ejemplo, las emancipaciones de la edad media han producido menos pobres, porque por una inspiracion divina, que pudiera llamarse providencia, se hicieron las emancipaciones gradualmente y por medio del patronato, no haciendo mas que medio emancipar á los esclavos, pasándolos á la clase de siervos, especie de noviciado de la libertad.

Concedíase al esclavo una suerte de tierra que, mediante censo ó renta, se le permitia cultivar, y esta especie de cesion que el derecho civil no conocia, y que formaba uno de los elementos de legislacion futura, se prolongaba mas ó menos segun la actividad y la probidad del esclavo. Tal vez existen aun hoy dia tales contratos entre el señor y el esclavo en los antiguos protocolos de los notarios, minas fecundas de la historia civil, en donde suelen hallarse documentos del siglo xiii que nadie ha tenido aun gusto de examinar. Los ajustes con los esclavos se hacian segun un sistema de concesiones enfitéuticas, cuyos primeros elementos se hallan en el código de Teodosio, y penetraron con toda regularidad hasta el siglo xiii en que llegó á su mayor desarrollo. Por medio de estos contratos se amortiguaba la accion del señor sobre el esclavo, y este, casi libre de hecho, adoptaba las costumbres y aire de un padre de familias. Transcurri-

do un siglo, era el señor mucho menos señor, y el esclavo mucho menos esclavo. Habían ambos olvidado el punto de partida. Percíbese desde aquella época una inmensa reconciliación de hombres y de cosas que la providencia había tenido á parte cinco mil años; y en tanto que los hijos del antiguo esclavo osaban acercarse un poco menos abatidos á los hijos del antiguo señor, se realizaba al rededor de ambos un fenómeno semejante. Las pequeñas cabañas, casas y pobres aldeas comenzaban poco á poco á descollar en los campos en faz de los almenados castillos y altos torreones, que cual tétricos centinelas coronaban aun la cúspide de las colinas, y en pro de la Europa feudal velaban; y con el pié herrado de poternas, y orlada la frente de estandartes permitían que se les acercaran sus nuevos y tímidos vecinos, como para alivio de su solitaria majestad y grandeza. Por lo cual, no han salido los pobres en Europa de los esclavos agrícolas convertidos en propietarios, sino de los esclavos industriales á quienes no fue dado á causa de su género de ocupación participar de las concesiones enfiteúticás. Hé aquí porque hay menos pobres en Francia, por ejemplo, que en Inglaterra, pero generalmente hablando, sea en Francia, en Inglaterra, ó en las otras naciones, ya en la historia antigua ya en la moderna, por todas partes y en todos tiempos la emancipación de los esclavos es la causa primitiva y universal de la mendiguez.

Esta causa no ha sido señalada por los economistas. Bastaba observar para descubrirla que la mendiguez es un hecho social, humano, segun parece, que en todos los pueblos se manifiesta, menos en los compuestos de esclavos antes del período de las emancipaciones; que la grande irrupción de los mendigos en Europa se efectuó desde el segundo al sexto siglo de la era vulgar, cuando los emancipados cristianos se añadieron á la masa de emancipados gentiles, patentizándose esta irrupción por la organización de hospitales, desconocidos de los antiguos, entre los que solo había enfermerías para enviar sus esclavos. La historia así observada podia suministrar hechos elementales á la ciencia de los economistas; pero sin duda ha debido aparecer mas cómodo ignorar los hechos, que aprenderlos.

Cuando quiera que en los libros primitivos se habla de un pordiosero, puede asegurarse que aquel libro pertenece á época en que gran número de esclavos se han emancipado ya, esto es, á una época secundaria: lo mismo sucede en los libros en que se hace mención de los *mercenarios*, ó esclavos enteramente libres, cuyo trabajo se compra por medio de ajuste. Cítanse los mercenarios en el Levítico, en la Odisca, en Hesiodo y en Plutarco.

El solo medio de comprobar la época remota en que empezaron las emancipaciones seria fijar el momento en que aparecen en la historia los pobres y los mercenarios, puesto que estos no pueden existir en los tiempos de esclavitud pura, que son los primitivos. En las remotas épocas no parece que hayan sido las emancipaciones rápidas ni profusas. Emancipábanse los esclavos de uno en uno, se-

gun sus méritos y el beneplácito del señor, no apareciendo en parte alguna de los antiguos pueblos ni turbas de esclavos, ni mercenarios ni tampoco por analogía sociedad alguna de ladrones en las grandes ciudades, cuya aparición coincide con el sistema de aglomeración de casas que sucedió á la formación de la hidalguía, á la cual precedieron numerosas emancipaciones. Es evidente por otra parte que los ladrones salieron primitivamente de los mercenarios sin trabajo, y los mercenarios de las emancipaciones, de lo que se sigue que la existencia de los ladrones prueba el mismo hecho que la existencia de los mercenarios. Los primeros ladrones que se encuentran en la historia son los piratas, porque las orillas de los ríos y las costas del mar han sido los primeros lugares frecuentados, y dice Platon en el sexto libro de sus leyes que los piratas que cubrían las costas de la grande Grecia eran esclavos fugitivos.

En los antiguos tiempos pues consumáronse las emancipaciones de un modo individual, y esto explica la tarda aparición de las hidalguías, y que los antiguos pueblos no se vieron infestados de mendigos y ladrones, dos llagas sociales abiertas por la emancipación. Al acercarse á la era vulgar, encuéntrase algunos ejemplos de emancipaciones generales hechas por los gefes de los partidos en las guerras civiles ó por algun compromiso general de ejército. Mitrídates empleó un cuerpo de quince mil esclavos contra los romanos. Mario en su lucha con Syla publicó á son de trompeta que daría la libertad á los esclavos que quisiesen alistarse, pero solo tres se presentaron. Durante la campaña de Sicilia contra Sexto Pompeyo emancipó Augusto veinte mil esclavos.

Cuando la idolatría entregó el antiguo universo al cristianismo, no abundaban los emancipados. Este es sin disputa el que ha multiplicado las emancipaciones; y la subversión que sufrió todo el mundo conocido por la desmembración del imperio, favoreció singularmente la evasión de los esclavos. No prevaleció sin embargo el sistema de las emancipaciones en masa, sino que continuaron concediéndose de una en una, aunque con mas frecuencia. En cuatro mil años no habia la antigua civilización arrojado á la sociedad suficiente número de libertos para que pudiesen fatigarla ú obstruirla, mientras que en menos de tres siglos les habia multiplicado el cristianismo con tanta imprevisión política y tan caritativa profusión, que aquellos infelices, entregados prematuramente á sí mismos en medio de un mundo subvertido y egoísta, del cual no tenían esperiencia, se encontraron, sin haberlo antes conjeturado, en una espantosa miseria. Y con efecto, desde los tres primeros siglos empezaron los mendigos á aparecer en Europa como un fenómeno hasta entonces no conocido, y respirando amenazas que por nuestro mal han cumplido harto rigurosamente. Desde entonces no bastó la limosna individual: fue preciso que interviniere para el socorro de los pobres la sociedad entera; y así, encuéntrase en el Código de Teodosio dos rescriptos de Constantino de los años 315 y 322 que son los primeros documentos que en cuanto

á pobres se leen en la legislatura de Occidente. El segundo, dirigido á Menandro, prefecto del pretorio, testifica, como dejamos sentado, que habiendo las emancipaciones producido los pobres, estos fueron los que produjeron los ladrones.

Pero cualquiera que haya sido la época y la abundancia de las emancipaciones en los primitivos tiempos, su historia conduce á establecer el grande principio de que la emancipacion de los esclavos ha engendrado el proletariado, es decir, esa masa de hombres que no poseen mas que su cuerpo y su industria. Estas masas de hombres hállanse en todos los pueblos, porque todos los pueblos han tenido esclavos; pero las ha henchido seguidamente el cristianismo, y pesa con toda la gravedad de un atraso de seis mil años sobre las sociedades modernas.

Repulsados los proletarios de la familia y de la ciudad noble, escluidos del ilustre hogar y del banquete, debian por instinto buscar una sociedad á donde reclinar su fatigada frente. Como el cristianismo, al prodigar las emancipaciones, movido por el noble impulso de la dignidad del hombre regenerado, contaba con los medios de una inagotable caridad y con el espíritu de resignacion y de sacrificio; á medida que el soplo agostador de la indiferencia secó en el seno de la grey cristiana la fuente de aquellos nobles sentimientos, se halló la sociedad amenazada por el inmenso desequilibrio entre una minoría poderosa pero egoísta y una mayoría miserable y no resignada. A pesar de estar patentes á todo el mundo las puertas que conducen al poder y á la fortuna, el pauperismo, tascando con furia su freno, amenaza devorar la vieja sociedad soñando el levantar otra sobre sus ruinas.

Hemos visto ya el origen de la esclavitud, segun puede colegirse del conocimiento que nos ha quedado de las edades primitivas del mundo. Agar era pues esclava de Abraham, y el sucinto relato de su historia nos conducirá al punto de donde está tomada la escena que nos ocupa. Sara, esposa de Abraham, no tenia hijos; mas teniendo una esclava egipcia llamada Agar, dijo á su esposo: Ya ves como Dios me ha hecho estéril para que no diese á luz hijo alguno; despóstate con mi esclava, por si á lo menos logro tener hijos por ella. Rara proposicion por cierto, y que demuestra la simplicidad de costumbres de aquellos tiempos patriarcales. Este exclusivismo de la propia personalidad que tan natural nos parece al amor, fué sacrificado al cumplimiento de las divinas promesas, pues el Señor habia prometido á Abraham darle un hijo que saldria de sus entrañas, y multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo. Viendo la virtuosa Sara que por falta suya no podia cumplirse esta promesa divina, apeló á este medio extraordinario, creyendo en ello secundar la voluntad suprema.

Esta es la filosofía de los libros santos: todo se refiere á Dios y á su voluntad soberana como á causa suprema y universal. La fecundidad y la esterilidad, la salud y la dolencia, la fuerza y la flaqueza del temperamento, la deformidad y la belleza, los diversos accidentes de la vida, la escasez y la abundancia, los gran-

des fenómenos naturales no reconocen en la Escritura otra causa que Dios. Nada concede al *acaso*; ni aun conoce en todos sus coloquios la palabra *naturaleza* en el sentido providencial, lenguaje, aunque hartó comun entre nosotros, heredado del paganismo que en medio de sus monstruosas inconsecuencias adoraba al azar caprichoso al lado de la inflexible fatalidad.

Lamech fue el primero que introdujo la poligamia, interrumpiendo el augusto conjugio con que fue inaugurada la humanidad en los dos primeros progenitores en el paraíso. En esta parte se apartó de la primitiva institucion del matrimonio, sin otra razon que el haberse dejado dominar por la tiranía del apetito. Pero en Abraham todo cambia de aspecto, y para el observador religioso es visible que todo se verifica por la secreta inspiracion de aquel mismo que instituyó el matrimonio. Abraham, lleno de fé, aguarda sin inquietud el cumplimiento de la promesa que Dios le acaba de hacer de darle un hijo. Ningun proyecto forma sobre este suceso, y descansa absolutamente en aquel tan infinito en su sabiduría como en su poder. Informada Sara de la promesa, y persuadida á causa de su esterilidad y de sus años que no es por ella por quien Dios tiene el designio de cumplirla, cree que Dios mismo espera que Abraham llegue á ser padre por medio de otra mujer. El mismo Abraham habia dicho que, viendo la esterilidad de su esposa, nombraria heredero suyo á un hijo nacido en su casa, al hijo de Eliezer, su servidor ó mayordomo. Y ocupada Sara con este pensamiento, le parece mejor medio el ofrecerle ella misma por esposa á su esclava Agar. Abraham, que en esta proposicion de Sara no ve sino pureza de miras, nobleza de sentimientos, y motivos desinteresados, acepta este sacrificio conyugal, cuya idea cree haberle sido inspirada de lo alto. Así pues se rinde á su deseo sin otra mira que seguir la orden de Dios, y tener de esta segunda esposa hijos en quienes se cumplan las divinas promesas. Y realmente Dios habia inspirado á Sara este pensamiento, por cuanto le premió despues este sacrificio haciéndola madre contra todo lo que se podia esperar: quiso por este matrimonio de Abraham con una esclava y por el hijo que debia ser su fruto figurar grandes misterios que descorrió despues el velo de los siglos y preparar por medio de aquellos dos hijos de Abraham los destinos de la humanidad.

Diez años habia que moraba el patriarca y su familia en la tierra de Canaan cuando éste á ruegos de Sara tomó á Agar por su esposa. Mas como si el Señor, aun en este hecho providencial, quisiese hacer patentes los tristes efectos de la poligamia, luego que Agar empezó á sentir en su seno el fruto de la nueva union, cedió á la flaqueza de mujer y despreció á su señora. Hé aquí al justo patriarca en un terrible conflicto doméstico; hé aquí á la esclava henchida de orgullo é ingrata con su señora: hé aquí á Sara como arrepentida de haber cedido á su sierva el lecho nupcial. ¿Qué hará el esposo en esa lucha cruel, cuando dos afectos que debian crecer unidos chocan entre sí como los dos hijos de Re-

beca en el seno materno , y despedazan el corazon ? Sara se queja á su esposo de su comportamiento con ella , echándole en cara que permite los desprecios de su orgullosa esclava , y apela á Dios mismo para que sea el juez entre los dos esposos. « Mal te portas conmigo : yo te dí á mi esclava por mujer , la cual viéndose en cinta , me mira con desprecio. El Señor sea juez entre mí y entre tí. »

Admira realmente la candidez de esta historia interesante , que lleva en su misma narracion el sello de la verdad de aquellas inocentes costumbres. La situacion de Abraham no puede ser mas crítica : es casi imposible que ceda á un amor sin que lastime al otro en lo mas íntimo de su alma justa y pura : entrega la esclava al arbitrio de su señora , justamente ofendida , y se despoja de su autoridad de señor para trasladarla toda entera á su esposa. No se sabe si esta abusó de este poder en el castigo de su sierva. La Escritura solo dice que la *afli-gió* , y pudiera muy bien haber abusado de su autoridad , cuando la obligó á dejar la casa de su señor , de quien era esposa secundaria , y buscar en la soledad del desierto un refugio contra la venganza de su señora. Sara miró con indiferencia la huida de Agar , y hasta el peligro que corria el hijo que llevaba en sus entrañas , hijo que ella debia creer el prometido del Señor , hijo de su esposo y de su señor Abraham. Mas el cielo tomó por su cuenta el cuidado de Agar y de su hijo ; y junto á una fuente de agua que está en el camino de Sur á la estremidad del Mar Rojo en el desierto aparecióse á la fugitiva esclava el ángel del Señor , y le dijo : « Esclava de Sara , ¿ de dónde vienes , y á dónde vas ? Vengo huyendo , respondió ella , de la presencia de Sara mi ama. » Ni Abraham ni Sara hacen seguir á la fugitiva , pero Dios envia su ángel para consolarla. Esta pobre esclava iba á perderse sin remedio , pero el cielo que nunca abandona el desvalido , la consoló en sus apuros por medio del ángel del consejo , pues al declararle Agar que huia de la indignacion de su señora , á pesar de ser ella culpable por haberla producido por su orgullo y por su ingratitud , halló en las palabras del celeste mensajero el remedio de sus males y la fuente de sus esperanzas. ¿ Qué le manda el ángel ? Que sea humilde , que reconozca su error , que desarme con su sumision el justo furor de la ofendida señora : hé aquí la semilla de casi todas las virtudes evangélicas , la mansedumbre y la humildad ; hé aquí los medios del hombre culpable para reconciliarse con el cielo , el reconocimiento de la culpa , la confesion y el dolor. « Vuélvete á tu ama , y humíllate á sus órdenes. » Y sigue desde luego el premio de la reconciliacion. « Yo multiplicaré en tanto grado tu descendencia , que por su multitud no podrá contarse. He aquí que tú has concebido , y parirás un hijo , y le has de poner por nombre Ismael , por cuanto el Señor te ha oido en tu afliccion. Este será un hombre fiero : se levantará él contra todos , y todos contra él , y fijará sus tiendas frente por frente á las de todos sus hermanos. » Y realmente en estas promesas magnificas se encierra la suerte futura de un grande pueblo. Los árabes y sarra-

cenos descendientes de Ismael conservaron la ferocidad de pueblos guerreros, y nunca fueron domados, por mas que en medio de ellos habitasen los Judíos, los Idumeos, los Moabitas, los Amonitas y otros pueblos orientales. El nombre de esta madre sin amparo de hombre ha pasado á designar pueblos enteros despues de cien generaciones, y los *agarenos* debian tras largos siglos hacer poner en balanza la suerte del mundo. Las bendiciones que llovieron sobre el respetable tronco de la gran familia hebrea debian alcanzar tambien á la triste esclava que él habia fecundado, aunque la bendicion principal se reservase para el hijo de la mujer libre. Agar, alentada y fortalecida por los consuelos del cielo, se humilló al momento ante el Señor é invocó su santo nombre. Oh Dios, exclamó en medio de su infortunio, tú eres el que has fijado en mí tu compasiva mirada; y aun cuando no haya podido ver tu faz augusta, he oido tu voz de misericordia.

Inmediatamente y en memoria de este gran suceso, como hacian los grandes personajes de los antiguos tiempos, puso Agar un nombre á aquella fuente, testigo de su ventura, y monumento perpétuo de la clemencia divina. Llamóle Pozo del Dios viviente y que me vé, pozo situado en la Arabia Petrea, á algunas leguas de Hebron, entre Cades y Barad, lugar que habian de habitar y habitan todavía los fieros descendientes de Ismael. Volvió Agar á la casa de su señora, y debió obedecer puntualmente los mandatos del Señor revelados por su ángel. Humillóse, y fue si no enteramente feliz, á lo menos no tan desgraciada. Cuando dió á luz á Ismael, Abraham era ya de ochenta y seis años.

La mejor prueba de que el gran patriarca obró siempre segun la voluntad de Dios, es que este le reveló de nuevo y mas detalladamente sus promesas, y sobre todas la de darle por medio de su anciana esposa Sara un hijo en quien debian tambien reunirse todas las bendiciones, y que seria origen de muchas naciones, y descenderian de él reyes de pueblos. En esta interesante historia van envueltos grandes recuerdos. La circuncision, signo del gran pacto ó alianza que contraia Dios con la familia conocida de la cual debia proceder la rehabilitacion de la degradada humanidad, los tres peregrinos misteriosos que, símbolo viviente de la Trinidad divina, renunciaron á Sara su milagrosa fecundidad, las llamas que como lluvia se desplomaron sobre el suelo maldito de Pentápolis, el incesto nefando de las hijas de Lot, el deseado nacimiento de Isaac, y en pos de él las escenas del despido de Agar y de su hijo por Abraham, que es el asunto del cuadro.

Visitó pues el Señor á Sara como se lo habia prometido, y esta concibió y parió un hijo en su vejez. Y Abraham le puso por nombre Isaac y le circuncidó al octavo dia, conforme al mandato que de Dios habia recibido, siendo de cien años cuando le nació Isaac. Creció pues el niño, y en el dia en que fue destetado celebró Abraham un gran convite. Mas como viese Sara que el hijo de

Agar la egipcia se burlaba de su hijo Isaac, dijo á Abraham: Echa fuera á esta esclava y á su hijo, que no ha de ser el hijo de la esclava heredero con mi hijo Isaac. Hé aquí por segunda vez introducida la discordia entre las dos esposas, la libre y la esclava; renovada la antipatía entre la primera y la segunda y continuada en sus dos hijos que se hallan aun en la infancia. Por segunda vez siente el patriarca lacerado su corazón por la cruda lucha entre el amor y el deber; y la Escritura misma, á pesar del laconismo con que suele pasar sobre las afecciones del espíritu en las mas apuradas situaciones de la vida, no puede prescindir de hacer observar cuan dura pareció á Abraham esta demanda de su esposa, tratándose de un hijo suyo. Pero la historia de aquella privilegiada familia es dirigida inmediatamente por Dios mismo, y Dios es el que revela al indeciso patriarca la senda que debe seguir. «No te parezca estrechada aspereza lo que Sara te ha propuesto acerca de este muchacho y de su madre, esclava tuya: haz cuanto ella te diga, porque Isaac es aquel por cuya línea ha de permanecer tu descendencia, bien que, aun al hijo de la esclava yo le haré padre de un pueblo grande por ser sangre tuya.» Levantóse pues Abraham de mañana, y cogiendo pan y un odre de agua, púsolo sobre los hombros de Agar y le entregó su hijo, y despidióla.

Todo es sorprendente en esta historia: el rigor de Sara hácia Agar y su hijo; la orden dada por Dios á Abraham de hacer lo que ella le diga; la manera con que lo ejecuta el patriarca; el abandono en que deja á una madre y á su hijo á quienes echa para siempre de su casa: todo parece contrario á la humanidad, á la justicia, al concepto que del carácter de Abraham y de Sara tenemos formado. Mas todo esto nos confirma que la letra de esta historia no es sino un velo que oculta un gran misterio, y no podemos dudarlo despues que el profundo Pablo nos descubre este velo misterioso, y nos descubre bajo la figura del hijo de la libre y del hijo de la esclava los diferentes caracteres de la antigua y de la nueva alianza, de la Sinagoga y de la Iglesia, de los que pertenecen á la una y á la otra.

Y dejando á los sabios espositores el desenvolvimiento de los misterios ocultos bajo aquel grupo sublime y que influyeron en los destinos de la humanidad, fijémonos tan solo en la espresion del sentimiento que forma el fondo moral de este cuadro interesante. Mi señor, diria la desconsolada egipcia fijando en el conmovido rostro de Abraham sus ojos anegados en lágrimas, ¿es posible que así me abandones á mi desdicha, dejándome sola y sin amparo con este hijo de tus entrañas? ¿dónde están aquellos dias felices en que mi señora me miraba con ojos propicios y fundaba en mí las esperanzas de su prosperidad? Oh! cuando dijo á mi señor: toma á Agar como una esposa y ella fecundará tu lecho! Oh mi señor y esposo mio! ¿en qué te ofendí que así me arrojes de tu presencia? Ya probé otra vez la amargura del destierro y estuve para morir.

¡Hijo desdichado de mis entrañas ! tu padre nos abandona y nos arroja para siempre de su casa y de su hogar. ¿ A dónde iremos perdidos en el desierto , devorados por el hambre y por la sed , sin auxilio , sin amparo , oprimidos por la miseria y por el dolor ? En mal hora vistes, hijo mio, la luz del dia, y en mal hora tu madre desventurada halló gracia á la presencia de tu padre. Ah ! el Dios de Noe y de Abraham no nos abandonará : su ángel será nuestro guia y nuestro consuelo : él nos sacará del desierto , como lo hizo otra vez con esta su sierva , y nos conducirá á donde no te vea morir. Hijo de Abraham, tú llevas sobre tí grandes esperanzas. Adios, esposo mio : acuérdate algun dia de esta esclava que va á respirar para siempre lejos de tí , de esta esclava que tú amaste como esposa y que te dió tu primogénito. No porque me abandonas dejaré de rogar á Dios que te colme de bendiciones , que las derrame sobre Sara tu esposa y sobre su hijo Isaac. Hijo de la esclava , llora tu desventura , abraza á tu madre : partamos al desierto ; Dios es justo... fiémonos á su providencia : no nos abandonará.

El patriarca debió sentir desgarrársele el corazon con los sollozos de la madre y del hijo ; pero inflexible cuando se trataba de cumplir la voluntad de Dios, no vaciló un momento en hacer aquel duro sacrificio de los sentimientos mas dulces de la naturaleza. Cuando la desolada Agar salió de la casa de Abraham tomara sin duda el camino para Egipto su patria , pero se perdió en el desierto, que despues fué llamado Bersabé. No tardó en agotarse el agua del odre , y madre é hijo empezaron á sentir el tormento de una sed abrasadora. Qué abandono, qué cruel situacion ! ¿Qué hará esta madre sin ventura , bajo un sol de fuego, en medio de un desierto sin orillas, fatigada, y con el tierno fruto de sus entrañas que va perdiendo las fuerzas y á cuyo pecho abrasado va faltando el soplo de la vida ? Esta es una de las escenas mas desgarradoras que nos presentan los sagrados libros, y cuyo recuerdo nos hace muy difícil justificar la conducta de Abraham. ¿No habia un esclavo siquiera para guiar á la afligida sierva al través del desierto , y dejarla al menos en su patria ? La triste madre en tan terrible apuro no puede consentir en ver morir á su hijo. Déjale sentado ó tendido debajo de un árbol de los pocos que debia producir aquel agostado desierto , y se aleja de aquella escena de horror. Adios, hijo mio, le diria , adios para siempre. Dios mio ! vos me lo disteis : aquí á vuestros manos lo dejo , tened compasion de él y de su pobre madre. Pero las fuerzas le faltan y cae tambien en tierra no lejos de su hijo. Entonces rompe el llanto de uno y otra con mayor estrépito, y la madre levanta al cielo sus gritos con las últimas fuerzas que le quedan. La muerte estaba ya para devorar sus víctimas, pero Ismael invocó al cielo de todo corazon y Dios oyó la voz del muchacho , y el ángel de Dios desde el cielo llamó á Agar diciendo : ¿Qué haces, Agar ? No temas, porque Dios ha oido la voz de tu hijo desde el lugar en que se halla. Levántate , alza al muchacho y tómallo de la mano , pues

yo le haré cabeza de un gran pueblo. Alentada la madre por tan inesperado consuelo, se levanta, y como Dios le abrió los ojos que la turbacion le tenia como cerrados, vió un pozo de agua que estaba cerca, y corriendo llenó el odre y dió de beber á Ismael.

Ved ahí la triste historia del destierro de Agar y de Ismael desde que les despidió Abraham hasta que oyeron la voz del cielo en el desierto. El orgullo de la esclava y la insolencia de su hijo casi llegan á olvidarse para llorar sobre ellos en su cruel desamparo. El Señor no podia dejar desatendido el ruego de un hijo de Abraham, sobre el cual tenia tambien sus designios.

Hace notar muy oportunamente un moderno escritor, que para juzgar con acierto de muchos sucesos referidos en el Génesis es menester, en cuanto sea posible, trasladarse á los primeros dias del mundo, y procurar penetrarse bien de aquellas primitivas costumbres; y por medio de esta sensata precaucion se ahorrarian muchos trabajos y sobre todo muchos errores. Se ha censurado severamente el comportamiento de Abraham, el cual, se ha dicho, sacrifica su hijo Ismael á un puro capricho de celos ó de envidia; y no se echa de ver que no hace sino conformarse con las órdenes del Eterno. Y aun, sin necesidad de recorrer á la intervencion divina, aquella separacion se esplica de un modo muy natural. Las riquezas de los hombres en aquellos tiempos consistian sobre todo en rebaños, para cuyo alimento se necesitaba una vasta estension de terreno, lo cual obligaba á los propietarios á vivir distantes los unos de los otros. Esto es lo que observamos en toda la tradicion bíblica y especialmente en la historia de Loth y de su tio. Aquel de los hijos que debia suceder inmediatamente al jefe de la familia heredaba sus tiendas y las tierras necesarias para el pasto. Los demás hijos, despues de haber recibido la parte que les correspondia de la herencia paterna, estaban obligados á dejar el país natal y pasar á establecerse en otra parte. Refiérennos los libros santos que así fueron dotados los hijos de Cethura; ¿ cómo pues no debia portarse del mismo modo con respecto á Ismael su primogénito? A Isaac, nacido de mujer libre ó de esposa de primer orden, pertenecia la primogenitura sobre Ismael, nacido de la mujer esclava y de segundo orden. Aquel continuaba la familia patriarcal, pero sus hermanos no estaban desheredados, y recibian la parte que venirles debia.

Los dos desterrados de la casa de Abraham se dirigieron al desierto de Farán, en donde fijaron su domicilio. Este desierto, que forma parte de la Arabia Petrea, toma su nombre de la ciudad de Farán y se estiende desde el monte de Sinaí hasta Asion-Gaber en las fronteras de la Palestina. Ismael debió vivir largos años en compañía de su madre. Continuó en habitar en el desierto, y se adiestró en tirar el arco, llegando á ser un grande cazador. Cuando llegó á los treinta años, Agar le dió por esposa una mujer egipcia, cuyo nombre no nos ha dejado la historia, en cuyas páginas desaparece ya para siempre el nombre de Agar,

siéndonos desconocido el resto de su existencia. En cuanto á Ismael opinan algunos que nunca le fueron negados los socorros de su padre, con quien y con cuya familia no quedaron rotos los vínculos de afeccion, pues consta que Ismael se unió con Isaac después de muchos años para tributar á su viejo padre los últimos deberes de la piedad filial.

Ismael vino á ser el padre de un gran pueblo cuyos descendientes han llegado aun hasta nosotros. Cuando murió tenia 137 años, su posteridad era ya muy numerosa, y fue enterrado en medio de todo su pueblo. El recuerdo de Ismael se ha conservado particularmente y con grande veneracion entre los mahometanos que le miran como su padre, y uno de sus mayores patriarcas. En el Koran Mahoma se gloria de ser descendiente de este hijo de Abraham, y habla de él como los judíos de Isaac, esto es, con el mas profundo respeto y la mas grande admiracion. Sus descendientes han conservado su carácter independiente y salvaje. Siempre errantes é indomables, su mano se ha levantado contra todos, y las manos de todos se han levantado contra ellos. Sus doce hijos fueron los padres de doce tribus árabes que se han conservado por largos tiempos, y han llevado muchos nombres. De ellas se encuentran aun vestigios en el Africa y en muchas regiones del Oriente. Los nombres de estos doce hijos son los siguientes: *Nabazoth*, el mayor de ellos, padre de los Nabathenos, pueblo fuerte, conocido de los antiguos geógrafos, y que habitaban en la Arabia Desierta y en la Arabia Petrea. *Cedar*, padre de los Cederanianos ó Cedrenos, que habitaban vecinos de los primeros. Cedar se toma á menudo en la Escritura Santa por toda la Arabia Desierta, que se estiende hasta el Eufrates. *Dumah*, está designado en Isaías. Los nueve otros hijos de Ismael, á saber, *Abdiel*, *Mabsam*, *Macsá*, *Masma*, *Hadar*, *Thema*, *Jethur*, *Naphin*, *Cedma*, no son conocidos sino por los nombres. En tiempo de San Gerónimo los árabes llamaban con el nombre de sus tribus respectivas los diversos cantones de la Arabia.

La rivalidad entre los dos hijos de Abraham pasó á sus descendientes aun después de largas generaciones. Los hijos de Ruben, primogénito de Israel en tiempo de Saul, pelearon contra los hijos de Agar, los pasaron á cuchillo, y ocuparon las tiendas en que estos habitaban por todo el país que cae al oriente de Galaad. Posteriormente los hijos de Ruben y de Gad y de la media tribu de Manasses, hombres aguerridos, armados de broqueles y de espadas, que manejaban el arco y eran diestros en el arte de la guerra, eran cuarenta y cuatro mil setecientos y sesenta cuando salian en campaña. Tuvieron guerra con los agarenos, los cuales, á pesar de ser socorridos por los ítureos, los de Nafis y de Nodab, tuvieron que sucumbir, y ellos y todos los demas confederados suyos cayeron en manos de los hijos de Isaac, porque estos en el trance de la batalla invocaron á Dios que los oyó por haber confiado en él. Y se apoderaron de todo cuanto poseian, de cincuenta mil camellos, de doscientas y cincuenta

mil ovejas , de dos mil asnos , con cien mil prisioneros. De los heridos murieron muchos , porque el Señor habia tomado de su cuenta aquella batalla. Los vencedores habitaron en el país de los vencidos hasta la transmigracion á Babilonia.

La ley impuesta al mundo por los hijos de Ismael á la punta de la espada tiene embrutecida todavía una gran parte del globo , y es un obstáculo para la civilizacion de los pueblos que se levantaron de su postracion primitiva bajo la enseña salvadora de la Cruz. La sangre que se acaba de derramar á torrentes en la Siria con escándalo del universo deriva aun del fanatismo de aquella raza salvaje ; y bajo este punto de vista la esclava y el hijo de la esclava no dejan de tener cierta relacion , aunque lejana , con los grandes y desastrosos sucesos que en medio de otras terribles complicaciones aquejan aun en el dia á la afligida humanidad.

Joaquín Roca y Cornet.

L'Universum



Aug. Fischer pinx.

Breslauer sc.

Le petit chasseur
The Little Cannonier *Der kleine Schütze*

EL INVÁLIDO.

(CUADRO DE ENTRUVER)

Al recorrer la historia de todos los pueblos , desde las mas remotas edades hasta las modernas y aun hasta la de nuestros días , así la de aquellas naciones, que cual el Egipto blasonan de una antigüedad que se pierde en la cerrazon de los tiempos , como la de Roma , que poco despues de nacida ya nos presenta datos positivos en que fundar todos los hechos que forman el relato de su existencia , por desgracia de la humanidad siempre encontramos al hombre armado contra el hombre , una nacion alzada contra otra ; una especie de empeño en todos los pueblos para destruirse recíprocamente. El espectáculo de la guerra se nos presenta en todas partes , en todos los siglos , en todos los climas , en todas las civilizaciones , y en todos los grados de barbarie. Y aun hay épocas en que no parece sino que esa deba ser la única ocupacion de los hombres , cual sucede en Europa durante el siglo V de la Iglesia , y despues en el corazon de la edad media. Desde que Cain asesinó á su hermano Abel , el linaje humano , considerado en masa , no ha tenido un momento de pacífico reposo ; y aunque en distinta forma , con diferente sistema , y con objeto vario , hallamos siempre á las naciones envueltas en sangrientas luchas con otras naciones , y no pocas veces dentro de su mismo seno , cuando intereses mas apremiantes no las han impulsado á guerras exteriores. ¿Quién es capaz de calcular cuál seria hoy la poblacion del universo si la guerra no hubiera hecho sentir nunca sus estragos ?

La civilizacion ha tenido épocas florecientes y períodos de decadencia , mas en aquellas y en estos las naciones han sustentado guerras encarnizadas y seria

tarea muy difícil estudiar y resolver si han sido mas en número y mas empeñadas en los tiempos de mayor civilizacion ó al contrario. El carácter de las guerras no presenta en lo general mas que dos faces : invasiones de grandes ejércitos , terribles , asoladoras , pero de duracion corta : luchas entre dos ó mas naciones , pero tenaces , largas. Las primeras debidas á la ambicion ó al capricho de un hombre ; las segundas comenzadas y sostenidas por el empeño y el espíritu público de todo un pueblo. Por punto general las antiguas pertenecen á la primera clase ; á la segunda corresponden las modernas. Sesostris , Jerjes , Alejandro , Gengis , Tamerlan figuran entre aquellos conquistadores ; los pueblos que han hecho guerras á impulsos del espíritu público son todos. Las invasiones son un ataque que pone en la necesidad de una defensa : las guerras son el encuentro de dos pueblos, dispuestos cada cual á luchar contra su adversario.

Las invasiones presentan una masa enorme acaudillada por un hombre audaz que todo lo arrolla , y cuya ambicion carece de límite fijo : las guerras son la expansion de un sentimiento público , circunscrito á ciertos límites , y con un objeto bien conocido. La historia presenta escepciones en lo uno y en lo otro , pero ¿ qué regla general puede citarse que carezca de ellas , cuando son conocidas la veleidad y las aberraciones humanas ? Pintamos esas divisiones de las guerras á grandes pinceladas , porque lo demas deberia ser objeto de un tratado largo , de esposicion detenida , y de todo punto ageno de un artículo , cuyo fin es explicar una lámina relacionada con el asunto que nos ocupa.

Las invasiones de esas masas que pusieron en movimiento Sesostris , Jerjes , Gengis , reconocian por elemento principal la fuerza representada por la muchedumbre , y contra la cual juzgaban sus caudillos que no podia haber sino otra fuerza igual ó mayor que la suya. Los griegos probaron á Dario y á Jerjes que esa idea era falsa , que en la guerra la victoria no era de los mas , sino de los mejores , y por esto en Maraton , en Salamina , en Platea , un puñado de griegos vencieron por mar y en tierra á un millon de persas. Y es que los griegos eran ilustrados , y echaron mano de un elemento desconocido por los otros , elemento que es el principal en las guerras entre pueblos civilizados , y que constituye la base del carácter de esas guerras. Ese elemento es la inteligencia , es la aplicacion de ella al mando y á la ejecucion , es el regulador y conductor de la fuerza , que á su vez es elemento indispensable , pero ni el único , ni el mas importante. Los pueblos que reputaban como elemento único la fuerza se movieron en masa , asombraron con el número , cubrieron el suelo que querian conquistar ; los pueblos cuyo estado de civilizacion les hizo comprender que la fuerza era un elemento de segundo orden , no marcharon en masa , eligieron un número de hombres , reducido en proporcion á sus habitantes , y los pusieron á las órdenes de un capitan inteligente , que supiera conducir y regular la fuerza que se confiaba á su inteligencia. Dario hizo lo primero , los griegos practicaron lo segundo ;

aquel arrojó á Grecia medio millon de soldados , Milcíades les presentó la batalla y los venció con diez mil griegos. Jerjes repitió lo que habia hecho su padre Darío , y creyendo que la derrota de este habia dependido del número , fué en persona con un millon de soldados , y Temístocles y sus compañeros vencieron á este como habian derrotado al primero ; y precisamente Temístocles en el combate naval de Salamina fundó la esperanza de la victoria en el inmenso número de buques persas. Tan seguro estaba de que no era la muchedumbre el elemento principal de la guerra , ni prenda segura de la victoria.

Mas pasaron aquellos tiempos , y los hombres habiendo entrado en un nuevo camino de civilizacion comprendieron desde luego que no la fuerza , sino la inteligencia , era la que decidia el éxito de las guerras , y fiaron mas en esta que en aquella. La guerra quedó convertida en una ciencia que reclama estudios muy varios y muy vastos , una aplicacion grandisima , una prevision incalculable , y una prudencia tan mesurada que es fácil verse por los otros confundida con la cobardía. Hé aquí como el hombre dedicó la parte mas noble de su ser en discurrir , estudiar y aplicar los medios mas á propósito para matar mayor número de sus semejantes. Esta es la guerra científica , la guerra de los tiempos modernos , la de nuestros dias , la que ha hecho que treinta mil españoles , atacados por la disenteria , por el cólera , por un clima atroz , por todas las contrariedades de los elementos , yendo y viniendo la mitad de ellos del campamento á los hospitales , y siendo las tres cuartas partes de los mismos completamente novicios en la ejecucion de lo que se les mandaba , hayan triunfado de todo , hayan batido ejércitos muy numerosos , que no habian de luchar con la oposicion del clima , ni de las enfermedades , que defendian sus hogares , que contaban con la adhesion y los recursos del país , que se componian de hombres individualmente valientes hasta una temeridad loca , hayan impuesto la ley y obligado á implorar de rodillas la paz á un imperio relativamente muy poderoso , y que se ha considerado feliz comprando á muy subido precio la paz que habia implorado. La fuerza y todas las ventajas materiales estaban de parte de ese imperio , pero España contaba con la inteligencia de los caudillos que mandaban , conducian y regulaban : y esa inteligencia venció á la fuerza y la vió postrada pidiendo misericordia. Los marroquíes representaron el mundo antiguo , aquel mundo que todo lo fiaba en la muchedumbre : España representaba el mundo moderno que todo lo espera de la inteligencia : el triunfo podia ser mas ó menos tardío , pero no podia ser dudoso. La fuerza sucumbió , y triunfó la inteligencia.

En el arte de guerrear la inteligencia se ocupa muy estensamente de los aprestos , esto es , de inventar los medios de destruccion , que causan mayores estragos en mas breve tiempo , y en esta inventiva los modernos han sido en extremo fecundos y afortunados. Los antiguos se batian en contacto , y cuerpo á cuerpo , y para eso era necesaria la fuerza material : los modernos batallan á una

hora de distancia unos de otros , y mientras la batalla se sostiene en estas circunstancias es elemento inútil la fuerza : basta de todo punto la inteligencia. Y cuando aproximándose los batalladores entra como elemento la fuerza , no por esto cesa de obrar la inteligencia , ya en la direccion y movimientos de los que luchan , ya en la aplicacion de los medios que la inteligencia inventa y sabe poner en uso para coadyuvar y suplir la fuerza.

La guerra es hoy una ciencia vasta , complicada y múltiple , en la cual siempre será preciso tener corazon , pero en donde es para el director mas necesaria la inteligencia. Por esto el hombre de guerra ha venido á tener una importancia inmensa , y nuestro siglo lo ha colocado en todas las naciones civilizadas muy inmediato al jefe del Estado , sino le ha ensalzado al trono. Porque no basta hacer la guerra , es preciso saber evitarla , buscarla , prepararla , retardarla , acelerarla ; y como esto no corresponde á la guerra misma sino á la política , los guerreros han acabado por convertirse en diplomáticos , y en este doble concepto su importancia ha subido de punto. La guerra , una vez entablada no termina con la muerte de todos los que en ella toman parte , ni con la conquista de un Estado ; sino que tomada venganza de un ultraje , ó satisfaccion de un insulto , naturalmente debe quedar y queda terminada , porque se ha cumplido el objeto fijo con que en nuestros tiempos se empeña la guerra. Pero el determinar cuando está vengado el ultraje , ó tomada satisfaccion del insulto , mas que á la guerra corresponde á la diplomacia , y de aquí la necesidad de que el guerrero se convierta en diplomático , ó el diplomático en guerrero , y de aquí un motivo mas para dar importancia pública al hombre de guerra. Así es que esta importancia tiene ya una sancion general , y por lo mismo vemos esas transformaciones que vienen á ser hoy una necesidad del siglo. Napoleon desde Paris , Víctor Manuel desde Turin , Francisco desde Viena , prepararon y resolvieron como diplomáticos la guerra de Italia en 1858 ; los mismos una vez entablada y empeñada la lucha se transformaron en guerreros ; y cuando toda Europa la creia mas encarnizada y pensaba adivinar el término hasta donde forzosamente llegaria , los tres capitanes se convierten de nuevo en diplomáticos y ajustan la paz en Villafranca.

Hoy pues la guerra y la diplomacia son manejadas por un mismo hombre ; y si en algunas naciones no vemos admitido precisamente este sistema , el diplomático y el guerrero consultan uno con otro , y el término de la guerra está fijado ó se fija por acuerdo de entrambos. Cuando un guerrero audaz , queriendo prescindir de la política , se lanza á la lucha , atropella todos los principios del derecho de gentes , y sin mas consejo que su ira , sus pasiones ó su opinion cree que puede despreciar la diplomacia , esta le sale al encuentro en lo mejor de sus triunfos , y mal de su grado lo detiene. Esa diplomacia si entonces fuese menospreciada por el emprendedor osado é irreflexivo , pondria en movimiento al guerrero , que á viva fuerza sujetaria los ímpetus del que osó hollar sus fueros , y le

obligaria á respetar como ley inviolable lo que habia creído un capricho ó una tiranía de gabinete. Y es que la guerra hoy está subordinada á la inteligencia y no como en otros tiempos en que sacaba su único elemento de la fuerza. Esta no es en nuestros dias mas que la ejecutora mientras la otra es la directriz que mueve , impele , enfrena , detiene y desarma.

El militar en la época en que vivimos no saldrá de la esfera de máquina si se contenta con tener valor : es indispensable que cultive la inteligencia ; no le basta ser espartano , es forzoso que se convierta en ateniense. Tarea difícil , amalgama poco comun , pero muy estimada : y por esto vemos en cada Estado cuatro ó seis hombres que llegan á poseer ambas cosas en alto grado , y de ellos es sin remedio el gobierno del mundo. Con la inteligencia combinan , preparan , conducen : con la fuerza ejecutan , y á ese consorcio no puede oponer resistencia sino otro consorcio de los mismos elementos. De todo esto ha venido á resultar que en los tiempos que corremos el hombre de guerra esté destinado á representar en las naciones el papel mas brillante , á disponer de la suerte de los pueblos , á ser aclamado ó maldecido por ellos , á labrar la felicidad ó la desventura de las naciones. En donde el rey es guerrero , el gobierno puede estar compuesto de rentistas y jurisperitos : en donde el rey no es soldado en el gobierno debe haber y hay un caudillo militar , capaz de contrarrestar á un rey soldado. Esta práctica es constante , y una nacion que no ha querido seguirla , ha hecho un triste papel en la guerra , y está condenada á no desempeñarlo nunca muy brillante. Se ve precisada á dar tormento á su inteligencia , cuenta con la formidable muralla del Océano , cuenta con una marina inmensa , cuenta con recursos incalculables , y todo esto junto le basta y no mas para sustraerse al dominio de las naciones en donde figura en primera línea un soldado diplomático : mas este sistema no la salvará el dia en que cesen las luchas entre las demas naciones , y tarde ó temprano habrá de arrepentirse de no haber seguido el sistema de las otras.

El militar desde sus primeros años contrae los hábitos de la milicia , olvida todas las demas carreras , y á diferencia del paisano que , atendiendo simultáneamente á negocios y ocupaciones muy diversas , se convierte en un hombre múltiple , el militar se concreta y se encierra dentro de su carrera , desconociendo completamente todas las restantes : lo cual es un bien , porque se hace un hombre especial y muy á propósito para el destino que ha elegido. Algunos sin embargo van haciéndose diplomáticos , y sin perder el carácter militar , cuando han sabido tomar el diplomático , se transforman en embajadores , en ministros , en jefes del gobierno , si no pueden serlo del Estado. El militar que no aspira á tanto , ó por retraimiento característico , ó por falta de inteligencia y de cultivo , se queda exclusivamente militar , y casi podemos decir que consume su vida en guarniciones , en trabajos materiales prácticos y rutinarios para la ins-

truccion y gobierno del soldado, esperando tranquilamente los ascensos de la antigüedad y de su aptitud para los diferentes servicios aplicables al instituto en que se halla inscrito.

Si viene á estallar una guerra ya sabe que va á luchar entre la muerte y un grado, y que si la comenzada lucha se prolonga, es cosa cierta que alcanzará el segundo, ó caerá á los golpes de la primera. Y si por su desgracia es previsor y mide de antemano la cadena de sufrimientos que puede irle sujetando, seguramente la muerte en el campo de batalla ha de parecerle el menor de todos ellos. Porque en la guerra no pueden escasear el hambre, la sed, las enfermedades, las intemperies, la fatiga; son casi irremediables la carencia de todo, la falta absoluta de comodidades, mil peligros inesperados é imprevistos, las traiciones, las contrariedades hijas de mil causas no sujetas á cálculos, y lo peor de todo las heridas en medio del fragor y del desorden de una batalla, el abandono en mitad de un campo cubierto de cadáveres y de otros heridos, la tardanza en el remedio, la gravedad por efecto de esa tardanza, y la crueldad del espediente á que debe acudir para salvar la vida. La muerte instantánea es una fortuna: cuando la bala no mata pero destroza un miembro, quedan muchos dias de dolores, amenaza una amputacion horrenda, el peligro de la vida por resultado de una operacion hecha para conservarla, la mutilacion si realmente se salva, y la triste perspectiva de una existencia inútil, condenada á sufrimientos mas ó menos acerbos y continuos, la privacion de nuevos ascensos, de lauros de ninguna clase, y quizás el abandono y la miseria. La muerte no es un mal comparado con esa serie de males que al militar le amenazan, y que le sobrevienen con una rapidez, que en sus mas tristes presentimientos no habia imaginado. Se despertó jóven, robusto, lleno de fuerzas y de brio, alimentando la esperanza de una victoria y de un adelanto en la carrera, y al cabo de una hora yace mal herido, es pisoteado por los caballos de sus amigos y de sus adversarios, gime y se desangra en un abandono completo, recuerda todas las personas que le son queridas, y recuerda á su madre, y ninguna está presente, ni tiene noticia de su desgracia; traspasan su corazon los ayes de los moribundos, saltan por encima de su cuerpo los perros y los cuervos que de muchas leguas de distancia acuden al olor de la sangre y de la carne humana, oye á lo lejos los gritos de la victoria que no pueden ver sus amortiguados ojos, y teme que morirá allí mismo lentamente y abandonado por los suyos. Al fin despues de muchas horas de inesplicables martirios llega el momento de la curacion; casi exánime es arrebatado por sus compañeros, que para salvarle de una muerte cierta le hacen sufrir tormentos que equivalen á cien muertes, es colocado en la cama de un hospital, el cirujano que ni oye ni tiene tiempo para escuchar sus lamentos le corta un muslo, cura su estropeada mano, hace caso omiso de los golpes y magullamientos de todo su cuerpo, y pasa á otra cama en donde espira un compañero invocando los nombres de

Dios y de su madre. En la noche del día que para él amaneció tan hermoso, se encuentra, y es gran fortuna, tendido en un lecho, sin aliento, sufriendo dolores crueles, muerta toda esperanza, acabadas todas sus ilusiones, perdida para siempre la agilidad sino el movimiento de sus miembros, condenado al olvido y terminado cuanto de halagüeño tenia su existencia. Y esa metamorfosis horrible ha sido la obra de algunas horas; era, ya no es; podia serlo todo, ya no puede ser cosa alguna; no ha muerto y no existe para el mundo; es jóven y está condenado á vivir como viejo; tenia mil probabilidades de hacer fortuna, y su fortuna ha terminado; saliendo del servicio militar podia emprender otra carrera, ya no puede emprender ninguna; soñó con laureles, y los suyos se han secado para siempre, y en la victoria ya no se contará mas con él, los compañeros ya no podrán serlo, la carrera que tanto amaba ha concluido, y por toda recompensa le aguarda el desconsolador dictado de inválido, y una renta que apenas le pondrá á cubierto del hambre. Y esta es la suerte de muchos miles, mientras la gloria, la fortuna, la representacion, la importancia son el patrimonio de uno por cada veinte mil. Mucho puede ser un hombre de guerra, mas la altura á que llegan es comprada á muy subido precio.

Hé aquí el hombre que nos presenta la lámina que tenemos á la vista. Un inválido. Recorred los cuarteles de inválidos, id á París y entrad en ese vasto edificio en donde la Francia da un asilo á los soldados que han hecho la guerra por ella: todos esos hombres salieron del hogar paterno y recibieron el ósculo de despedida de su desconsolada madre cuando tenian veinte años de edad, estaban sanos, eran robustos, tomaban las armas entusiasmados con el santo nombre de la patria; todos esperaban volver á sus hogares ceñidos de laureles y sáncios de gloria: miradlos, no hay entre todos un hombre entero: todos son fragmentos de hombre; todos son inválidos, que significa que para nada sirven: todos han gemido en el campo de batalla: aquel perdió la nariz, las orejas y los dedos de los piés en una horrenda noche de hielo, en que los hombres y los caballos quedaban muertos de hambre y de frio; el otro perdió un ojo al golpe de una lanza; ese otro perdió los dos en el ardiente clima del Egipto ó de la Crimea; el de mas allá sufrió la amputacion de los dos muslos; á ese otro le cortaron el brazo derecho, y mientras el cirujano le estaba operando en el hospital de sangre una bala de cañon se le llevó el otro brazo; ese que está sentado en un poyo casi no tiene rostro humano porque le dejaron en el campo creyendo que le habian muerto á lanzazos; ese del lado derecho no puede mascar porque dos balas se le llevaron la mayor parte de ambas quijadas: allí vereis todas las clases de deformidades imaginables, y muchas otras que no cabe imaginar siquiera: ahí están esas víctimas de la guerra que se moririan de hambre si la patria lastimada de su suerte no les diera de comer, y no les proporcionase una casa en donde albergarse. Aun visten el traje que llevaban en los dias de su des-

gracia , aun recuerdan el tiempo de su juventud y lozanía , aun hablan de aquel delicioso hogar paterno en que nacieron y que no volverán á ver nunca ; id á contemplar esos seres desventurados , y abominareis la guerra. Ese espectáculo debiera estar siempre ante los ojos de los ambiciosos , y quizás su corazón se conmoviera al aspecto de tantas infelicidades , y sufocarían dentro del pecho esa pasión fatal de que hacen víctimas á sus hermanos.

Por fortuna el inválido que tenemos á la vista era un coronel , y aunque lidió en cien combates con una bravura que no tenía rivales , las balas y las armas blancas le respetaron , pero no le respetaron los climas , y hallándose una noche en su tienda de campaña fue atacado por una parálisis general de todo el cuerpo , de suerte que fue preciso sacarlo del campamento , devolverlo á su patria y llevarlo á su casa , como se hubiera hecho con un mueble. Ahí está hace ocho años. La ciencia se ha estrellado contra la pertinacia de la enfermedad , y cansado el doliente de baños , de pócimas , de friegas , ha resuelto vivir y morir de esta manera. Cuando le sobrevino la desgracia ya no tenía padres , pero su esposa que recorría con afán los boletines del ejército esperando ver ensalzado su nombre , de repente le vió en brazos de cuatro soldados que le entraban en casa , cual si fuera un cadáver. Una hija suya que estaba en América vino á Europa al cabo de tres años , y á poco de su llegada dió á luz ese niño , que en la lámina está jugando dirigido por su inválido abuelo. Este desdichado no puede absolutamente menearse , es preciso que otra persona le vista y le desnude , que le den la comida y la bebida , que lo saquen de la cama y lo coloquen en esa silla en donde pasa el día entero en las mismas posiciones en que lo han dejado. Cuando quiere variarlas ha de acudir al auxilio ajeno , y la esposa , la hija y el yerno son los encargados de verificar esas operaciones , porque solo ellos las hacen á gusto del abuelito. Si quiere leer es preciso que haya alguno al lado para que le vaya volviendo las hojas del libro , y como esta persona se aleje , ahí está el maleante nieto , que en lugar de volver una hoja vuelve la mitad del libro , ó pone lo de arriba abajo , y el pobre abuelo se encuentra con la lectura interrumpida , y sin poder dar un cachete á un mocoso que le hace rabiarse de intento. Ciertamente que el abuelo tiene gran parte de culpa porque le permite que saque de la honda faltriquera del leviton los caramelos que le pone en ella la abuelita , contra la voluntad de la madre , empeñada en que el niño tiene lombrices , y en que los dulces le dañan , mientras los abuelos sostienen que eso es una tontería , y que los dulces nada tienen que ver con las lombrices. Al nieto y al abuelo se les pasan las horas muertas jugando á soldados , en cuyo juego hay para el niño un gozo presente , y para el anciano un recuerdo agradable , porque la parálisis nada le ha arrebatado de su espíritu militar , y ve esos juegos y dirige al niño cual si se tratara de una batalla verdadera. Si pudiese moverse indudablemente jugaría con él , le haría los

sombreros y las vainas de los sables ; mas todo eso se construye en casa segun las instrucciones del abuelo , que alecciona al niño y le inculca su aficion á las armas.

La madre se incomoda mil veces cada dia , porque le causa horror la idea de que su hijo acostumbrándose á eso desde niño acabará por ser militar, y apoyado por el abuelo no habrá quien le haga desistir de ello. Algunas veces se disgustan con este motivo el padre y la hija, mas esta cede por consideracion á la calidad de padre y por el estado en que se encuentra , y el padre interpreta la prudencia de la hija por el convencimiento en que la ha dejado de que la carrera militar es la mejor del mundo con la parálisis y todo. El yerno toma cartas en el negocio, sin empeñarse en que su hijo sea esto ó aquello , y esta condescendencia es tambien reputada por el abuelo por un asentimiento que aplaude con todo el alma. Estas escenas se repiten cada dia , y con ellas entretiene el abuelo su carácter militar, porque á falta de enemigos y de medios con que pelear, se agarra á las discusiones, que son cosa parecida á las batallas.

Con tales cuestiones domésticas, amenizadas con tal cual gemido por dolores que experimenta en las piernas, con algun rato de lectura , con la narracion cien mil veces repetida de todos los lances en que se ha encontrado, con los juegos del nieto y con las lecciones de táctica que le vá dando, pasa el pobre anciano la vida , aguardando con impaciencia el dia en que el nieto se le presente vestido de militar de veras y con la medalla de pensionista en un colegio de cadetes. En aquel dia perderá el compañero de juegos militares, pero creerá haber alcanzado un grande triunfo, venciendo la resistencia de la hija, deseosa de convertir el niño en un médico ó en un abogado.

La actitud del anciano , la atencion con que está mirando los estragos que en los soldaditos causan las balas lanzadas por el soplo del nieto , y la ansiedad que se nota en su rostro por ver cuál será el resultado de aquel ametrallamiento , están espresadas con una verdad que enamora. Los demás pormenores del cuadro están muy en género y acompañan perfectamente el asunto, que en nuestro concepto es la posicion del inválido , y la magnífica espresion de su rostro. El autor ha pintado muchos cuadros de escenas militares en distintas situaciones de la vida , y en todas esas obras se descubre la filosófica atencion con que ha estudiado esta clase de asuntos. El presente cuadro es uno de los mas recomendados por los inteligentes , y creemos que merece los encomios que se le han prodigado.

Juan Cortada.

RAFAEL.

(CUADRO DE RAFAEL.)

De tarde en tarde aparecen en la historia de las letras y de las artes seres privilegiados, seres en cuya frente imprimió Dios el sello del genio, y cuya alma dotó de las cualidades que, en su riqueza, armonía y florecimiento, constituyen el gran poeta, el gran artista. Y uno de ellos fué Rafael. ¡Qué voz no se siente inclinada á enmudecer, qué pluma no se encuentra pobre y humillada al tener que hablar ó escribir de tan grande hombre! Como ante esos metéoros de indescribible sublimidad y de deslumbrantes fulgores que aparecen á veces en la atmósfera; como ante esas escenas ó cuadros sorprendentes por su grandeza que ofrece el mundo físico; como ante esos monumentos gigantescos que han levantado algunos pueblos á fuerza de brazos y de años, cual para dejar un testimonio, tan duradero como la tierra que habitamos, de que pasaron por ella, el hombre se encuentra sobrecogido de admiracion, y se siente como obligado por una fuerza superior á inclinar su frente y á doblar la rodilla; de la misma manera nos sentimos como avasallados ante la grandeza del nombre del rey de los pintores, y como arrastrados á adorar sus inmortales obras. Perdónesenos pues si, mas que para cumplir con un compromiso, que porque nos creamos con fuerzas suficientes para hablar de tan insigne artista y de sus admirables creaciones, venimos á trazar estas breves páginas; y no duden nuestros lectores que cuanto en elogio de Rafael escribamos, sobre ser descolorido y pobre, será poco en comparacion de lo que al admirarle sentimos; y que el trabajo que vamos á empre-

G^o DE MUNICH. P. 2 5



Raphael 1504

Engraving

Raphael

Published for the Proprietors by A.H. Payne, London & Leipzig

INSTITUTO
DEL TEATRO
Biblioteca

der debe considerarse mas como un tributo humilde , pero sincero de respeto al genio , que cual una biografía del pintor y una crítica de sus obras. Permítasenos añadir que no tenemos ni podemos tener la pretension , que mas que de atrevida podria calificarse de ridícula , de decir nada nuevo acerca de Rafael , despues de tantos y tan profundos trabajos , despues de tantas investigaciones , de tantos estudios ó apasionados ó friamente críticos que sobre él y sus obras se han hecho , y que en vez de aspirar á ser originales , y de esponernos por consiguiente á errar , nos honraremos en obsequio suyo , y teniendo en cuenta nuestra pequeñez , con marchar tras las huellas , y auxiliarnos con los trabajos de los que nos han precedido en el camino que á emprender vamos : y como entre todos los escritos acerca Rafael publicados hasta el dia , sea acaso el mejor y mas acabado el que ha visto la luz en Francia de J. D. Passavant , con el título : *Rafael de Urbino y su padre Juan Santi*, él será tambien el que tomaremos principalmente por guia.

Varias son las versiones que circulan acerca la época del nacimiento de Rafael , acerca el tiempo , podriamos decir mejor , en que aparece en el cielo del arte en que debia ser su astro mas radiante ; pero aunque sea apartándonos de la mas generalizada hasta aquí , lo fijaremos con el citado escritor , en Urbino el 6 de abril de 1483 ; en este fecundo período de fines del siglo xv que dió al mundo los mas grandes artistas modernos , de Leonardo de Vinci al Correggio , de Miguel Angel al Ticiano.

En una época en que se creia ennoblecer á un personaje atribuyendo su descendencia á alguna antigua familia , se hizo remontar el árbol genealógico de nuestro pintor hasta el tiempo de los antiguos romanos , sin echar de ver que el mejor timbre de nobleza de aquella familia era el floron que poseia en la persona del artista que debia inmortalizarla.

Su padre , Juan Santi , en latin *Santius* , de donde por corrupcion se le llamó *Sanzio* en italiano , era , además de poeta y de hombre de buen sentido y recto juicio , pintor distinguido , en cuyas obras se notan generalmente todos los caracteres de la escuela de Umbría , y á veces como un lejano presentimiento , por decirlo así , de Rafael. Todavía hoy se conserva en Urbino la casita de ladrillo en que el pintor vió por primera vez la luz , y en cuyo modesto portal se lee en una lápida de mármol esta inscripcion :

NUMQUAM MORITURUS,
EXQUIS HISCE IN ÆDIBUS
EXIMIUS ILLE PICTOR
RAFAEL
NATUS EST
OCT. ID. APRIL. AN
M. CDXXIII.
VENERARE IGITUR HOSPES
NOMEM ET GENIUM LOCI:
NE MIRERE:
LUDIT IN HUMANIS DIVINA POTENTIA REBUS,
ET SÆPE IN PAUCIS CLAUDERE MAGNA SOLET.

«Juan, dice Vasari con ese tono sencillo de leyenda que tanto contrasta á veces con la grandeza de los artistas cuya historia refiere, dió á su hijo el nombre del ángel *Rafael*, que le parecia de feliz presagio. Sabia cuanto importa no confiar al cuidado de una estraña un niño que puede contraer hábitos bajos y groseros entre gentes sin educacion. Quiso pues que aquel hijo único y deseado fuese alimentado con la leche de su madre, y pudiese acostumbrarse desde los primeros instantes de su vida á las costumbres paternas. Mas tarde, añade el citado biógrafo, advirtiéndole en él una disposicion admirable para la pintura, tuvo tanto gusto en secundarla que Rafael, siendo aun muy jóven, no tardó en servir de grande ayuda á su padre para los numerosos trabajos que se le encargaban.»

Abundantemente dotado por la Providencia de todos los dones del cuerpo y del espíritu, belleza, gracia, virtud, genio y nobleza; poseyendo esa admirable armonía de los sentidos y del espíritu, que es como una condicion del genio, y de la cual han estado dotados por punto general los mas fecundos artistas, el Dante, el Ariosto, Shakespeare, Goethe, Leonardo de Vinci, etc., el niño creció en medio de aquella atmósfera que tan favorable debia ser al desarrollo de sus facultades, y auxiliado por el dulce bienestar que debia su familia á los trabajos del padre y del abuelo, y á la inteligente proteccion del duque de Urbino, que en su esfera puede considerarse como un precursor de Leon X, el gran mecenas de las letras y de las artes.

Hemos indicado hace poco, siguiendo á Vasari, que Rafael debió á su padre los primeros rudimentos del arte que le debia inmortalizar. El jóven alumno hizo progresos tan rápidos que á la edad de siete años, segun se dice, trazó sobre un tabique el retrato de una *madona* que fue despues religiosamente conservado. Como los niños aprenden á hablar varias lenguas á la vez y sin que les cueste ningun trabajo, así y como jugando él aprendió el dibujo y los elementos de la pintura. Una actividad y un trabajo incesantes desarrollaron mas adelante sus disposiciones naturales; y así se explica como pudo en una vida tan breve producir tantas obras maestras.

Parece que Rafael tuvo la desgracia de perder su padre antes de haber podido aprovecharse de sus lecciones, y se cree que al año siguiente, cuando solo contaba doce ó trece de edad, fue enviado por su familia al taller de P. Vanucci, de Perusa, ciudad vecina de Urbino. Vanucci, mas conocido con el nombre de Perugino, habia merecido los elogios del padre de nuestro pintor, quien en su *Crónica rimada*, lo asoció á Leonardo de Vinci, y llama á los dos *divinos*.

Este pintor admirable, dice M. Fournel, que en el dia se aprecia en lo que vale despues de haber estado como envuelto en el absurdo desprecio con que se miraba todo lo relativo al grande arte religioso de la edad media, imprimió tan fuertemente su sello sobre aquella alma jóven, tan preparada por los consejos paternales y por su propia naturaleza á recibirlo, que se encuentran todavía hue-

llas de esta educacion aun en las últimas obras de su manera romana. El genio de Rafael, segun la espresion de Mr. Passavant, era de esencia umbría; y la escuela de la cual es el Perugino el principal representante se enlaza intimamente á la grande escuela romana, de la cual es como la fuente y el comienzo. Era por consiguiente el mejor, acaso el único maestro que necesitaba para desarrollarle en su inclinacion natural, para instruirle sin quitarle nada de su personalidad, á la vez que para perfeccionar en él el sentido artístico y elevarlo sobre esas tendencias materiales, que en el hervor de los años juveniles, apodéranse á veces tan fácilmente de las organizaciones mas ricas y mejor dotadas. Justo es sin embargo añadir, no para rebajar en nada el mérito del maestro, sino para mas honrar y hacer justicia al discípulo, que este, como queda indicado ya y tendremos ocasion de repetir todavía, estaba dotado, para recibir y hacerse suyos los recursos y secretos del arte, de lo que vale aun mas que la ciencia; de esa riqueza moral que debia á la ternura de sus padres, á la favorable acogida que recibió de su maestro y á las primeras impresiones de la infancia, que en él fueron tan puras, y que son las mas duraderas y las mas profundas de la vida.

Rafael pues estuvo en su centro en el taller del pintor de Perusa. Su genio arrancó desde el mejor punto de partida, lanzándose á volar desde los brazos, casi podríamos decir, desde la paleta de Vanucci. No somos pues de los que sienten que su padre no lo hubiese enviado á la escuela de Leonardo. Su colorido seco y su pincel duro hubieran paralizado acaso el vuelo de Rafael y comunicado esa dureza á su manera, al paso que el estilo clásico, noble y concienzudo de este maestro no podia ejercer una influencia saludable en él sino en una edad mas avanzada.

Los primeros cuadros de Rafael se distinguen ya de los del Perugino por algunas señales de naciente originalidad, dominadas sin embargo por la constante imitacion de la simetría y de la manera tradicional de su maestro. Hasta al salir de su taller en 1504 se le ve aun imitar de cerca, aunque mejorándole, en sus *Desposorios de la Virgen* (1), la disposicion general del *Sposalizio* del Perugino. Y cuando se considera que este cuadro encantador es obra de un pintor que no habia llegado aun á la edad de hombre, fácil es prever qué frutos debia dar en su madurez una vida cuya adolescencia producía tales flores. El *San Jorge* y el *San Miguel* (2), pequeñas joyas que se guardan en el Louvre, son de la misma época, y ofrecen tambien el mismo carácter del Perugino, salvo el que se advierte una ejecucion más libre, al menos en ciertas partes; puesto que en otras la estremada precision del dibujo raya casi en sequedad. Hay en estas dos

(1) Este precioso cuadro fue pintado sobre madera para la capilla de Albarazzini en la villa del *Castello*. Hoy dia se encuentra en el Museo de Milan. Tiene de alto 5 piés con 2 pulgadas, y de ancho 3 con 6. V. *Museo de pintura y escultura*, publicado en la lib. de Verdaguer.

(2) El primero de estos cuadros fue pintado en el reverso de un tablero, tiene de alto 11 pulgadas y 9 de ancho, y hace juego con el segundo que tiene de alto 10 pulgadas con 9 líneas, y de ancho 9 pulgadas con 3 líneas. —*Idem*.

miniaturas el sentimiento de la belleza pura y noble , que no abandona nunca á Rafael, un pincel á la vez delicado y seguro, un colorido luminoso, y una imaginación á la vez que fácil animada.

Rafael no volvió á su ciudad natal durante el tiempo que estuvo al lado del Perugino. Sus padres habian muerto y su tutor seguia un pleito de familia contra la segunda mujer del padre de nuestro pintor , y de la cual habia aquel tenido una hija.

Al salir de Perusa pasó á Città di Castello para ejecutar algunos cuadros, sin que se pueda fijar con exactitud la fecha de esta peregrinacion. Supónese sin embargo que tendria lugar en 1503.

En Siena llegó á sus oidos una noticia que influyó favorablemente en su vida de artista. Leonardo de Vinci habia espuesto en Florencia el célebre carton figurando el combate á caballo de Nicolo Piccinino , que habia compuesto para el museo ducal y para oponerlo á un cuadro de Miguel Angel, representando unos soldados bañándose en el momento en que se les anuncia la llegada del enemigo. Era aquella la época en que los Médicis hacian todos los esfuerzos posibles para hacer de Florencia el centro de las bellas artes en Italia. Todos los ojos estaban fijos en aquella ciudad donde los dos mas afamados artistas se disputaban la palma de la victoria. Rafael lo supo y voló á la ciudad de los Médicis.

Si hasta entonces no habia hecho mas que adivinar é imitar como á tientas el bello ideal que su alma de artista habia entrevisto, pudo en aquella ocasion contemplarlo en las obras de aquellos maestros , de Masaccio y de otros ingenios no menos célebres. Desde aquel momento descubre un mas vasto horizonte del arte, se le revela un modo de hacer mas poderoso, y su alma tiende sus alas para volar hácia aquel horizonte. Sin desprenderse todavía del estilo del Perugino , del cual se hallaba, por decirlo así, impregnado, y que tan en armonía estaba con su espíritu delicado y profundamente religioso , se le ve encaminarse á la escuela florentina por un dibujo mas estudiado , por contrastes mas rigurosos , por un sentimiento mas preciso de la realidad , por un mayor arte en la disposicion de las ropas, por ciertos rasgos en fin mas vivos y mas grandiosos.

Esta primer estancia de Rafael en Florencia fue de corta duracion, puesto que volvió á Urbino , no sabemos por que motivo: quizás por haberle llamado el duque Guido Baldo , ilustrado protector de las artes , en cuya corte se encontraba entonces Castiglione, el famoso autor del *Cortesano*, quien tuvo ocasion de entablar entonces con Rafael aquellas relaciones , que tan intimas debian hacerse mas adelante en Roma , y que solo terminaron con la muerte prematura del grande artista.

En 1505 le encontramos de nuevo en Perusa encargado de realizar una porcion de pedidos ; pero Rafael no pudo resistir á la atraccion que ejercia en su ánimo Florencia , á cuya ciudad marchó por segunda vez dejando en Perusa

muchas obras sin terminar. Entonces fue cuando dió sus frutos ese entusiasmo que habian producido en él la vez primera las obras maestras que habia visto. Estudió con un verdadero celo de neófito á Fiesole, Masaccio, Fra Felipo Lippi, Domingo Ghirlandajo y otros antiguos maestros, al propio tiempo que se unia en estrecha amistad con Fr. Bartolomeo, César de Cesto, San Gallo, y Rodolfo Guirlandajo. Entonces pudo examinar el famoso carton de los *bañistas* de Miguel Angel, de que hablábamos mas arriba, y que escitaba la admiracion universal.

¡Qué efecto debia producir aquel dibujo atrevido y, por decirlo así, altivo, aquella varonil y vigorosa espresion de caracteres, sobre aquel jóven á quien el arte solo se le habia aparecido entonces en su mas amable sonrisa, y qué revelacion no debió ser para él aquella áspera energía de Miguel Angel al salir de los dulces preceptos del Perugino! Su inteligencia, abierta á todas las impresiones, era de aquellas que se asimilan los mas diversos elementos, y los combinan en una especie de fusion armoniosa. Sin perder nada de su originalidad Rafael sin embargo podia ver que su espíritu se enriquecia de dia en dia. Bajo el imperio de las primeras impresiones recibidas en la ciudad de las artes habia ejecutado tres de sus obras maestras, que marcan el principio de la transformacion por el cual su genio de artista estaba pasando: en el *enterramiento* que copió de Mantegna, pero completándolo, como antes habia copiado de Perugino el *Spozalizio*, aquella transformacion se habia completado ya.

Rafael ha sido tentado por todos los estilos, y ha ensayado sucesivamente el apropiárselos todos, segun observa M. Passavant, hasta que los hubo amalgamado y fundido en su propia substancia: los del Perugino, del Masaccio, de Leonardo de Vinci, de Fr. Bartolomeo, de Miguel Angel y hasta de Giorgione, sin hablar del estilo antiguo, que estudió de cerca. Formando parte de la rica cadena de artistas de Italia, y siendo como su último eslabon, encárnase en él el arte del siglo XVI, llegado á su apogeo. Parece, dice elocuentemente el ya citado Mr. Fournel, que el pintor de Urbino sea el objeto supremo que el arte se haya propuesto alcanzar, como para dar una vez al mundo el tipo de la perfeccion á que aspira; el ejemplar realizado, en cuanto es dado á la debilidad humana, del ideal divino que persigue en su viaje sobre la tierra.

A este segundo período florentino de Rafael pertenece la joya del Museo del Louvre, la *Bella jardinera* (1). Escepto el vestido azul de la Virgen, pintado con alguna pesadez, todo en esta hermosa sacra familia revela la mano y el talento de Rafael. Aquella cabeza de Madona, la mas hermosa que posee el primer museo de Francia, con el oval puro de su rostro, la cándida modestia y la gracia indecible de su actitud, sus finos cabellos rubios y sus grandes párpados caidos

(1) Parece haber sido pintada en el 1507 ó 1508 para un noble italiano, que la regaló á Francisco I. Tiene de alto 3 piés con 7 pulgadas y de ancho 2 con 11.—Museo de pintura y escultura.

que completan y tanto realzan su espresion angélica , recuerdan aun en algunos puntos las creaciones del Perugino ; al propio tiempo que el cuerpo del niño San Juan , en la sencillez algo estudiada de su postura , que ha permitido al artista desplegar su admirable habilidad de dibujante , no está acaso esento de esa afectacion que es uno de los rasgos de Rafael en su segunda manera : pero en cambio ¡qué tranquila y dulce firmeza en el modelado ! qué naturalidad , qué encanto , qué serenidad ! cuánta alma y poesía ! Indudablemente aparece ya en esta obra el divino Rafael.

La sacra familia conocida por la *Virgen del lienzo* (1), que existe igualmente en el Louvre es posterior de algunos años á la *Bella jardinera*. Algunos concedores , y entre ellos Mr. Waagen , han puesto en duda la originalidad de este cuadro. Al esquivar entrar en esta cuestion , nos permitiremos hacer notar que la admirable espresion de éxtasis que anima la ingénuu fisonomía de S. Juan es toda *rafaelesca*. Es verdad que la actitud y la fisonomía de la Vírgen no tienen esa gracia modesta , ese recogimiento angélico que revelan la madre del Salvador ; tambien es verdad que no se encuentran en el color esa armonía de tintas , esa delicadeza de pincel que en las obras auténticas seducen la vista sin deslumbrarla , y que las sombras de las carnes tienen un tinte algo gris ; pero es preciso tomar en cuenta las lavaduras y las restauraciones hechas con poca inteligencia y esmero. Fuerza es convenir , por otra parte , en que Rafael no habia alcanzado aun aquella seguridad magistral de ejecucion , que debia dar mas adelante á todos sus cuadros una especie de igualdad en la perfeccion , y que ya en esta época tenia la costumbre de dar sus obras á alguno de sus amigos para que las terminase.

Por entonces , esto es , á mediados de 1508 , Rafael fue llamado á Roma. Bramante , su compatriota y pariente , le escribe que ha hablado de él al papa Julio II , y que este consiente en emplearlo en la decoracion de las salas del Vaticano. ¡ Qué no debia hacer aquel ingenio privilegiado al lado de aquel insigne y poderoso protector de las artes , y en aquel grandioso palenque que se abria á su espíritu creador , á su actividad extraordinaria !

Rafael acoge con indecible júbilo tan honrosa invitacion , y en su afan de volar á la ciudad eterna , á cuya grandeza material tanto ha de contribuir , deja sin acabar las obras bosquejadas. Allí su genio va á pasar por una nueva y mas admirable trasformacion ; y esta trasformacion del artista , dígase lo que se quiera , se verificará sin que el corazon del pintor pierda nada de esa calma , de esa serenidad primitiva , de esa inocencia , de esa gracia inefable que habia impreso en él la educacion doméstica. Rafael vivirá en medio de esa atmósfera viciada , en medio de esa corrupcion tan fria , tan cinicamente analizada por el

(1) Este cuadro fue pintado sobre madera. Tiene de alto dos piés y una pulgada , y un pié y medio de ancho. — Museo , etc.

Aretino en sus cartas , pero estará demasiado ocupado en sus trabajos para que nada alcance á distraerle de ellos. No ve en Roma sino la gran capital en que todo el mundo tiene fijos los ojos. Y si hasta hoy la crítica habia podido echar algun borron en la conducta privada del privilegiado pintor de la *Madona* , de esperar es que uno de los beneficios que hará á Rafael , y con él al arte , la obra de Mr. Passavant , será el haber probado que no existia el desacuerdo , en que hasta ahora se ha creido , entre el pintor y los asuntos que trataba , entre el genio que movia el pincel y el ideal por este realizado.

Julio II habia ideado para Roma proyectos gigantescos que reasumen los nombres de S. Pedro y el Vaticano. Bramante y Miguel Angel trabajaban en la ejecucion de sus designios : mas al lado del arquitecto y del escultor necesita un pintor digno de ellos , y que cual ellos sea el primero en su arte , y llama á Rafael. Encargóle desde luego que cubriese de pinturas al fresco en el Vaticano la llamada la sala de la *Signatura* ; y estimulado por lo grande de la tarea , y remontándose de un vuelo á la cima del arte , desenvuelve en las paredes una especie de ciclo épico donde representa las diversas manifestaciones del espíritu humano en los principales caminos por él abiertos.

¿ Quién no conoce , siquiera por copias ó por grabados , las mas importantes de estas composiciones ; la *Disputa del Santísimo Sacramento* y la *Escuela de Atenas* ? En ninguna parte mejor que en estos dos grandes frescos es dado admirar una de las cualidades características del genio de Rafael , á saber , el don de expresar la idea con toda limpieza , sin esfuerzo , sin confusion , sin caer en el escollo ordinario de los que quieren ser metafísicos con colores , de los *pintores* que piensan y no *pintan*. Rafael sabe en qué se diferencia la pintura de la estatuaria , y no se separa jamás del movimiento : sus figuras no son abstracciones , sino seres vivos y animados.

Sin entrar en la cuestion , mas que resuelta ya , de que por grande , por complicado , por difícil que fuese expresar la idea que habia inspirado á Rafael su magnífico fresco de la *Escuela de Atenas* , el artista se hizo superior á su obra , alcanzó su ideal tal cual lo habia concebido , y lo espresó con tanta ó mas claridad que hubiera podido hacerlo la palabra : sin detenernos tampoco á averiguar hasta qué punto pudo el pintor de Urbino ser auxiliado en aquella concepcion grandiosa y sabia por las instrucciones de los doctos , ya que está fuera de duda que la invencion general es suya , y suya tambien esclusivamente la composicion y la ejecucion , nos contentaremos con consignar aquí que , aunque profanos en el arte en que Rafael ha merecido con razon el epíteto de divino , experimentamos como una especie de enagenamiento estático , de dulce arrobamiento el dia , que tendremos siempre por uno de los mas felices de nuestra vida , en que tuvimos el placer de contemplar en el Vaticano aquella y las demas obras maestras del mas grande de los pintores ; enagenamiento y admi-

ración que subía de punto á medida que un amigo pintor, que nos acompañaba, nos hacia notar, en el fresco que nos ocupa, la concepción elevada, el estilo grandioso, la amplitud de la ejecución, la severidad de los medios, ese arte superior que, conservando aun cierta simetría umbría en la disposición de los grupos, ha sabido emplearla tan á su gusto, que las austeras y profundas combinaciones de las líneas desaparecen delante la sencillez de la impresión que producen; esa alianza de la regularidad gótica con el sentimiento pintoresco, del orden con lo imprevisto, y por último ese carácter individual y significativo dado á cada figura, con una precisión que sabe sin embargo detenerse en el punto en que podría comprometer la belleza queriendo acercarse demasiado á la realidad.

En cuanto á la *Disputa del Santísimo Sacramento* solo diremos con Mr. Passavant que es la última palabra del arte anterior llegado á su mas completa expresión. Véanse todavía en este fresco numerosas huellas del estilo del Perugino tales como los nimbos y los fondos de oro y cierta ejecución minuciosa en las fisonomías, pero unidos ya á un estilo mas sabio y mas vivo. Adviértese el progreso no solo de un fresco á otro, sino desde el principio al fin de una misma obra.

Si fuese posible señalar con precisión los límites de separación en el desarrollo de un genio como Rafael en que todo se enlaza, y cuyas diversas maneras no son mas que los progresos naturales y no interrumpidos de un talento que, desde que puso los pies en el camino del arte, entrevió ya el término á que llegó mas tarde y marchó hácia él en línea recta, diríamos que Rafael *debutó* en la manera romana en su fresco del *Parnaso*. En él es donde mejor puede verse como se preocupa en aliar el ideal plástico de la antigüedad al ideal espiritualista del cristianismo, animando, purificando y realzando el uno por medio del otro. Rafael tuvo la buena fortuna de impregnarse bastante fuertemente en las ideas cristianas por su primera educación artista, para no dejarse inficionar por el paganismo en el renacimiento. De esta suerte logró Rafael, fundiendo la Italia pagana en la Italia cristiana, uniendo los antiguos y los modernos, juntar y hermanar en él los genios de Homero y del Dante.

Tales son los orígenes, tales los elementos sucesivos que entraron en la formación de este genio. ¿Nos será igualmente dado poder apreciar este mismo genio en su exuberante florecimiento, en toda su plenitud?

Forzoso nos será sin embargo apresurar mas el paso en esta segunda parte de nuestro trabajo, si es que queremos no traspasar los límites que nos hemos propuesto y que nos impone además la índole de esta obra. Por otra parte si era necesario seguir paso á paso á Rafael en sus varias transformaciones, ó por mejor decir, en su vuelo al través de las diferentes regiones del arte, para mejor comprender este genio al llegar á su plenitud, ahora que ha alcanzado y se ha sentado

ya en la última de aquellas regiones, ahora que el astro luminoso ha llegado á su zenit no queda ya mas que pasar por delante de sus obras maestras, admirarlas en detall y en su conjunto, y fijarse solo en aquellas en que el artista se escedió á sí mismo, en que parece que el arte no puede llegar ya mas allá.

Por otra parte, ¿qué podríamos añadir nosotros á lo que tantos críticos inteligentes, tantos admiradores del pintor de Urbino han dicho ó escrito sobre la *sacra familia* conocida con el nombre de la *Virgen del duque de Alba*, sin duda por haber pertenecido á algun individuo de esta familia, y de una gracia *corregiana*, y de otras tantas como enriquecen los museos de los reyes y de particulares? Fuerza será tambien que atravesemos de prisa la última sala del Vaticano, sin detenernos delante de esos grandiosos frescos en que está representada la proteccion de Dios sobre su iglesia, empezando por *Heliodoro lanzado del templo* y acabando en *Atilá detenido por San Leon*. Y sin embargo encontraríamos en ellos nuevas cualidades que aumentarían nuestra admiracion, no porque sean superiores á las de la primera sala, sino en cuanto se nota en ellos una mano mas rica de esperiencia, mayor perfeccion en el colorido y en la ejecucion mas pasion, mas movimiento y mas vida. Uno de ellos, *San Pedro librado de la cárcel* (1), es de todas las obras de Rafael aquella en que mas se ha ocupado en los efectos del claro oscuro y de la luz. Hasta entonces los pintores se habian fijado muy poco en esos juegos y contrastes de luz, en que se distinguieron despues tan especialmente los holandeses; y si Rafael no les ha igualado en este punto, es preciso tomar en cuenta que en él los efectos de este género están siempre subordinados á la naturaleza de la composicion, y encerrados en los límites que les imponen la verdad y las leyes severas del estilo grandioso. Débese además tener en cuenta que los recursos de que puede disponer la pintura al fresco no pueden competir con los que posee la pintura al oleo.

Leon X acababa de suceder á Julio II. El reinado de las artes, empezado bajo este soberano pontífice, iba á llegar á su apogeo en el de su ilustrado sucesor. ¿Perdió Rafael en el cambio? Muy al contrario: puede asegurarse que el hombre privado y el artista se encontraron mas en su centro en la nueva corte pontificia. Rafael habia llegado entonces al punto culminante de su fama. La Italia estaba llena de su nombre, aun antes que el Vaticano lo estuviese de sus obras, y los mas grandes personajes se disputaban su amistad. Baltasar de Castiglione, á quien como deciamos antes habia conocido en Urbino, y que por aquella época se encontraba en Roma; ese noble protector de las letras y literato él mismo, y del cual nos ha dejado Rafael ese admirable retrato que se guarda en el Louvre,

(1) Rafael ha variado hasta donde era posible los efectos de la luz, presentando una parte de la escena iluminada por la luna y una antorcha, y las otras dos por la luz viva y resplandeciente de uno de los personajes. Desgraciadamente la mano del tiempo ha debilitado la energía de las tintas y de los colores, pero debe todavía un no se qué que favorece la ilusion á la posición que ocupa contra la luz que entra por la ventana en cuyas paredes está pintado. Tiene 21 piés de ancho y 15 de alto.—Museo etc.

le introdujo en un círculo de hombres eminentes. Bembo, Sadoles, Sannazaro, el Ariosto, Bramante, y otros y otros tuvieron con él relaciones las mas íntimas: estaba en correspondencia con Alberto Durerro, contándose entre sus mas entusiastas protectores los cardenales Riario, Julio de Médicis (que fue despues papa con el nombre de Clemente VI), y Babierna, que habia querido darle la mano de su sobrina Maria.

Todos los escritores contemporáneos están acordes en consignar la especie de fascinacion que ejercia en los que le rodeaban aquel jóven tan admirablemente dotado, bello como el arcángel cuyo nombre llevaba, de un ingenio mas que humano, y al propio tiempo de una benevolencia, de una bondad de alma perfectas, afable con todo el mundo, incapaz de aborrecer, inaccesible á la envidia, y á quien un instinto noble y delicado arrastraba hácia las inteligencias superiores y los caracteres elevados. Así se esplica como pudo formarse esta numerosa corte de discípulos, algunos de los cuales fueron dignos de heredar su paleta, sin que la mas ligera disension turbase la paz de su taller, donde trabajaban unos cincuenta pintores; sin que mezquinas envidias ni rivalidades interrumpiesen aquel dulce concierto de amistad; sin que todos ellos aspirasen á mas recompensa que agradar á su maestro. Marco Antonio vivió solo para esto. Un peon de albañil, Polidoro de Caravagio, mereció una mirada de Rafael, y fue artista; Juan de Udina logró la revelacion de su maravilloso talento de pintor de arabescos, mirando con Rafael unas pinturas antiguas que acababan de ser descubiertas en las escavaciones del palacio de Tito. Lorenzetto, en fin, hijo de un campanero, llegó tambien á ser artista para merecer la estimacion de Rafael.

Al compás que iban creciendo su reputacion y su influencia, aumentaban todos los dias sus trabajos. A la par que iba enriqueciendo con sus producciones el Vaticano, derramaba, por decirlo así, en torno suyo sus obras maestras, pintaba como para distraerse la *Virgen del pez* y la *Sta. Cecilia*, tan admirables los dos por la espresion sobrenatural de sus fisonomías, por la armonía grandiosa, el encanto poético y misterioso del colorido, y ese *triunfo de Galatea*, tan profundamente impregnado de la gracia antigua y de la idea cristiana; de esa *Galatea*, figura aérea que vogando como una brisa en la superficie del mar, parece un símbolo vivo del genio de Rafael, cerniéndose en el aire con las alas del ideal y desliziéndose por encima de las olas.

A la muerte de Bramante fue nombrado arquitecto de San Pedro, y durante algun tiempo fue el único encargado de la direccion de los trabajos. Confiósele igualmente la direccion de las escavaciones, y los descubrimientos á que estas dieron lugar no dejaron de influir en el desarrollo de esa naturaleza tan dócil á todas las impresiones de lo bello. En medio de tantas ocupaciones se le ve poner el presupuesto de gastos de los trabajos de San Pedro de Roma, hacer ejecutar un modelo en madera de su plano, robustecer los pilares de la cúpula, di-

rigir la construcción de muchas casas y palacios particulares, levantar el plano de la antigua Roma, enseñar á sus numerosos discípulos, sin dejar de atender por esto á sus relaciones y á lo que debía á sus amigos y favorecedores.

Entre tantos trabajos daba siempre la preferencia á las pinturas del Vaticano. Para satisfacer la impaciencia del nuevo pontífice debió llamar colaboradores para que le ayudasen en la tercera sala: parece sin embargo que el principal de esos nuevos frescos, el *Incendio del burgo*, fue ejecutado todo por su mano. Rafael se manifiesta en esta obra afanoso de luchar con Miguel Angel, ostentando todo su conocimiento del cuerpo humano; mas si descubre menos fuerza y una ciencia anatómica inferior á la de su poderoso rival, en cambio es preciso reconocerle mas sencillez, pureza y variedad.

En cuanto á las galerías del Vaticano, si bien se ve siempre en ellas el pensamiento de Rafael, no es tan seguro encontrar constantemente allí su mano. Hizo los bosquejos y confió á su discípulo predilecto, Julio Romano, el encargo de dibujar los cartones y de dirigir los trabajos. Cualesquiera empero que sean los artistas que hayan tomado parte en la ejecución material, el Sanzio aparece donde quiera, y cada detalle está como impregnado de su poderosa personalidad. A cada nueva série de pinturas del Vaticano Rafael revelaba un lado nuevo de su genio, y ese lado nuevo es en las galerías una abundancia de fantasía que corre, como una sonrisa, al través de las graves inspiraciones del arte mas elevado. El mismo hombre que acababa de pintar la sublime figura del Dios de la *Creación*, al dejar su paleta encontraba la invención de esos estraños adornos, de esos grotescos, de esas quimeras que dibujaba con un capricho encantador, con una abundancia y variedad maravillosas, arreglados sin embargo por una disciplina secreta que somete el desorden mismo á las leyes de la unidad, y que su discípulo Juan de Udina ejecutaba en colores y en estuco á su vista.

Además de las pinturas de las galerías Rafael tuvo el encargo de dibujar los cartones para los tapices de la capilla Sixtina. Siete de aquellos cartones, que son verdaderas pinturas al temple, han sido salvados de la destrucción y se hallan en Inglaterra en Hampton-Court. Sin detenernos en su exámen diremos de paso que algunos críticos eminentes, y entre ellos Quatremere de Quincy, no han vacilado en considerarles como obras maestras del arte. ¡Y qué podia salir del lapicero ó del pincel de este genio superior que no lo fuese!

A Rafael se le puede llamar con razon el pintor de la *Virgen*. Sin agotarse, sin decaer un momento, sin que el ocuparse tantas veces en el mismo tema le haga caer en una monótona uniformidad, su pincel nos ha dejado una cincuentena al menos de telas, amen de las que se han perdido, donde la *Virgen* figura casi siempre con el niño Jesus. Por mas que la tradición cristiana y la tradición artística estuviesen de acuerdo para imponerle hasta cierto punto la forma general de esos cuadros, ha sabido variarlos con una fecundidad inagotable que se reani-

ma sin cesar é imprime un sello distinto á cada produccion nueva. Por mas que los *motivos* que elije tocan á menudo á las realidades mas familiares de la vida doméstica, la elevacion de estilo hace que deban entrar en el dominio de la grande pintura.

Finalmente, por mas que sea tan superior en las otras figuras, sus *Madonas* han venido á ser como tipos consagrados entre todos los pintores. ¿Es que por ventura ha mostrado mas alma, un misticismo mas profundo que el Perugino? No por cierto: es porque hay en ellas mas verdad, mas arte, mas de esta belleza del cuerpo que es la cubierta transparente de la belleza del alma. Muchas de sus *Madonas*, y hasta la *Bella jardinera*, no son, en el fondo, mas que la reproduccion del tipo *peruginesco*; pero con mas vida y brillo en el colorido, menos sequedad y rigidez en las líneas.

Acercábase entretanto el fin prematuro de Rafael, y no solo iba en aumento su actividad, sino que su genio parecia que crecia. Hoy se le creia llegado al punto mas elevado en el cielo del arte, y al dia siguiente se le encontraba mas alto. Para esplicarse una produccion tan prodigiosa que no dejaba, por decirlo así, tiempo á la reflexion, y que no podia detener ni un instante en su marcha ascendente el cansancio de la mano ó de la inteligencia, conviene conocer la respuesta que dió á uno de sus discípulos, que se admiraba de ello: « Es que tengo por principio, desde mi mas tierna infancia, el no despreciar nada: » recordando con esto sus fuertes estudios, su constancia en observar la naturaleza y los maestros, su atencion y su pensamiento concentrados siempre en el arte, esa vigilancia del espíritu y ese continuo ejercicio de la mano que, ayudando á la agilidad y á la fecundidad nativas de su genio, habian acabado por hacerle de tal modo dueño de la ejecucion, que podia, por decirlo así, seguir el vuelo de la idea.

Lo que prueba que Rafael no dejó de crecer hasta la hora de su muerte, es que su obra maestra, que lo es tambien de la pintura, á juicio de los mejores críticos, la *Madona de San Sixto*, es cabalmente de esta época, y que iba á terminar su carrera por el sublime cuadro de la *Transfiguracion*.

La *Madona de San Sixto* es la respuesta mas terminante que puede darse á los que pretenden que la manera romana de Rafael fue la señal de una decadencia en el arte religioso, puesto que debió justamente á la reunion de las cualidades particulares á su tercera manera la creacion de esta Vírgen, que es la mas alta y mas completa expresion de la pintura cristiana, por confesion de aquellos mismos cuyas opiniones viene á contradecir. Cual si un secreto presentimiento le dijese que seria su última Vírgen, parece que por un supremo esfuerzo quiso encarnar en esta creacion la mas pura esencia de su genio. Los que han tenido la dicha de contemplarla, convienen en exaltar el carácter sobrenatural y verdaderamente divino que supo dar á esta composicion, purificando el arte material de la pintu-

ra hasta despojarlo en cierto modo de su cuerpo, para que el resplandor interior del alma brillase con mas fuerza bajo su transparente cubierta. « A no ser por los ángeles de abajo, dice M. Passavant, se creeria que no han pasado por allí las manos del hombre. » « Se engaña, dice á su vez Viardot, el que no busca allí mas que una simple Madona... Hay mas que esto: hay como la revelacion del cielo á la tierra; hay una aparicion de la madre del Salvador. » « Preciso es, añade Mr. Blanch, que el pintor de esta obra incomparable la haya concebido en un momento de éxtasis, que haya sido arrebatado en sueños al cielo. La Virgen es de una belleza sobrehumana; su semblante espresa una alegría inefable, una serenidad seráfica. Marcha en medio de serafines, mas ligera que las nubes... Cuando por primera vez vimos la *Madona de San Sixto* en el museo de Dresde, al lado de otras Vírgenes de Julio Romano y del Correggio, parecia que no respirábamos el mismo aire, que acababa de abrirse una ventana sobre el paraíso. Pasamos del sentimiento de las cosas reales á la intuicion de esas regiones ideales donde se elevó, en un sueño de oro, el mas grande de los pintores. Y sin embargo esta feliz aparicion toca el alma sin que el brillo ofenda la vista; la luz de los cielos está suavizada y amortiguada para que no deslumbre los ojos del hombre. » Estos, que mas que juicios críticos son himnos de adoracion arrancados por el entusiasmo, unidos al hecho real é indudable de que todos los pintores se han estrellado al querer copiar este delicioso cuadro, bastan para dar á conocer el carácter inmaterial de esta sublime creacion Rafaelesca, y que fué como el canto del cisne de este artista admirable.

El cuadro de la *Transfiguracion* es demasiado conocido para que creamos necesario describirlo. En medio de las grandes cualidades que hacen de él una obra maestra sin rival, sorprende el grado de ciencia á que habia llegado Rafael en lo relativo á la ejecucion y á la parte técnica del arte. Era posible que se remontase mas alto? La imaginacion mas atrevida osa apenas creerlo, y no puede figurárselo. Este hombre de edad de treinta y siete años habia realizado todo cuanto él, todo cuanto el arte podia dar de sí, y parecia por consiguiente que no le restaba mas que morir. Por una especie de presentimiento, observa muy oportunamente M. Fournel, á quien seguimos en esta última parte de nuestro trabajo, por una especie de presentimiento, en los dos cuadros que cierran, el uno la serie de sus composiciones sobre la Virgen, el otro el de sus composiciones sobre Cristo y el conjunto de sus obras, Rafael habia emprendido un asunto idéntico, y abierto dos veces la puerta de los cielos, como para señalar en ellos su propia apoteosis. Sintióse mortalmente herido de enfermedad antes de haber acabado del todo este último cuadro, espirando el 6 de abril de 1520 en medio del esplendor de su triunfo. Murió como debia morir el pintor de la *Teologia*, de *El pasmo de Sicilia* y de la *Madona de San Sixto*; murió como cristiano, en los sentimientos de una fe viva y de una piedad sincera. Detrás del catafalco en que fue

espuesto su cadáver á las oraciones y á las lágrimas públicas, se puso el cuadro no concluido de la *Transfiguracion*, elocuente oracion fúnebre que proclamaba mas alto que hubiera podido hacerlo toda palabra humana, la desolacion eterna del arte; de Roma, de Italia y de todo el mundo civilizado.

Y sin embargo, fuerza es decirlo, la malignidad ha pretendido y hasta ha logrado por espacio de mucho tiempo lanzar un borron sobre la muerte del grande artista, sobre esta alma que si de alguna idolatría podia ser capaz, era de la idolatría por el arte; sobre este artista que deponia en el borde del sepulcro los pinceles llenos aun de las tintas con que acababa de pintar dos glorias celestiales, sobre este rey de la pintura que moria en su carro de triunfo.

Cual si la fiebre violenta que le habia asaltado en sus largas investigaciones por entre las ruinas de la antigua Roma, y sobre todo, como si la delicadeza de su organizacion fisica, sobreescitada por el trabajo incesante y por la prodigiosa tension del espíritu siempre en movimiento, no bastasen para explicar esa consuncion rápida de las fuerzas vitales del cuerpo, devorado por la llama ardiente del alma, se ha atribuido su fin prematuro al abuso del placer. Hase pretendido que murió, por decirlo así, en los brazos de ese Fornarina, cuya existencia es problemática, y cuyo nombre novelesco no aparece en la historia hasta mediados del último siglo. Vasari fué el que, sin aducir ninguna prueba en que apoyarlos, acreditó esos detalles, copiados despues por casi todos los biógrafos, antes que una crítica mas severa hubiere demostrado, si no lo que tenían de absurdo, por lo menos lo que habia en ellos de inverosímil; detalles que él habia tomado, añadiendo algo de su propia cosecha, de una obra de Simon Fornari de Reggio, quien, treinta años despues de la muerte de Rafael, habia mencionado por la vez primera, y de una manera asaz vaga, esos infamantes rumores, desacreditados de antemano por los errores en que habia incurrido respecto al grande artista. Tal es la fuente poco pura en que bebió aquel biógrafo, á quien su marcada predileccion por Miguel Angel hace injusto, muchas veces sin que él mismo lo eche de ver, con Rafael. Nada de esto se encuentra sin embargo en ningun documento contemporáneo, y en particular en las noticias biográficas escritas por dos testigos oculares de su vida, Paulo Jovio y Andrés Fulvio. Por último ningun testimonio serio y digno de ser tomado en consideracion sirve de fundamento á esta injuriosa historia, contra la cual se elevan las inducciones mas legítimas, y que debe llenar de indignacion á todo admirador de aquel noble carácter y de aquel grande ingenio.

Rafael habia hecho antes de morir los bosquejos y un carton para la cuarta sala del Vaticano. Vese en el Louvre un dibujo hecho con lapiz negro, terminado con pluma, que habia ejecutado para el mas importante de aquellos frescos, la *Batalla de Constantino*, y que bastaria para revelar un pintor de batallas igual al pintor de *madonas*, y como este sin rival.

En el estudio, necesariamente incompleto, que acabamos de hacer sobre Rafael, hemos procurado fijar al paso los rasgos característicos de este genio, que reunió y completó en él todos los progresos anteriores de Italia, la sola comarca en que el arte estaba, dos siglos hacia, en su completo florecimiento; que poniendo el alma sombría bajo las bellas formas florentinas, hizo nacer de esta union la grande escuela romana, de la cual es el jefe y que ha encarnado en sus obras. Rafael no es solo el mejor pintor de su pais y de todo el mundo; es tambien el pintor típico de la Italia, como Velazquez lo es de España y Rubens de Flandes; es el genio italiano en su mas pura esencia y su mas perfecta espresion. Desde sus primeros pasos se desenvuelve lógicamente y no deja de crecer, y conquista por grados el saber técnico, la seguridad en la ejecucion, la nobleza de estilo, sin abandonar nada del sentimiento, de la espresion, de la gracia que tenia de su propia naturaleza. Su precoz virilidad tiene el perfume de las flores, á la vez que el fuerte sabor de los frutos. Las cualidades mas diversas, y hasta aquellas que parecen escluirse mutuamente, se encuentran y hermanan en él: tales son el vasto genio y el gusto delicado, la concepcion atrevida y el juicio recto, la grandeza y el encanto. El culto de la forma no es para él mas que el culto del ideal. ¿Dónde, por otra parte, encontrar una sencillez tan rica y tan magnífica, un vigor tan natural, una fecundidad tan original y tan poderosa, una flexibilidad tan sabia, una ciencia tan exenta de sequedad y de pedantería? Tiene el ojo y el espíritu demasiado ejercitados para dejar de mantener el equilibrio entre los diversos elementos de su arte; y porque es completo es al propio tiempo templado, mantiene cada parte en el papel que le corresponde, y no tiene nada de esos genios sistemáticos que llegan tal vez á sorprender los sentidos, pero es á fuerza de emplear medios esclusivos. Una falta de proporcion le ofenderia, como lastima á un oido musical una falsa nota, un sonido agudo: la armonía es una necesidad de sus ojos y de su inteligencia. De ahí aquella medida y aquella discrecion que saben detenerse en el punto preciso; aquel imperio sobre sí mismo, aquella sangre fria que domina la inspiracion y resiste hasta á los arranques de lo bello, aquella lucidez de artista superior, aquel golpe de vista rápido y seguro, semejante al del general en lo mas recio de la batalla, que no pierde nunca de vista la línea trazada por el gusto y fuera de la cual la belleza mas grande se convertiria en defecto. De ahí el orden, la precision, la pureza, la exactitud, el sentimiento de la unidad, que es la ciencia de la composicion, el arte de separar la idea principal de los accesorios que la ahogarian, y de hacerla brillar en el primer término sacrificando los detalles inútiles; todas esas cualidades en fin que forman, en cierto modo, la esencia misma de su genio, ó por lo menos que son la parte integrante del mismo y que dominan todas sus obras.

Rafael es uno de los modelos mas completos de esa feliz abundancia, *felix ubertas*, de que habla el poeta latino. En los cuadros mas notables de Miguel

Angel se siente el esfuerzo tumultuoso y violento del pintor ; mientras que el arte del Sanzio parece no ser mas que la expansion amable y espontánea de su rica naturaleza , como la flor lo es de la planta , como el fruto lo es del árbol. Sus composiciones recuerdan la fábula simbólica de la Minerva antigua , saliendo armada del cerebro de Júpiter. Su imaginacion , que abraza de una mirada todo el conjunto , crea simultáneamente el ordenamiento de las líneas y la armonía de los colores en sus relaciones mas íntimas con el asunto escogido. Nada de arbitrario , nada de incoherente , nada que esté fuera de su sitio : ni una nota inútil ó falsa. La composicion está adecuada á la concepcion , sin quedar inferior á la misma , pero tampoco sin salir de sus límites. Hasta parece imposible imaginar que el cuadro hubiese podido ser ejecutado de otra manera , tan « adaptadas están las líneas y las formas á la idea , y tan amalgamadas se hallan con ella , » segun la espresion de Mr. Passavant , que tan perfectamente ha comprendido este lado del genio de Rafael.

Aplicando estos principios y observaciones á su colorido , se comprenderá mejor lo infundado de las críticas de que se ha sido objeto en este punto. El colorido , en efecto , desempeña en él el papel legítimo , y nada mas. Ausiliar del dibujo , no dueño ó señor de este , no usurpa un lugar que no le es debido: es , en una palabra , á los ojos del autor de los frescos del Vaticano , lo que es para Mozart , por ejemplo , el acompañamiento armónico ; destinado , no á ahogar , sino á sostener el pensamiento melódico y ponerlo de relieve. Ni su ejecucion desembarazada se aviene con las investigaciones mezquinas del procedimiento , ni su espiritualismo delicado se acomoda con esas recetas que materializan el arte. Así consideradas las cosas se puede sostener que es un gran colorista , porque si no tiene esos efectos que distinguen á los Venecianos y los Holandeses , posee en el mas alto punto la ciencia de la armonía , y mejor que ellos sabe reproducir los aspectos sencillos y verdaderos de la naturaleza , acomodar los colores al asunto , fundirlos , graduarlos y unirlos por medio de los tonos intermedios. Por otra parte , cuando lo exigió la naturaleza de la idea , ó lo permitió siquiera , supo manifestar un brillo que podrian envidiarle los mas decididos coloristas.

¿Qué extraño que la gloria de Rafael brille aun despues de tres siglos y medio encima de todas las demás ? ¿Qué extraño que no se haya levantado aun en el cielo del arte otro astro que pueda eclipsar al que tan alto brilló en las cortes de Julio II y Leon X ? Cuanto se ha dicho , hecho y escrito para rebajar su fama se ha estrellado en el pedestal indestructible que le sirve de base ; cuantos dardos se han asestado contra aquella estatua inmortal , no han hecho mas que herir de rechazo á los que los dispararon. Entre las exageraciones contradictorias de las escuelas que se dividen el dominio de las artes , Rafael guarda su puesto , tan legítimamente adquirido , el de rey de los artistas.

Siempre á la altura de sus concepciones ; igual siempre á los asuntos que ha escogido , y que , en su mayor parte son los mas bellos , los mas vastos , los mas universales , y hasta podríamos añadir , los mas interesantes para la humanidad : mas grande aun por la ternura del corazon y la llama de la inteligencia que por la habilidad de la mano , á pesar de ser esta tan extraordinaria, es á la vez el primero de los pintores , á quien nadie ha vencido en cada detall aislado del *oficio* , y que ha vencido á todos en la superioridad del conjunto ; y sobre todo el primero de los artistas , porque en él la forma no es mas que un escalon que conduce á la idea , y porque lo bello en sus obras es , no solamente el esplendor de lo verdadero , sí que tambien de lo bueno y del bien. Así fue como recorrió su corta , pero gloriosísima carrera , derramando á su rededor , (sin contar sus dibujos y sus esbozos preparativos , que se elevan á un millar , ni nada de lo que se refiere á sus obras de escultura y arquitectura) , cerca trescientas producciones de una autenticidad incontestable , muchas de ellas de vastas dimensiones , compuestas todas por él , en su mayor número pintadas en gran parte ó en su totalidad por su propia mano. Añádase á esto mas de ochenta obras en las cuales se cree reconocer las huellas de su inspiracion , á veces hasta de su pincel , y que se le atribuyen por muchos críticos hábiles y competentes. ¿ Y qué seria si se pudiesen hallar las producciones perdidas ? Y todo esto en la edad en que los artistas empiezan apenas su vida ! Oh ! con razon puede decirse que el arte debió vestirse de luto el dia que murió Rafael. Con razon esclama Vasari que la pintura podia morir el dia en que cerró sus ojos á la luz el famoso artista ! Con razon los discípulos del gran maestro , que vino á dispersar el saqueo de Roma por las brutales huestes del condestable de Borbon , y á quienes compara Dumesnil en su dispersion despues de la muerte de Rafael , á los generales de Alejandro despues de la de su caudillo ; con razon , repetimos , sus discípulos , pobres satélites que han perdido su astro regulador , sienten que va á faltarles ese aliento de inspiracion que salia , por decirlo así , de la frente y de la paleta del rey de la pintura , y que les abandona la fe en sí mismos á medida que se va debilitando la luz que irradiaba de aquel astro ! (1)

J. Rubió.

(1) Nuestros lectores habrán extrañado acaso que en el trabajo que acabamos de hacer sobre Rafael, y que por fuerza debia ser, como decíamos arriba incompleto, no hayamos hecho mención de una multitud de obras suyas, contadas también entre las primeras del arte, tales, por ejemplo, como las *Sibilas*, hermoso fresco pintado en una de las capillas de Ntra. Sra. de la Paz, en Roma; el cuadro de la *Visitacion*; la *Sacra familia* conocida con el nombre de la *Perla*; *Jesus con la cruz á cuestas*, llamado el *pasmo de Sicilia*, joyas todas del Museo de Madrid, y otras que podríamos citar todavía. Pero prescindiendo que esto hubiera alargado inmensamente nuestro trabajo, y que nos hubiéramos hecho monótonos enunciando juicios que hubieran debido ser idénticos ó parecidos, no entraba en nuestro plan mas que dar á conocer aquellas producciones de Rafael que mejor marcan sus progresos ó sus diferentes maneras; y esto es lo que creemos haber hecho.

SANTA MAGDALENA.

(CUADRO DE CARLOS DOLCE.)

Los asuntos religiosos, considerados por algunos de poca importancia ó de limitada estension, encierran sin embargo en su vastísimo seno toda la historia del hombre y de la humanidad. La religion, latamente considerada, ó sea la ciencia teológica, como lo reconoce Proudhom, tiene un roce necesario y hasta se halla en el fondo de todas las cuestiones sociales, políticas y morales, aun cuando estas no se miren bajo el respecto ortodoxo, porque es imposible sentar las bases de todas estas ciencias sin tocar á la parte esencial de la constitucion humana y de la constitucion social, es decir, del origen de la marcha y del destino del hombre, ya individual ya colectivamente considerado. Aun cuando se quiera prescindir absolutamente de la Divinidad, aun cuando se parta de la negacion absurda de toda intervencion sobrenatural en los acontecimientos humanos, preciso es reconocer un principio cualquiera que influya en las operaciones del albedrío y en los fenómenos de la actividad racional, y sea cual fuere la utopía que se invente como móvil ó directriz de todos los actos humanos, allí está en el fondo ese motor ciego ó desconocido, ese fantasma sin nombre á quien se ha de acudir para esplicar el orden ó el desorden del mundo moral, las leyes del pensamiento y de la voluntad, llámese acaso ó naturaleza, llámese razon ó instinto, póngase la nada en lugar de Dios, pero Dios, bajo cualquiera dominacion que sea como agente universal, se verá irremisiblemente en el fondo de todos los sistemas.

La historia, que no es sino la descripcion y esplicacion de todos los fenómenos contingentes que ha producido en el mundo la libre actividad del hombre,



Palma 1858

1858

Sainte Magdalene
Magdalen Magdalena

es otra de estas ciencias morales y quizás la mas íntimamente enlazada con la ciencia religiosa. Porque, ¿cómo explicar el móvil que ha determinado ó impulsado de este ó del otro modo los actos humanos que constituyen el objeto de la historia sin acudir á las relaciones íntimas entre los actos de la voluntad y el móvil que los ha producido? Y en este móvil tenemos ya la ley del ser moral, del ser racional, ley que no se ha dado él á sí mismo, ley que halla grabada en su interior, y ley preexistente á su voluntad ó á su pensamiento. Y aun cuando admitamos el contrasentido de que esta ley racional no le viene de una voluntad, de un regulador provisor é inteligente sino de un poder inesplicable, como las hadas de los antiguos, ó de una ciega naturaleza; esos vínculos morales que le mueven á obrar conforme al sentimiento de su propia felicidad, y que coartan hasta cierto punto su facultad absoluta de accion, esos vínculos secretos que le *religan* para su propio bien y que cual elementos morales forman como una parte de su ser mismo, pertenecen ya al orden religioso, abstraccion hecha del adorable y eterno principio que se los impuso.

La religion, pues, es inseparable de la historia por mas que se quiera apartar de la idea de Dios y de su providencia. El vicio y la virtud, que vienen á ser las dos fases bajo las cuales pueden considerarse y calificarse todas las acciones humanas, pertenecen esencialmente al orden religioso; y ved ahí cuan míopes son y dignos de lástima los que no ven en la religion sino un ramo aislado y tal vez convencional de los conocimientos humanos, y no la base y la cúpula de todas ellas mas ó menos ocultamente manifestadas.

Bajo este punto de vista emprendemos hoy el asunto del cuadro que nos ocupa para desvanecer todo recelo de que nos circunscribamos á límites imaginarios, cuando tenemos para espaciarnos todo el ámbito que puede recorrer la razon guiada por la filosofía. Aun cuando no admitamos otros principios que los de la religion revelada, la estension queda la misma, los límites son indefinidos, y en ellos caben todos los fenómenos del tiempo y los misterios de la eternidad.

Muy bien dijo un grande pensador de nuestro siglo que *el dogma de la caída original es la verdadera base de la filosofía de la historia*. Esta asercion, que para los hombres que piensan ligeramente será quizás un capricho ingenioso ó una paradoja de partido, tiene sin embargo el apoyo de dos afamados filósofos del pasado siglo, que á pesar de sus discrepancias de opinion, han pagado muchas veces su tributo al buen sentido, y cuyo testimonio en este punto es irrecusable. «La historia, decia Baile, no es otra cosa que la narracion de las desgracias y delitos de los hombres. No hay ciudad en que no haya hospitales y cadalso, porque el hombre es desgraciado y malo: mas los gentiles no sabian dar esta razon, porque solo la revelacion es la que podia aclarárnoslo.» Y Voltaire decia: «Confesamos como todo el mundo que hay bien y mal sobre la tierra, y que ningun filósofo ha podido explicar jamás el origen del mal físico y moral. No duda-

mos decir que solo la revelacion puede explicar este grande enigma, que todos los filósofos no han hecho mas que embrollar... No hay otro asilo á que pueda el hombre recurrir en las tinieblas de su razon y en las calamidades de la naturaleza enferma y mortal.»

Y como la historia no sea mas que una narracion estensa de estas calamidades, y de la lucha perpetua entre el bien y el mal, ved ahí como por confesion misma de los idólatras mas ilustrados de la razon, la causa de esta lucha, que forma el tejido de la historia, ó sea la base filosófica de esta misma historia, no debe buscarse sino en el grande hecho de la caida original que la revelacion nos manifiesta.

No en vano hemos sentado estos preliminares antes de entrar á bosquejar el carácter de un personaje interesante, cuya historia ya conocida nos ocupó con alguna detencion en las *Mujeres de la Biblia*, y que por cierto no intentamos reproducir. Aunque nos sea mas difícil, procuraremos presentarla bajo otros aspectos, que puedan interesar la mente del artista en los varios períodos en que nos la ofrecen la historia y la tradicion, y en sus relaciones con nuestra actual posicion.

Al solo nombre de *Magdalena* se reproduce en el pensamiento la idea de los dos grandes principios del bien y del mal, que constituyen, como hemos visto, el fondo de la historia de la humanidad. En este tipo de deformidad y de belleza moral pueden estudiarse con toda verdad aquellos dos principios. En la primera mujer precedió el bien al mal, la inocencia á la culpa, la obediencia á la transgresion, la sumision al orgullo. En Magdalena el mal precede al bien, la culpa al arrepentimiento, el orgullo del vicio á la humildad de la virtud. Ved á la hija de Mágdalo en la casa del Fariseo. La belleza y la juventud rinden sus encantos, que servian á la altivez del crimen, á la fuerza suprema de la justicia y de la reconciliacion con Dios. Magdalena es el gran modelo de la humanidad regenerada que admiran los siglos. Esta mujer inmortal debia formar grupo en el gran cuadro de la redencion al lado de la Virgen Madre, símbolo de la santidad y de la inocencia, y si en María se ve reproducida Eva en su primitivo candor, en Magdalena se reproduce Eva pecadora y arrepentida. Despues de la madre del Salvador, el corazon de Magdalena es quizás el que amó mas en el mundo, con aquel amor que es la vida del alma, porque no muere jamás. Mas grande aun que David, sin la voz amenazadora de ningun profeta, la hermana de Lázaro se rinde al ascendiente irresistible de la santidad, y se abate voluntariamente á los piés del Hombre Dios como un feliz y glorioso despojo de su gracia divina. Aquel corazón de fuego reconoce de repente toda la bajeza y falsedad de los goces de la materia, y se remonta como un águila hácia la region sublime de un amor sobrehumano é infinito. Halla en el llanto y en el dolor un placer mil veces mas dulce que los groseros deleites, y dejándose arrastrar por la santa violencia de un amor que perdona, se lanza con toda su actividad al bien inmenso que transfor-

ma su espíritu y le rompe las cadenas del crimen que le oprimian dándole la victoria sobre sí misma y la libertad de la virtud.

Repetiremos aquí con respecto á Magdalena una observacion importante. Aunque el Evangelio la llama pecadora, y esta palabra ha dado márgen á suponer que ella se habia abandonado enteramente á la mas humillante disolucion; lécito nos fuera quizá presumir que esta palabra, sin perder nada de su fuerza, podria indicar una vida realmente criminal y disoluta, pero no envilecida hasta el último grado de la prostitucion. La mujer adúltera del Evangelio era tambien una mujer criminal, pero no una mujer abandonada. La jóven de Samaria aparece ya mas oprimida por la tiranía de los sentidos, pues habia cambiado cinco veces de marido, siguiendo sin duda la corrompida costumbre de su pais y escudada con la tolerancia de una legislacion pervertida. No hay duda que Magdalena aparece aun bajo un colorido mas fuerte de culpabilidad y como una piedra de público escándalo *mulier quæ erat in civitate peccatrix*. Un espíritu altanero, un orgullo insolente de algunas cualidades exteriores, un cuerpo complacido y adorado hasta la idolatría, un corazon disipado, dominado por un sensualismo grosero, y devorado por el ansia de agradar y de avasallar, haciendo esclavos de una belleza provocadora; tal podia ser y fue quizás esta mujer de pecado, mas temible aun y mas arrastradora que una mujer vil ó que una ramera abandonada. No por esto se crea que pretendamos disminuir su falta, pues cuanto mayor es la humillacion á que arrastran los extravíos de la libertad, á mayor altura puede elevarse un alma por la energía del arrepentimiento. Pero con nobles calidades y con delicados sentimientos, y sin descender al fango de la prostitucion pública, se puede hacer mayor estrago en los corazones, y el vicio triunfa aun mas con estas armas brillantes sobre pechos fáciles é incautos. El noble corazon de Magdalena y la hidalguía de sus sentimientos no permiten conjeturar que hubiese sido capaz de envilecerse hasta el extremo de la abyeccion y de la infamia. Hay calidades en el alma que parece tienen un carácter indeleble. Podemos hacer mal uso de ellas; podemos en vez de consagrarlas á Dios, de cuya mano han venido, prostituir las y ofrecerlas á un ídolo de carne; sin embargo un alma ardiente, sensible, capaz de reconocer su dignidad, conserva una cierta elevacion en medio de sus extravíos y miserias. Tal vez es mas culpable en no corresponder como debe á sus nobles instintos y altos destinos, que otra ya hundida en el cieno del abandono y con menos fuerzas para resistir: pero nunca al compadecerla nos veremos forzados á apartar de ella los ojos como de un objeto vil y despreciable. El rey profeta, agobiado bajo el peso de un doble delito, nos parece como un sol eclipsado al través de una negra nube, pero reconoce su culpa y llora, y la mano de Dios rasga la nube, y vuelve á aparecer el sol en su horizonte, mientras que las abominaciones de Sodoma solo pueden consumirse un fuego del cielo.

Tal ha sido el carácter que han acostumbrado los artistas mas eminentes á

representar en la noble figura de aquella pecadora ilustre cuya alma de fuego resplandece igualmente grande á los piés del Salvador, al pié de la cruz, junto al sepulcro y en la profundidad de una caverna solitaria. El semblante de la noble matrona ha de respirar el doble sentimiento del amor y del dolor hasta un grado heróico, y en medio de este conjunto sublime han de traslucirse en su frente los surcos de las pasiones pasadas como los restos de una tempestad. Pinceles superficiales han creído deber ostentar en la célebre penitenta las trazas de una profanidad impropia é indecorosa, hasta faltar algunas veces á las leyes del pudor. Los encantos de Magdalena convertida no están al alcance de una alma vulgar: son los encantos de un corazón triturado por el arrepentimiento, pero ardiendo en la llama del amor divino. Así como el semblante de María, la Madre atribulada del Calvario, descubre en la misma acerbidad del dolor el colorido celeste de la inocencia y de la virginidad, la feliz arrepentida debe manifestar los señales de la contrición en que gime por la cruel memoria de lo pasado. En las dos Marías se encuentran los dos símbolos de la salvación del mundo, el purísimo candor de la inocencia no contaminada, y lo que llama el gran solitario de la Tebaida la tabla después del naufragio.

La Magdalena de Cárlos Dolce presenta el carácter que él acostumbraba dar á todos sus cuadros. No entraba en su gusto artístico el elemento dramático, es decir, la acción, ó la complicación de acciones; lo que procuraba es representar el sosiego del alma abismada en la contemplación, ese comercio íntimo y misterioso entre Dios y el espíritu que constituye la beatitud sobre la tierra. Todos sus cuadros respiran este santo entusiasmo para las cosas celestes, esta abnegación pasiva que sacrifica el mundo material á las concepciones ideales del sentimiento religioso: cada uno de sus cuadros es una plegaria, una aspiración hácia la dicha purísima de la eternidad. Tal es la ferviente mujer, la más heróica de todas las mujeres, después de María, la más amante del Hijo del hombre cuya cruz tiene abrazada junto á su rostro dotado de una majestuosa dulzura, y fija en el cielo su mirada por la cual parece que envía el alma á la morada sublime de su Redentor. Flota abundosa por ambos lados su rizada cabellera, primer tributo que rindió á los piés del Salvador y ofrenda primera de su arrepentimiento. El conjunto es bello, todo respira sumisión y amor, todo muestra el deseo vivo de un amor impaciente que anhela con ardor unirse al objeto amado con una unión inmortal.

Sabido es todo lo que nos refiere el sagrado texto relativo á María Magdalena. Cuando Juan recorría la Galilea, después de haber resucitado á un jóven de Naim á quien llevaban á enterrar, predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no lejos del castillo en donde habitaba Magdalena, la cual, movida por la fama del Salvador, de sus milagros y de sus virtudes, aprovechó la celebración de un banquete en casa del Fariseo para arrojarle á los piés de Jesús y trocar sus extravíos pasados en lágrimas de amargura y en sacrificios de amor. Ella y las santas

mujeres siguieron á Jesus desde Galilea hasta Jerusalem, y no le abandonaron ni en sus trabajos ni en su muerte, ni en su gloria despues de resucitado. La noble sierva del Señor le siguió en su camino sangriento hasta el calvario, y le acompañó en su suplicio, firme al pié de la cruz junto con María y Juan; para que así como la primera representaba allí la humanidad en estado de inocencia, la representase la segunda en estado de penitencia. Magdalena no dejó á Jesus en el sepulcro: para ella era el Dios viviente, y en la morada misma de la muerte su infatigable amor fue recompensado con el anuncio de la vida dado por dos mensajeros del cielo. Jesus glorioso se aparece á Magdalena antes que á los apóstoles, porque habia sido mas constante que ellos en no abandonar á su Maestro, y la hizo ser delante de ellos el mas ilustre testimonio de su resurreccion.

Mas si bien la gran figura de Magdalena desaparece desde este momento para no reaparecer jamás en la historia escrita y autentica que sirve de texto á nuestra fe, no la dejó aquí la piadosa tradicion de los siglos cristianos, siempre solícita en llenar los vacíos históricos de los grandes personajes del cristianismo. Y ya que en las *Mujeres de la Biblia* presentamos á la brillante hermosura de Betania como otro de los dos tipos y modelos de la mujer cristiana, esto es, por lo que se refiere á la mujer rehabilitada en su gloria y dignidad primitiva, así la consideraremos ahora como objeto de las antiguas leyendas cristianas, eco fiel de la tradicion y precioso complemento de los relatos evangélicos.

Aquel período de tiempo llamado siglo de los apócrifos, no porque sus leyendas fuesen destituidas de verdad, sino para no confundirlas con los libros dogmáticos y reconocidos como auténticos por la Iglesia, considerado en su conjunto puede mirarse como un grande poema que se ha ido completando lentamente. Como aquellas altas catedrales, cuyos groseros fundamentos echaron los reyes de larga cabellera y cuyas cúpulas coronaba todavía el renacimiento, esta epopeya se ha ido engrandeciendo con lentitud con el tributo de todos los siglos. Simple bosquejo al principio, ha venido á ser con el tiempo una obra colosal y rica en preciosos detalles. Rasgos que sólo estaban indicados primero han suministrado despues el desplegarse con esplendor, y formas que solo estaban en esbozo, pasaron á manifestarse estensamente, y hechos antes solamente enunciados se han transformado en animadas escenas.

Mas no tan solo á este primitivo bosquejo se ha transmitido la vida, sino que se han llenado los vacíos. En torno de las figuras primordiales se han levantado nuevos personajes, como sobre los lados de la improvisada basílica se han erigido lentamente las torres, como al través de su mole y sobre sus nervosos hombros se han colocado las flechas y adornos. Nótase cierta identidad en la marcha del arte y de la poesía cristiana: el instinto que hizo dar á las iglesias aquellos armónicos accesorios, colocó junto á los primeros actores de las piadosas leyendas héroes secundarios que completasen su conjunto.

Desde el siglo XIII aproximadamente aquellas figuras se dejan ver en la aureola de las leyendas evangélicas. Hasta la época de S. Luis á corta diferencia, la Virgen, S. José y el Cristo ocupaban solos la escena tradicional; de los parientes, de los amigos, de las santas compañeras parece no se ocupaba la imaginación cristiana: María, Josef, ved ahí los únicos nombres que recordaba la poesía. Mas cuando empieza á declinar el siglo duodécimo; cuando se acerca el reinado de Luis IX y de Alfonso VIII el horizonte de las leyendas se vá ensanchando, y se puebla de figuras suaves y venerandas, de discípulos y de santas mujeres.

La primera de todas, ó á lo menos aquella que los escritores piadosos pintan con mas amor, es la imágen de la grande pecadora de Mágdalo, de aquella mujer á la cual se perdonó mucho porque habia amado mucho. La historia nada sabia de esta mujer, sino lo que relata el Evangelio. ¿Era la misma persona María la pecadora que María hermana de Marta y de Lázaro? ¿De ella era de quien habian dicho los santos Padres que habia seguido á Efeso á la madre del Salvador y habia terminado allí sus dias? Los sabios no se atrevian á afirmarlo, pero el pueblo no vaciló; de tres Marías no hizo mas que una. María la pecadora, María de Betania y María Magdalena se confundieron para él en una misma personificación del amor estraviado, y vuelto por la gracia á su primitivo destino. Pero el fin oscuro de aquella María, hija de la imaginación del pueblo, mal se avenia con sus instintos poéticos. En su pensar faltaba á esta gran culpable una grande expiación terrestre, como á la prodigiosa bravura del nieto de Carlo Magno habia faltado algunos siglos antes la muerte gigantesca de Roncesvalles. Y así como para satisfacerse el genio feudal inventó la canción de Rolando, la inspiración cristiana para realizar sus conceptos produjo la leyenda del Santo-Bálsamo.

Esta leyenda seria una de las mas bellas si la tuviéramos en su forma original. Desgraciadamente no la tenemos sino de segunda mano, é intercalada en un relato que forma parte de un sermón para la octava de Pascua. El autor de esta instruccion pastoral, dominico, pio y celoso por el culto de María Magdalena, refiere, que habiéndose aparecido esta santa á un religioso de su orden, le trazó el cuadro de la vida penitente que habia llevado en la gruta á donde ella se habia retirado en la Provenza. A este relato no le falta un cierto arte en la disposición, y hasta una cierta gracia en la forma. Héle aquí:

El año de Jesucristo 1370 un negociante italiano fué por devoción á visitar el Santo-Bálsamo, esto es, la cueva en que hizo penitencia Santa María Magdalena. Al regresar de su peregrinación escribió el relato en versos toscanos y pintó con mucha exactitud y viveza los lugares que habia recorrido, y sus palabras parecen todavía animadas del gozo y del divino placer de que estaba embriagado su corazón al escribirlas. Entre otros hechos interesantes, refiere una curiosa revelación hecha en su presencia por un religioso dominico llamado el padre Elías, que habia pasado en el Santo-Bálsamo ochenta y seis años. Llevado en brazos

de sus hermanos de hábito en medio de los peregrinos, la víspera de su partida este anciano tullido que no movía sino la lengua les saludó con amabilidad, y dijo á los que lo llevaban:—Colocadme en mi silla, porque quiero revelaros hoy los secretos de Dios que hasta aquí he guardado.—Lo que él llamaba su silla, era la piedra misma en que María Magdalena acostumbraba descansar por la noche. Cuando estuvo colocado en su silla el padre Elias habló así á los peregrinos que al mirarle se sentían profundamente conmovidos:

«Hijos míos, ha llegado mi día, y está cercana la hora de mi muerte: escuchad pues lo que tengo que deciros á gloria de María Magdalena y para la enmienda de vuestra vida.

«Cuando ochenta y seis años hace me retiré á este desierto y en medio de estos peñascos para servir en ellos á María Magdalena, me sentí poseído al principio del mas amargo desaliento. No había transcurrido un mes aun, cuando disgustado enteramente, pensaba ya en huir de aquí. Una noche, hallándome abismado en esta agonía del alma, ví á la roca hendirse ó quebrarse en forma de cruz, y que las cuatro regiones del mundo estaban patentes á mis ojos. Sobre de mí se abría el cielo, y á mis piés el abismo. Lleno de pavor, caí en tierra y quedé privado de todo sentido. Pero habiendo recogido poco á poco mi espíritu llamo de todo corazón á Magdalena á mi socorro. Aparecióseme desde luego con un rostro tan radiante, que no pudieron fijarse en ella mis miradas; su suelta cabellera caía de su cabeza y la cubría toda: tenía desnudos los brazos y los piés entrelazados con guirnaldas de flores. «Servidor inconstante y sin experiencia, me dijo, para tí se ha abierto la peña y yo aquí he venido. Puedo, si tú lo quieres, conducir tu alma á la suprema felicidad; pero tú has pensado en dejar mi servicio. Escúchame, y harás despues lo que te parezca.

«Nosotros venimos en gran número, como ya sabes, de Jerusalem á Marsella arrojados sobre una nave y abandonados á la gracia de Dios. Marsella nos acogió y abrazó la fe de Cristo, como casi toda la comarca. Tal fue luego la consideración que se nos tenía, y el concurso que nos vino, que llena de inquietud, pensaba ya en huir del comercio de los hombres. Una inspiración del cielo condujo mis pasos á esta cueva solitaria, y apenas moraba en ella, cuando al fijar mis ojos en esta fuente preparada por la Providencia, percibí en la sombra una serpiente cuyo aspecto horrible era inesplicable. Era un enorme boa. Al verme se levanta y á sus espantosos silbidos, saltan una innumerable multitud de sierpes de toda especie, las cuales estremecidas dirigen contra mí sus ojos y su furor. Enroscadas sobre sí mismas se levantan aquellas víboras á una grande altura, pero el boa descuella sobre todas ellas. Tal fue el pavor que me causaron, que si bien no temía yo la muerte, no me atrevía á mirarlas. Jesús y Dios mío, exclamé, si no venís en mi auxilio voy á ser devorada, ó moriré de espanto. Acabadas de pronunciar estas palabras, el boa plegó su cabeza, y pareció no pensar

mas en mí, pero por medio de un salto súbito se precipitó hácia delante dilatando su ancha gola y batiendo las alas. Me habia cogido ya, y yo estaba entre sus afilados dientes, pero la fe en Dios nunca me abandonó. No podia hablar, pero esclamaba del fondo de mi alma y con la mayor confianza: Jesus mio, despues de haberme colmado de tantos beneficios, me dejareis ser en este desierto presa de una serpiente? Al momento lánzase un ángel, me arranca de los dientes del dragon y me dice: Feliz eres por haber creido, ó María! Y hollando despues al dragon, sal de aquí, le dijo, tú y tus serpientes! Y el dragon y las serpientes, volando aquel y estas arrastrando, se precipitaron al desierto. Desapareció el ángel, despues de haber purificado con su aliento de fuego la caverna que se llenó de un olor suavísimo y me dejó poseida de un santo terror. Cuando hube recorrido todo este recinto, cuando conocí que era inaccesible á los hombres, me puse de rodillas llorando y esclamé: ¡Bendito seais, ó Jesus mio, por haber cumplido mis deseos! Dignaos ahora tambien hacer manar para vuestra sierva agua de este peñasco.

«Al momento mismo y á mis ojos la enorme peña se abrió, y dilatando sus duros flancos fuese derramando el manantial que está á vuestros ojos. Y doblando yo otra vez la rodilla para dar gracias al Señor, advertí en la parte derecha de la gruta mas de mil espíritus que cantaban en hebreo palabras llenas de suavidad y melodía. Y fuera de la cueva el aire estaba lleno de otros muchos espíritus, que cantaban las mismas palabras, y me decian todos: María, no conviene que así te abandones á incesantes plegarias. Por aquel lenguaje comprendí que aquellos eran demonios. Y en realidad en el punto en que me puse á clamar hácia Dios, reparé al arcángel Miguel que me decia: Héme aquí, no temas, y al instante mismo puso en fuga á los ángeles de las tinieblas. No tiembles ya mas en adelante, añadió, el Altísimo vela sobre tí. Y esto diciendo plantó una cruz á la entrada de la gruta. Caí al momento postrada y orando al pié de este sagrado signo, y no me levanté hasta pasado mucho tiempo. Sintiendo disecadas mis entrañas por las profundas emociones que habia experimentado, arranqué algunas raíces en la entrada de la cueva, y las comí. Esa fue mi primera comida de la soledad, y desde entonces no tuve jamás otro alimento.

«Lo restante del dia y la noche entera permanecí al pié de la cruz. Allí me sorprendió el sol de la mañana que me pareció radiante como un purísimo cristal. Inundada estaba de amor divino, y me pareció escuchar un coro de celestiales espíritus que cantaban á mi alrededor. Mas á esta vision sucedió presto otra. Fui trasportada á las regiones infernales en donde gimen los pecadores en medio de tormentos de toda especie. Cuando de allí pasé á los lugares de la expiacion, vinieron á mí una multitud de almas y me clamaron con ternura: Ruega por nosotros, Magdalena. Y yo les respondí: ¡Ojalá quiera Dios escucharme! El

ángel que me habia transportado al mundo de las almas me dejó de nuevo colocada al pié de la cruz. Aquí quedarás, me dijo, tanto tiempo como el Salvador ha permanecido sobre la tierra.

« Y así quedé todo un día; pero llegada la noche me tomaron los ángeles y me transportaron por los aires á una altura tal que yo pude oír los conciertos de los cielos. Desde entonces fuí tambien siete veces al día admitida á participar de los supremos goces. Inflamada de divino amor me habia vuelto insensible al calor y al frío. Mis vestidos se habian caído á pedazos, pero mis cabellos habian crecido hasta el punto de cubrirme toda. Pasábase mi vida en la meditacion de los misterios de Cristo. Allí venian incesantemente á los ojos de mi pensamiento Ana y Joaquin, María y el niño en el pesebre, el Calvario y la Cruz, el sepulcro y el cadáver lívido, la resurreccion y la entrada victoriosa en los infiernos. Lleno el espíritu de estas imágenes, pasaba los días y las noches anegada en dulcísimo llanto. Muchas veces en los postreros días de mi vida, el mismo Jesucristo se dignó visitar mi pobre morada, resplandeciente como en el Tabor, y rodeado de ángeles que volaban dándole gloria.

« Te digo, pues, Elías, que dá gracias de continuo á Dios sobre este peñasco, porque este es un puerto de salvacion en el mar proceloso de la vida. Sola estaba yo cuando vine á este lugar y entré á fijar en él mi retiro. Tu condicion es mejor que la mia. Arroja pues lejos de tí este desaliento que te atormenta. »

« Y así diciendo continuó el padre Elías, Magdalena desapareció..... »

« Y espiró tambien el mismo padre al concluir este relato; y al momento las campanas se echaron al vuelo en todo el monasterio, y sin que mano alguna visible las hiciese mover, empezaron un alegre y armonioso concierto. »

Fácil será, reconocer desde luego que la poesía del claustro inspiró esta leyenda que lleva en toda ella la marca de un misticismo monástico. La otra que sigue á la misma es enteramente popular, es la leyenda de María, de aquella buena y sensible hermana de Lázaro cuya vida es el símbolo de la actividad, asi como la de María Magdalena es el tipo de la contemplacion. Y los leyendarios, cuyo contenido reboza siempre sus intenciones morales y políticas, nunca han olvidado esta oposicion de carácter y de inclinaciones.

Parece que, segun la opinion de los antiguos, despues del descenso del Espíritu Santo y de la dispersion de los Apóstoles María Magdalena dejó Jerusalem y la Palestina que no tenia atractivo alguno para ella, pero despues andan divididas las opiniones. Creen unos que en la primera persecucion suscitada contra los cristianos, pasó á Efeso, en el Asia menor, para permanecer allí con la santa Virgen que habia seguido á Juan el Evangelista despues de la muerte de Jesucristo, permaneciendo con una y otro hasta terminar su vida apostólica por un glorioso martirio; mientras que otros, al parecer con algun mayor fundamento y con autoridades mas respetables, sostenian que de resultas de aquella

primera persecucion tuvieron que embarcarse los tres hermanos con algunos otros en una nave desmantelada que , caminando á merced de las olas del Mediterráneo , entró por fin en el puerto de Marsella , en donde anunciaron la fe de Jesucristo que santa Magdalena predicaba junto al gran templo de Diana , en cuyo sitio se vé aun una antiquísima capilla erigida en honor suyo. Segun la misma tradicion , Lázaro fué obispo de Marsella , en donde murió ; Marta llevó á Tarascon la luz del Evangelio , y Magdalena se retiró á una caverna , que se ha hecho muy célebre bajo el nombre del Santo Bálsamo , en la cual finió sus dias en la mas austera penitencia y entre ardientes suspiros de amor divino. Y de esta última tradicion se sacaria sin duda la piadosa leyenda que acabamos de transcribir.

La figura variada é interesante de Magdalena ha inspirado á casi todos los artistas , así como á muchos poetas. Crecido es el número de los que han hecho de ella una mujer vulgar ; de una belleza correcta pero sin espresion de aquella piedad ardiente de que estaba siempre poseida ; han presentado á veces una penitente que llora sin arrepentirse , y que se angustia desolada , pero no sé sabe si por el cielo ó por la tierra , y así no hay en su pincel ni sublimidad de amor ni santidad de sentimiento. Magdalena pudo ser representada cubierta con las galas del mundo , y luchando en su corazon entre la sed de amar y el afan de sus caducas conquistas y aquella ánsia no saciada de un amor no infinito : podemos admirarla sumida en lo mas profundo del dolor , arrojando al viento los instrumentos y las galas de su sensual orgullo y abrazada con los piés sacrosantos del que abre á sus lágrimas un corazon divino : ó contemplarla firme al pié de la Cruz al lado de la mas dolorosa de las madres , ó apretando sus labios de fuego contra los piés sangrientos del Salvador cuando se ha desclavado de la Cruz el sagrado cuerpo : ó acompañándole al sepulcro ó depositándole en él ; ó llorando su soledad como la divina Madre ; ó corriendo presurosa antes del alba para ungir su cuerpo ; ó hablando con los ángeles ; ó absorta ante la figura del hortelano divino que le dice : No me toques ; ó revelando á los Apóstoles atónitos la aparicion milagrosa de su Maestro , ó presenciando como ellos la gloria triunfante de su Ascension. Y aun despues de estos pasajes históricos la tradicion permite presentar á Magdalena como el bello ideal de la contricion y del arrepentimiento , y de un alma encarcelada que anhela romper los lazos de su barro á fin de volar á Dios para siempre.

Este es el carácter del cuadro que nos ocupa , y solo nos resta el decir algo sobre su autor cuya biografia es poco conocida , autor cuyo carácter piadoso y suave en sus composiciones le ha conquistado las particulares simpatías de los aficionados y artistas del bello sexo.

Carlos Dolce vió la primera luz en Florencia á 25 de mayo de 1616 , y es de notar que su nacimiento coincide con la muerte de dos grandes genios de la

historia moderna, el fantástico Shakespeare y el agudísimo y jovial Cervantes, y precede de cuatro años á la del inmortal Rafael. Sus padres carecian de bienes de fortuna, y á los cuatro años tuvo la desgracia y el pesar de perder á su padre. Reducido á la pobreza por este incidente, su madre puso su principal esperanza en el porvenir de sus numerosos hijos, que la naturaleza habia especialmente dotado de una belleza física, y cuyos talentos unidos á unas maneras finas y amables habian atraído muy de antemano la atención de los amigos de la familia. Y sobre todos su predilecto Carlino (nombre de afección del jóven Dolce) era el que despedía algunos rayos de consuelo sobre un presente sombrío y desolador. A los nueve años entró de aprendiz en casa de Vignali, y fueron tan rápidos sus progresos que dos años despues ejecutó por sí solo, y con feliz éxito, un *Cristo infante* que no debe confundirse con otro que contribuyó despues á su celebridad por ser una de sus obras maestras y de una sencillez y candor extraordinarios, y que forma parte de la colección, objeto de la presente obra.

El jóven Dolce se gloriaba ya de ser discípulo de Jacobo Vignali, no á causa de las calidades artísticas ó personales de ese hombre, sino porque este se contaba por uno de los mejores discípulos de Mateo Roselli, y porque trabajaba en el taller de un hombre á quien los florentinos tributaban una admiración universal, á saber, el de Andrés del Sarto. Con frecuencia visitaba la iglesia de la Santísima Anunciata para estudiar allí los bellísimos frescos pintados por aquel gran maestro, y que los astutos monges habian tenido la dicha de procurarse al vil precio de diez escudos: otras veces solia atravesar á puesta de sol la Porta á Piutí para contemplar la montaña que dos siglos antes de él habia visto nacer al hermano Juan de Fiesole, cuya gracia suave y casta de sus testas de ángeles y de santos le inspiraba la mas viva admiración. Despues se aficionó con preferencia al género de Mateo Roselli, y vino á ser con su contemporáneo, Sassoferato de Roma, el representante de una escuela que, sin grandes y vastas composiciones, se distingue tanto por la espresion verdadera y patética de sentimientos tiernos y piadosos, como por el esquisito esmero de la ejecución.

Sus trabajos se multiplicaron de tal modo, y era tal el ánsia con que se le buscaba, que se vió precisado á establecer á su cuenta un taller ó laboratorio, y habiendo conseguido que se le admitiese en la hermandad de San Benito, hizo voto de no pintar sino á santos religiosos. Proponíase asimismo el consagrar la semana santa exclusivamente á pinturas que representasen la Pasión del Señor. No olvidemos que Dolce fué el contemporáneo de Fernando II de Médicis, cuya minoría habia puesto la Toscana bajo la influencia puramente monástica.

Sin embargo de su natural misticismo, los sentimientos naturales del corazón humano, reclamaron tambien su tributo, y Carlos no se limitó ya á tomar á su hermana por modelo de sus Madonnas ó de sus Magdalenas. Otra figura habia ejercido tambien un irresistible prestigio sobre el alma impresionable del jóven ar-

tista, y á menudo se le veía en adelante y al anochecer pasar el *Ponte-Vecchio* para ir á ofrecer un saludo fugitivo á una jóven y modesta niña de aquel cuartel. Estas cortas peregrinaciones no tardaron en ser seguidas de una alianza nupcial con la buena y hermosa Teresa de Juan Bucherelli. Dolce, sin embargo, estaba mas enamorado aun del cielo que de los encantos de su bella prometida, y en el momento en que, ante un numeroso cortejo de amigos, iba á empezar la ceremonia del matrimonio, los asistentes no buscaban ya sino un objeto; pero un objeto indispensable—el novio. Resígnanse á esperarle por algun tiempo; pero las horas se pasan, los mensajes se suceden, llevando por noticia que no se le encuentra en parte alguna, y empieza ya á cundir una impaciencia general. La novia alarmada piensa ya en el puñal de un bandido, ajustado por algun artista envidioso: arroja su velo y su corona y derrama ardientes lágrimas de desesperacion. Lo que aumenta su desespero es el acordarse de un vecino, el platero Pedro Granacci, hombre brusco y violento, cuyos obsequios habia ella desdeñado, y que maldecia su union con Dolce. En medio de su espantosa idea, repara que aquel vecino, que habitaba enfrente de su casa, no estaba en su taller, y cae sin sentidos en brazos de su compañera Rosita, cuando de repente comparece el novio del brazo con un amigo, y con la mayor calma y tranquilidad. Por fin se le habia encontrado absorto en su oracion, en su iglesia favorita de la Santísima Anunciata, y perdido en la mística contemplacion de la Santa Virgen, ó Madonna.

Poco tiempo despues de celebrado este matrimonio, pintó un Cristo bajo la forma de un agraciado infante de seis años, y reprodujo asimismo este asunto sobre muchos otros lienzos, de los que el de Munich no es el menos notable. « Dolce, dice un contemporáneo, se imaginaba al niño Jesus como invitando al alma á coronarse de virtudes cristianas. »

La reputacion del artista florentino se habia esparcido á gran distancia, y el emperador Leopoldo le mandó á Inspruck para hacer allí el retrato de Claudia Felice que debia ser luego su esposa. Desconfiando de sus propias fuerzas y por un desmedido apego á su suelo natal que nunca habia abandonado, rehusó desde un principio, y solo obedeció á vivas instancias de su confesor Larione. Su mujer se encargó con la mayor solicitud de arreglar su equipaje, y prevenido todo partió para el Tirol. El emperador le colmó de honores, y él desempeñó el cometido imperial con el éxito mas brillante. Con todo, no puede decirse que Dolce fuese feliz. De continuo se sentia detenido en sus trabajos y empresas por una timidez para él insuperable. Y además la manutencion de una familia numerosa y la enfermedad de su mujer le suscitaron embarazos de los cuales no eran siempre bastantes á sacarle los bajos precios que pedia él por sus cuadros (de ciento á trescientos escudos). Su confesor era tambien el que le animaba en estas horas de desaliento, y logró así preservarle de los fatales efectos

de la melancolía. Pero este restablecimiento de su salud moral fue de una corta duracion , y un acaso ó accidente imprevisto produjo una catástrofe que volvió á hacer sombría su existencia y aceleró su término. En 1682 el célebre pintor Lucas Giordano (muerto en 1705), á quien se designaba por la rapidez con que ejecutaba sus cuadros bajo el nombre de *Fra-Presto*, hizo su aparicion en Florencia á donde el marqués Cossini le habia llamado. Dolce le devolvió desde luego su visita, le besó modestamente la mano, y recibió á su vez elogios y escitantes ó estímulos los mas lisonjeros del maestro napolitano. Mas el artista caballeresco dejó por desgracia escapar una palabra que, por ser de una amabilidad y de una franqueza perfecta, no afectó menos el espíritu del pobre Cárlos, y le precipitó en una profunda tristeza.

« Tus bellos santos, Cárlos, decia Giordano, no agradan todos. Ellos son de una verdad maravillosa: sus almas son castas y puras como las flores del paraíso al acabarse de abrir. Tus colores están distribuidos con habilidad, y está seguro que despues de tres siglos conservarán todavía la misma frescura que su paleta. Pero si continúas en pintar con tan minucioso cuidado, te morirás de hambre, y jamás lograrás recoger los ciento ochenta mil escudos que hasta ahora he ganado. »

Despues de haber concluido su último cuadro, que es la *Adoracion de los magos*, la duquesa le mandó venir para felicitarle. Al propio tiempo le presentó un cuadro de Giordano, diciéndole: Pensad bien, Cárlos, que esta obra maestra es fruto de algunos años de trabajo. Dolce, que se habia ya entregado á los sombríos fantasmas de la melancolía, interpretó mal aquellas palabras, y concibió por ellas la mas completa desesperacion. El anciano dejó el castillo sin poder dominar su dolor, y cuando hubo entrado en su casa estaba ya loco. Inútiles fueron los esfuerzos de su mujer y de sus amigos: la enfermedad hizo los mas rápidos progresos. Ya no hablaba ni comia; y si bien un médico que el gran duque habia enviado le hizo recobrar el hábito de comer, el confesor no fue tan feliz como antes habia sido para curarle por medio de la obediencia religiosa. Le persuadió, despues de grandes esfuerzos, á que volviese á tomar el pincel y terminase el ropaje de un cuadro. Obedeció el artista con una sumision silenciosa, y á pesar del temblor de su mano, la obra salió perfecta. Pero no manifestó por ello la menor satisfaccion, y miró á los suyos con un aire de súplica, como un hombre rendido de fatiga que pide el descanso. La enfermedad era incurable, y solo la muerte pudo ponerle término el dia 17 de junio de 1686 á los setenta años de su vida. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de la Santa Anunciata que tantas veces habia sido el centro de sus imitaciones artísticas y de sus contemplaciones religiosas.

Por la historia de este artista podemos venir en conocimiento de lo que influyó el misticismo católico sobre el genio en las hermosas artes de imitacion. Y lla-

mamos misticismo, con respecto á las creaciones artísticas, á esta concentracion del espíritu que sabe espresar en las figuras los sentimientos é inspiraciones de la vida espiritual y contemplativa; pues que el misticismo, ó sea el género místico, no es mas que una parte de las muchas con que el cristianismo influye en las bellas artes. Nada mas fácil que probar, dice uno de los mas célebres escritores modernos, que la religion cristiana, siendo por su naturaleza espiritual y mística, presenta al pintor ideas mas perfectas y divinas que las que puede ofrecer un culto material; que describiendo la deformidad de las costumbres, ó combatiéndolas con vigor, dá un aire mas sublime á la figura humana y hace percibir los sentimientos del alma en los músculos y lazos de la materia; y por fin que ha provisto á las artes de materiales mas hermosos, mas ricos, mas dramáticos y mucho mas interesantes que los mitológicos.

Aun en los asuntos antiguos los mejores son los que se acercan en la sencillez y magnitud á los grandes cuadros bíblicos. Ni el saqueo de Troya, ni los viajes de Ulises, ni el llanto de Priamo por la muerte de Hector son comparables con la inmensidad y grandeza que prestan al pincel las primeras escenas del mundo. La naturaleza saliendo del caos, la luz derramándose súbitamente por los espacios, y el primer grupo del linaje humano paseándose por las soledades deliciosas del Eden, son unos tipos incomparables de los cuales ni aun idea tenia el genio de la antigüedad. Deslizándose la imaginacion por la historia del hombre, ¿qué tienen que ver todos los dioses de Homero ni las lascivas travesuras de Júpiter con los famosos acontecimientos que llenan las edades primitivas y que constituyen el origen de los grandes imperios, encerrados todos en el vasto círculo de los libros santos? Porque la Biblia no relata solamente la historia del pueblo de Dios, sino el nacimiento, marcha y destruccion de los pueblos mas célebres y de los monarcas mas poderosos del mundo antiguo; abarca las mitologías orientales; en una palabra, la historia de la humanidad en su primer período, desde la cuna del universo hasta la plenitud de los tiempos. Así es como el pensamiento puede esparcirse desde las llamas de Pentápolis hasta las de Roma bajo el cetro horrible de Neron, y el campo del pincel no tiene límites, porque hasta puede salir de los confines del tiempo en la gran lucha de los espíritus en el cielo, y hundirse en los abismos de lo futuro pintando la agonía del mundo y la espantosa magestad del último juicio.

Pero si, circunscribiendo este panorama inmenso, nos concretamos á las tiernas escenas del nuevo Testamento, el alma del pintor cristiano encuentra en sí mismo un fondo inagotable de inspiracion con las nuevas y sublimes relaciones que el Hijo del Hombre vino á establecer sobre la tierra entre el Criador y su criatura. Desde la gran víctima del Calvario el cristianismo es y ha sido siempre el culto del amor por el dolor y el sacrificio. Nuestra religion, se ha dicho, es para nosotros nuestra historia, y desde aquellos primeros modelos de amor y de

espiacion hasta nosotros , el espíritu cristiano presenta unos mismos dolores, unas mismas virtudes y unas mismas recompensas. La imagen de Magdalena arrepentida es la misma que la de toda alma que ha caído y se ha levantado por el dolor: por esto tiene para nosotros tanto atractivo ese bello tipo de la humanidad arrepentida y reconciliada. La cruz que ella abraza y estrecha tan amorosamente contra su seno es la misma que en nuestros días va á plantarse en los confines de la Australia para que sea el consuelo y la esperanza de la humanidad , así como la sangre cristiana que se derrama en la Siria es como la que se derramaba en los anfiteatros de Roma en los tiempos de Galerio. Cuando el artista ha logrado penetrar en este mundo interior que desde la tierra comunica con el cielo , le basta solo creer y amar para ser sublime ; pero para percibir y apreciar sus bellezas preciso es tambien participar del mismo espíritu que guió su lira ó su pincel : preciso es el contemplar sus obras con los ojos de la fe , del amor y de la esperanza.

Joaquín Roca y Cornet.

EL MONASTERIO DE SAN BENITO.

(CUADRO DE A. BIERMANN.)

La lámina que acompaña á este artículo es sencillamente la vista del monasterio de San Benito, una de las primeras y mas famosas órdenes monásticas, pues que se remonta al año 500.

Por mas bello que sea el cuadro, y por bella que sea tambien la copia; por admirable que sea el monasterio y por curioso que fuera el recordar los anales de aquella célebre orden de benedictinos, á la que es preciso confesar que deben mucho las letras y las ciencias, yo no te hablaré, lector, ni de lo uno ni de lo otro.

La vista de este monasterio, tan fielmente trasladado al lienzo y del lienzo al acero, me recuerda solo que á principios del siglo IX fué á tomar en él el hábito y á retirarse del mundo, un hombre que se cree fue soldado y que se sabe fue poeta.

Llamábase Ernoldo Nigelli ó Nigello. Era contemporáneo de Ludovico Pio, el rey de Aquitania hijo de Cárlo Magno, y escribió un poema, ó mejor dicho la narracion en verso de la conquista de Barcelona en 801 por las armas de aquel rey. Este asunto, tratado por él en sonoros y levantados versos latinos, tiene el interés de una novela.

Gracias á un poeta, tenemos pues peregrinos y curiosos detalles de aquel sitio y conquista, de los cuales pocos datos tendríamos á no ser por él.

La Salvadora Kloster.



*Lo Monastere. Das Kloster.
The Monastery. Kloster.*

Como un testimonio de gratitud al poeta y al monge del siglo IX, voy pues á recordar, á propósito de este cuadro, lo que él supo contar tan bien y tan admirablemente. No te desagradará, lector, saber lo que voy á narrar, que de pocos es sabido, tomando por guía al poeta Ernoldo.

SITIO Y CONQUISTA DE BARCELONA POR LUDOVICO PIO EN 801.

Ochenta y ocho años hacia ya que Barcelona estaba en poder de los moros. Despues de la batalla memorable del Guadalete, Muza se habia apoderado de ella como de toda España. Barchiluna, como la llamaban los árabes, gemía cautiva, pobre paloma entre las garras del gavilan.

Congregóse en Tolosa, segun costumbre, al comenzar la primavera del 801, el campo de marzo ó la asamblea general del reino aquitano, en la que los vasallos y los condes renovaban el testimonio de lealtad con sus donativos, y en que los francos, conforme á antigua usanza, deliberaban sobre la paz ó la guerra y acerca los intereses generales del reino.

—Entramos ya en la época en que se acude á las armas para dirimir las que-
rellas que existen entre los pueblos. No es á vosotros, intrépidos varones, colocados por Cárlos de centinela de las fronteras, á quienes la guerra asuste ó intimide: que hartas muestras habeis sabido dar de cuanto valen vuestro brazo en el campo y vuestro consejo en la asamblea. Comunicadnos pues sobre el particular vuestro dictámen.

Así habló el primero el rey Ludovico *el Pio*, segun el poema de Ernoldo Nigelli.

Tomó en seguida la palabra Lupo Sancion, príncipe ó caudillo de los vascones de allende, y dijo que era preferible la paz si habia de romperse la guerra por los confines de sus dominios, atendido el estado de las cosas.

Entonces, el intrépido Guillermo, duque de Tolosa, doblando una rodilla y besando el pié á Ludovico (1), se espresó de esta manera:

—Oh rey, luz, señor y padre de los francos, que por tus méritos descuellas sobre tus mayores y que de tu escelso promogenitor recibistes suma virtud y suprema sobiduría, atiende, si de aconsejarte me hallas digno, el voto que voy á emitir. Hay una gente llamada del nombre de Sara (2), que ha costumbre de talar nuestras fronteras y comarcas, fuerte, animosa, fiada en la velocidad de su caballería y en la bondad de sus armas, á la cual yo sobradamente conozco, y ella á mí. Yo puedo conducirte sin tropiezo hasta sus confines, que veces no pocas observé sus fortalezas y lugares y apostaderos. En ella se le-

(1) Hé aquí una costumbre cuya noticia debemos al poeta Ernoldo, y la cual un historiador, como observa Maratori, apenas hubiera apuntado si es que no la hubiese pasado en silencio.

(2) Quiere decir *sarracenos*.

vanta la ciudad causadora de tantos estragos nuestros (1). Si por la misericordia de Dios y el trabajo de vuestros brazos vinieses á tomarla, la paz y sosiego, oh rey, se hospedarán en tus tierras. Partamos, pues, contra ella, lleva la guerra á sus campiñas, y tu fiel Guillermo marchará el primero.

Sonrióse Ludovico, y abrazando y dando un ósculo al ilustre y cristiano guerrero, agradecióle el consejo, que aseguró abrigaba ya su corazon tiempo habia. Pinta y describe el poeta el entusiasmo del rey y de la asamblea, hasta que Ludovico, prorumpiendo en un agüero aciago para la Barcelona árabe, exclamó, señalando su cabeza y la de Guillermo en cuyo hombro familiarmente se apoyaba:

—Yo estrecharé una y mil veces tus murallas, soberbia ciudad. Lo juro por entrambas cabezas.

Al terminar el monarca su discurso, la fiebre del entusiasmo pareció haberse apoderado del corazon de toda aquella asamblea de nobles guerreros, y todos, desnudando sus espadas y agitándolas en el aire, chocando unas con otras, gritaron entre el rumor del hierro: ¡A Barcelona! á Barcelona! con el mismo fervor con que debian gritar mas tarde sus nietos: ¡A Jerusalem! á Jerusalem!

La empresa de Ludovico Pio era en efecto el prólogo de las cruzadas.

Cerróse la dieta ó la asamblea tomado aquel acuerdo, y se dispuso todo lo necesario para llevarlo á cabo cuanto antes. Pronto estuvo en disposicion de partir el ejército expedicionario que se componia de hijos valerosos de Francia, Aquitania, Vasconia, Gocia, Borgoña y Provenza (2). Varios pueblos se unieron pues para la conquista de Barcelona, como luego se habian de unir tambien varias naciones para la de Jerusalem.

Al reclamo de la guerra acudieron muchos condes y caudillos, cuyos nombres sabemos merced á Ernoldo. Eran estos Heripertho, Liuthardo, Bigo, Bero ó Bera, Lupo Sancion, Libulfo, Hilthiberto é Hisambarthe, sin contar á Guillermo, que fue el Pedro *el ermitaño* de aquella cruzada, á Rostaing, conde de Gerona, y á Borrell, conde de Ausona, cuyos dos últimos se hallaban sin duda entonces mandando el ejército que se habia dejado de observacion junto á Barcelona.

Hiciéronse tres divisiones ó cuerpos del total de la hueste. Dióse el mando del primero, destinado particularmente á estrechar el sitio de la ciudad, á Rostaing, conde de Gerona; el del segundo á Guillermo de Tolosa, secundado del primer porta-estandarte Hademaro, con orden de situarse mas allá de Barcelona, á la otra orilla del Llobregat, para oponerse á la llegada de todo socorro; el del tercero se lo quedó el rey en persona, fijándose por el pronto en el Rosellon como

(1) Barcelona.

(2) ... Ludovicum Regem in Aquitania, ad obsidendam et capiendam civitatem Barcinona. Qui congregato exercitu ex Aquitania, Vasconia, necnon de Burgundia, Provincia atque Gothia, missit eos ante se ad obsidionem civitatis. (*Chronicon Moysiaccensis Cenobii*. tom, 3.º pag. 144.)

de reserva, pero dispuesto á pasar el Pirineo cuando las circunstancias lo exigiesen.

Este reparto y esta colocacion de fuerzas muestran la prudencia con que se dirigia aquella expedicion, al par que acreditan la trascendencia, importancia y dificultad de la empresa.

Barcelona despertó un dia azorada al oir la confusa gritería de la hueste que ante sus muros llegaba, y con pasmo vió estenderse por la llanura que sirve de alfombra á sus plantas un bosque inmenso de erizadas lanzas. Rostaing, el conde de Gerona, comenzó con asombrosa actividad los aprestos del sitio.

Aterrados los árabes al ver tan formidables preparativos, enviaron á Córdoba embajadores que espusiesen al monarca cuanto urgia un pronto y poderoso auxilio, si se queria que los francos no robusteciesen sus dominios en la playa que hasta entonces fuera centro de los armamentos é invasiones arábicas en la Septimania.

Zeid, el caudillo moro de Barcelona, corria por las almenas acaudillando el vecindario, y exclamando, al ver como los francos iban girando en torno de la plaza, volcando árboles á tremendos hachazos, arrastrando y hacinando sillares, habilitando escalas, construyendo torres de madera, acercando arietes, taladros, fundíbulos, catapultas y toda clase de máquinas de guerra :

—¿ Qué estruendo desusado es ese, compañeros?

Interrumpióle cierto caudillo moro llamado Durzaz que desde lo alto de un torreón comenzó á interpelar así á los cristianos :

—¡ Oh gente endurecida y desalmada ! ¿ Por qué despues de haber estendido por el orbe vuestras armas, venís á inquietar estos muros y á turbar la paz de los fieles que los custodian ? ¿ Ya sabeis que estos son los muros en cuya construccion emplearon mil años los romanos ? Huid, francos feroces, apartaos de nuestra vista, que no podemos miraros sin horror y sin encendernos en ira.

Allá le dió respuesta á sus osadas palabras el arco de Hilthiberto, vibróle el guerrero franco con certera mano, y una aguda saeta fué á destrozar el cráneo de Durzaz, que cayó de lo alto del torreón al foso revolcándose en su sangre.

Hechos ya por fin todos los aprestos y ordenadas las tropas, comenzó entonces aquel sitio memorable, magnífico y dramático episodio de la guerra de restauracion, que dió lugar á escenas interesantes y bellas como no se encuentran ya, si no mas tarde, en la época de las cruzadas y en los hechos de armas y episodios que tuvieron lugar ante las murallas de Nicea, de Jerusalem ó de Antioquía.

Una mañana, al rayar el alba, el redoble de los atambores y cajas de guerra y la voz de los clarines advirtió á todo el campo cristiano que habia llegado la hora del asalto. Los soldados de Rostaing volaron á sus armas, las máquinas se movieron á su vez agitando sus brazos como si hubiesen tenido vida ; los pe-

dreros empezaron á arrojar contra los muros de Barcelona una granizada de piedras, mientras que los arietes protegidos por las galerías cubiertas y por los soldados que se cubrían con sus escudos, se acercaban hasta el pié de las murallas. Los arqueros y ballesteros no daban descanso á la saeta ni tregua á la mano. Ocultos tras sus escudos, los mas audaces y atrevidos asentaban escalas allí donde era mas flaca la muralla, mientras que desde lo alto de una máquina el buen conde de Gerona animaba á los suyos, incitándoles á pelear por Dios, por el rey y por su honra.

Por todas partes silbaban las flechas. La multitud de dardos llegó á oscurecer la luz del sol. Las piedras y gruesos maderos lanzados por unos y otros se encontraban en el aire chocando con espantoso ruido, y caían, sembrando la muerte en las filas, sobre sitiadores y sitiados. Los moros desde lo alto de sus torres no cesaban de arrojar teas encendidas y frascos rellenos de materias inflamables, que al estrellarse en las máquinas de los cristianos las encendían de súbito convirtiéndolas en un volcan, en el seno de cuyas llamas hallaban una horrenda muerte los soldados encerrados en ellas.

Todo era confusion y muerte, todo desórden y destrozo. Sucumbieron ilustres caudillos de cada ejército, y es fama que hubo herido que al caer murió ahogado en la charca de sangre de sus hermanos de armas (1).

A pesar de su valor y de su esfuerzo, de su decision y de su empeño, el ejército de Ludovico se estrelló en los muros de Barcelona como impotente se estrella tambien el mar en las rocas de su playa. El conde de Gerona tuvo que dar la señal de la retirada, y la diezmada tropa de los cristianos se replegó á sus tiendas á descansar de sus fatigas y á contar por el número de los que faltaban el número de sus muertos. Triunfantes quedaron por aquella vez los sarracenos, pero su victoria fue igual á una derrota. Aprendieron á conocer el valor de los cristianos, y se convencieron de que, aun cuando habian resistido el primer asalto, sucumbirian acaso en el segundo.

Queda ya dicho que en el ínterin campeaba la division de Guillermo entre Lérida y Tarragona, de cuya ciudad se habia apoderado, estendiendo el espanto y la asolacion hasta las puertas mismas de la aun árabe Tortosa.

Formando las guerrillas ó avanzadas del cuerpo que Guillermo acaudillaba, habia, segun Conde, algunas compañías de gente allegadiza y montaraz, pero muy acostumbrada á las fatigas de la guerra. « Habia entre sus taifas, añade,

(1) Ernoldo nos dice los nombres de varios caudillos árabes que murieron en la pelea.

Clamores tollunt lætanti pectore Franci,
E contra Mauros fletus habet miseros
Tum varii varios demittunt funeriis orso
Vilhem. Habirudan at Liuthardus Uriz
Lancea Zabirizun, ferrum forat actile Uzacum.
Funda ferit Colizan, acer arundo Gozan
Non aliter bello poterant accedere Franci.

muchos cristianos de Jibal Albortad, gente muy esforzada y dura (1).» Romey advierte que aquel cuerpo estaba compuesto en gran parte de hombres que los árabes llamaban *moaladun*, nacidos de padres musulmanes y de madres cristianas. Esta division de guerrilleros prestó importantes servicios, no descansando jamás, estando siempre pronta, siempre alerta, y á ella debió confiarse indudablemente la principal parte de las algaras con que se mantenía suspensas y aterradas las márgenes del Ebro; que ninguna fuerza podia rivalizar ciertamente con aquellos montañeses aleccionados por tantos años de guerra y á quienes eran facilísimas semejantes operaciones.

Y es justo advertir aquí que entre esas compañías de salvajes montañeses y entre esas taifas, como las llama Conde, es donde debe buscarse el origen y principio de aquellos otros famosos guerrilleros, de aquellos infantes terribles que habian de aparecer mas tarde en Cataluña con el nombre de *almogávares*, siendo tan valientes y adictos, tan esforzados y leales, que es fama que un rey de Aragon daba en rescate diez prisioneros enemigos por cada uno de ellos.

Sabedor Guillermo de Tolosa de que un socorro árabe, que iba á favorecer á Barcelona, se habia vuelto desde Zaragoza, ya porque temiese pasar adelante segun unos, ya, y es lo mas probable, porque hubo necesidad de acudir á reprimir inmediatamente una irrupcion de los astures; Guillermo, repito, se vino entonces á reforzar con su division el campo establecido ante los muros de Barcelona.

Los francos con este refuerzo redoblaron su actividad y estrecharon mas y mas el sitio; pero si era Barcelona codiciada con ardor de los cristianos, con no menos ardorosa codicia era defendida de los árabes. Demasiado sabian ambas huestes que la joya que se disputaban era de gran precio, demasiado sabian que Barcelona no era solo una ciudad, sino todo un pais. La firmeza de los unos era la saeta que se estrellaba en la constancia que era el escudo de los otros.

Cuenta el poeta que nos sirve de guia en esta relacion, que mientras mas furiosas y encarnizadas combatian ambas huestes, se lanzaban unos á otros los caudillos retos y provocaciones.

—Por qué desacordados francos,—gritaba desde lo alto de los muros un árabe soberbio,—por qué os fatigais en hacer que disparen sin cesar proyectiles vuestros fundíbulos y catapultas? ¿Por qué os obstináis en que bata el ariete los romanos sillares de una muralla que ha resistido á los siglos y que se rie de vuestro coraje y furia? Os cansais en vano, francos orgullosos. Nos sobran esfuerzos y víveres. Tenemos carne, harina y miel en abundancia, mientras que vosotros sentís los rigores del hambre (2).

(1) Conde, parte 2.^a, cap. XXXII.—Ya se sabe que Jibal Albortad eran los Pirineos, es decir, *los montes de los puertos*.

(2) Así dice el poema de Ernoldo:

Nobis esca satis carnes, seu mellea dona
Urbe manent, vobis est quoque dira fames.

Diz que estas palabras fueron oidas por el bravo Guillermo de Tolosa, que picando su caballo y adelantándose, sin temor á las flechas, hasta cerca de los muros, contestó elevando la voz:

—Atiende, atiende, árabe soberbio, mis acertadas razones, aunque te sean amargas y aunque se claven en tu pecho como un puñado de dardos. ¿ Ves este caballo pio que monto?... Pues bien, antes mis propios dientes despedazarán las vivas carnes de este caballo, que nuestras huestes se alejen de vuestras murallas. Lo que hemos empezado con la proteccion de Dios, con la proteccion de Dios terminar sabremos.

Lo que el árabe dijera respecto á que tenian abundancia de víveres, no era cierto, como vamos á ver.

Con la llegada de Guillermo, ya lo hemos dicho, habia redoblado la actividad de los francos. Tiéntanse entonces asaltos repetidos; sitiadores y sitiados contienden con furor al pié de los muros mismos; hasta que el daño propio, avisando á cada parte de lo infructuoso de estas refriegas, les obliga á echar mano de toda la fuerza de la tormentaria. Los fundíbulos y las catapultas disparan crujiendo los proyectiles, que van asestados mutuamente contra las mismas máquinas; y el ariete bate los anchos sillares de la muralla romana, que no *menoscabados por tantos siglos ni por las dominaciones anteriores, no ceden á sus golpes*. Entonces pudieron los cristianos estimar toda la importancia de aquella fortificacion que aun hoy es admirada en sus gigantes reliquias; por esto la pondera á tal punto el poeta cronista. Así se cerró mas estrechamente la circunvalacion de la plaza por la parte de tierra; y ya que por la del mar no fuere esto posible sin armada, tampoco estaba la marina del emir de Córdoba tan á punto que pudiese acudir á proveerla, ni es de suponer dejase de ser arriesgado el desembarco en aquella playa, cercana sí al muro, mas no inmediata ni fortalecida. El hambre pues comenzó á señorear en Barcelona: sus rigores fueron lentos, terribles á la postre; los testimonios de ellos espantosos: los viejos cueros arrancados de puertas y ventanas y convertidos en alimento; de los habitantes *unos arrastrados por su desesperacion á despeñarse de las murallas*, otros solo esperanzados en que la proximidad del invierno alejaria los sitiadores. Vana esperanza: que los caudillos del campo, como conocieron cuán poco podia durar la plaza en su defensa, instaron á Ludovico Pio que viniese con su division, para que solo el nombre de su príncipe se acompañase de tal victoria; y al mismo tiempo aprestábanse muy anticipadamente contra la crudeza del invierno, ordenando que se reparasen los reales con barracas mas sólidas, para lo cual se comenzó á acopiar madera de todas partes (2).

(2) Copio este largo y bien escrito párrafo de la obra de D. Pablo Piferrer, que es, á mi escaso modo de ver, quien mejor ha interpretado, despues de Romey, los cronicones y el poema de Ernoldo en la relacion de aquel sitio memorable.

La situacion de los sitiados se hizo efectivamente mas crítica y congojosa con la llegada al campo cristiano de Ludovico Pio y la division que mandaba. Guillermo, Bera, Bigo, Rostaing y demás caudillos del ejército, seguros de tener pronto á Barcelona en sus manos, le habian avisado que era ya llegado el momento de abandonar el Rosellon.

Entonces todo fue ya desaliento en la plaza, y un episodio del poema de Ernoldo nos retrata al vivo las zozobras y congojas de los sitiados en aquellos críticos instantes.

Zeid, al que no amedrentaban ni el numeroso auxilio que acababan de recibir los sitiadores, ni el cuadro de horrores que ofrecia la ciudad, corrió á la muralla llegando en el acto en que la abandonaban tumultuosamente varios grupos de soldados confundidos con parte del vecindario.

—¿Qué es eso? ¿A dónde vais, infelices musulimes? les dice sorprendido y con enojo.

Los fugitivos le contaron la llegada del rey enemigo al campamento con numerosas fuerzas.

—Harto ves, —prosigue diciéndole un jefe moro que se hallaba entre los que huian, — que nuestra situacion es cada dia mas lamentable. Los macizos muros de Barcelona se desmoronan al embate de las máquinas guerreras, y las espadas de los francos siegan las gargantas de nuestros mas intrépidos guerreros. Córdoba no te envia ningun auxilio de los ofrecidos, y la guerra, la sed y el hambre nos asaltan á un tiempo. ¿Qué arbitrio queda mas que el de pedir la paz á los francos? Créeme, Zeid; envia en el acto mensajeros para que la ajusten.

Viendo Zeid la desesperacion y el trastorno de los suyos, recurre entonces á un medio arriesgado, pero que cree salvador. Trata con esforzadas palabras de reanimar el espíritu abatido de los que le rodean, y les dice que es preciso tentar el último medio, á saber, el de acudir al rey de Córdoba. Para esto se necesita enviar un mensajero fiel, adicto, dispuesto á todo, y él en persona se ofrece á serlo.

—Pues todos dais cabida á la desesperacion, —les dice finalmente, — solo una súplica os hago ahora, y solo que vengais en ella deseo. Yo mismo he descubierto un lugar donde escasean las tiendas del campo enemigo y queda este menos cerrado. ¿Por qué no he de poder atravesar ocultamente por esta parte y volar al rey en demanda de socorro? Mientras durare mi ausencia, vosotros custodiad puertas y muros con valor y constancia: no haya en la tierra nada capaz de alejaros de las torres y de los adarves, ni saqueis jamás, os ruego, vuestras armas á campo raso. Cual será mi suerte, lo ignoro, mas si cayese en poder de los francos, no por esto cedais un punto en vuestra defensa. Aun cuando los cristianos quisieran sacar partido de mi cautiverio y os ofrecieran mi persona en cambio de la ciudad, no lo acepteis. Sufridlo todo y resistidlo todo, que vale mas morir con honra que vivir con ignominia.

Estas nobles palabras de Zeid infunden en efecto nuevo ánimo á los sitiados. Zeid lo dispone todo á su propósito, nombra gobernador de la ciudad durante su ausencia á su pariente Hamur, su hermano segun otros; reitera sus encargos, y apenas llega la noche, sale por una poterna con ánimo resuelto á tentar su peligrosa travesía.

Era una negra noche de invierno, encapotada y fria; el silencio mas sepulcral reinaba en la ciudad y en el campamento. Zeid, embozado en su albornoz y ginete en un caballo árabe mas corredor que el viento y mas lijero que una saeta, va dejando la ciudad á sus espaldas, y encamínase con todo el tiento posible hácia el punto del campamento cristiano que habia juzgado ser el mas flaco y el que mejor podria proporcionarle paso.

Hasta se esmera en cierto modo el dócil caballo en apocar el eco de sus pisadas, como enterado de la reserva de su dueño. Ya este ha casi atravesado el recinto de los reales. Pocos pasos mas, y ocultándose á todos los ojos, está ya en salvo. Así se lo imaginaba ya el valiente, cuando de pronto, un estorbo del camino hace tropezar y relinchar al noble animal; éste se rehace en seguida y aviva su marcha, pero ya todo está perdido. Aquel relincho, resonando en el silencio de la noche, ha ido á difundir la alarma por toda la línea de escuchas. Acuden estos de todas partes, mientras se arman las guardias, al sitio donde sonó el relincho delator. Zeid, estrechado de cerca, vuelve su caballo y cree que el mejor partido es regresar á la plaza, visto el malogro de su empresa; pero pierde su camino y va á dar en medio de los reales que estaban ya en movimiento.

El bizarro caudillo musulman se decide á vender cara su vida. Blande la cimitarra; pelea no como un hombre, sino como un leon; pero, vencido por el número, estrechado, acosado, abrumado, tiene que ceder y se entrega.

Aquella misma noche se esparció por la ciudad la noticia de la prision de Zeid, y todo fueron llantos é imprecaciones, suspiros y lágrimas. Veian ya su pérdida inevitable.

En cuanto supieron los francos que era el bravo Zeid el preso, decidieron servirse de él para que ayudara á la rendicion de la plaza. Apenas despuntó el nuevo dia, cuando Ludovico mandó á Guillermo de Tolosa que acercase el preso á los muros, para que de la misma boca de su wali escuchasen los sitiados la intimacion de abrir las puertas. Ya sabemos que Zeid habia previsto este caso.

Cediendo á su desventura, hizo el wali lo que le mandaban, pero lo que no pudo impedir la fuerza, supliólo la astucia. Empezó á amonestar á los suyos para que se rindieran, diciéndoles que era ya mas temeridad que valor la resistencia: pero al mismo tiempo que esto decia, levantaba en alto la única mano que tenia libre, y al gritar á sus compañeros asomados á los adarves que abriesen las puertas, encogia violentamente los dedos y clavaba las uñas en la palma, gesto espresivo que les manifestaba precisamente lo contrario de lo que les estaba hablando. Los sitiados hicieron seña de que le habian comprendido.

No hubo de escaparse tampoco esta significacion á Guillermo, pues que cediendo al primer arranque de su ira, descargó sobre Zeid una *franca* y fuerte puñada, si bien no pudo cerrar luego su pecho á la admiracion que le infundieron el árabe y el ingenioso ardid sugerido por su lealtad y su desgracia.

—El respeto que tengo á mi rey te vale,—diz que exclamó Guillermo al darle la puñada,—que á no detenerme el incurrir en su desagrado, este fuera, moro, el último dia de tu vida (1).

Se cuenta que los dientes de Zeid rechinaron de rabia por la afrenta que recibia estando inerme y maniatado.

Aunque rendidos por el hambre y los combates, aunque decaidos por tan frecuentes reveses, decidieron los de Barcelona ser dignos de su wali y ejecutar su muda orden. Apelaron á todos los recursos de su constancia, y decidieron defenderse.

Un nuevo asalto volvió á tener lugar. Tornaron á silbar las flechas oscureciendo la luz del sol, á zumbar las piedras llevando la muerte y la destruccion quiera que caian; volvieron á acercarse las terribles máquinas á las robustas murallas romanas; hubo de retremblar nuevamente la tierra al rudo choque de los combatientes, y volvieron por fin á correr arroyos de sangre.

Ludovico Pio estuvo durante el asalto al frente de los suyos, animándoles sin cesar con sus palabras y con su ejemplo; y cuenta Ernoldo—ya no habia de ser un poeta quien lo contara—que una saeta disparada por el mismo rey fue á caer dentro de la plaza pegando contra un sillar de mármol donde se quedó enclavada hasta sus gárfios.

Decidió este asalto de la suerte de Barcelona. El puñado de héroes sarracenos, que se mantenía firme en su recinto, tuvo que rendirse, y Ludovico, admirando tan heroica resistencia, les otorgó que saliesen salvos y libres de la ciudad, quedándose solo prisionero á su caudillo Hamur, el que habia sucedido á Zeid en el mando (2).

(1)

Hoc vero agnocens Vilhelmus concitus illum
Percussit pugno non simulantur agens.
Dentibus infrendens versat sub pectore curas;
Miratur Maurum, sed magis ingenium
Credito in quoque Regis amorque timorque vetaret
Hæc tibi, Zado, dies ultima forte foret.

Irrita, dice Romey al hablar de este pasaje, estar viendo á un caudillo cristiano, sin abrir su corazon á un sentimiento de aprecio por el ardid leal del árabe, descargar villanamente un puñetazo sobre tan gallardo enemigo.

(2) Es fama que Ludovico tuvo preso á este Hamur largo tiempo en una torre de Barcelona, y á esto parece que quiere referirse una tradicion que en esta ciudad existe. Dicese que la calle llamada de *Begomir* se apellida así de la etimología de *rey Gamir*, el cual se supone ser el que mandaba en Barcelona al entrar Ludovico, quien le puso preso en una torre situada en el sitio que hoy ocupa la calle.

Piferrer cree que Gamir puede ser una corrupecion de Hamur en Gamur y luego en Gamir por efecto de la *h* aspirada, y, dando esto por sentado, no se opone á la tradicion.

Pí y Arimon en su *Barcelona antigua y moderna* dice que Hamur debe estar equivocado por los cronistas franceses, y que acaso quiera decir Amrú. Por lo que toca al Gamir de la tradicion dice que es una notoria depravacion de *amir*, nombre no de persona sino de dignidad.

Hemos de creer, por lo que arrojan de sí los episodios de este sitio y la ruda y heroica resistencia de la plaza, que ya en Barcelona no habia aquellos cristianos que, segun nuestras crónicas, movieran años antes sublevaciones y asonadas. Sin duda la habian abandonado, ó los árabes, al ver que comenzaba á formalizarse el sitio, les arrojaron de la ciudad temerosos de que pudiesen intentar algo en favor de los sitiadores.

Barcelona se entregó, por lo que parece, el dia 25 de diciembre de 801, á los ochenta y ocho años de haberla ocupado las huestes de Muza, despues de mas de un año de bloqueo y siete meses de sitio, y á las seis semanas de haber llegado el cuerpo de reserva de Ludovico Pio á reunirse con el ejército sitiador (1).

Una parte de este tomó desde luego posesion de la plaza, pero el cuerpo principal con el rey á la cabeza, no hizo su entrada hasta el dia siguiente, 26, en que la coincidencia de ser domingo daba mayor solemnidad al acto. Cuéntase que abrian la marcha los sacerdotes del rey y el clero, sin duda parte del que habria desamparado la ciudad y parte congregado de otros puntos fronteros, á la fama de la empresa. Al son de sus himnos y cánticos sagrados caminaban detrás el rey y el ejército, al cual seguia gran muchedumbre de pueblo; y la procesion solemne y guerrera se dirigió á la catedral á rendir al pié de la Santa Cruz los laureles del triunfo y á dar humildes gracias á la Providencia que devolvía Barcelona á la cristiandad y á la gloria de las católicas armas (2).

Ludovico envió á su padre Cárlo Magno, además de la persona de Zeid, como testimonio patente del triunfo, un presente riquísimo, compuesto de muchos despojos de guerra, armas, corazas, trajes, morriones adornados de ondeantes cabelleras, y un caballo por lo visto de peregrina casta con su hopo, silla de gala y freno de oro (3).

Romey, que ignoraba sin duda la tradicion barcelonesa, cree que el Hamur debe ser Omar.

De estas y otras opiniones me parece que la mas fundada y lógica es la de Piferrer. Creo que no debe quedar duda de que el Gamir de nuestras crónicas y de la tradicion (el jefe, caudillo, gobernador ó rey, segun el vulgo, que mandaba en Barcelona y que se llamaba Gamir, siendo hecho prisionero por Ludovico), fue el Hamur de la historia. Todo lo que los cronistas dicen de Gamir, es precisamente lo que la historia cuenta de Hamur. No hemos pues de ir á creer que el nombre esté cambiado en el de Omar y mucho menos en el de Amrú. Es mas creible que el Hamur se confundiese en Gamur, pues marcando la *h* aspirada, vienen á pronunciarse lo mismo, y admitido el Gamur, es una consecuencia naturalísima el Gamir.

(1) Creo que Piferrer se equivoca cuando dice que Barcelona fue entrada á últimos de octubre del 801. La verdadera fecha de la entrega es la de 25 de diciembre, segun consta de todos los datos. Esta es tambien la fecha que se consigna en las *efemérides* catalanas que publicó en el periódico *El Telégrafo* el Sr. D. Mariano Flotats, una de las personas mas competentes sin disputa en cosas de historia de Cataluña.

(2) Parece ser que en el año de 790, segun Pagi, los sarracenos habian por compra ó á viva fuerza quitado á los cristianos y convertido en mezquita su iglesia principal. Sin duda pues se aprovechó el dia antes de la entrada de Ludovico para purificarla y devolverla á la religion cristiana.

(3) Dice Ernoldo:

Dacitur interea ad Carolum longo ordine præda
Maurorum spoliis, numeribusque ducum;
Arma et loricæ, vestes, galeaque comantes,
Partus equus phaleris, aurea fræna simul.

Entrada la ciudad , y antes de partir para Aquitania á donde regresó bien pronto , erigió Ludovico el condado de Barcelona , que tan alta debia hacer subir su fama en los venideros siglos , y nombró para primer conde gobernador al intrépido caudillo Bara , que de una manera muy notable se habia distinguido en el asedio.

Trocáronse por fin las suertes. Desde aquel momento la misma ciudad , tan funesta un dia al vecino reino de Aquitania , quedó erigida en plaza fuerte contra la restante España oriental , y pasó á ser el núcleo de las operaciones de los cristianos , como antes habia servido de centro á las empresas de los sarracenos.

Habia dejado de ser Barcelona un castillo de Mahoma. Renacia para ser un baluarte de Cristo. La Barcelona romana , la Barcelona goda , la Barcelona árabe , convirtiéndose de esclava en señora , ceñia á su frente la diadema de condesa , prenda de amores que le diera un rey , ínterin aguardaba el instante de convertirse de señora en reina , arrojando lejos de sí , como un manto usado y que ya no sirve , la dependencia que los reyes francos le impusieran.

Victor Balaguer.

F. G. SCHMIDT Y SU ESPOSA.

(CUADRO DE ANTONIO PESNE.)

Todos los grandes pintores han dado á sus discípulos un precepto que no deben olvidar nunca , y es que jamás pinten de memoria sino que copien siempre la naturaleza : esto es , que si pintan árboles tengan árboles á la vista , si pintan personas tengan una persona delante. De aquí la necesidad imprescindible de un modelo , que tanto vale como un hombre que desnudo en todo ó en parte se coloque de la manera que el pintor le indique y tome esta ó la otra posición , y ofrezca al artista el original de la figura humana que quiere trasladar al lienzo. Solo así cabe que haya verdad en el cuadro , solo así han podido formarse esos grandes artistas cuyas obras admiramos los profanos , y que son objeto de profundo estudio para los inteligentes. Las escuelas de Bellas Artes , cuando están montadas cual deben , tienen su modelo , que puesto en un punto céntrico , sirve de original á los alumnos , que colocados á la redonda , copian cada uno por su lado la figura humana que tiene á la vista. Cuando el pintor ha recibido su instruccion artística en la escuela y es capaz de coger un lienzo y pintar un cuadro , es cuando mas y mas conoce la necesidad de modelos y cuando comienza á encontrar dificultades para procurárselos. En los pueblos eminentemente artistas , como Roma , hay personas de los dos sexos y de todas edades que se prestan á serlo , y han convertido sus buenas proporciones en especulacion muy lucrativa : mas el pintor que pocas veces puede blasonar de acaudala-



Deutsch. Gallerie des Königl. Museums in Berlin.

The Engraver: G. F. Schmidt & Frau.

do no tiene medios para satisfacer las dietas que el modelo exige á fin de prestarse á ser objeto de estudio. Y esta es quizás una de las causas mas eficaces para que entre tantos como se dedican á la pintura sean tan pocos los que alcanzan ser grandes pintores.

Fuera de Roma los apuros del pintor son en esta materia mucho mayores y los dispendios ni mas ni menos, y hay puntos en donde toda la fortuna del artista no basta á conseguir que una persona, y singularmente una mujer, se decida á convertirse en modelo. España es una de las naciones de Europa en que es mas difícil conseguirlo, pues se tiene observado que hasta las mujeres públicas, en quienes parece que no debiera hallarse rastro de vergüenza, conservan todavía el pudor necesario para resistirse á prestar servicio semejante. Seria preciso una larga disertacion á fin de explicar el por qué una mujer que se prostituye á todo el que llega, se niega á servir para una cosa infinitamente menos mala que la prostitucion. La pintura debe deplorar esta anomalía, la moral es forzoso que la aplauda.

La verdad es que los pintores se ven apuradísimos para esto, y que en España por lo menos están condenados á pintar de memoria siempre que en sus obras ha de haber una mujer que muestre algo mas que el rostro, las manos y los antebrazos. A esta falta no sirve de suplemento el maniquí, excelente para el ropaje y para algunas posiciones, mas de todo punto inútil para la anatomía y el colorido. Solo hay un caso escepcional, que tampoco llena de todo punto el objeto; pero que en parte á lo menos acude en auxilio del artista, y es cuando este está casado, en cuya circunstancia tiene el modelo en casa. Mas no se crea que esto es bastante: en primer lugar es menester que la esposa esté muy bien formada, en segundo que el marido quiera utilizarla como modelo, y en tercero que ella quiera prestarse, lo cual en honor del sexo hemos de decir que será en rarísimos casos, y circunscrito á ciertos límites, de modo que rigurosamente hablando podemos sentar el principio de que nuestros pintores trabajan sin modelo, lo cual escusa la mitad de los defectos que en cuanto á la figura puede el entendido hallar en sus obras.

Y no solo hay imposibilidad de encontrar modelos hembras, sino que lo hay para hacerse con un varon, y hasta con muchachos, pues á todos repugna presentarse desnudos ante el artista, porque lo resiste el pudor, y no hay medio de persuadir á nadie de que el artista no ve entonces mas que el arte, que sofoca en él todo otro sentimiento. A propósito de esta dificultad de hallar modelos, aun para pintar personas de menor edad, recordamos una anécdota, que quizás sabrán ya algunos, pero que es ignorada de no pocos.

En un cuadro que treinta años atrás habia en el oratorio perteneciente á la sacristía del convento de franciscanos de la ciudad de Reus habia una imágen de Jesucristo crucificado, y sentado á sus piés una imágen de su Santísima Madre.

A cada lado de esta se veía un ángel llorando á lágrima viva. Todo ello era obra de un escultor muy aventajado, y el cual, si bien dejó como obra suya las dos imágenes de la Madre del Redentor y de este, estuvo mucho mas feliz en los rostros y en la postura de los dos ángeles, en cuyo llanto y en cuyas fisonomías habia una verdad que enamoraba. Solo un inteligente podia conocer que las cuatro estátuas eran obra de una misma mano, pues el no artista hubiera creído que los dos ángeles habian salido del taller de un escultor mucho mas consumado que el autor del Jesus y de su Madre. Acertó á ver el grupo un aficionado, que sin darse aires de inteligente conocia lo bastante para avalorar la diferencia de mérito entre aquellas cuatro estátuas, y no pudo menos de preguntar al escultor en qué consistia que se sintiese mas inspirado en los ángeles que en Jesus y en María. Consiste, dijo el artista, en que Jesus y María son dos figuras que las hube de hacer de memoria, porque no me fue posible encontrar hombre ni mujer que quisiesen servirme de modelos; mas los ángeles los tomé del natural y son dos copias exactas. ¿Y de dónde sacasteis los dos niños? le preguntó el curioso. La cosa es muy sencilla, dijo el artista: Dios me ha hecho la gracia de darme dos muchachos, y cuando lo tuve todo dispuesto para copiarlos, los llamé, les encajé dos buenas tundas en dos dias distintos, y mientras lloraban á moco tendido tuve el tiempo necesario para copiar sus rostros. Así es como en estos observais la naturalidad que por fuerza debeis echar de menos en los rostros de Jesus y de su Madre.

Cualquiera padre comprenderá cuán grande debia ser en ese hombre el amor al arte para abofetear á dos hijos, sin mas razon que convertirlos en buenos modelos.

Los pintores extranjeros son mas afortunados, y algunos han tenido poca aprension y han logrado quitársela á sus esposas. Uno de ellos fue sin duda el grande Rubens, de quien hemos visto muchos cuadros, para los cuales le sirvió indisputablemente de modelo su hermosísima consorte. Mas entre ellos vimos uno en Amberes, en el cual el pintor echó el resto de su saber, obligando empero á su esposa y á sus tres hijas á que echaran tambien el resto de la poca vergüenza. No supimos si admirar mas el cinismo del padre, ó la absoluta falta de pudor de las mujeres de su familia. Artísticamente es el cuadro una asombrosa obra maestra; moralmente considerado es una cosa repugnante y horrible, y en la cual no pueden detenerse los ojos sin quedar uno corrido considerando hasta donde llegó la impudencia del pintor y de los modelos.

El pintor Pesne estuvo casado con una mujer muy bella, que le sirvió tambien de modelo para varias obras; pero en ninguno puso á prueba el pudor de la mujer que compartia su lecho. El rostro, las manos, la garganta de esa mujer se ven en muchos de los cuadros del marido; mas nunca su amor al arte traspasó los límites de la honestidad y del decoro con que debe una esposa ser tratada por su consorte.

No es necesario ser inteligentes para admirar el cuadro representado en esta lámina, porque su perfeccion, su gusto, su valentía son tales que están al alcance del profano, que no comprenderá todas sus bellezas, pero que verá la verdad que resalta en todas sus partes. Es el cuadro una obra magnífica, un buen modelo del arte, y uno de los cuadros que mas han contribuido á la merecida y universal reputacion de este eminente artista.

Juan Cortada.

JÚPITER Y ANTÍOPE

Y

JÚPITER É IO.

(CUADROS DE TICIANO Y DE CORREGGIO.)

Hé nos aquí trasladados de las consideraciones filosóficas, morales, literarias y religiosas al mundo mitológico, en donde reina el doble capricho del mito y de la forma, relativamente á la pintura, y en el que se puede examinar distintamente la invencion de la fábula y la creacion del artista. Fijémonos antes en lo primero.

La tradicion del mundo entero nos habla de una primera edad en que reinaban la piedad y la justicia. Ningun poeta de la antigüedad sabe prescindir del bello y delicioso recuerdo de una edad de oro. Pero, segun la misma tradicion, hubo una gran caida en el hombre, y cuanto mas se alejó este de su origen, tanto mas se alteró la religion primitiva. Desfigurándose poco á poco las primeras verdades, y olvidado el culto de Dios, nació el culto de las pasiones, y hé aquí la idolatría. Esta fue progresiva, y el envilecimiento á que indujo el politeismo fué aumentando á medida que el hombre se alejaba de las primeras tradiciones. Obsérvese sino como las religiones que tocan con la cuna de las sociedades, no fueron idolátricas, ó eran menos impuras y tenian un objeto mas sublime. No se advierten en ellas aquellas creencias y prácticas ridículas, vergonzosas y crueles que afearon despues las aras de los templos y hasta mancharon las manos de los sacerdotes. Segun Herodoto, los persas no erigian estátuas, ni altares ni templos. Subian á las cimas de los montes para sacrificar á *Júpiter*, voz genérica



Jupiter & Antiope!

Jovisk i Antiopa

Published for the Proprietors by A.H. Payne, Dresden & Leipzig

INSTITUTO
DEL TEATRO
—
Biblioteca

entonces, que no designaba al Jove del olimpo griego, como despues, sino la vasta redondez de los cielos.

Pero acumulándose siglos sobre siglos, se amontonaron errores sobre errores; la razon se ofuscaba á medida que la corrupcion se estendia, hasta que la inteligencia se vió con horror circuida con las sombras de la muerte. Y así como aquellos antiguos pueblos adoraban la redondez del empireo, reconociéndole como magestuosa morada ó pabellon brillante de la divinidad, pasaron luego á fijar lo vago de esta mansion en un punto mas determinado; adoraron al sol como al objeto mas grandioso y admirable del universo, inmolaron sus víctimas en las cimas de las montañas mas elevadas como mas cercanas á Dios, y desde donde dominaban al horizonte. Es muy notable pues la semejanza de los dogmas fundamentales en el culto de los pueblos mas antiguos de que nos ha quedado noticia, indios, persas y judíos.

Mas á medida que los sentidos iban cobrando dominio sobre la razon, debia ser asimismo progresiva la degradacion del culto primitivo. La adoracion del fuego puede considerarse como la segunda época del error, y como la hija primogénita del sabeismo. Las mismas ideas del poder y de la accion de Dios les hicieron materializar sus atributos, y el fuego y el agua, como principios fecundadores del universo, debian tener una parte muy principal en aquellos ritos: la llama era conservada como un símbolo divino, y el agua lo era de purificacion, así como el aceite lo fué de santidad ya desde los tiempos de Jacob. Todas estas ideas de religion en pueblos tan distintos, remotos é incomunicados entre sí prueban en sana crítica que todos bebieron en su origen de la fuente comun de la tradicion primitiva.

No hay duda que el sencillo culto primitivo de los astros ó elementos, se desfiguró desde luego, llegando sucesivamente á una abominacion. El hombre siempre mas estúpido cuanto mas alejado de la verdad, no tardó en confundir con la divinidad misma los símbolos con que los primeros lejisladores quisieron hacérsela adorar, respetar y temer. Cuando creyó verse dueño de la divinidad, pensó en acercársela. Pudiendo disponer del fuego, por ejemplo, multiplicando los fuegos creyó multiplicar sus divinidades, ó la presencia al menos del gran númen que adoraba en sus pireos ó templos del fuego.

La tímida supersticion pretendió siempre de sus númenes mas inmediatas garantías, y hasta llegó á exigir que su poder y proteccion se trasladasen virtualmente á obras de sus manos. De aquí el uso antiquísimo de amuletos, medallas y talismanes, en los cuales se figuraron residia una virtud secreta é invisible contra los peligros y la adversidad. Hé aquí los ídolos de Laban, el adorador de Dios, coetaneo y pariente de Jacob. Y cosa admirable! despues de cuarenta y mas siglos, ni la religion judáica ni la cristiana han podido desterrarlos enteramente del mundo!

Cuando los pueblos se separaron, dice un moderno observador, llevó cada uno á su nuevo hemisferio la memoria de la caída y la promesa de su reparación. Andando el tiempo, el orgullo de la ciencia encerró la verdad en el fondo de los santuarios, y la cubrió con un velo fabuloso. Agradó mucho al hombre el ocultar al hombre la necesidad primera de su destino. No se le transmitieron muchas veces las tradiciones paternas sino bajo la forma de alegoría; se descompuso la gran verdad del dogma, por preservarla tal vez de la alteración que hubiera padecido en la versión popular. Se representaron sus hechos, sus enseñanzas accesibles á las inteligencias comunes, con signos de un valor al alcance de todos; en lugar de simplificar, simbolizaron, y como quedaba incomprensible para la multitud el sentido oculto, acabó esta por dirigir al emblema los homenajes debidos al ser que representaba. Los sacerdotes, los iniciados adoraban al objeto, y los pueblos al signo. Los sacerdotes mismos, engañadores en un principio fueron también engañados á su vez, y estas desfiguraciones introdujeron insensiblemente la idolatría.

A esto contribuyó también poderosamente la preocupación común á todos los pueblos ignorantes de creer que toda la naturaleza está animada. A los ojos del salvaje todo ser que se mueve tiene un alma, todo movimiento proviene de un espíritu que se supone muchas veces hasta en criaturas insensibles ó privadas de moverse. Los astros, los elementos, el mar, los ríos, las fuentes, la lluvia, el trueno, los meteoros, todo lo que hace ruido; las cavernas, las peñas, los ecos, los animales, hasta los árboles y las plantas se consideraron como la mansión de una multitud de inteligencias activas, que producen todo cuanto hace impresión á nuestros sentidos. Como todos estos seres tienen alguna relación con nuestras necesidades, y los diversos fenómenos de la naturaleza nos son alternativamente ventajosos ó perjudiciales, el bien y el mal que de ellos nos proviene se atribuyó á ciertos espíritus, génius ó números que se suponía presidir en ellos, y se creyó que era menester honrarlos para atraer su benevolencia ó prevenir su indignación. Hé aquí una prueba de que la razón, aun en medio de sus delirios, ha repugnado el dogma absurdo y funesto de la fatalidad, y se ha persuadido que los acontecimientos no obedecen esa ciega ley del acaso, que es un nombre sin idea, sino que dependen de alguna voluntad superior al hombre. Esta es la persuasión de la Providencia divina, desfigurada mas no destruida en los diversos cultos idólatricos que han inundado la tierra.

Otra preocupación general de que el hombre no supo precaverse por los límites á que se halla circunscrito su entendimiento, fue el concebir todos los seres inteligentes tan semejantes á él, que les atribuía las mismas inclinaciones, las mismas necesidades y los mismos placeres que él sentía. Le fue imposible expresar las operaciones de los espíritus con palabras diversas de las que se servía para expresar las suyas propias, y le fue preciso, de este modo adaptar á los su-

puestos génius, dueños de la naturaleza, las espresiones que aplicaba á las operaciones de los demas hombres ; así es como humanizó, por decirlo así, á sus dioses por lo respectivo á la degradacion moral de la humanidad, cargándoles de sus propios pasiones y miserias, ó valiéndonos de la bella frase de un reciente escritor, figuró en sus divinidades el tipo ideal de la grandeza humana, y no pudo pasar de allí. Prestóles pues todas las afecciones de la humanidad, el amor, el odio, la piedad, la venganza, el orgullo, la ambicion, hasta los caprichos y los vicios inseparables de la naturaleza humana. Todo lo que pasa en el universo, todos los fenómenos del mundo físico fueron mirados como obra de dioses ó de génius, y el lenguaje físico para nosotros era para ellos el lenguaje moral. Cuando tronaba era Júpiter airado que lanzaba el rayo: en las tempestades estalla el furor de la indignada Juno: la lluvia que enturbia las fuentes es Jove corruptor de las ninfas; el mar agitado es Neptuno que levanta sus ondas y hace sumergir las naves: Céres nos regala las doradas mieses: Pómona y Flora rien entre las galas de la primavera: los bosques están poblados de sátiros y ninfas, así como los mares de tritones y nereidas. Tal es el origen de todos los sueños de las fábulas y de todos los absurdos mitológicos.

Llena la imaginacion de tantos objetos cuantos eran los caprichos de la voluntad y separada de la unidad eterna por una masa compacta de tantos errores, llegó á dar realidad á sus deseos, y estendió el imperio del mito hasta un término indefinido. Nuestros deseos, dice bellamente un moderno autor, son las súplicas que dirigimos á los objetos de quienes nos prometemos la felicidad. Así todo deseo es un culto del corazon que es el principio natural de toda religion. Todos cuantos no se remontan á la primera causa, tienen tantos dioses cuantos son los seres capaces de procurarles la felicidad, y desde que el hombre forma dioses, sabe tambien formarse divinidades. ¿Qué otra cosa son las pasiones vehementes y desenfrenadas sino ídolos que se ha forjado el corazon, y á los que rinde un culto ciego y temerario?

No es pues de estrañar que á pesar de algun resto de tradicion, que subsistiese aun sobre la unidad de Dios, débil rayo de la primera verdad que brillaba apenas al través de tantos vapores de corrupcion, el Soberano del universo no tuviese templos ni altares en ningun lugar del mundo, escepto en aquel corto recinto que conservaba intacto el depósito de la tradicion primitiva.

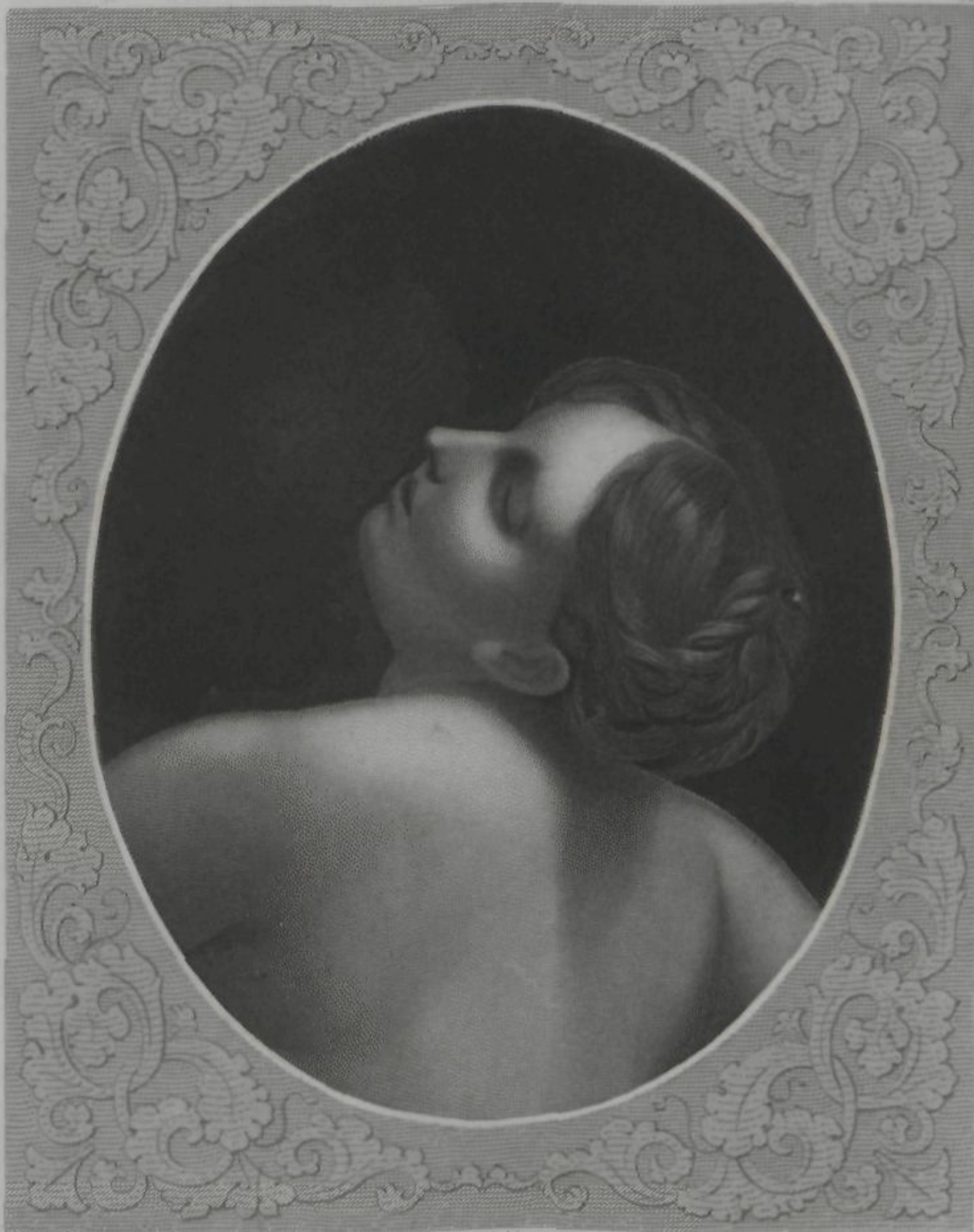
El libertinaje y la corrupcion debieron estender mas aun si cabe los límites de esta facultad de divinizar. En tiempos de ignorancia y en el seno de pueblos embrutecidos, nada presentó de chocante mezclar en el culto lo mas absurdo y lo mas abominable de las propensiones humanas. El primero que atinó en que podian deificarse las propias pasiones, no pudo dejar de tener gran número de prosélitos. Búsquese á la idolatría la causa que se quiera, dátese de la época que acomode, siempre se hallará en ella la marca de la corrupcion ó de la debilidad,

nunca el noble distintivo de la razón. Unos han querido aplicar la mitología á las esplicaciones históricas; otros no han visto en ellas mas que ingeniosas alegorías; otros emblemas morales; otros en fin han buscado en el Empireo la llave de la fábula. Es sin embargo muy peligroso el reducirlo todo á un solo sistema, porque podia tener tantas causas ocasionales ó secundarias cuantas fueron las pasiones que las produjeron. El velo del sepulcro divinizó todos los recuerdos, y el instinto de la inmortalidad tributó siempre á los finados un culto religioso. Ora es la piedad filial la que deifica un padre robado á su amor: ora una madre desolada forma un dios de aquel hijo, que la naturaleza no dejó llegar á ser hombre. Unas veces un padre que ha perdido su jóven posteridad, invoca en ella en espresion de Quintiliano los dioses de su dolor, *numina doloris*; otras el amor adolorido toma por objeto de su culto al ser tierno y amable que lo fue ya de sus adoraciones durante la vida. Tal vez la lisonja cortesana rinde honores divinos que acoje el poder supremo en la embriaguez de su delirio, sancionados despues por la política de un sucesor ó por el beneplácito de sacerdotes idólatras.

Los fenómenos de la naturaleza ya benéficos, ya terribles que naturalmente despiertan en el hombre la idea y la conviccion de la existencia de un árbitro invisible, condujeron á la idolatría por el reconocimiento, y alguna vez conservaron en ella por el terror. El lenguaje místico perdió insensiblemente su primer sentido, y sustituyó funestas y enigmáticas deidades á los símbolos de conveniccion, y emblemas tal vez inocentes en su principio. Una nacion ingeniosa y sensible, dotada de una fantasía viva y fecunda, pobló los aires, los prados y los bosques de seres fantásticos, de alegorías seductoras, que engrandecieron el dominio de la imaginacion y de la poesia. Los poetas á su vez, creadores de un mundo mágico, cuyas brillantes ilusiones dieron alma á toda la naturaleza, fueron arrastrados por la multitud al pié de los altares que habian erigido, acabando, como los estatuarios, por adorar su propia obra. En fin, las invenciones de Homero, las alegorías de Apeles, las estátuas de Fidias, todo fomentó la supersticion amiga de lo maravilloso, y que se complace hasta en el miedo; y la ignorancia de los idiomas, la confusion de las lenguas, las calamidades de la tierra que impelen al hombre á buscar un consuelo que huye de él, y sobre todo la esperanza de otra vida mas feliz, que es un sentimiento inseparable de su naturaleza, las conquistas, las revoluciones de los imperios dispersando hombres y dioses, fueron añadiendo cada dia un nuevo anillo á la larga cadena de los errores y de las miserias de la especie humana.

Tales fueron en gran parte las causas que llenaron el mundo de deidades, ya propicias, ya contrarias, ya torbas, ya risueñas, entre las cuales aun de diversos países, existen analogías notables, como hace advertir el Sr. Noel, al dar una ojeada sobre las diversas mitologías. Fácil es observar á primera vista, dice este escritor, que las mismas fábulas han dado la vuelta al globo, y que unas mismas

Las Galanas de Berlín.



CORREGGIO pinx.

Gen. Gallerie des Königl. Museums in Berlin.

A. H. PAYNE sc.

Jo S. Jupiter.

Published for the Proprietors by A. H. Payne, Dresden & Leipzig.

INSTITUTO
DEL TEATRO
Biblioteca

divinidades bajo diferentes nombres y presentando los mismos atributos, han recibido incienso de los mortales. La fecunda y brillante imaginacion de los griegos supo embellecer las tradiciones egipcias llevadas allí por Orfeo y por los primeros legisladores.

Y concretándonos ahora al mito, cuya representacion ha dado motivo á este artículo, sabido es que, como dijimos poco ha, la palabra *Júpiter* designó en su principio, como lo entendieron los persas, la vasta redondez de los cielos, ese ámbito inmensurable del espacio que nuestra imaginacion nos hace concebir en forma esférica y que encierra todo el universo visible. Y aun cuando esta deidad pasó por el alambique de la fantasía pelasga, siempre fué considerado como el mas poderoso de los dioses del paganismo, y segun los poetas el padre de los dioses y de los hombres, y el dispensador supremo de los bienes y de los males, que con una señal de su cabeza ó con un fruncimiento de cejas trastornaba el universo todo. Los griegos le llaman *Zeus*, pues el nombre de Júpiter está formado de dos palabras latinas que significan *padre que ayuda*, sostiene ó protege, *Juvat pater*. No hay duda que muchos personajes de la antigüedad llevaron este nombre; y tal vez parecerá exagerado lo que dice Varron el mas sabio de los romanos, segun el cual pudieran contarse hasta trescientos; número prodigioso que parecería inverosímil si no se supiera, por otra parte, como se ha hecho notar, que la mayor parte de los reyes acostumbraban tomar el nombre de Júpiter. No obstante, Ciceron, contemporáneo y amigo de Varron, solo admite tres Júpiteres, dos de Arcadia y el tercero de Creta, al cual los poetas han atribuido las acciones de sus homonymos.

Por lo que toca á la filiacion que le dá la fábula, Júpiter era hijo del tiempo llamado *chronos* por los griegos, y *Saturno* por los latinos, y de *Rhee* ó *Reha*, á quien los poetas posteriores á Hesiodo y á Homero designan con los nombres de *Cybeles*, de *Ops*, de *Tellus*, de *Vesta*, de *Ceres*, y de *Buena Diosa*. Sustraído al voraz apetito de su padre Saturno, que devoraba á todos sus hijos, fué educado al son de los instrumentos de los Coribantes, que le ocultaron en la isla de Creta sobre el monte de Ida, en donde fué alimentado con la leche de la cabra Amaltea. Instruidos los Titanos de que Saturno habia violado su promesa, esto es, que no dejaria con vida á ningun hijo varon, le destronaron y encarcelaron; pero Júpiter dió ya muestras de su poder, atacando á los Titanes, libertando á su padre y restableciéndole en el trono del mundo. Advertido Saturno por el destino, *fatum*, que Júpiter debia reinar sobre todo el universo, recurrió á todos los medios para deshacerse de hijo tan peligroso; pero este le arrojó del cielo, y le forzó á ir á buscar un asilo en el Lacio. Desde aquel momento vióse Júpiter árbitro del cielo y de la tierra, cuyo imperio que era la sucesion paternal repartió entre sus hermanos, dando el reino de los mares á Neptuno, el de los infiernos á Pluton, y reservándose para sí el dominio del cielo y de la tierra. Los principios de su

reinado fueron turbados por los Gigantes, hijos monstruosos de la Tierra, á los cuales esta incitó para vengar la muerte de los Titanes con los que suelen aquellos confundirse muy impropriamente. Los Gigantes en sus extraordinarios esfuerzos amontonaron montañas sobre montañas para escalar el cielo. Los dioses, aterrados á la vista de Tifon, tomaron la fuga bajo la forma de diversos animales. Pero habiéndoles Júpiter alentado para el combate, los Gigantes quedaron vencidos. El mismo Júpiter, á quien aquellos querian destronar como usurpador, armado del rayo fulminó contra ellos, y los aplastó debajo los montes que les servian de escalones, precipitando á otros en lo mas profundo de los infiernos. ¿Quién no descubre en este tegido mitológico el fondo desfigurado del relato bíblico sobre la caída de los ángeles proscritos y la torre de Babel?

Despues de tan completa victoria, aquella deidad holgazana viéndose pacífico poseedor del cielo y de la tierra, no se ocupó ya de otra cosa que de sus placeres. Hesiodo y Apolodoro dicen que casó con la oceánide Mécis, la mas sábia de las diosas; con Themis que era la mas justa; y con la oceánide Eurynome que era la mas bella. Otros autores hacen llegar hasta siete el número de sus esposas legítimas, pues á las tres ya indicadas, símbolos respectivos de la Prudencia, de la Justicia y de la Beldad, añaden la Titánide Mnemosina ó la Memoria, Céres, Latona, hija de Ceus, y Juno que fue la mas célebre de sus esposas, la única que participó del trono con él, y con la cual se enlazó á semejanza de su padre que habia casado con Rhea su hermana, y de su abuelo Urano que habia tomado por mujer á su hermana Titea.

Indicaremos por ahora las principales transformaciones de Júpiter, con las cuales hacia servir su poder para extender el imperio de sus goces. Sin embargo bajo estas metamorfosis que á primera vista solo parecen hijas de un capricho voluptuoso, no deja de ocultarse alguna filosofía que las toma por símbolo de sus máximas ó axiomas. Transformóse Júpiter en cuclillo para introducirse al lado de Juno su hermana melliza; en lluvia de oro para corromper á Danae, hija de Acriso, rey de Argos; en cisne para poseer á Leda, mujer de Tindaro, rey de Launia; en sátiro para abusar de Antíope, mujer de Lico, rey de Thebas; en serpiente para seducir á su hija Proserpina; en llama para abrazar á Egina, hija de Asopo, rey de Boecia; en águila para robar á Genímedes, hijo de Tros, rey de Troya; en toro para arrebatarse á Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia; en nube para gozar de los abrazos de Io, hija de Inaco. Tomó asimismo la figura de Diana para sorprender el honor de Calisto, hija de Liscaon, rey de Arcadia, y la semejanza de Amfitrion, príncipe Tebano, para engañar á Alcmena su esposa. La mayor parte de estas metamorfosis están descritas en el libro XIV de la *Iliada* y en el VI de las *Transformaciones* de Ovidio.

Los amores de Júpiter debian darle una numerosa y brillante posteridad. Casi todos sus hijos fueron puestos en el número de los dioses ó de los semi-dioses. Las

Parcas, las nueve Musas, las tres Gracias, Proserpina, Apolo, Diana, Hebe, Lucina, Marte, Vulcano, Helena, Castor y Polux, Arcas, Minos y Redamanto, á quienes despues de muertos hizo jueces de los infiernos; Hércules, Amfion y Zetes; Perseo, vencedor de Medusa, Argos y Pelasgo; Sarpedus, uno de los capitanes griegos en el sitio de Troya; Venus, la diosa del amor; Dárdano, fundador de Troya; Baco, el dios del vino; Mercurio, el mensajero de los dioses; el gigante Tytion, el dios Pan; Piritóo, y muchos otros, hé aquí la alta é innumerable progenie del padre de los dioses, progenitor de casi todo el Olimpo y gran patriarca de casi todas las divinidades de la fábula. Y adviértase además que casi todos los pueblos de la antigüedad han tenido su Júpiter. Es celebrado el Júpiter-Ammon de los Libios, tal vez el mas antiguo de todos; el Júpiter-Serapis de los Egipcios; el Júpiter-Belo de los Asyrios; el Júpiter-Urano de los Persas; el Júpiter de Thebas en Egipto; el Júpiter-Assalino de los Etiopes; el Júpiter-Papeo de los Escitas; el Júpiter-Apis, rey de Argos, nieto de Inaco; el Júpiter padre de Dárdano; el Júpiter-Preto, tio de Danae; el Júpiter Asterio, rey de Creta, que robó á Europa y fue padre de Minos; el Júpiter-Tántalo, que arrebató á Ganymedes; el Júpiter, padre de Hércules y de los Dioscoros, que vivia sesenta ú ochenta años antes del sitio de Troya; el Júpiter-Apónimo de los Eleenos; el Júpiter Hymecio de los Atenenses; el Júpiter-Taranis de los Gaulos; el Júpiter-Feretriano y el Júpiter-Estator de los Romanos. Fué asimismo adorado Júpiter bajo los nombres de Olímpico, de Capitolino, de Triunfador, de Nemeo, de Lyteo, de Dicteo, de Lacial, de Epifano, de Plussio, de Marcio, de Custodio ó Guardian, de Invencible, de Hospitalario, de Emperador, de Lucerino, etc. Los poetas le han designado tambien bajo los nombres de *Nicéforo*, victorioso; de *Stenius*, robusto; de Omnipotente, de *Pater divum, hominumque rex et deorum*, dándole á un mismo tiempo el dictado de padre y el de rey, que comprenden la suprema autoridad de un hombre sobre otros; de *Fulminator*, ó arrojador del rayo; de *Tempestatum ventorumque potens*, para demostrar el poder soberano que encadena y suelta cuando le place las tempestades; pero sobre todo se le ha prodigado las mas de las veces aquel doble dictado que abarca las dos atribuciones mas propias para la divinidad, que son la bondad y la grandeza, *Optimus Maximus*, y que con tanta frecuencia se aplican al Dios de los cristianos, al verdadero Dios. Si Júpiter fue adorado en tantos pueblos y bajo tantos nombres diversos, debe atribuirse á la habitud que tenian los príncipes y los héroes cuando recibian algun grande beneficio de Júpiter de levantarle una estatua, ó un templo, ó un altar, y de darle un nuevo nombre que recordase el beneficio ó el reconocimiento.

Los tres mas célebres oráculos de Júpiter eran el de Dódena, el de Lybia y el de Trofonío. Las víctimas que ordinariamente se le inmolaban eran la cabra, la oveja y el toro blanco, cuyos cuernos se procuraba dorar, y muchas veces se con-

tentaban con ofrecerle harina, sal é incienso. Nunca se le sacrificaron víctimas humanas, como á Saturno y á Diana; y entre los árboles la encina y el olivo le estaban particularmente consagrados. «Nadie, dice Ciceron, le honraba mas especial y castamente que las damas romanas.»

Por mas absurda que nos parezca la historia de Júpiter, es fácil conocer que bajo este nombre genérico honraban los paganos á un dios superior á todos los demás dioses, que con su presencia llenaba el universo, *Jovis omnia plena*. Y este atributo de inmensidad guarda mucha analogía con el de Dios, de quien dicen los libros santos que *implet opus suum*, que llena su obra, que es toda la creacion. Estobeo nos ha conservado íntegro este himno griego que atribuye á un cierto hombre llamado Cleanto: «¡O padre de los dioses! tú, á quien bajo tantos nombres se invoca, pero cuya virtud es una é infinita; tú, el criador de este universo que gobiernas segun los consejos de tu sabiduría, ¡oh rey omnipotente! yo te saludo, pues te dignas permitirnos que te invoquemos. Tú serás, oh Júpiter, la materia de mis alabanzas, y tu soberano poder será el asunto ordinario de mis cantos. Todo se halla sometido á tu imperio, todo teme los rayos que fulminan tus manos siempre victoriosas, etc.» Parecia pues como si los paganos honrasen en Júpiter un dios único, del que no tenian sino una idea imperfecta, porque sus pasiones habian oscurecido su imágen, y que en su amor ó en su reconocimiento habian trasladado á los hombres poderosos ó recomendables por sus beneficios el culto debido únicamente al Árbitro supremo del universo.

Por lo comun se representaba á Júpiter bajo la figura de un hombre magestuoso, con barba, sentado sobre un trono de oro ó de marfil, llevando en su mano derecha un rayo, figurado por una especie de tizon ardiente de dos cabos, ó por una máquina puntiaguda por ambos extremos, y armada de dos flechas, y en la izquierda una victoria ó un cetro de madera de ciprés, teniendo á sus piés un águila con las alas tendidas. La parte superior de su cuerpo estaba desnuda y la parte inferior cubierta. Segun algunos antiguos mitólogos el trono por su estabilidad simbolizaba la seguridad del imperio de Júpiter; la desnudez de la parte superior de su cuerpo manifestaba que el Dios era visible á los moradores de los cielos, mientras que la parte inferior cubierta indicaba que estaba oculto á los habitantes de la tierra: el rayo anunciaba su poder sobre los mismos dioses; el cetro de ciprés la eternidad de su imperio; la victoria que esta nunca le abandonaba, y el águila que él era el soberano de los dioses y de los hombres como esta ave lo es de todas las demás. Los Cretenses representaban á Júpiter sin orejas para marcar su omniciencia ó su imparcialidad. Los Lacedemonios al contrario, le daban cuatro orejas para que estuviese mas en estado de escuchar las plegarias que se le dirigian. Cuando en lugar de una corona de encina, de olivo ó de laurel, lleva el *modium*, es el Júpiter-Serapis, ó Infernal;

con cuernos ó la cabeza de carnero, representa á Júpiter Ammon-Orfio, ó mas bien el poeta, que se ha ocultado bajo este nombre célebre, dá á Júpiter los dos sexos como para indicar que es el padre universal de la naturaleza. Observa Pausanias que sobre el manto del soberano de los dioses estaban grabadas toda especie de animales, todo género de flores y particularmente de lirios. Júpiter está representado sobre algunas medallas griegas con tres ojos, que sin duda indicaba su conocimiento de lo que pasa en el cielo, sobre la tierra y en los infiernos, ó bien su ciencia de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir.

Verdad es que la infancia de la humanidad aparece cubierta de una nube sombría é impenetrable, como lo fué el mundo primitivo por la masa de aguas del diluvio. Pero por sobre de estas aguas del olvido, y hácia el horizonte agrúpanse al rededor de la tradicion mosaica, como otras tantas sombras fugitivas, una porcion de leyendas que parece hayan conspirado plausiblemente en aproximar ó enlazar las orillas del cielo con las de la tierra. Entonces, dicen los poetas, el cielo tenia comercio con la tierra, los inmortales con los mortales, y su mas bello comercio era el amor. El documento mas grave y venerado que sirve de fundamento á la religion mas civilizadora del mundo, y á las que de ella derivaron, la tradicion de Moisés contiene un notable pasaje que puede haber dado márgen á muchas teogonías que no son sino alteraciones desfiguradas de las verdades primitivas. Léese en el libro del Génesis: «Y sucedió que cuando los hombres empezaron á multiplicarse sobre la tierra, y hubieron engendrado hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran bellas, tomaron por esposas las que les agradaron.» Este hecho, consignado en las primeras páginas de la historia del mundo, debia dar lugar á la innumerable variedad de fábulas fundadas en el amoroso comercio entre los habitantes del cielo y los moradores de la tierra, entre los seres divinos y las personas humanas; y nada estraño tiene por cierto que la risueña y voluptuosa imaginacion de la Grecia aplicase esta idea á una gran parte de los mitos que la presentan bajo diferentes aspectos, y que vistiese con ella las historias de los apacibles personages de su dinastía divina. Aun mas, la filosofía misma, á pesar de su severidad, podia aprovecharse de este misterioso comercio para engalanar con tan lindas flores la esplicacion de verdades morales y hasta de varios fenómenos de la naturaleza.

Los doctores católicos han interpretado aquellas palabras del Génesis en este sentido: «Los descendientes de Seth, que habian vivido desde un principio como hombres de Dios, extranjeros sobre la tierra y ciudadanos del cielo, encantados por la belleza de las hijas de la raza de Cain, tomaron por esposas aquellas que mas les agradaron.» En eleccion tan importante y de tan graves consecuencias para la vida del tiempo y para la eternidad, no consideraron aquellos las calidades del espíritu y del corazon, y menos aun los sentimientos religiosos: no consultaron el ornato y la belleza del alma. Tampoco les movió el

deseo de tener mugeres que pudiesen formar una posteridad virtuosa, heredera de la piedad y del nombre de sus padres. Sus ojos decidieron por sí solos, el sensualismo que empezó en el paraíso la ruina del hombre presidió despues sus alianzas, y ni la razon ni la religion fueron consultadas. Así que por medio de estos indignos enlaces con una raza maldita, presto tomaron ellos sus sentimientos y sus costumbres; olvidaron á Dios, su alianza y sus promesas y cayeron en la impiedad. Ya desde el tiempo de Enos, hijo de Seth, dice el mismo libro del Génesis, se empezó á dar á los hijos de Seth el nombre de *hijos de Dios*, nombre que les distinguia de los descendientes de Cain y de los demas habitantes de la tierra que fueron llamados *los hijos de los hombres*. Quedó pues el mundo dividido entonces en dos grandes familias, ó en dos ciudades, segun expresion de Agustino, compuesta la una de los hijos de Dios y la otra de los hijos de los hombres. Dios reinaba en la una, y en la otra el espíritu de las tinieblas, y esta raza pecadora que llegó á hacer arrepentir á Dios de haber criado al hombre, preparó la disolucion universal y los estragos del diluvio.

Pero la risueña fábula apoderándose de esta tradicion primitiva presentó por el solo lado voluptuoso esta comunicacion entre el cielo y la tierra. Zeus, padre de los hombres y de los dioses, no viendo en toda la estension del mundo sino un solo é inmenso campo de placer, una especie de vasto harem para este gran Sultan del Olimpo, cuando no tenia ya que tronar ni que fulminar por la paz universal de sus dominios, cuando podia pasarse sin sacudir su blonda cabellera de ambrosía, se dió á probar alguna aventura por la tierra, seduciendo las bellas hijas de los mortales.

Sus amores con Io y con Antíope, que forman el asunto de los dos cuadros que nos sirven de tema, y que son otras de las escursiones eróticas del padre de los dioses, quedan consignados en la crónica escandalosa de algunos antiguos poetas. Las fábulas eran en su origen historias que despues han sido desfiguradas por lo maravilloso de la poesía. Basta, dice Banier, el reducir los hechos á su primera simplicidad, sin entrar en explicar todas sus circunstancias, lo cual seria casi siempre imposible y siempre inútil. Pero siendo estos hechos diversamente referidos por los autores antiguos, ¿cómo desentrañarlos en su origen y volver á encontrar su sencillez primitiva? A menudo nos vemos reducidos á meras conjeturas. Los griegos han embellecido su historia con los principales acontecimientos de la de Egipto y de la Fenicia, ó cuando menos, ligeras semejanzas en los nombres y en las aventuras les han conducido á confundir su historia con la de los pueblos de los cuales traian ellos su origen.

Parece cierto que Isis reinó en Egipto desde los primeros tiempos que siguieron á la dispersion de los pueblos; que ella fomentó la agricultura y muchas otras artes útiles, segun el testimonio de Diodoro, de Plutarco y de toda la antigüedad; que el público reconocimiento le levantó altares, y que el culto que

se la tributó, encerrado primero en Egipto, se extendió con las demás colonias á países estrangeros. La Grecia debió recibirle cuando Inaco fué á establecerse allí, y es probable que despues un pueblo que queria pasar por antiguo, y que lo referia todo á su historia, confundiese á Isis con Io, hija de Inaco. Apolodoro, Estrabon, Diódoro y Pausanias refieren, sobre la fe de Homero, que este Inaco fué primer rey de Argos; que Júpiter robó á su hija Io y la condujo á la isla de Creta; que tuvo de ella un hijo llamado Epafos, que reinó en Egipto; que Io habiéndolo seguido se casó con Osiris, que era, lo mismo que Apis, hijo de Foroneo, segundo rey de Argos, y que el esposo de Io fue despues de su muerte colocado en el número de los dioses con el nombre de Sérapis.

Muchos autores, queriendo explicar todas las circunstancias de esta fábula, añaden que Niobe, la cual llevaba tambien el nombre de Juno, estando celosa de Io, la puso bajo la custodia de su tío Argos príncipe muy vigilante; que Júpiter dió orden á su confidente de matar á este molesto guarda, y que la princesa, habiéndose embarcado para ir á Egipto en una nave que llevaba sobre su proa la figura de una vaca, de allí vino la ficcion de su metamórfosis, pero que esta explicacion no pasa de ser una fábula nueva inventada para explicar la antigua. Pausanias, y despues de él San Agustín, han colocado este acontecimiento en tiempos menos lejanos. Segun ellos, Io, princesa griega, era hija de Yaso, hijo de Triopas, séptimo rey de Argos. Y si, como lo prueban los mármoles de Arondel, Danao y Egipto, nietos de Triopas, no vivieron sino sobre el año 1420 antes de Jesucristo, lo no pudo existir sino mucho tiempo despues de Inaco, que era contemporáneo de Moisés, es decir, cerca de seiscientos años antes. Mas, como lo observa el sabio Banier, esta explicacion no tiene un fundamento sólido en la antigüedad. San Agustín, siguiendo á Varron, hace derivar el nombre de Sérapis del de Apis, rey de Argos, y de la palabra *soras* que quiere decir tumba, por habersele dado en su tumba honores divinos. Pero en Egipto no hubo otro Apis que el buey que llevaba este nombre. Varron siguió sin duda las tradiciones griegas, que querian que todos los dioses y todos los héroes hubiesen nacido en su país.

Los poetas y los mitólogos están acordes en decir que la ninfa Io dió su nombre al mar de Ionia y que el estrecho Cemeriano y el de Tracia han tomado el nombre de Bósforo de *bos*, buey, en memoria del trecho que andó á nado de la mar Egea la ninfa Io bajo la forma de una ternera ó becerra. Io era la diosa Isis de los Egipcios y los sacerdotes de Isis llevaban vestidos de lino. Dice Herodoto en sus libros de Euterpe y de Talia que Apis fue traducido en griego por Epafus, y que Epafus nacido de una vaca es lo mismo que Apis.

No es raro en la mitología dar á un río, á una ciudad, á un astro ó constelacion, el nombre de un héroe ó de un personaje que realmente ha existido, y cuya historia haya tenido alguna relacion ó analogía con aquel objeto. Inaco fué,

segun Apolodoro, el primer rey de Argos, como Argos fué el mas antiguo reino conocido de la Grecia. Los poetas hacen á Inaco hijo del Océano, lo cual significa que vino por mar desde la Fenicia hasta la Argólida. Fué padre de Foroneo, de Egialeo, y, segun Ovidio, de la ninfa Io. Hizo escavar el lecho del rio Anfiloto que despues llevó su nombre, y la Peloponesa fué tambien llamada Inachia.

Sabidas son las eternas querellas de Júpiter y de Juno, á la cual se acusa de cierta aspereza de genio, de orgullo y sobre todo de celos. Júpiter amaba á Io hija de Inaco, la cual no le era ingrata por cierto, y Júpiter le era fiel; pero esta fidelidad era una infidelidad para Juno. Al efecto pues de engañar el celoso furor de su esposa cúbrese Júpiter de una espesa nube, ó mejor, se convierte él mismo en nube. Veamos ahora cómo el dulce poeta de los amores refiere esta celeste traversura. Inaco no viendo á su hija, oculto en su húmeda y profunda gruta, engruesa sus ondas con sus lágrimas, llorandó á su hija, que ha perdido, é ignorando si ella goza aun de la vida, ó si ha bajado á la tenebrosa region de los muertos. Como en parte alguna no la ha encontrado, no puede creer que exista todavía, antes teme por ella las mayores desgracias. El Arbitro de los dioses la habia visto cuando volvia de las orillas del rio de su padre. O ninfa, le habia dicho, ninfa digna de Júpiter, ¿cuál es el dichoso mortal destinado á poseer tantas gracias? ¡Ah! ven, hermosa mia, ven bajo la sombra regalada de estos espesos bosques (y se los enseñaba) ven mientras que el sol elevado á lo mas alto de los cielos abrasa los aires. No temas, no, el penetrar sola en estas selvas frondosas, retiro y guarida de bestias feroces; un dios te servirá allí de guia y de protector; y no será un dios vulgar, sino el que en su potente mano empuña el cetro de los cielos y arroja el rayo de su furor. Detente pues, y no huyas. Y ella huia en efecto. Habia ya traspasado los prados de Lerna y los campos y arboladas del Lirceo en la Arcadia, cuando el dios, estendiendo por la tierra el ancho velo de tinieblas, detuvo la huida de la ninfa, y triunfó de su pudor, transformado en diáfana y vaporosa nube.

Juno en tanto, arrojando una mirada sobre la tierra, se sorprende al ver que densas nubes hayan cambiado de repente en profunda noche el mas brillante dia. No tarda en reconocer que aquella amasada niebla no podia levantarse ni del rio ni del seno de la húmeda tierra. Busca por todos lados á su esposo á quien tantas veces ha visto y sorprendido infiel, y no encontrándole en el cielo: «O mucho me engaño, esclama, ó acabo de sufrir un nuevo ultraje.» Y lanzándose de lo alto del Olimpo sobre la tierra, manda á las nubes que se alejen. Mas Júpiter, previendo la llegada de su esposa, habia ya transformado á la hija de Inaco en argentada becerra. Y aun es bella bajo esta nueva forma: Juno, á despecho de sí misma, admira su beldad, y como si fuese ignorante de todo, pregunta de dónde ha venido, á qué rebaño pertenece, y cuál es su dueño. Júpiter para poner fin á tantas preguntas, finge y responde que la tierra acaba de producirla. La hija de

Saturno le ruega que se la dé. ¿Qué hará Júpiter? ¿Será bastante cruel para abandonar su amante á su rival? Mas de otra parte una negativa le haria sospechoso. Lo que el rubor le aconseja el amor se lo prohíbe, y el amor hubiera triunfado. Pero ¿puede Júpiter rehusar tan leve don á su hermana, á la compañera de su tálamo, sin que ella sospeche que no es una simple becerra lo que se le niega? Juno, habiéndola obtenido ya, no queda del todo tranquila, teme los artificios de Júpiter, y no sosiega hasta haber confiado esta becerra á la vigilante solicitud de Argos hijo de Arestor.

Este monstruo tenia cien ojos: solo dos de ellos se cerraban y dormian, mientras que los otros quedaban abiertos y como en centinela. Donde quiera se colocase el monstruo, veia siempre á Io; y aunque sentado detrás de ella, la tenia delante de sus ojos. Déjala pasturar durante el dia, pero cuando el sol ha descendido debajo de la tierra, la encierra, y pasa por su cuello indignos lazos. ¡Desventurada! Ella no tiene otro alimento que las hojas de los árboles y la yerba amarga, otra bebida que el agua cenagosa, ni otro lecho que la tierra casi siempre desnuda. Quiere estender hácia su guarda sus brazos suplicantes, pero no los encuentra: quiere lamentarse, pero no salen de su boca sino mugidos que á ella misma espantan. Preséntase á las orillas del Inaco, testigo en otro tiempo de sus inocentes juegos. Apenas ha visto en las límpidas ondas del rio su cabeza y sus nuevos cuernos, se llena de horror y huye de sí misma. Las Náyades ignoran que sea ella, su mismo padre Inaco no puede reconocerla. Sin embargo ella sigue á su padre, sigue á sus hermanas, ofrécese á sus miradas que admiran su belleza y se deja acariciar por su mano. El viejo Inaco arranca yerbas y se las presenta: ella lame, besa las manos de su padre, derrama lágrimas. ¡Ah! si tuviera al menos el uso de la voz, imploraria su socorro; diria su nombre y sus desgracias. Mas en defecto de la voz las letras que traza su pié sobre la arena descubren al viejo el destino deplorable de su hija.

«Infeliz de mí, esclama Inaco, dejando caer sus brazos sobre el cuello de la suspirante becerra, infortunado padre! tú eres pues la que he ido buscando por toda la tierra! ¡Ay de mí! hoy es el dia en que vuelvo á verte y sin encontrarte! Menos digno era de lástima cuando tu suerte ignoraba. Tú callas: tú no respondes á mis gemidos; solo hondos y oscuros suspiros se escapan de tu seno. Tú quisieras hablar y no puedes sino mugir. Incierto de tu destino, yo habia preparado para tí las antorchas de himeneo; yo esperaba de tí un yerno y nietos, y ahora en un rebaño es donde debes encontrar un marido y poner tus hijos. Desdichado de mí por ser dios! No puede terminar la muerte mi deplorable destino: la puerta del sepulcro me está cerrada, y mi dolor debe ser eterno como yo! »

El monstruo de los cien ojos interrumpiendo bruscamente estas tiernas que-rellas, arranca á Io de los brazos de su padre, la conduce por otros pastos, se sienta en la cima de una colina y pasea por su derredor sus vigilantes miradas.

En tanto, el Arbitro de los dioses no puede soportar por mas tiempo las desgracias de la hermana de Foroneo (hijo de Inaco). Llama á su hijo Mercurio, nacido de la mas bella de las Pléyades, hijas de Atlante, y le manda que dé la muerte al monstruo á quien se confiara la guarda de la gentil Io.

Al momento Mercurio aplica las alas á sus piés, cubre su cabeza con el casco, arma su poderosa mano con el caduceo que infunde el sueño y desde el palacio de Jove deslízase con rapidez hácia la tierra. Deja su casco y sus alas y retiene solo el caduceo, del cual se sirve como un pastor de su cayado para reunir un rebaño de cabras que conduce al son de su caramillo.

Seducido por la armonía del nuevo instrumento: «Quien quiera que seas, dice el custodio puesto allí por Juno, puedes sentarte conmigo sobre esta roca, pues en vano buscarías mejor pasto para tus cabras, y la frescura de esta sombra convida al pastor á descansar.»

Siéntase el nieto de Atlante, y con sus largos discursos parece detener al fugitivo dia y despues con los acordes sonos de su flauta intenta adormecer á Argos. El monstruo, sin embargo, lucha con la blandura del sueño; y aunque una parte de sus ojos quede vencida, vela la otra todavía, y pregunta qué nueva invencion es la de aquella flauta.

Mercurio le responde: «Sobre los helados montes de la Arcadia, entre las Hamadriadas que habitan el Nonacris, pareció una célebre Náyade que las ninfas llamaban Syrinx. Mil veces habia escapado de la persecucion de los Sátiros, y á la de todos los dioses de los bosques y de los campos. Ella imitaba los ejercicios de Diana, á la que habia consagrado su virginidad; tenia el mismo porte, los mismos vestidos, y se la hubiera tomado por la hija de Latona si su arco de marfil hubiese sido de oro, como el de la diosa, y sin embargo se la confundia con esta. Un dia el dios Pan, que alza erizada su frente con guirnaldas de pino, la vió, y le dirigió estas palabras....» Mercurio iba á referirlas, y á decir cómo la Ninfa, insensible á sus ruegos, habia huido por senderos difíciles hasta las arenosas playas del Ladon; cómo, deteniendo el rio su corriente, habia ella implorado el socorro de sus hermanas las Náyades; cómo, creyendo abrazar á la Ninfa fugitiva, Pan no abrazó mas que cañas; cómo mientras que él suspiraba de dolor, estas cañas agitadas por el viento, despidieron un ligero sonido semejante á una voz doliente; cómo el dios, encantado por aquella suave melodía y por aquel nuevo artificio, exclamó así: «A lo menos conservaré este modo de hablar contigo;» cómo por fin el dios, cortando cañas desiguales y juntándolas con cera, formó el instrumento que lleva el nombre de su amada.

Mas cuando se preparaba para contar el fin de aquella aventura, repara que todos los ojos de Argos habian quedado vencidos por el sueño. Cesa de hablar, y tocándolos con su poderosa vara agrava mas el pesado sueño que les oprime. Y con su corva espada corta de un solo golpe la cabeza vacilante del monstruo que cae y rueda sobre la ensangrentada roca.

Yaces muerto, Argos, tus cien ojos están cerrados para siempre á la luz: cubiertos están de una eterna noche. Juno los recoge, y colocándolos sobre las plumas del ave que le está consagrada, brillan como hermosas estrellas esparcidas sobre su soberbia cola.

No obstante el furor de la gran diosa crece con la muerte de Argos. Busca una pronta venganza. Una furia implacable llena de horror los ojos y turba el espíritu de su rival: ciegos terrores anublan su alma: va divagando y huye des-pavorida por todo el universo. El Nilo debe ser el término de sus infortunios. Llega á sus orillas; sin fuerzas ya por la fatiga, cae sobre sus rodillas, y volviendo atrás su cuello, alza su frente hácia el cielo, y con gemidos, lágrimas y plañideros mugidos parece quejarse á Júpiter y pedirle el término de sus desgracias. Entonces el dios, apretando entre sus brazos á su augusta compañera, la insta que se deje ablandar. «No temais mas, le dice; Io no será ya para vos motivo de alarma.» Y lo jura y manda á la Estigia que reciba su juramento.

La cólera de Juno se mitiga. Al momento recobra la Ninfa su primera forma, y es lo que antes habia sido. Bórrase su pelo, sus cuernos desaparecen, las órbitas de sus ojos se redondean, su boca se achica, sus hombros y sus manos vuelven á su primer estado, los piés se van puliendo, y no le queda de la becerra sino su deslumbrante blancura. Levántase sobre sus dos piés que bastan para sostenerla, pero no se atreve aun á hablar, pues teme mugir, y su tímida boca no deja oír mas que entrecortados acentos.

El Egipto la adora aun como á una bienhechora deidad y sus numerosos sacerdotes visten mantos de lino. Créese que Epafo fué el fruto de aquellos amores, y que Júpiter fué su padre. La madre y el hijo se reparten en Egipto los templos y los honores divinos.

Uno de los mas bellos episodios de esta huida de Io, episodio admirablemente tratado en la mas bella tragedia de Esquiles, es la visita que hizo en las riberas inhospitalarias del Cáucaso á Prometeo encadenado por Júpiter.

¡Qué triste diálogo el de aquellas dos víctimas de la cólera divina, allá en la profundidad del *estremo* límite de la tierra, á las fronteras de los Escitas, en la *soledad inaccesible del desierto*, rodeados tan solo por peñascos, por el cielo y por la mar, sin otro consuelo que el canto monótono y soñoliento de las Oceanidas!

Lo que hace la inmortalidad de toda produccion del espíritu, lo que presta tanto á las tradiciones populares y poéticas como á las obras maestras del arte una garantía de duracion, es la interpretacion, la necesidad de penetrar el sentido, y el sentido mismo que á ellas se atribuye. Muy bien dijo Goethe:

Quien al poeta comprender desea
Debe pasar á la region do canta.

Este país no siempre está fuera de nosotros. Muchas veces no tenemos que hacer mas sino abismarnos en nuestra propia alma; penetrar hasta las fuentes de la

sensación en donde tiene su trono la poesía. Por mas que el poeta en la creación del pensamiento haya espuesto con lucidez su intención, su obra no dejará de ser un esfinge maravilloso que propone á cada cual su enigma y que permite á cada uno el dar su solución. Y el comprender, conocer, imitar, ¿ es otra cosa que interpretar ó explicar? Toda nuestra actividad intelectual consiste en buscar el sentido de lo que pasa en nosotros y á nuestro alrededor. En ninguna parte se nos presenta la verdad completa, pues ¿quién osará pretender que él posee la verdad y que la legará á todas las generaciones? Así como la naturaleza es un enigma, lo mismo sucede con una obra del arte. El cielo se estiende sobre nuestras cabezas como una bóveda de azur, y la tierra á nuestros piés como una alfombra sin límites; el sol se levanta y se hunde en su ocaso; la noche enciende sus millones de antorchas, las estaciones surgen y declinan, y cada cual, ante estos espectáculos sublimes, hace el papel de hicrofante en los misterios de Eleusis, ve, escudriña, y aplica segun sus propias ideas, su propio sentimiento. Lo mismo nos sucede con respecto á esas producciones espontáneas del espíritu popular, con esos mitos y leyendas de los tiempos primitivos. Las interpretamos segun mejor nos place, ya sea por las reglas del simbolismo establecido por la ciencia, ya con el pensamiento, mas flotante todavía, de nuestro propio corazón.

Así es como en las peregrinaciones de Io y en su transformación en becerra no han visto algunos sino una historia de calendario, un mito astronómico, el curso y las fases de la luna. A otros les parecerá bien enlazar los abrazos de Io y de Júpiter transformado en nube con la lluvia de oro de Danae, é interpretar las dos fábulas como símbolos de la fecundación de la tierra, ya por la lluvia, ya por los rayos del sol. ¿Sería quizás ridículo ó fuera de propósito, el no ver en el mito de la hija de Inaco sino la ilusión del amor en general que tan á menudo une dos seres enteramente desemejantes ó distantes cual deben parecer á la sublime mirada del espíritu? ¡Cuántas veces el espíritu mas perspicaz, el mas razonable, se ve arrastrado hácia la materia, hácia las cosas terrestres y caducas, cuando estas cosas están dotadas de belleza! ¿Quién sabe si este mito encierra por enigma esa verdad moral, hija de nuestra frágil naturaleza, que hace al espíritu esclavo de la materia y que induce á la parte mas alta y noble del hombre á arrastrarse por el fango de sus propensiones y apetitos?

En la introducción á las *Mujeres de la Biblia* hablamos ya de Io como símbolo de la mujer caída y penetrada de dolor por el primer infortunio. En su diálogo con Prometeo, del que acabamos de hablar, la consideramos como á representante de la Eva desgraciada, pues la mitología griega es un espejo brillante en donde se reflejan todas las antiguas tradiciones de los pueblos. Hicimos notar en el *Prometeo* del trágico Esquiles el mas bello y curioso resumen de todas ellas, y una especie de profecía mitológica de las grandes verdades del Cristianismo. Los dolores y gemidos de la mujer están vivamente representados en la persona

de Io. Hay en la humanidad, dijimos, dos criaturas, una y otra criadas á la imágen de Dios, pero culpables y castigadas una y otra, el hombre y la mujer. Descúbrese en el uno un pesar sombrío, y aquel sentimiento profundo que participa de la fiereza de su dignidad desquiciada. Mas la otra se derrama en lamentables acentos. Su dolor no tiene ni la orgullosa dignidad ni el varonil carácter de Prometeo. Esquiles, que tan hábilmente delineaba la humanidad, la representa aquí toda en compendio, y en dos solos cuadros: la fuerza desgraciada y fiera por un lado, es una vida de hombre: la debilidad tan desgraciada como la fuerza, pero impaciente y singularmente impresionable del otro, es una vida de mujer. Este grupo de una doble existencia no es absolutamente verdadero, sino colocado á una distancia de diez y ocho siglos. Víctima de la celeste cólera, Io se pierde como Prometeo en la noche de los tiempos; y su padre Inaco es en quien el señor Letronne en sus investigaciones sobre los zodíacos egipcios reconoce muy fundadamente el *Nochus* bíblico. Examinamos allí con el estudio de las raíces hebreas que Io pudo ser muy bien una pronunciacion de Eva, pues una y otra significan vida, y prescindiendo aun de estas analogías, y dejando aparte la amalgama mitológica, Io tiene todos los caracteres de la infeliz *Eva*; como ella maldita, desgraciada, errante, es asimismo perseguida por la cólera celeste, de region en region; la tierra está bañada con sus lágrimas y resuena con sus gemidos. Y dirigiéndose á Prometeo, desgraciado tambien, esclama con el acento del mas profundo dolor: ¿Quién entre todas las desdichadas sufre como yo sufro? ¡O sagrado hijo de Themis! ¡dime pues el fin de mis males! Mas no me ocultes lo que debo sufrir todavía.

Y volviendo ahora al precioso desempeño del cuadro mitológico que nos ocupa, ¡con qué gracia inimitable el Corregio ha sabido representar ese precioso mito! ¡qué pureza, qué candor de espresion, qué idealismo tan sublime, qué molde de verdadero helenismo! En toda la naturaleza reina un misterioso crepúsculo que el rayo profano del sol no ha disipado todavía: todo respira aquella paz santa y primitiva de la edad de oro que no ha turbado aun la discordia, y despues el mutuo temor de las criaturas; aquella franqueza que permite á la cierva el refrigerarse junto á los hombres en las aguas puras de un arroyo. De este fondo crepuscular se destaca blanquísima y brillante la figura medio tendida medio sentada de Io, que con el brazo izquierdo atrae hácia sí la Nube que deja entrever los débiles contornos de una noble figura de hombre, así como una mano, asiendo el bello cuerpo de la mortal. A los ardientes ósculos del dios deja ella caer muellemente su blonda cabellera, sus labios se entreabren, sus ojos se cierran, un dulcísimo desmayo se esparce sobre su ser, mientras que el calor de sus transportes palpita aun en las estremidades de su pié y de sus dedos. Nada mas arrebatador que esta cabeza replegada con tan delicados y vaporosos rasgos, y sin embargo no está trazada por la mano del ilustre Corregio.

El cuadro de que hablamos, así como el del mismo autor, titulado «Leda y el Cisne» pertenecieron antes al duque Gonzalo de Mantua, el cual lo regaló al emperador Carlos V con otras preciosidades del mismo género. Probablemente por la mediación de la hija de Carlos, María, madre del emperador Rodolfo II, distinguido amador y el fundador de la tesorería Rodolfina en Praga, pasaron á Bohemia, de donde fueron quitados por los suecos, durante la guerra de treinta años. Después de haber servido de mamparas en las caballerizas reales de Estocolmo, formaron parte del moviliario de la reina Cristina en Roma, desde donde pasaron sucesivamente á la galería del duque de Orleans en París, y después de la dispersión de aquella galería, á la capital de Prusia. Mientras formaron parte de la galería del Palacio Real estas obras maestras del arte italiano sufrieron unos detrimentos dignos de los vándalos. Luis de Orleans, hijo del Regente, escandalizado sin duda de la espresion voluptuosa de las testas de Io y de Leda, hizo quitar y quemar aquellas dos cabezas admirables. Teníase la idea de condenar al mismo suplicio los cuadros enteros, y el de Leda, con este objeto, estaba ya cortado en tres pedazos. Refiere D'Argenville que el duque de Orleans vendió los dos cuadros al pintor Carlos Coypel, el cual hubiera restablecido la cabeza de Leda. Sin mencionar la mutilacion de Io, añade que los dos cuadros fueron vendidos seguida la muerte de Coypel al rey de Prusia, después de haber sido repintados y retocados, la Leda por Lejan, é Io por Colins. Y sea de esto lo que fuere, los dos cuadros, tales como existen hoy dia, son de origen mas reciente. «La testa de Io, dice Francisco Kugler en su *Descripcion de la galería del Museo Real de Berlin*, fué pintada por el francés Prudhon, después que los cuadros en 1806 fueron trasladados de Sansouci á París. En cuanto á la hermosa testa de Leda, recientemente (la obra de Kugler data de 1838) cuando la restauracion de los dos cuadros por el profesor Schlesinger, fué renovada por este eminente artista.»

Así como el célebre cuadro de la Natividad de la galería de Dresde, el de Io se distingue por los maravillosos efectos del claro oscuro, por vivas y notables oposiciones de sombra y de luz, que si bien no siempre tomadas de la realidad, no por esto son menos propias para concentrar la atencion y para hacer penetrar el profundo pensamiento del artista.

Acabamos de pronunciar la palabra *estilo*, término equívoco al que se han dado tantas definiciones disparatadas, y del cual se hace lo que se quiere. Diremos empero en cortas palabras el sentido que le atribuimos en materias de artes de imitacion. La pintura no es como el daguerreotipo la fiel reproduccion de la naturaleza y de sus menores detalles; pero de otra parte debe abstenerse tambien de formas arbitrarias y puramente de fantasía; y por el interés de lo bello, guardará por decirlo así un justo medio entre ambos extremos. En otros términos: se esforzará en no tomar mas que los rasgos esenciales que presentan la *idea* de los objetos, y en seguir sobre esta base el camino trazado por la naturaleza. El mo-

do particular pues de aproximarse ó de apartarse en los pormenores de la realidad de las cosas es á lo que nosotros llamamos en pintura *estilo*. Se puede de consiguiente hablar de estilo, tanto bajo el aspecto de la manera de agrupar ó de ilustrar los objetos, como bajo el de representar sus formas materiales. El claro-oscuro, por cuanto no sirve únicamente para producir contrastes sorprendentes, está sujeto á principios de estilo, únicos que le aseguran ventajas para la inteligencia del asunto. Estos principios nadie con mayor sutileza los ha aplicado que Rembrandt y Corregio. Para ellos estas oposiciones de sombra y de luz no son un auxilio para producir efecto, sino un medio para hacer valer ciertos elementos mas delicados y menos perceptibles de moldura y de movimiento. El bello cuerpo de Io respira en sus formas toda la plenitud y la libertad de una vida individual, pues se redondean con una verdad palpable, y esparcen sobre el todo un tinte poético, que espiritualiza la espresion de la sensualidad, y hace de ella el símbolo de un misterio. Si el brillo del colorido consiste entre los venecianos en la eleccion, el calor y la combinacion de los tonos, Corregio produce este efecto de armonía por la extrema delicadeza y morbidez de sus contornos. En sus composiciones la gracia armónica, la profundidad del sentimiento y la apacibilidad del alma que ellas descubren en el autor, constituyen, aparte del mérito de la ejecucion técnica, el carácter individual de Corregio.

Mas ¿en dónde ha recibido Corregio tan noble direccion? ¿Es que sintió los primeros transportes de su genio, cuando abismado en la contemplacion de un cuadro de Rafael, pronunció aquellas célebres palabras: *Anch'io sono pittore* (yo tambien soy pintor)? Verdad es que esta exclamacion se ha colocado entre las fábulas artísticas, fundándose en que Corregio no estuvo nunca en Roma, y no pudo ver las obras de Rafael ni en Parma ni en Módena; pero aun cuando fuesen justas estas inducciones, no pudo espresarse mejor ni con mas verdad el desarrollo artístico del ilustre pintor, cuya vida queda siempre envuelta en un cierto misterio.

Hablemos ahora un momento de la otra transformacion de Júpiter en Sátiro para sorprender á Antíope mujer de Lyco, rey de Tebas, que es el otro cuadro mitológico, obra del célebre Ticiano. Era Antíope hija de Nictéo, rey de Tebas, ó segun Homero, del rio Asopo. Su belleza esparció su fama por toda la Grecia. Epopeo, rey de Siconia, robó esta princesa y la tomó por esposa. Habiendo Lyco sucedido á Nictéo, el cual habia prometido á aquel castigar á su hija, mató á Epopeo, y condujo á Antíope á Tebas, en donde la puso en poder de Dirce, que le hizo sufrir los mas crueles tratamientos. Y no hallando Antíope medio de evadirse, fué vengada por sus propios hijos. Otra de las travesuras amorosas de Júpiter fué transformarse en Sátiro para sorprender á la hija de Lyco. Los sátiros eran en el politeismo pagano unas divinidades rústicas que tenian sus guaridas en los bosques, y se entretenian en perseguir las ninfas fugitivas. Pintábanles con

cuernos en la frente, piés de cabra y el cuerpo veloso. Poetas hay que suponen á esos semidioses campestres hijos del dios Mercurio y de la ninfa Iftimea, mientras otros los suponen producidos de la union de Baco con la náyade Nicea, á la cual embriagó aquel númen de los ébrios convirtiendo en vino el agua de la fuente en que aquella saciaba su sed. Los sátiros de los antiguos eran unos hombres de corta estatura, cubiertos de un largo y espeso vello, y aunque con cuernos, tenían tambien orejas, y los piés eran patas de cabron ó de cabra. El poeta Nonnus supone que en su origen los sátiros eran hombres sin deformidad, que guardaban á Baco, y que Juno les dió cuernos y piés de cabra para que á pesar de su vigilancia, Baco pudiese convertirse ora en doncella, ora en cabron. Los romanos honraban á los sátiros bajo el nombre de Panes, de Faunos y de Silvianos, y se les sacrificaban las primicias de los frutos y de los rebaños. Por ser tan juguetones y lascivos fueron compañeros de Baco, dios del vino y de la desenvoltura. Se les llamaba Silenos, del nombre del grotesco preceptor de aquel dios; pero segun Pausanias y Servio, no se les daba aquel nombre sino cuando eran viejos.

Los sátiros eran tambien los actores de los coros que fueron el origen de la comedia y de la tragedia. Dice Nicandro que Sileno viene del griego *Sillainein* que significa maldecir, y de ahí tomaria sin duda nombre la sátira en aquellos poemas destinados á atacar las costumbres y los ingenios.

Refiere Plutarco que fué hallado cerca de la ciudad de Apolonia en Epiro un sátiro dormido, que fué conducido delante de Sila; su voz era ruda é inarticulada. Sila lo mandó quitar de su presencia como un monstruo á quien no podia mirarse sin horror. Refiere San Jerónimo en la vida de San Pablo el ermitaño que San Antonio al ir á visitar al santo del desierto encontró un sátiro, tal como los poetas y los pintores nos los representan, y que preguntado, respondió ser él una de las criaturas que el paganismo llamaba faunos ó sátiros. Dice el conde Noël que Felipe archiduque de Austria entró en Génova en 1548, con dos sátiros vivos, uno muy mozo y el otro ya adulto; pero hay fundados motivos para creer que estos sátiros no eran otra cosa que monos de la casta de los orang-outang, que se llaman aun en el dia monos-sátiros, y que por su andar y estatura es de todos los animales el que mas se asemeja al hombre. Creyó un rabino que los sátiros y los faunos antiguos eran realmente hombres cuya naturaleza habia quedado imperfecta, porque Dios cuando los estaba haciendo fué sorprendido por la tarde del dia del sábado, y se vió obligado á interrumpir su obra.

El cuadro del Ticiano revela la maestría del pincel que lo trazó. Sobre un fondo oscuro como un velo nocturno que suele envolver los misterios del amor, aparece la voluptuosa pareja en los primeros momentos de coloquio. La actitud del sátiro acercando á su rostro la dócil frente de la princesa está secundada con la notable espresion de su fisonomía chispeando toda la vehemencia del deseo, y

templando su agreste ferocidad con la blandura de las caricias del dios que se oculta bajo sus formas. La figura de Antíope respira mas bien sorpresa que pasión, y deja entrever aquel descuido y abandono que suele ser el natural preludio del vencimiento. La morbidez de los contornos justificaria hasta cierto punto los afanes de la lasciva deidad si pudiésemos prescindir por un momento de la ley inexorable del pudor cuyas fáciles transgresiones tan á menudo permitia la adulterada religion de los mitos. Abstraccion hecha de la celeste intervencion que naturalmente repugna á escenas de esta clase, el grupo de Ticiano tiene, humanamente hablando, toda la verdad de la pasión en sus mas ruborosos momentos; y este es uno de los cuadros cuya belleza artística traspasa de necesidad algun punto los límites de la belleza moral, sin empero que sufra mucho con ello la responsabilidad del artífice atendido el género del asunto que habia escogido.

Joaquin Roca y Cornet

EL INVIERNO.

(CUADRO DE SCHELFHOUT.)

El bellissimo cuadro que nos ocupa y la no menos primorosa lámina que le representa, antes de entrar en sus pormenores, nos abre ancho campo á la contemplacion de la naturaleza así física como moral, porque estos dos aspectos de la creacion tienen entre sí tanta analogía, como la tienen las dos sustancias de la criatura destinada á empuñar el cetro de la creacion misma. Háse dicho que hubo un tiempo en que los hombres no conocian otra estacion que la encantadora primavera, que la tierra estaba toda y siempre adornada de verdor, de flores y de frutos, cruzada por límpidos arroyos como brillantes hilos de puro cristal; una vida siempre igual y robusta, no estando sujeta á las bruscas y numerosas variaciones de la atmósfera, duraba largo tiempo, y estaba sujeta á muy pocas dolencias. Se ha añadido para explicar de algun modo las causas de tan hermosa perpetuidad y de tan grato equilibrio, que nuestro planeta gravitaba entonces igualmente en sus dos hemisferios, y que el eje del ecuador era enteramente paralelo al plano de la elíptica. Los restos de los animales y vegetales que hoy no viven sino bajo climas cálidos, y los que se hallan en los antiguos terrenos de climas frios, demuestran que la edad de oro no era del todo una fábula, y que las tradiciones históricas armonizan perfectamente con esta prueba tomada de la geología. Opina Lalande que la tierra pasó posteriormente á sentir los efectos de una influencia desastrosa, probablemente á causa de la atracción que ejercen sobre ella los demás planetas. « Los polos se inclinaron, dice Plutarco, siguiendo el parecer de antiguos filósofos, elevóse el del norte, mientras que se abajó el del mediodía. » Desde entonces, se dice, el sol cesó de esparcir igualmente sus benéficos rayos sobre nuestro mundo, y este astro, llegando sobre nuestro hemis-

6^o DE MUNICH P. 19



L'hivert. *Hivert.*
Hivert.

ferio el 21 de diciembre , á su menor altura sobre la tierra , no nos envia mas que la mitad aproximadamente de la luz que sobre nosotros arrojaba el 21 de junio. Aunque mas cercano á nosotros por sus efectos sensibles , parece estar mas distante ; sus rayos que nos vienen asaz directamente en estío , solo nos llegan oblicuamente y amortiguados por una masa de aire que esta misma oblicuidad vuelve mas densa , y así es como se suceden los dos tiempos extremos , y que forman las dos estaciones principales , sirviendo como de tintes intermedios la primavera y el otoño , cómodos períodos de transicion. Entre nosotros , meridionales , el otoño constituye una gran parte del invierno , y hasta si se quiere , la parte mas melancólica , pues cuando este último nos llega , astronómicamente hablando , empezamos á felicitarnos de que pronto quedaremos libres de su árido yugo. El mal que tanto aflige á la subida , nos consuela cuando le vemos declinar de dia en dia. La grande disminucion en la medida del calor y de la luz , efecto de la situacion del sol , que acabamos de indicar , ejerce una notable accion sobre el conjunto de nuestro hemisferio , y no deja de ser muy interesante á la ciencia el desenvolver el cuadro de su accion sobre la vida y la salud del hombre.

Dejando aparte , pues , la influencia del invierno sobre nuestra existencia , los efectos del resfriamiento del aire sobre las complexiones débiles , por cuyo motivo la caida de las hojas anuncia una época de grande mortalidad , su influjo bienhechor sobre las naturalezas robustas , cuando es moderado ; las dolencias á que dá lugar su accion sobre nuestra economía animal , aunque muy modificada por la humedad y por los vientos , las precauciones con que podemos hasta cierto punto neutralizar el rigor de aquellas causas ; los peligros á que nos espone el extremo afan de huir de sus penalidades creando en nuestras habitaciones y recintos una demasiado elevada temperatura artificial , y tambien por los excesos de la mesa y hasta por la agitacion de nuestros placeres ; pasemos á algunas consideraciones morales , pues así como se comparan muy propiamente con las estaciones las diversas épocas de la vida humana , se dice tambien con no menos propiedad , y así lo cantan los poetas , que « la vejez es el invierno de la vida. »

El dia , pues , el año y la vida del hombre guardan en sus períodos una misteriosa armonía. La aurora con sus tintes celestiales , la primavera con sus púdicas flores que asoman por el verde follaje y los dorados sueños de la infancia y de la tierna juventud , forman el primer período de esas nacientes existencias del tiempo y de la vida. El sol se levanta hácia su mediodía y la tierra vivificada y bañada de luz despliega sus tesoros , así como las ricas mieses cubren los campos bajo el fecundante rayo de un sol estival , y al modo que un pecho juvenil y ardiente despliega todas las alas de su energía al acercarse á la mitad de su carrera ; pero la sazon de los frutos de la tierra , así como la calma del dia y la madurez del hombre , no llega hasta la tarde de sus dias. Todo declina ya en el último período. El sol fatigado se hunde en su lecho de sombras , así como las

gracias de la primavera y las galas del otoño huyen al asomar la faz adusta del helado invierno, y las esperanzas y el placer mueren bajo el soplo de hielo de los años. Ved ahí la continúa é interminable carrera de todos los seres que nos rodean! ved ahí la rueda perenne é incansable de la vida! ved ahí las leyes del tiempo, con sus sueños y sus esperanzas, sus goces y sus embelesos, sus desengaños y sus ruinas! Hé aquí como se van hundiendo en el sepulcro de lo pasado las breves edades del día, las ilusiones y los placeres del año y las rápidas alegrías de la vida!

El invierno acostumbra anunciar su crudo imperio con el hórrido mugido de los vientos: el hielo parece robar al sol la fuerza de sus rayos. Al aspecto riente de las demás estaciones, sucede un espectáculo de melancolía: á la suave temperatura, el rigor de un viento helado. El hielo embarga con su aguda punta la accion de los nervios, mientras la tierra enmudece yerta, dejándola árida y desnuda la guerra implacable del helado cierzo. ¡Así pasan todas las delicias de la vida! Así giran en torno del eje de la nada todos los seres que nacen para vivir un día y dejar tras de sí el recuerdo amargo de su existencia pasada y de su destruccion. Al rubicundo padre del día sucede la helada tiniebla, en pos de la lozanía de la riente primavera el inflamado julio agostando sus flores, regalo perfumado de la divinidad, y tras el opulento octubre coronado de uvas, los vientos bramadores de diciembre.

Aunque algunos genios se han ocupado en la consideracion de la profunda filosofía que se encierra para el mundo moral en el variado y sucesivo curso de las estaciones, no han hecho sin embargo sino florear la masa inmensa de reflexiones á que dá lugar ese cambio continuo de aspectos bajo los cuales se nos va presentando, no solo la superficie de la tierra, sino todo el cuadro magnífico del universo. Así como el reposo de la noche reemplaza los trabajos del día, así la tierra antes tan afanosa en producir, queda algunos meses como inactiva á nuestros ojos, bien que trabajando misteriosamente en su oculto seno. Bástale conservar, para fecundizarlas mas tarde las semillas que le ha confiado la mano del hombre, ó de que el mismo Dios cuidó de llenar su seno inmensurable. Y como es imposible meditar estos arcanos impenetrables de la naturaleza sin que el alma se eleve á la accion suprema de la Inteligencia creatriz y conservadora, que parece renovar á cada momento todos los prodigios de la creacion, al aspecto de los campos cubiertos de brillante escarcha, fuerza es continuar dirigiendo á Dios la palabra. En tanto, vos cubrís la tierra con un gran manto de nieve que la preserva de sentir con demasiada viveza los efectos del hielo. Vos la rociais con lluvias que humedecen su superficie; despues la barreis con un rápido viento para que, en la estacion que sigue, ningun obstáculo estorbe en su crecimiento á las jóvenes plantas. Y al propio tiempo, para los animales, sobre los que vela asimismo vuestra solicitud, os reservais tambien particulares

cuidados. A los unos revestís de un plumaje mas cerrado , ó de un forro mas espeso ; á los otros enviais á regiones que el invierno ha dejado ó que no visita jamás : un gran número de ellos yacen ocultos al abrigo del frio bajo hielos protectores : á otros por fin se les concede un largo sueño que los vuelve insensibles. Mas entre todos los seres el hombre , ó gran Ser , es siempre el mas favorecido. Gracias á la prevision con que habeis dotado su alma , ha empuñado como siempre el cetro de la creacion para hacer servir vuestras obras para la defensa de su frágil naturaleza contra el rigor de las escarchas. Las máquinas gimen para llenar sus almacenes y proveerle de vestidos calientes con que cubrir sus trémulos miembros ; las bestias , aun las mas feroces , sometidas al poder de su inteligencia , le prestan el homenaje de sus blancas , oscuras , ó matizadas pieles. Y si á pesar de tantos auxiliares , le alcanza el rigor del frio , si le es forzoso luchar contra la bravura de los vientos , despreciar la nieve ó aventurarse sobre el hielo , su cuerpo recibe de la influencia de un aire agudo ó de un ejercicio violento , nuevas fuerzas que robustecen su salud. Ved ahí como bajo vuestros auspicios se deslizan las estaciones , como se conserva vuestra obra perpetua ! Una continua diversidad varía la sucesion de los tiempos , embellece la morada del hombre y el curso de la vida !

Aun cuando se haya pensado alguna vez en el sentimiento melancólico que produce el rauda bramido de los vientos que rodando en furiosos torbellinos sobre las escarchadas llanuras parece un soplo airado de Dios para devastar la tierra , casi nunca ha ocurrido el espresar la armonía secreta que existe entre estos aterradores fenómenos de la naturaleza y los secretos impulsos del corazon. En las tormentas del estío y del otoño , la voz tronadora de la tempestad y el fulgor siniestro del rayo suelen venir seguidas de la calma apacible de una atmósfera brillante y bañada por un sol mas puro. Pero los ábregos y aquilones que desencadena el invierno sobre los marchitos campos , no ofrecen ese bello contraste entre el furor y la calma , la tristeza y el regocijo. Su largo y repetido dominio no permite de pronto otra compensacion que la profunda sumision del alma á la voz del que cruza en alas de los vientos por la vasta estension de sus dominios. Y si á su impulso aterrador tiembla la triste morada del hombre, el corazon que ama , al paso que admira el poder sin límites del árbitro de los mundos , le ofrece una tierna plegaria , seguro tambien de que le ama , y que aun en medio de aquel espantoso aparato , perdonará la debilidad de su ser.

El amable inglés Jaime Thompson tomó por escena de su obra poética *Las Estaciones* , toda la naturaleza , proponiéndose reunir en un solo cuadro todas sus perspectivas y encantos en las cuatro épocas del año. Objeto de sus cantos , como una heroína , la sigue en la mocedad de su primavera , en los ardores del estío , en las producciones del otoño , y en la decrepitud aparente del invierno. Todos los países , todos los fenómenos , todas las pinturas son ma-

teria para el poeta. La gruta del salvaje, la morada del hombre social, la sencilla aldea y el retrete del filósofo, todo está á su disposicion. El hombre moral se desenvuelve tambien á su vez, y la vida que tiene asimismo sus estaciones, las flores de la infancia, los fuegos de la juventud, los frutos de la edad y el hielo de los años, todo se armoniza bajo el pincel del artista para embellecer y completar el cuadro.

Thompson manifestó en el desempeño de su empresa que era digno de ella. Las imágenes mas bellas é interesantes se ven como prodigadas en su poema. Ora introducido en un laborioso enjambre, ora siguiendo el vuelo del águila, ya junto á la choza del labrador, ya entre los jardines del poderoso, siempre variado y siempre agradable, su poesía rie con las gracias de la primavera, brilla en los colores del Iris y de la aurora, en los matices de las flores, sigue el vuelo de los pajaritos, su infancia y sus amores, y pinta aquella luz apacible del sol que baña suavemente los tesoros de la jóven naturaleza.

Entre los ardores del estío busca las sombras regaladas de los bosques, los frescos arroyos, para hablarnos allí de felicidad. En la calma abrasada del mediodía nos retrata con dulces versos el sueño de la inocencia que anuncia la hora del deleite. Rico siempre y fecundo, nos distrae con escenas variadas y curiosas, y en la tranquilidad del campo nos recuerda los estragos de las fieras y la desolacion de los hombres.

Truécase la pintura en el otoño bullicioso. El campesino pacífico sale armado de su cabaña, y se divierte en destruir á los inocentes animales. A las mieses de las llanuras que undulaban como las olas del mar agitadas por el viento, sucede el mosto que se cubre con espumas de púrpura. El labrador recoge el fruto de sus afanes, y el trueno y el rayo amedrentan la soledad y hacen resonar los valles.

Mientras la naturaleza parece que cae desmayada en brazos del invierno, y el reino vegetal conserva apenas algunas señales de vida, el pensamiento del hombre se eleva con calma al Ser Supremo, y parece dominar sobre la misma creacion. Es una especie de delicia para el rústico oír bramar los huracanes humedecidos con la lluvia y envueltos en la oscuridad desde su choza débil y vacilante, mientras el filósofo medita en silencio los arcanos de la sabiduría y de la virtud. El corazon tiene mas fuerza, y el amor, que no puede esplayarse por las escenas risueñas de la naturaleza, se reconcentra en el alma y nos hace sentir mas sus vivificadores fuegos.

Thompson se muestra á veces pródigo de erudicion, con mengua de la facilidad de las transiciones y de la oportunidad de las escenas. El género pastoral ó bucólico, á que pertenece el poema, es como una de aquellas ninfas campestres, cuya belleza debe abundar mas de gracias que de tesoros. Fecundo en demasía para recuerdos históricos y pensamientos morales, parece el

poema en ciertos pasajes un tratado filosófico embellecido con las galas de la fantasía. Si esta superabundancia pudiese bajo algún aspecto ser una falta, sería la falta de los grandes talentos que menos saben ser circunscritos que inagotables.

Algunas pinceladas de Virgilio nos introducen en una escena deliciosa, delineada muchas veces en el mismo diálogo. Casi nunca vemos á Teócrito sino en sus personajes. El drama anima las situaciones mucho mas que la relacion mas entonada. Thompson es admirable en sus descripciones, pinta con mano maestra el mundo moral; pero las galas mismas de su imaginacion perjudican alguna vez á la concision, que es la viveza del colorido en el cuadro de la palabra.

El poeta inglés no es tan feliz como Virgilio en la candidez pastoral, ni iguala á Gesner en la espresion del sentimiento. Le juzgamos segun la antigua escuela, en cuanto se apoya en los principios generales del gusto. Amamos como el que mas la libertad del poeta en transportarnos á distantes y variadas escenas, y no tenemos ya por admisible aquella monotonía de sensaciones que nos hacia adormecer bajo la sombra de un bosque y al murmullo de un arroyo: admitimos con gusto la variedad, el movimiento, la agitacion y la sorpresa, y la rapidez de las sensaciones. Pero que jamás falte el hilo secreto que enlace insensiblemente estos rasgos dispersos en un centro comun: por mas que se diga y que se quiera suponer, esa tendencia á la unidad, ó de plan ó de objeto, será siempre para nosotros una ley eterna de todo lo bello.

El cuadro de Schelfhout, trasladado primorosamente al buril, ofrece con sorprendente realidad la árida y escuálida imágen del invierno. Aquel grupo de rústicos edificios rodeado de un bosque sin hojas, al que solo ha quedado el esqueleto de los troncos; aquella llanura muerta á la vida de la vegetacion, aquel horizonte de nieve brillando á los pálidos reflejos de un cielo oscurecido por la niebla, todo ofrece un gran conjunto de verdad. Cada año, como si fuese un ser viviente, ha de pasar por el invierno como por un sepulcro, para recobrar de nuevo el verdor y la vida. En efecto, la naturaleza parece muerta, y envuelta además en una atmósfera nebulosa y sombría como en una mortaja.

El labrador abandona sus campos que descansan como de sus pasadas fatigas; los hombres los atraviesan temblando y como ateridos de frio, buscando la lumbre, cuya llama pálida se halla debilitada en medio de una atmósfera de hielo. Entonces es cuando busca en las grandes ciudades una temperatura artificial en los brillantes recintos de sus placeres. Sin embargo, en las bellas regiones del mediodía, en las cuales el astro del dia tiene aun bastante fuerza para disipar la niebla, ofrece el invierno los dias mas hermosos del año. Sus purísimos rayos bañan de luz las nevadas eminencias de las blancas montañas, y hacen resplandecer como luciente alabastro las llanuras cubiertas de nieve. Un

claro día de invierno ofrece á nuestro país encantos que no conocen aquellas regiones sombrías para quienes es el invierno como una noche fría y prolongada, á la manera que en una noche serena y helada brilla el firmamento con más tersura haciendo titilar más vivas las estrellas en los azulados espacios de la inmensidad.

Esos seres vivientes, así hombres como animales, que vagan perdidos sobre la aridez de los campos, cual si fuesen los restos de un naufragio sobre una tierra desolada, ese cielo blanquecino que refleja su débil luz sobre un vasto panorama de nieve, me indican, ó gran Dios, que bajo de esta muerta naturaleza se ocultan la fecundidad y la vida; que de ese alternado giro del tiempo nacen los encantos del universo. Así lo dispuso tu providencia en su economía suprema é inapeable. El hombre no vive ni goza sino por los contrastes, y todos sus placeres son relativos. Lo absoluto, lo inmutable solo se halla en Dios. La idea de una primavera eterna, como han soñado los poetas, es un contrasentido, es un engaño. El día debe á la noche sus galas y atractivos. La vida primaveral con todas sus bellezas y gustos se debe á la descarnada interrupción de la estación del hielo. Todo goce, todo amor debe ir precedido de ilusiones y de esperanzas, de privación y de deseo, y si bien se considera, pudiéramos afirmar que en cierto modo nosotros debemos al dolor nuestras más dulces sensaciones, no al dolor actual, sino al dolor cesado, ó al dolor vencido. Una felicidad sin orillas no es felicidad. Estos goces sin mezcla alguna de dolor engendran el hastío ó el fastidio; y se ha dicho muy bien por un filósofo, que cualquiera que sin ser Dios pudiese tanto como Dios, sería la más infeliz de las criaturas, porque estaría privado de la esperanza.

Uno de los ejercicios á que algunos pueblos de Europa se dedican durante el invierno es el patinar. No es nuevo, sin embargo, este género de ejercicio y es muy probable que deba su origen más bien á la necesidad que al deseo de divertirse. No hay duda que vino de las naciones del Norte, y aun se supone que fué inventado en Holanda, en donde se ve á las lecheras llevando vasos llenos sobre su cabeza y triscando durante su camino, salvar considerables distancias para ir á vender su leche en los pueblos vecinos. Son ya muy antiguos en Londres los juegos sobre el hielo: ya en el siglo XIII se ejercitaban los jóvenes en lanzarse sobre el helado río con la rapidez de una flecha, simulando combates peligrosos. Existía en Edimburgo un club de patinadores que generalizaron en los tres reinos unidos la fama de los patinadores escoceses. En Francia es también muy común simular patinando las figuras de una contradanza con tanta gracia como si estuviesen en medio de un salón de baile, mientras otros girando diestramente trazan con rapidez sobre el hielo con el corte de su *patin*, ó calzado para patinar, todas las letras del alfabeto, ó dibujan pájaros, paisajes y á veces retratos. Hasta las elegantes parisienses vienen como las señoras rusas á

disfrutar en ligeros trineos este género de divertimento. Entre los noruegos el ejercicio de patinar forma el forzoso complemento de toda educación militar, y es un hermoso espectáculo el ver á sus intrépidos soldados deslizarse como un rayo por la pendiente helada de sus montañas sin mas ayuda que dos flexibles planchas de abeto puestas en sus piés, y volverlas á subir con una casi igual rapidez sin otro apoyo que una larga estaca armada de hierro. Los patinadores recorren con la mayor velocidad las mas largas carreras, y este ejercicio, aunque fatigoso, tomado moderadamente es muy favorable á la salud. Pero exige en el que lo practica tanta prudencia como aplomo, porque espone á caídas de peligro, y mas de una vez se han visto patinadores temerarios hundirse en un abismo de hielo que se abre á sus piés.

Infinitos son los medios que tiene el hombre para ostentar su poderoso genio aun cuando mas cruda se le muestra la naturaleza, doblándola aun cuando parece mas rebácia á los caprichos de su fantasía. Imaginaos un palacio diamantino cuya inmensa fachada es diáfana como el agua, y cuyo pórtico, ornado de hermosos relieves, sube á una altura considerable: véñse á la entrada una multitud de estátuas de diamante, espectáculo tan maravilloso como el palacio de los Dioses, imaginado por Homero. Varias columnatas de cristal sostienen las bóvedas transparentes del edificio, multiplicando los rayos del sol, y al través de sus paredes diáfanas se descubren árboles, paisajes, escenas animadas, como cuadros ejecutados por el mas hábil pincel. Seis cañones de cristal y dos morteros con sus cureñas y ruedas, tambien de cristal, defienden la entrada del palacio. Inflamada la pólvora dentro de aquellos tubos, arrojan una bala de hierro sin ellos romperse. Dentro de aquellos salones mágicos se reúnen los grandes de una corte soberbia, y resuenan las melodías de una orquesta, y se improvisa un baile magnífico. Este prodigio ha existido por dos veces en San Petersburgo, pero todo este aparato grandioso y encantador, este suntuoso edificio no era mas que un poco de agua convertida en hielo, de la cual la industria del hombre habia hecho la magnífica morada de un monarca. Esto se vió en 1740 y á principios de este siglo.

La nieve, dice un autor, es para una gran parte del globo lo que las aguas del Nilo para el Egipto: cubriendo nuestras tierras de blancas y lucientes alfombras en la estación del invierno, impide que el frio destruya los granos y el germen de las plantas, y así calienta y fertiliza los campos. En las laderas del monte Atlas se ven desde abril las puntas verdes de las espigas atravesar la blanca superficie de la tierra, y crecer y desarrollarse á medida que se disminuye la nieve: apenas desaparece enteramente de los campos, cuando el trigo presenta sus doradas espigas que caen bajo la hoz del segador. Los habitantes de la Saboya y de la Suiza deben á la nieve toda su riqueza. Al regreso de la primavera, cuando la nieve abandona los pastos que ha conservado, los pas-

tores conducen sus ganados á la falda de las montañas, bendiciendo á la Providencia que cuida de vestir á la tierra para preservarla del rigor de las escarchas. Así es como el agua solo muda de forma para multiplicar sus beneficios.

Por lo demás, si la pintura es grande, considerada como arte de imitación, y considerada en general, no lo es menos cuando nos reproduce los vastos y variados cuadros de la naturaleza. Entonces el pintor crea en su fantasía y trasladada al lienzo, una de esas brillantes perspectivas, que sin tener modelo exacto en la realidad, le tienen en las partes de que se componen, y cuya combinación, conjunto y armonía constituyen esa potencia creatriz, inagotable en sus recursos y en sus formas de imitación. Pero cuando el pintor se propone representar un período determinado, como por ejemplo una hora del día, una estación, escoge hábilmente y ofrece reunidas las circunstancias mas marcables que caracterizan la perspectiva, al modo que el poeta que se propone pintar un ente moral, como por ejemplo un avaro, un tirano, elige todos los rasgos principales que pueden entrar para perfeccionar aquel tipo.

De ahí se deduce fácilmente que será mas difícil el presentar la imitación, cuanto mas difícil sea idear, escoger y armonizar las partes que deben componer el conjunto. La florida primavera, por ejemplo, con la abundancia de sus galas, con la riqueza de sus matizadas florestas, con todas las rientes gracias de la jóven naturaleza; el abrasado estío, con sus regaladas sombras, con los tesoros de sus doradas mieses, con las comparsas de los segadores; el fértil otoño, con su corona de pámpanos y con sus espumas de mosto, y con las alegres turbas de las cacerías, ofrecen mas que abundante cosecha para hermohear el cuadro vivo y bullicioso de una naturaleza pródiga de sus encantos ó de sus frutos. Pero la negacion de la vida, la ausencia del placer, la crudeza del invierno despoja la fantasía de atractivos como al árbol de sus hojas: el pincel, helado como la escarcha, no puede presentar mas que una privacion universal, la ausencia de la fecundidad y de la vida, esa vida reconcentrada toda en el corazon como en su último asilo: los animales, como los hombres, buscan todos un abrigo, y el pincel debe representar tambien el silencio de los aires, esa soledad de un cielo sombrío del cual se han alejado los coros de alados cantores que van en busca de climas mas dulces. El invierno es el emblema de la esterilidad y de la muerte, y aunque no carece de bellezas esta especie de desnudez, esta suspension de las fiestas de la naturaleza, requiere mas ingenio en el pintor y mas eleccion en los recursos.



Engraved by

R. Flinck sc.

Portrait

(de la femme de Gouvert Flinck.)

(of Gouvert Flinck's wife) (von der Frau Gouvert Flinck's.)

Portret zony Gouvert Flinck.

RETRATO

DE LA

ESPOSA DE GODOFREDO FLINCK.

(CUADRO DE REMBRANDT.)

No es de admirar que el famoso Rembrandt ocupára su pincel en hacer el retrato de la esposa de Godofredo Flinck , porque este habia sido su discípulo y amigo , y porque la esposa fué una mujer á quien Rembrandt amó con delirio , desde el momento en que la hubo conocido.

Flinck nació en Cleves en 1616 , y desde jóven manifestó su afición y su talento para la pintura. Despues de haber estudiado con varios maestros , se fué á Amsterdam , en donde entró en el estudio de Rembrandt , cuya máxima y gusto imitó de una manera admirable. Habiendo visto algunos cuadros de escuela italiana se aficionó á aquel estilo , lo estudió profundamente y llegó á ser un grande artista en aquel género, como habia ya conseguido serlo en el otro. Pintó algunos grandes cuadros históricos por encargo de la ciudad de Amsterdam, y murió á la edad de 44 años , antes de haber terminado aquellas obras de que solo dejó tres completamente finalizadas. En un viaje que hizo á Italia se enamoró de una jóven florentina , hija tambien de un pintor, y se casó con ella. Al presentarla en Amsterdam, Rembrandt no pudo verla con indiferencia , y pidió á su antiguo discípulo que le permitiera retratarla. Flinck no tuvo inconveniente y el pintor hizo el retrato cuya copia tenemos á la vista. Adelina se presentó para ser retratada con los guantes puestos , y se obstinó en no quitárselos cuando Rembrandt quiso pintar las manos. Esto le hizo sospechar que las tendria defectuosas , porque no era de ningun modo probable que á tenerlas tan bellas

como la cara se hubiera negado á ponerlas de manifiesto al que debia trasladarlas al lienzo. Flinck quedó muy contento del retrato hecho por su maestro : mas tampoco le sacó de duda relativamente á las manos de Adelina , limitándose á decirle que eso habia sido un capricho de su esposa. Así quedaron las cosas durante la vida de Flinck , manteniendo Rembrandt una cordial amistad con la familia , sin que no obstante consiguiera mas aclaraciones con respecto á sus dudas , pues Adelina llevaba siempre los guantes puestos , y nunca pudo Rembrandt hallarse en ninguna de aquellas escenas de familia , en que hubiera sido indispensable necesario presentarse con las manos desnudas. Creyó haberlo conseguido cuando con motivo del casamiento de una hermana convidó á la comida de boda á Flinck y á su esposa , y fué el convite admitido por ambos. Realmente asistieron á la boda : mas pocos momentos antes de sentarse á la mesa Adelina se puso enferma y hubo de retirarse á su casa. Desde aquel dia no hizo Rembrandt diligencia alguna mas á fin de aclarar aquel misterio : comprendió que Adelina tenia un empeño decidido en ocultar las manos y juzgó que sería ya una impertinencia insistir en el descubrimiento de ese arcano.

Adelina habia inspirado á Rembrandt un amor verdadero y que iba cada dia en aumento ; mas en medio de ese afecto vehemente que le inspiraba ocurríanle dudas que no le dejaban tranquilo. Si las manos hubieran sido naturalmente defectuosas perdonáralo el amante de muy buena gana ; pero muchas veces le ocurrió la idea de si padeceria en ellas alguna dolencia que las hiciera asquerosas y repugnantes. Rechazaba ese pensamiento con ira ; pero no podia sufcarlo del todo : y muchas veces estuvo á punto de separarse de la amistad y de las relaciones que sostenia con Flinck , temiendo que si un dia resultaban verdaderas sus sospechas , se veria precisado á verificar una retirada brusca y que ofenderia á su amigo.

En este estado se hallaban las cosas cuando Flinck murió casi repentinamente y mientras Rembrandt estaba ausente de Amsterdam. Al volver á esta ciudad fué á ver á su viuda , y la halló tan hermosa como siempre , aunque tenia pintado en el rostro el dolor que le causaba la pérdida del marido á quien habia amado entrañablemente. Estaba Adelina abrigada con un holgado ropon debajo del cual tenia ocultas las manos ; mas en un movimiento que hizo con la cabeza se le vinieron al rostro sus largos cabellos y con la mayor sencillez del mundo sacó de debajo del ropon la mano derecha para retirarlos. Rembrandt se quedó pasmado : en su vida habia visto una mano tan hermosa : las que en años anteriores habia buscado para modelos de sus cuadros eran feas al comparlas con la que Adelina le presentaba por la vez primera. Por un momento tuvo una alegría inexplicable ; mas luego le ocurrió la idea de que no habia visto mas que la mano derecha , y que bien podia ser que el defecto ó la dolencia estuvieran en la izquierda. Quedóse pues como antes , y aun peor si cabe,

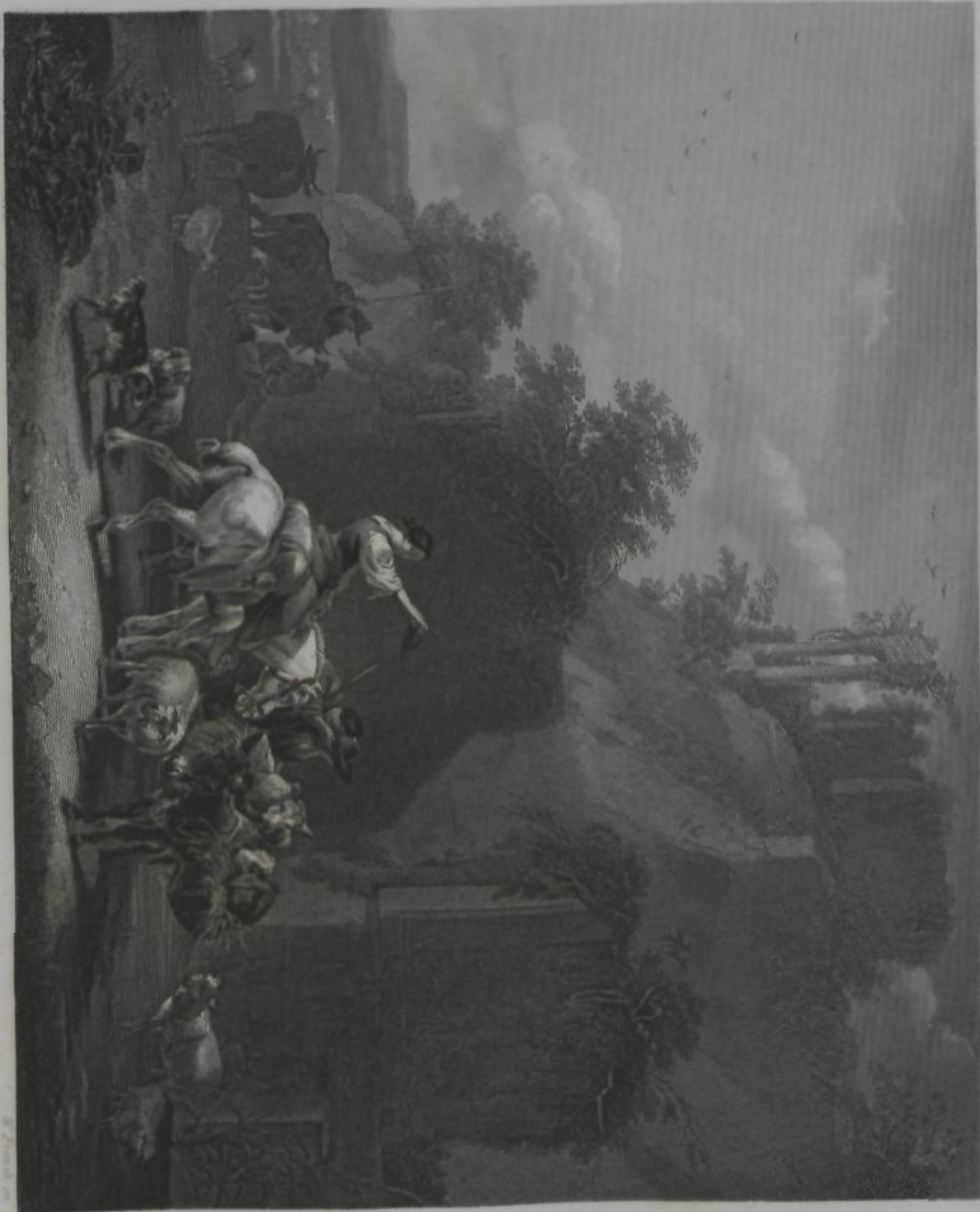
porque pensar que á aquella hermosísima mano corresponderia otra asquerosa ó mutilada era una idea atroz. ¿Cómo lo haria Rembrandt para salir de esta última duda?

Algunos meses transcurrieron sin adelantar un paso, porque el invierno era frio, la viuda le habia recibido pocas veces, y en todas ellas la encontraba rebujada en el ropon, y con las manos resguardadas debajo del mismo. Aguardó la primavera con la seguridad de que desaparecería el ropon y de que tal vez alguna casualidad como la pasada pondria de manifiesto la mano izquierda. Vino por fin el mes de mayo, y con él la época de las flores á que Adelina era tan aficionada como una holandesa. Tenia en casa un pequeño jardin y cuidaba con mucho esmero los hermosos rosales que habia hecho traer de su patria. Mas como las rosas tienen espinas y los rosales están erizados de ellas, cuidaba de estos llevando metidas las manos en los guantes. Rembrandt la encontró una mañana ocupada en aquella tarea, y decidido á no salir del jardin sin salir antes de sus dudas, la ayudó al arreglo de los rosales, y con mucho disimulo y destreza hizo de modo que se le clavára en la mano izquierda una aguda espina. Dió Adelina un grito, que conturbó el alma de Rembrandt, creyendo que hubiese herido una parte dañada; pero Adelina sin dar al hecho mas importancia que la natural de una punzada imprevista, acudió al instintivo remedio de meter el dedo herido en la boca; y como para esto era un estorbo el guante se lo arrancó aprisa y espuso á los ojos del sorprendido artista una mano hermana carnal de la bellísima que ya conocia. Quedóse pasmado; Adelina notó su asombro y le preguntó qué le sucedia. Rembrandt entre confuso, avergonzado y arrepentido confesó todo lo que en sus adentros habia pasado; añadiendo que ahora comprendia bien la razon de que siempre llevára las manos cubiertas. ¿Y cuál es? preguntó Adelina. El temor de que el sol y el aire las marchiten. ¿Tan hermosas os parecen? preguntó Adelina con gazmoñería. Tanto, dijo Rembrandt, que me consideraria el hombre mas feliz del mundo si os dignarais darme una de ellas. Las dos son vuestras, dijo Adelina, tomad la que gustéis. Rembrandt cogió las dos, las cubrió de besos; y á los pocos dias enlazaba su derecha con aquella derecha tan hermosa, y un sacerdote los unia con lazo indisoluble. Rembrandt quiso que en adelante su esposa continuára llevando las manos cubiertas, temiendo que aquella belleza se malograra, ó que llamase la atencion de otro hombre. El mismo empeño habia tenido Flinck, porque uno y otro conocian el mérito de una mano hermosa, y todo lo que es capaz de inspirar al que posee el sentimiento de la belleza.

El elogio de este retrato está hecho sabiendo quién es su autor, cuyas obras figuran con razon entre las de los mas aventajados artistas. Se distinguen las de este por su entonacion robusta, y su valentía: siendo notable en par-

particular las muchas que ha hecho sacando un partido asombroso de la luz artificial y del resplandor del fuego. Todos los museos de las ciudades del norte poseen cuadros de este autor, que pintó mucho, y que en su género y gusto puede reputarse, si no por único, por el primero al menos entre cuantos han trabajado por su estilo.

Juan Cortada.



*Shepherd
with his flock
in a mountainous
landscape*

PAISAJE.

(CUADRO DE N. BERGHEM.)

Es la naturaleza tan variada, fecunda y caprichosa, que no hay sitio alguno en la tierra que no ofrezca asunto para un hermoso cuadro de paisaje. A esto se deben la infinidad de pinturas que los artistas han dedicado á este objeto, como el sin número de descripciones que leemos en los poetas y novelistas. Y sin embargo de que parece que la materia debiera haberse agotado, ó hacerse pesada la pintura y la descripción de este género de asuntos, no es así, porque en cada uno que el arte presenta hay alguna novedad, como la hay en cuantos ofrece la naturaleza. Basta viajar una legua para ver multitud de puntos que pudieran ser representados con novedad en un lienzo ó espuestos en un escrito. Cierto que el agua al fin y al cabo es siempre agua; pero unas veces se nos presenta marchando majestuosa y lentamente en abundante caudal, otras la vemos serpentear como una cinta entre el verdor de las márgenes, cuyas yerbas lame y tuerce hácia el suelo; ya se despeña en atronador torrente arrebatando la tierra que forma su cauce; ya desprendiéndose en espantable catarata levanta una nube de espuma que ciega los ojos, mientras con el estrépito de su caída ensordece al hombre que está cerca, y hace retumbar las concavidades de cerca y las lejanas. Ahora la contemplamos en ancho y dilatado lago, encrespándose á los azotes del viento, y lanzándose furiosa contra las orillas, produciendo en ellas una bruma que de léjos indica la ira que agita al lago. Si nos fijamos en sus colores cabe observar en ellos tanta variedad como en su curso. Azul en los lagos profundos, azul claro en los rios caudalosos, roja y espumosa en los torrentes, blanca y cristalina en los arroyos, y pintada en las

fuentes con todos los colores de las piedras y de la tierra que forman su angosto lecho, podemos decir que no tiene color propio, sino que admite ya los de las nubes que tiene encima, ya el azul del firmamento, ya el verde de los árboles que crecen en sus orillas, ya el de las tierras que arrebatan, ya el de todos los objetos por encima de los cuales se desliza.

Y basta seguir el curso de un solo manantial para observar todos estos accidentes; porque el mismo arroyo que corre manso y murmurador entre los cantos rodados, cuya superficie él mismo ha puesto lisa y brillante, al encontrar una peña que asoma por encima de su lecho se lanza por ambos costados, salta por encima, forma espuma, se hace ruidoso y travieso, para otra vez correr mansa y dulcemente cuando no halla obstáculo, y se despeña furioso cuando encuentra una roca verticalmente tajada, y serpentea entre la maleza y entre las piedras buscando el camino mas hondo; y convertido en cien brazos se sumerge en el receptáculo natural ó artificial á donde le conduce la naturaleza del terreno que recorre. Y en todos esos accidentes es bello, es caprichoso, ofrece novedad y variaciones sin cuento, que cambian á cada instante, porque mientras corre trabaja de dia y de noche, carcomiendo las piedras que halla al paso, llevándose la tierra de las márgenes, redondeando los cantos que no pueden resistir su empuje, socavando el lecho por donde camina, torciendo el curso cuando de pronto no puede romper el obstáculo, saltando por encima cuando los mismos objetos que arrastra se amontonan y le disputan el paso, y estendiéndose cual si quisiera formar un lago cuando halla un suelo plano.

Así pudiéramos ir discurriendo acerca de todos los objetos que la naturaleza nos presenta; y en todos ellos encontraríamos las mismas variaciones, igual número de accidentes, tan nuevos siempre, tan bellos, tan inesperados, que no podemos verlos sin proferir una exclamacion que manifiesta nuestra sorpresa y el placer que su vista nos ha causado. Buscad en la naturaleza un objeto uniforme y hecho á compás y á regla, como nuestras calles y nuestros paseos, y no encontrareis ninguno. Esa regularidad, esa monotonía son contrarias á la naturaleza, cuya hermosura está fundada en la variedad continua. *Per troppo variare natura e bella.* Tambien en la naturaleza hay paseos y calles de árboles; pero en vano buscaríamos la igualdad en las distancias entre estos, ni el paralelismo en las dos líneas de aquellos; los árboles nacieron en época distinta, son de distinta clase, y ni su altura, ni su forma, ni su color son iguales. El todo tiene regularidad, las partes no están sujetas á regla alguna. Por esto la naturaleza es tan bella: por esto á cada paso nos presenta un paisaje diferente: un paseo nuestro, aunque diese la vuelta al mundo no ofrecería variacion alguna; el primer paso seria igual á todos los demás; en la naturaleza cada paso es distinto del anterior y del que le sigue.

En todos los países los pintores han producido muchos cuadros de paisaje; y

esto no debe admirarnos, porque el pintor sabe que en ninguna parte ha de encontrar modelos mas hermosos que en la naturaleza, y á ella va á buscarlos. Pero no en todos los países son iguales los cuadros de tales pintores: cada uno copia lo que tiene á la vista, viniendo con esto los cuadros de paisajes á ser un album que representa el carácter y las costumbres de todos los países del mundo. En el norte se ven muchos cuadros de países nevados, en el mediodía se ven cuadros de países en donde se nota el ambiente caluroso, aun cuando no reveláran los árboles y otras plantas que el pintor tenia á la vista un sitio en país meridional. Una singularidad se nota no obstante en los museos de los países del norte, singularidad que se comprende luego que se ha reflexionado un poco. En efecto, en aquellos países en donde la niebla durante ocho meses reduce á muy limitada estension el horizonte, en donde la luz del dia aparece á las diez de la mañana para ocultarse antes de las tres de la tarde, en donde es un acontecimiento ver todo un dia sereno, ó una puesta de sol que deja el horizonte de color de naranja y oro, es precisamente en donde se ven mas cuadros en que está representada una hermosísima tarde ó una mañana deliciosa. Y es que como esas escenas son muy raras, ofrecen á los ojos de los pintores una novedad que no desaprovechan, al paso que en nuestros países en donde esa belleza es de todos los dias no ofrece cosa notable, y por lo mismo no llama tanto la atencion de los artistas. Y los cuadros de esta naturaleza pintados por los artistas del norte son bellísimos, porque el autor no pierde ninguna circunstancia, no omite accidente alguno, y descende hasta la mas pequeña minuciosidad para reproducir fielmente un espectáculo que se presenta raras veces.

El paisaje que tenemos á la vista es bello y de grandísimo efecto: considerado con atencion se ve que hay de todo. Ruinas de un edificio antiguo allá en la cumbre de un monte, otro edificio en país menos montuoso, árboles, animales, hombres, y en primer término un hermosísimo grupo, cuyos detalles tienen mérito muy grande. El traje de las personas y la estampa del caballo revelan el país representado, que no es por cierto meridional; y sin embargo, el paisaje respira un ambiente delicioso, y revela un dia claro y despejado, y una atmósfera muy pura. Esta lámina es del género de aquellas que el grabado no puede reproducir fielmente: el cuadro original debe ser de grandísimo y muy agradable efecto. Su autor es conocido como paisajista, y no hay en el norte museo de importancia que no haga gala de ostentar alguna obra de este afamado artista.

Juan Cortada.

CRISTO INFANTE.

(CUADRO DE CARLOS DOLCE.)

Después de haber hecho alguna escursión por los campos de la fábula y por las bellas artes de imitación, volvemos á tomar el hilo de la historia; pero no de la historia como quiera, en sus hechos oscuros ó descarnados, sino en su parte mas delicada y trascendental, en su bello ideal, pudiéramos decir, en su tipo mas acabado, en su perfeccionamiento moral, en aquel á quien la razon y la filosofía reconocen como al mas grande de los hombres, y la fe confiesa como un Hombre-Dios.

En el cuadro de la Magdalena penitente hablamos ya de la dulce y sentimental espresion y del elevado sentimiento que Carlos Dolce sabe imprimir en todas sus obras cuya belleza artistica le fué inspirada por la Religion. El infante divino descubre en la suavidad de sus contornos y en su dulce fisonomía cierto candor celeste que arrebatada y encanta. Un tinte de tristeza revela en sus ojos los vastos designios de un amor inagotable. Verdad es que en vano buscamos en su rostro pensativo la natural y bulliciosa jovialidad de los primeros años. De infante no tiene mas que la beldad, la ternura y la inocencia, y bajo el velo infantil se trasluce el pensamiento de un Dios. Flotan blandos y hermosos sobre sus hombros los rizados cabellos que realzan la dignidad de las gracias infantiles, tipo extraordinario de un pueril semblante al través del cual pudiera decirse que la Divinidad despide sus primeros rayos.

De la infancia de Cristo ha dejado la historia muy breves palabras. «El infante á medida que crecía en edad iba creciendo en sabiduría y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.» Veremos cómo deben entenderse estas palabras aplicadas al niño Dios.

G^o DE MUNICH. P. 22



Carlo Dolce pinx^t

A.H. Payne sc.

Le Christ enfant.
The Child Christ. Der Knabe Christus.
Dziociątko Jezus.

Published for the Proprietors by A.H. Payne, Dresden & Leipzig.

INSTITUTO
DEL TEATRO
Biblioteca

Sabido es que ese Verbo divino que habitó entre nosotros quiso revestirse con todos los atavíos de nuestra naturaleza humana, sin que en las apariencias se presentase á la tierra como un fenómeno extraordinario, siguiendo el curso natural de la vida hasta la edad de doce años en que desplegó su sabiduría, y la de treinta en que hizo ostension de su poder. En el comienzo de su existencia como hombre, quiso sujetarse á la indigencia, á la privacion y al dolor, porque así lo exigian los elevados designios por los que habia venido al mundo. En su tierna edad debemos pues estudiarle como al comun de los hombres, bien que en el mas alto grado de perfeccion. ¿Qué es la infancia? Lo que á primera vista se nos presenta en ella, ha dicho un hábil y profundo observador de la naturaleza moral, es su debilidad, que nos inspira una tierna compasion. Y sin embargo esa debilidad hace toda su fuerza, y le dá sobre cuanto le rodea un imperio que la ambicion de los hombres se esforzaria en vano á conquistar. La naturaleza ha dotado á esta debilidad de un hechizo seductor y de una gracia irresistible: el niño lleva en su frente ingenua la marca del candor, de la ternura, de la confianza, de la verdad y de todas las calidades que atraen y fijan el corazon. Sin desconfianza, sin sospecha, sin disfraz alguno, su palabra es la fiel espresion de su pensamiento; sus acentos tienen algo de tierno y celestial; todos sus movimientos, sueltos y sin afectacion, tienen una gracia que el arte no puede imitar. Su sonrisa nos encanta, sus lágrimas nos mueven, y sus ruegos nos obligan. La magia de esta amable niñez, de esta primavera de la existencia, de esta aurora de la vida, tiene tanto poder sobre nuestra imaginacion, que le presenta sin cesar todo cuanto recuerda la pureza, la gracia, la felicidad. Si queremos formarnos una idea de ese mensajero de la primavera, de ese gentil vientecillo que se aromatiza acariciando las flores, nos le representamos bajo la forma de un niño alado, y mil ligeros céfiros revolotean entonces por el aire en derredor suyo. Las almas tiernas y piadosas que buscan la proteccion del cielo, invocan la mediacion de aquellos niños celestes que hacen resonar el empíreo con la armonía de sus voces angelicales. Y cuando los mortales, entregados á los afectos terrestres, quieren pintar este sentimiento dulce é imperioso que puebla y gobierna el mundo, que inspira tantas acciones grandes y tantos crímenes, que dá tanta fuerza al alma y que tanto la debilita, consuelo de tantos quebrantos, fuente de tanta dicha y causa de tantas penas, fingen un dios niño, árbitro del cielo y de la tierra, y le representan alado, ciego y armado, con la sonrisa en los labios y la malignidad en los ojos, amamantado por la belleza y mecido por las gracias. Así pues, este amor tan poderoso, que ha sido siempre, es y será el móvil de casi todas nuestras acciones, no se presenta á la imaginacion sino revestido y ataviado con los hechizos de la infancia.

La infancia pues es la personificacion de todo lo mas bello y encantador de nuestras ideas, es lo mas hermoso en el orden físico y lo mas atractivo en el ór-

den moral, es el embeleso de la vida, es, bien que rápida y deleznable, una especie de realidad de nuestras ilusiones, cuyo precio no se conoce por desgracia sino cuando se ha perdido, es un asomo de goce de felicidad, al que sigue tan solo la ilusión de la esperanza, siempre incierta y fatigosa, y casi siempre perdida. ¿Hay algo más dichoso que esta primera edad? continúa exclamando el observador poco ha indicado. La tierna infancia, rodeada de apoyos, de caricias y de benevolencia, no conoce la sospecha, ni el odio, ni la ingratitud, ni la envidia; no vé en torno suyo más que el amor y la amistad: la entrada de su vida está sembrada de flores, y todos se apresuran á desembarazarla de las espinas: ignora el yugo de las leyes, los caprichos de la fortuna, la vergüenza vinculada á la pobreza, el precio del oro, las querellas de los partidos, las antipatías personales, la ambición del poder, la humillación de la dependencia, el orgullo de las jerarquías, los horrores de la muerte y la incertidumbre del porvenir: no brillan á sus ojos más que el gozo y la esperanza, y cuando los hombres primitivos soñaron el siglo de oro, sin duda se acordaban de los breves y plácidos días de su primitiva infancia.

Estos rasgos característicos de la infancia del hombre en todo lo que tienen de puro y encantador debían tener su aplicación en el infante tipo, en el que era esencialmente la misma inocencia, la misma ternura y la misma bondad. Aquella infancia santa debió pasar en un corto pueblo de Galilea llamado Nazareth, en el silencio y en el retiro, en el trabajo y en la humildad, lejos de la vista de los hombres, ennobleciendo el trabajo, santificando la fatiga que el orgullo del mundo mira con desprecio, y haciendo de la vida más oscura una senda secreta para la gloria y la inmortalidad. Cristo Dios hombre se dignó conocer por sí mismo el hambre, el trabajo y la muerte, estas tres plagas contemporáneas de la humanidad. Siendo fuente de toda ciencia quiso sin embargo para su desarrollo como hombre pasar por esa gradación progresiva de la inteligencia que condena á la inercia intelectual los primeros años de nuestra existencia. Como Dios, así en la cuna como en el Gólgota, era la inteligencia eterna de su Padre, pero como hombre parecía no tomar parte alguna en los designios de Dios, y estar en actitud puramente pasiva. No quiso que el privilegio singular de Criador impidiese ni alterase el estado de desenvolvimiento propio de la criatura. Víctima que crecía para ser inmolada á la gloria del Padre y que se fortificaba para llevar el peso de las iniquidades del mundo, aunque era la sabiduría de Dios no hacía aparecer de ella sino lo que guardaba proporción con sus años para ser el modelo de todas las edades. No apeló á un milagro para apresurar la progresiva expansión de su razón. Omnipotente, se redujo á la debilidad infantil, y Palabra eterna del Padre, balbuceaba las palabras y no podía expresar sus pensamientos; y quien era la razón suprema, parecía tenerla envuelta en las tinieblas y en la ignorancia de la primera edad.

Cristo en Nazareth se distinguia desde su oscuro retiro por aquellos rasgos de dulzura , de sumision , de docilidad y de prudencia que hacen amable á los ojos de Dios y de los hombres. Crecia asimismo en gracia , ó mas bien en él residia como en su mas preciosa hechura la gracia de Dios. Gracia exterior por los encantos de su persona , que le hacia , en espresion del Profeta , el mas bello entre los hijos de los hombres. En su aire , en sus maneras , en sus discursos se descubria una modesta dignidad de que no podemos formarnos idea. ¡ Y quién entrará en su gracia interior y divina , en aquella gracia de que era él autor y fuente y que venia á comunicar al mundo como un goce anticipado de la gloria inmortal ! No por eso desdeñó las lecciones que caian de los labios maternos como un rocío del cielo. Sublime mision la de una madre , y la de la Madre de un Dios ! Aquella doctrina penetraba á un tiempo en el pensamiento y en el corazon , y los tiernos labios del infante se ensayaban en cantar las alabanzas divinas que repetian estasiados en los cielos los coros inmortales !

El alma de Jesus pasaba horas enteras absorta en la contemplacion de la naturaleza, en la cual veia su propia obra , comunicando con Dios acerca de los vastos designios de su mision divina. La santa madre le contemplaba , y respetaba estas meditaciones profundas en las cuales se interesaban los destinos del mundo ; y aunque al considerar á este vencido y postrado á los piés de su hijo, su alma santa iba á entregarse al júbilo por aquel porvenir de gloria , de repente la profecía del anciano del templo se presentaba lúgubre como una tumba en el fondo de esta perspectiva encantadora : un estremecimiento involuntario corria por las venas de la pobre madre. Gritábale una voz secreta: Es necesaria una espiacion por medio de sangre ! preciso es que muera el Cristo ! Entonces la humilde hija de David , dejando su trabajo á que le condenaba la indigencia, corria en busca de su hijo : necesitaba verle , estrecharle en su seno, que un abrazo le asegurase de su vida , y el niño Dios , suspendiendo por un instante sus meditaciones sublimes, correspondia con un abrazo el afan maternal. Y Dios estaba contemplando aquellas dos víctimas que aun en los mútuos goces de su ternura sentian el tormento de una prevision fatal , y se resignaban siempre á su voluntad soberana.

Es de presumir , y lo indica el Evangelio , que el niño Dios prestó siempre á María y á su santo esposo todos los cortos servicios que le permitian sus fuerzas naturales , pues la sumision llevaba consigo la cooperacion á las domésticas fatigas. Aunque el Sagrado Testamento guarda tanto silencio acerca de la infancia de Jesus , la tradicion se esmeró en llenar este vacío ; y entre las leyendas que la Iglesia admitia en las liturgias de las grandes festividades , era otra de ellas el Evangelio de la Infancia del Salvador ; y además las leyendas relativas á José y á María pueden considerarse tambien bajo diversos respetos como leyendas del infante Jesus ; y por los pocos pormenores que dan sobre los primeros años del

divino Niño puede muy bien sospecharse que hubo muchos otros consagrados á tan gracioso objeto. El instinto de la poesía popular es el mismo en todos los tiempos y en todos los países, y uno de sus caracteres es el llenar con sus creaciones maravillosas los intervalos abandonados por la historia en las vidas de los grandes personajes. El espacio pues que dejó en la sombra la historia-evangelio es el que se estiende desde el nacimiento del Salvador hasta el principio de su predicacion, salvos dos ó tres acontecimientos aislados; y aun cuando nada supiésemos de las creaciones de la poesía cristiana sobre aquella época, podríamos sin temor de engañarnos y conducidos por la sola analogía, afirmar su existencia. Mas no estamos reducidos á conjeturas, sino que tenemos pruebas ciertas de que existen leyendas sobre la vida de Jesus anteriores á su apostolado, y hasta de ellas nos han quedado considerables fragmentos. Y en efecto, reconocemos como un fragmento de la gran série de evangelios compuestos sobre los primeros tiempos de la vida de Jesucristo el que nos ha llegado con el título de «Evangelio de la Infancia del Salvador,» y cuyo original árabe fué publicado por primera vez á fines del siglo XVI por Enrique Sickius. Esta leyenda es á la vez una de las mas conocidas y una de las mas antiguas de la coleccion de los apócrifos, y todo induce á creer que remonta al siglo de los apóstoles. Háse atribuido á S. Mateo, á S. Jaime, á S. Pedro, pero mas generalmente á Sto. Tomás. Cree S. Ireneo que es obra de los Marcosianos; Orígenes le dá por autor á Basílides: Eusebio dice en general que es una composicion herética: S. Cirilo lo atribuye á los Maniqueos, y muchos autores antiguos han seguido su opinion. Todo esto no prueba sino que la tal leyenda, precisamente á causa de su antigüedad, y del crédito de que disfrutó desde luego, fué adoptada por todos los herejes, los cuales la apropiaron ó amoldaron á sus opiniones; porque en el fondo no pasa de ser una coleccion de tradiciones mas ó menos aventuradas sobre la huida de la Santa Familia á Egipto, su residencia en aquel imperio, su regreso á Jerusalem y la educacion del niño Jesus. Así Pedro de Limbrach nos parece el mas razonado de los comentadores cuando dice, que este libro es puramente el producto de la imaginacion popular. Es de creer sin embargo, que no todo absolutamente es poesía, y que hay alguna realidad en las anécdotas que contiene sobre el Salvador. Nos lo induce á creer así en primer lugar la veneracion que ha encontrado siempre entre los orientales, además este nombre de *Quinto Evangelio* que se le dió desde un principio, y por fin la identidad de la mayor parte de los hechos en todas las versiones que se han escrito en Africa, en Grecia, en Asia. Los viajeros le han encontrado en Persia, en Siria, entre los coptos del Egipto, entre los árabes del desierto, entre los cristianos de Santo Tomás en la India; y en todas partes, cualquiera que fuese la forma y el título, esta leyenda les ha parecido sustancialmente la misma. Los mahometanos mismos, incorporándola en el libro de su mentido pro-

feta, no la han alterado sino en puntos secundarios. Fabricio y Thilo son de parecer que la redaccion primitiva del « Evangelio de la Infancia » se hizo en lengua siríaca, que era la lengua de comunicacion para todos los pueblos del Asia en los primeros siglos de la Iglesia, y que habrá sido traducida del siríaco á todos los idiomas del Asia. Nosotros no poseemos mas que el testo árabe, traducido al latin por Enrique Sickius. Existe es verdad en griego un Evangelio de la Infancia, atribuido á Sto. Tomás, pero no son sino fragmentos de una version del verdadero Evangelio de la Infancia: fragmentos alterados, incompletos, que no merecen atencion alguna. Vamos á dar, siguiendo á Sickius, el rápido análisis de este viejo monumento de la tradicion cristiana.

« En el nombre del Dios único, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Empezamos con su ayuda y bajo sus auspicios la historia de los milagros de nuestro Señor, Maestro y Salvador Jesucristo, llamada el Evangelio de la Infancia. Que la paz del Señor sea con nosotros. Amen.

Hallamos en el libro del pontífice José que vivió en tiempo de Cristo, que Jesus, estando en su cuna, dijo un dia á María su madre: « Yo soy el hijo de Dios, Jesus, el *Verbo* cuyo advenimiento te anunció el ángel Gabriel. Mi Padre me ha enviado para la salud del mundo. » Tal es el preludio de esta leyenda. Refiere en seguida el viaje de José á consecuencia del edicto, el alumbramiento en la gruta de Belen, la llegada de los pastores, la de los magos, la cólera de Herodes y la huida á Egipto. Este viaje de Egipto está lleno de maravillas. Cuando el Infante divino se aproxima á las ciudades y villas, los ídolos caen de sus altares, los enfermos curan, por cuyo motivo José y María, temiendo el enojo de los sacerdotes, se ven obligados á dejar la ciudad ó pueblo en donde se habian primero establecido, y en donde estas maravillas habian producido una grande agitacion. « Despues de haber andado algun tiempo, continúa la leyenda, cayeron en una cueva ó guarida de ladrones, que les robaron todos sus efectos y todos los víveres que llevaban, y lo mismo hicieron con una caravana que iba con ellos en el desierto. Mas al momento en que los bandidos se ocupaban en recoger su botin, hé aquí que por la parte de la ciudad se oyó un grande ruido como de un ejército real que saliese con instrumentos de guerra y numerosa caballería de trote. Azorados los ladrones pusieron sus piés en salvo, dejando por tierra los despojos de que se habian apoderado. Entonces los viajeros, atados y tendidos en tierra, se levantaron, rompieron sus ataduras, y acercándose á José y á María les preguntaron: ¿ En dónde está pues el rey cuyo estrépito acabamos de oir, y cuya proximidad nos ha libertado? Detrás de nosotros viene, respondió José. Llegaron á otro pueblo, y una mujer poseida del demonio que permanecia desnuda al borde del camino, reconociendo á Jesus, le maldijo, y Jesus la libró y le volvió la salud; mas en la mañana siguiente se vieron obligados á ponerse otra vez en camino. Al caer la tarde, bajan á una aldea, en donde son acogidos por una familia que

estaba celebrando un matrimonio, pero esta familia estaba muy triste, porque la jóven desposada habia quedado repentinamente muda. Mas habiendo tomado al niño Jesus en sus brazos, y dádole besos, recobró al momento la palabra. El resto del camino es una série no interrumpida de prodigios. Cierta dia, que era el término del viaje, dieron con una banda de ladrones, que tenia por jefes á Tito y á Dumacho, dos bandidos de fama en aquel país. Quería Tito que se dejase pasar á la santa familia sin hacerle daño, ni despojarla, pero su compañero se oponia. Y para calmar la avidez de aquel jefe, Tito destacó de su cintura treinta draemas que contenia, y se las dió. Al ver el desprendimiento de este buen ladrón, exclamó María: El Señor os perdonará vuestras faltas y os recibirá á su diestra. Y añadió Jesus: Dentro de treinta años estarán el uno á mi diestra y el otro á mi izquierda; pero solo Tito me precederá en el cielo. Otro dia hicieron alto en un lugar desierto, y se quejaban de no tener agua. Jesus hizo brotar del seno de la tierra una fuente que les refrescó, y no cesó de manar en adelante. Y junto á este manantial edificóse una ciudad, y esta ciudad es en el dia la del Cairo. Despues de tres años de destierro en el extranjero, la Santa Familia volvió á Judea, en donde la presencia del niño Jesus obró muchos prodigios, cuya mayor parte se reducen á alivios y curaciones, debidos á la compasion de María para con los desgraciados. En toda esta leyenda María sostiene el carácter de la mas excelente y sencilla de las mujeres. A la edad de siete años Jesus toma ya una actitud firme y decidida. «Cierta dia jugaba con otros niños de su edad, entreteníendose como ellos en formar pequeños pájaros con barro blando; competian en quién trabajaria mejor su obra, y haria de ella mas buen uso. Yo voy á mandar á mis pájaros, dijo Jesus, que se vayan. ¿Eres pues tú el Hijo de Dios? le preguntaron sus camaradas. Mas Jesus, sin responderles, mandó á sus pájaros que marchasen, y al momento tomaron su vuelo. Ordenóles despues que volviesen, y volvieron de corrida. De este modo habia hecho muchos gorriones que le obedecian exactamente, caminando, deteniéndose, volando y parándose á su voz, y viniendo á comer y beber en su mano.» Esta pequeña historia es muy graciosa, y aunque sea asaz conocida, nos hemos complacido en reproducirla por la frescura y candidez que respira. Otra hay no menos linda de la resurreccion de un niño mordido por una serpiente, y muerto de resultas de su herida. En gracia de la brevedad no la trasladamos aquí, como ni tampoco la del tintorero, y la del triunfo de Jesus llevado por los niños al través de las calles y entre los cánticos de aquella pequeña y bulliciosa comitiva. Entretanto Jesus iba creciendo, y José le llevaba consigo por la ciudad á sus diferentes trabajos que salian siempre felizmente. Hasta entonces no habia frecuentado la escuela. Habia en Jerusalem un maestro muy célebre llamado Zaccheo, el cual, inculpando á José porque dejaba crecer á su hijo en la ignorancia, quiso admitirle en su escuela. Mas apenas Jesus hubo puesto el pié en ella, se mostró desde luego superior á sus condiscípulos y á su

mismo maestro. ¡Oh José! volved á tomar á vuestro hijo, exclamó el pobre Zacheo, yo á su presencia no soy mas que un ignorante. Encargósele José otra vez, y le envió á otro profesor que pasó tambien por la confusion de reconocerse su inferior en sabiduría. Pasado algun tiempo, entró un dia de fiesta en el templo, donde asombró á los doctores. Un sabio, un filósofo astrónomo y matemático quiso interrogarle, y recibió de él respuestas cuya profundidad le dejó atónito. Por segunda vez el Niño, mas avanzado ya en años, entró en el templo, y disputó con los sacerdotes. Y allí fué encontrado por su Madre, que quiso amorosamente reconvenirle, y á la cual dirigió aquella severa respuesta que leemos en S. Lucas. «Desde aquel dia, dice nuestra leyenda, su vida sufrió un cambio. Empezó á ocultar las maravillas que él obraba, y á llevar una vida mas misteriosa, consagrando todo su tiempo al estudio de la ley. Así vivió hasta la edad de treinta años, época en la cual comenzó su mision, y en que, descendiendo el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, se oyó una voz del cielo que decia: Este es mi Hijo muy amado en el que me complazco.» Aquí termina la historia poética de la vida del Salvador. Las leyendas se han limitado á su infancia, y la imaginacion no ha osado violar el misterio de sus años de retiro. La série de los apócrifos, de este modo interrumpida, no vuelve á empezar sino despues de las escenas lúgubres del Calvario.

Por lo demás, puede fundadamente conjeturarse por las palabras del Evangelista, segun las cuales á medida que iba creciendo en años, crecia en gracia y en sabiduría delante de Dios, que Jesus, en cuanto á hombre, tenia su círculo, si bien limitado, dentro del cual ejercitaba la prodigiosa precocidad de su inteligencia, y tal vez de su poder, disputando con algunos hombres de ciencia, y dispensando alivios sobrenaturales á sus amigos ó conocidos, sin que empero estos actos tuviesen carácter alguno de publicidad. Por lo cual se significa con evidencia, que si bien tuvo en sí la plenitud de la sabiduría y de la gracia, no producía la una ni la otra fuera de medida, proporcionando á su edad sus discursos y sus acciones con el único objeto de edificar, pero no de captarse la admiracion. Vemos asimismo que el niño Jesus era llevado por sus padres á los ejercicios públicos de la Religion; pues José y María iban todos los años á Jerusalem por la fiesta de Pascua. La ley de Moisés ordenaba á todos los hombres y á todos los varones el ir tres veces á Jerusalem para ofrecer votos y sacrificios al Señor, es decir, á la fiesta de Pentecostés, á la fiesta de los Tabernáculos, y á la gran solemnidad de la Pascua. Segun apariencias, la Santa Virgen y S. José iban allá regularmente con el niño Jesus en los dias señalados, bien que S. Lucas no habla aquí sino de la Pascua, á causa del ya tan sabido suceso que pasó en aquella solemnidad de la pérdida del infante Jesus y de su hallazgo en el templo.

Las bellas artes han representado bajo mil formas distintas al niño Dios confundiendo en el templo de Jerusalem la sabiduría de los doctores. El continente y

la figura de Jesús grave y modesta, con todas las gracias de la mocedad y con el prematuro desarrollo de una razón divina, se muestran en aquella grande escena llenas de majestad y dulzura. Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos de color de bronce partidos sobre su frente á la manera de los nazarenos, y cayendo en rizos sobre sus espaldas, el semblante delineado como un tipo ideal de belleza, y la túnica cayendo en agraciados pliegues hasta los piés, se le hubiera tomado por el niño Samuel cuando el anciano pontífice Helí le llamaba para adiestrarle á su lado en el servicio del templo.

La infancia de Jesús, que ha sabido inspirar tantas instituciones de piedad y de amor humanitario, y cuyo recuerdo ha salvado millones de niños que se hubieran inmolado para no servir de carga á sus mismos padres, en la vasta estension del Celeste Imperio, ha sabido tambien inspirar al artista los mas puros y graciosos emblemas de inocencia y de candor, y sobre todo de amor divino. Entre los niños cristianos la imágen del niño Dios se ha repartido como un modelo de candidez y de ternura; y prescindiendo aun de su divinidad, como el tipo humano mas bello, mas encantador, como el objeto mas digno de sus sencillos amores y de sus inocentes caricias. Las vírgenes que se le consagran para siempre, las madres que le invocan para guarda y compañero de sus hijos saben sentir todo el embeleso de sus gracias divinas, ora duerma en el casto seno de su santa Madre, ora acaricie sus ovejas queridas, que son las almas que á él le quieren, ora muestre abierto su pecho inflamado con una llama inmortal. El pincel que temblára quizás de representarle cárdeno y espirante sobre el leño del Calvario en el gran sacrificio de la redencion humana, siente un placer en representarle infante y ornado con los atractivos de la inocencia original. Es imposible que la Divinidad se haya podido ofrecer á los hombres en formas mas dulcemente adorables; y el corazon de Carlos Dolce parece que al delinear este cuadro sentia algo de aquella inspiracion sublime que nos hace descubrir la majestad y el poder aun entre las gracias irresistibles de una infancia divina.

Joaquin Roca y Cornet.



Chasse a Loups.
M. Van Horn! (The Dogpack)
Polonois: nos! Kabanochka

LA CAZA DE OSOS.

(CUADRO DE FYT.)

Las horrendas y salvajes fragosidades de los Alpes , aquellos valles profundos que son otros tantos abismos , aquellas cumbres inaccesibles , cubiertas de nieves eternas , en donde los vientos braman con un furor espantable, aquellas enormes rocas , cuya majestad asombra , cuya inmensa mole bastaria para aplastar una ciudad si sobre ella se desplomára ; ese país salvaje y que al mismo tiempo es un tipo de la mas bella y portentosa magnificencia ; todo eso lo levantó en ese sitio la omnipotente voluntad del Criador para que el hombre lo admirára y se detuviese ante esa inconmensurable masa. Mas los hombres, cuya audacia no reconoce límites , que un dia acometieron la loca empresa de asaltar el cielo , que se lanzan temerarios sobre una tabla para atravesar los insondables abismos del Océano , los hombres léjos de arredrarse á la vista de ese dique cuyo límite ni siquiera alcanzan á medir sus ojos , asaltan esa muralla, pasan por encima de ella , y sumergiendo su cuerpo en la nieve, y presentando su altanera cabeza á las tempestades que arrancan y arrebatan cual leve pluma los árboles seculares , huellan esos enormes gigantes , y se trasladan á la parte opuesta.

El primer hombre á quien la temeridad comunicó tan asombroso atrevimiento habia nacido en la ardiente tierra de Africa , y dedicado á la guerra desde el dia en que su mano pudo manejar una espada , juró ante los altares de sus dioses , que nunca se extinguiria ni se amenguaria en su indómito pecho el odio que su patria tenia á Roma. Y cumplió ese juramento atroz , y lo cumplió con una constancia y una ira inconcebibles, sin que ningun obstáculo , ningun

contratiempo, ni aun la negra ingratitud de su patria bastáran á distraerle un punto del único objeto que fué el tema de su vida entera.

Ese hombre era Aníbal, que al frente de sesenta mil combatientes escaló ese mundo de rocas y de nieves, que para llevar á cabo su temerario intento obligó á sus soldados á ejecutar obras de gigantes, que sacrificó en esa empresa la vida de treinta mil de ellos; y que con los treinta mil restantes, lleno de orgullo, asomó la cabeza por encima de esas altaneras cumbres, y les mostró á sus piés la hermosa tierra de Italia, á cuya conquista los llevaba. Quebrantados, rotos y sin aliento llegaron esos hombres al término de tan audaz escalamiento; pero al fin habian superado todos los contratiempos, vencido todos los obstáculos y alcanzado el objeto que Aníbal se habia propuesto. El camino quedaba abierto, y mas de una vez la ira de los hombres les habia de sugerir la repetición de la empresa.

Julio César, triunviro no mas, pero alimentando en su seno la ambición de ser señor del mundo, holló la misma senda, cuando creyendo que no era llegada todavía la hora de su triunfo, dejaba á sus dos rivales en Roma, y volaba á las Galias en busca de conquistas que le dieran riquezas, gloria y un ejército adicto á la fortuna de su jefe. Aníbal habia pasado de la Galia á Italia para caer como un rayo sobre esta tierra á la que habia jurado eterno aborrecimiento; César pasó de la Italia á la Galia para vengar sobre esta la parte que habia tomado en la invasión del africano. Dos generales, dos ejércitos, dos pueblos sacrificados aquellos y estos á la ambición de los primeros. La Italia y la Galia lloraron la venida de esos dos hombres: la primera á duras penas pudo conservar su independencia salvándola á costa de la sangre de doscientos mil hijos suyos: la segunda la perdió para no recobrarla hasta despues de cuatro siglos de una lucha encarnizada con sus dominadores. El ultraje quedaba vengado, mas no lo olvidó la Galia, y el transcurso de catorce siglos no fué bastante para que la Italia alcanzára el perdón del pueblo ofendido.

Germinó el odio que nació de la invasión y del dominio, se renovaron y desaparecieron las generaciones, transformáronse los gobiernos, y nacieron ideas nuevas. La Galia dió un alarido que habia de retumbar por toda Europa, y Dios suscitó otro hombre, no sé si para castigar las iniquidades de los pueblos, ó para depurarlos en el crisol de las calamidades y de las amarguras. Napoleon, digno rival de Aníbal y de César, hizo lo que el primero, salió de la Galia y escaló los Alpes, para asomar sobre la Italia su cabeza; que muy pronto habian de ceñir los laureles de la victoria y del poder supremo. Esta vez los Alpes vieron rodar por sus precipicios millares de cadáveres de los invasores, que cual los de Aníbal hubieron de ejecutar inauditos esfuerzos para llevar consigo y arrastrar hasta esas cumbres que taladran las nubes las pesadas máquinas con que destroza á los hombres la guerra moderna. No sé cuántos galos perecieron; mas

sus huesos fueron á los abismos á reunirse con las cenizas de los africanos que acaudillaba dos mil años antes el feroz vencedor de Cannas.

Tres veces pues la ambicion de otros tantos hombres ha hecho que tres ejércitos atravesáran ese funesto laberinto de montes , sembrando de cadáveres las laderas del camino que pisaban , y turbando con los gemidos de la muerte el imponente silencio de esa region de nieves eternas. La muerte iba cortando los pasos de los espugnadores , y los que triunfaron de ella corrieron á llevarla al pueblo de la parte opuesta , que las tres veces vió con asombro aparecer por esa senda aérea la nube de adversarios que sobre él iba á desplomarse.

Despues la industria , osada tambien pero pacífica , temeraria á veces pero bienhechora , ha dilatado ese camino que hoy cruza el hombre con la comodidad misma con que atraviesa la via mas hermosa y mas segura. En esas mismas fragosidades , entre esos hielos , en medio de esas neveras , y haciendo rostro á las furiosas tempestades que todo lo arrancan y arrebatan , se han levantado pueblos , ciudades , y una nacion entera , cuyos hijos luchando desde su infancia con esa naturaleza salvaje , llegan á la juventud fuertes , robustos , y con justa fama de valientes. Esos hombres , llamados en lo antiguo helvecios y en nuestros tiempos suizos , han burlado los esfuerzos de muchos emperadores , y malogrando el valor de algunos de ellos , y rompiendo la invicta espada de Cárlos el Temerario , al fin pudieron proclamar su absoluta independendencia y sentar sobre bases sólidas la seguridad de que nunca mas han de perderla.

Sin embargo no son ellos solos los habitantes de ese país tan magnífico como terrible. Vagan por entre los pueblos , giran alrededor de las casas de campo , cruzan las veredas , y rugen por entre los bosques los desposeidos propietarios que han tenido que ceder la mejor parte del territorio á los audaces invasores. Esos antiguos dueños , obligados á buscar asilo en los lugares mas agrestes , son los osos.

El oso es un animal de grandes fuerzas , voraz , osado , y que si no acomete cuando no le provocan , es terrible en sus venganzas , no olvida los agravios , sabe espiar el momento de satisfacerlos y lo ejecuta con una crueldad que estremece. Para él nada hay sagrado : cuando el hambre lo acosa , no repara en asaltar las huertas y encaramarse por los árboles para comerse la fruta , penetrar en los corrales y arrebatarse el animal doméstico que encuentra , y cuando está furioso despedaza y devora con gusto el cuerpo del hombre , á quien reputa por enemigo. En los pueblos de los Alpes hay hombres que casi ejercen el oficio de cazadores de osos ; y para ello son indispensables mucho valor y gran destreza en el manejo de las armas. A este objeto suelen reunirse dos ó tres compañeros , valientes y buenos tiradores. Con tiempo recorren á guisa de leñadores los riscos en donde ya es fama que tienen los osos sus guaridas , espian sus correrías , estudian las direcciones que toman y los lugares que frecuentan ; y

cuando ya poseen todos los datos necesarios, arreglan la partida, colócanse á calculada distancia uno de otro, y de tal suerte que el oso no pueda librarse del segundo cazador si se ha escapado del primero. Pero es indispensable que estén tan cerca uno de otro, que puedan auxiliarse casi instantáneamente: cuando el oso pasa á tiro, el primer cazador le dispara; pero ¡ay de él si el tiro no ha salido, ó el tirador ha errado la puntería! entonces el oso se lanza furioso hácia su enemigo, y á este no le queda otro recurso que el tiro del compañero, ó el valor y la serenidad de luchar con arma blanca. Contra el oso no vale la ligereza, porque corre mas que el hombre; de nada sirve encaramarse á un árbol, porque el oso trepa por su tronco con mas facilidad que el hombre. Si mientras el oso se precipita contra el primero que le disparó no es detenido por el disparo de otro compañero, se arroja como una bala, y aquel es el momento de una lucha horrible, en la cual pocos cazadores alcanzan la victoria. Y no basta que el primer cazador haya herido al oso; al contrario, si la bala no le ha muerto, entonces es mas temible que nunca, porque el dolor de la herida redobla su ira, le hace arrojar espantosos bramidos, y ciego de furor vuela hácia el adversario, lo derriba instantáneamente y oprimiéndole con su pesado cuerpo le destroza la cabeza y le devora en un momento.

Algunas veces al ruido del primer disparo, que retumba por aquellas fragosidades, acuden otros osos, que si de pronto no son mas que espectadores que aguardan el final de la primera lucha, corren presurosos á disfrutar del botin si el hombre ha sido aterrado; pero se retiran si ven que el cazador ha alcanzado el triunfo.

Cuando la caza se verifica con perros, es preciso lanzar contra el oso muchos de ellos, porque menos de seis no vencerian, ya que el número es lo único capaz de sufocarlo. En esos casos los cazadores deben estar mas alerta todavía que cuando verifican la caza hombres solos, porque al rumor de la pelea entre un oso y los perros, vienen otros osos, y léjos de contentarse con ser espectadores toman parte en la lucha, y una vez enfurecidos se lanzan indistintamente contra los perros ó contra los hombres. Tantos peligros tienen sus recompensas. Los montañeses comen la carne de los osos y la reputan por muy sabrosa y delicada, y por otra parte las municipalidades dan al matador un premio de una onza de oro por cada oso que estermina. La piel tiene asimismo su valor, y en la aldea es celebrado como hombre de valor y de pericia el que mata un oso.

Algunas veces no es necesario ir al monte para dedicarse á esta caza. Hácia el otoño los osos que son muy amantes de la fruta y en especial de las manzanas y de las peras, se acercan durante la noche á los pueblos, saltan las cercas de las huertas, se encaraman á los árboles y devoran con una prontitud y en una cantidad muy grande la fruta que cuelga de sus ramas. En estos casos la caza es mas fácil y no tiene riesgos, porque el cazador apostado sobre el techo de la cabaña

oye el rugido de la fiera que se acerca y que léjos de andar con los atentados pasos de un ladrón, camina presurosa, troncha la verdura de la huerta, mueve la hojarasca del suelo, rompe con su pesado y voluminoso cuerpo las ramas del árbol en que se encarama, y no comprendiendo cuanto le importaria el silencio, parece que de propósito hace ruido para que la oigan. El cazador sigue con experimentado oído esos rumores, y como la luz de las estrellas le basta para distinguir la negra y abultada mole del oso, muchas veces lo mata á mansalva, ó le hiere por lo menos, y el rastro de la sangre le conduce por la mañana al sitio donde ha fallecido pocas horas antes la herida fiera. Esta caza es la mas segura, y hasta la mas agradable; pero es la menos frecuente, porque son pocas las veces en que el oso tiene el atrevimiento de meterse en las huertas donde haya cabañas, que conoce muy bien son habitaciones del hombre, enemigo suyo.

Tambien se cazan los osos muy pequeños, y esta caza tiene por objeto criarlos en estado de domesticidad y convertirlos luego en objeto de lucro. Productos de esa caza son los osos que de tiempo en tiempo vemos en nuestras calles y plazas armados con un garrote, y bailando al son de un organillo, para divertir á los muchachos y gente menuda, y proporcionar algunos cuartos á su dueño. Esos osos, como criados fuera de su estado natural, y faltos del necesario alimento, suelen crecer poco y tener el pelo corto y feo : de suerte que su figura es poco agradable. Llegan á ser muy mansos, porque temen el palo; no obstante algunas desgracias han acreditado que no por haber vivido como animales domésticos han olvidado enteramente su índole y sus instintos feroces. En una plaza de una ciudad de Francia estaban bailando tres osos rodeados de crecido número de espectadores, cuando al levantar su amo el palo para tocar á uno de ellos indicándole que diese una vuelta, de repente tiró con furia la cuerda que lo sujetaba, se lanzó sobre el hombre que la tenia asida por el otro extremo, derribólo en el suelo, y en un minuto lo hizo pedazos. Los otros dos, imitando al primero, se dispararon contra las personas que les vinieron á mano y destrozaron dos mujeres, un hombre y cuatro muchachos; comenzaban á devorarlos, cuando la gritería de la plaza llamó allí á muchas personas y entre ellas á tres soldados que, desplegando tanta serenidad y tanto valor como el caso requería, se lanzaron contra los osos sable en mano y auxiliados por algunos hombres á quienes envalentonó el ejemplo de los soldados dieron muerte á las tres fieras. Ese suceso funesto advierte á las personas que gustan de esa clase de espectáculos que no siempre hay seguridad á las inmediaciones de semejantes animales, y que todas las garantías que dan sus conductores no responden de su inalterable mansedumbre. Al fin y al cabo las fieras han nacido para habitar en los bosques; no para estar con los racionales en amigable compañía.

En medio del natural deseo de cazar osos, hay en Suiza y particularmente en Berna una especie de veneracion por ellos. Así se ven estatuas de osos colo-

cados á manera de caballos cuyas riendas sostienen esclavos, estátuas de osos que coronan fuentes, osos que sostienen escudos de armas en la puerta de la municipalidad de varios pueblos: relojes en donde al paso que dan las horas sale una procesion de osos tocando varios instrumentos músicos, cual si formáran una orquesta, ó una banda militar. Los osos son considerados como una especie de patronos ó padrinos de algunos pueblos; y en una palabra, los habitantes de los Alpes han sabido reunir las dos ideas de tener una especie de respeto á los osos, y de cazarlos al mismo tiempo. Bien es verdad que la caza ya dirigida contra los osos vivos, y la veneracion á los osos estátuas. No se crea sin embargo que esa especie de veneracion sea general en todas las clases: el pueblo mas sencillo siempre, y mas fiel á las costumbres y tradiciones, es quien conserva ese respeto á las estátuas de los mismos animales que persigue. En honor de la verdad debemos decir que los cazadores de osos son muy pocos, y que casi siempre el oso perseguido y cazado ha dado motivo á esa persecucion con su atrevimiento que le impele á introducirse en las huertas y á convertirse en ladron de frutas. Solo pueden calificarse de cazadores espontáneos los que andan en busca de osos pequeños, mas estos no los matan, sino que los convierten en objeto de especulacion, tratándolos en verdad con poca consideracion y escaseándoles la comida; pero al fin ni los matan, ni de modo alguno desean su muerte, que es el término del beneficio que el oso vivo les procura. Como quiera que sea, el oso es el antiguo propietario desposeido por el hombre; y entre el invasor y el invadido no es muy fácil que reine una concordia inalterable.

Juan Cortada.